

Cuentos
Volumen I

Por

Edgar Allan Poe

***Free*editorial** 

EL HUNDIMIENTO DE LA CASA DE USHER

Durante un día entero de otoño, oscuro, sombrío, silencioso, en que las nubes se cernían pesadas y opresoras en los cielos, había yo cruzado solo, a caballo, a través de una extensión singularmente monótona de campiña, y al final me encontré, cuando las sombras de la noche se extendían, a la vista de la melancólica Casa de Usher. No sé cómo sucedió; pero, a la primera ojeada sobre el edificio, una sensación de insufrible tristeza penetró en mi espíritu. Digo insufrible, pues aquel sentimiento no estaba mitigado por esa emoción semiagradable, por ser poético, con que acoge en general el ánimo hasta la severidad de las naturales imágenes de la desolación o del terror. Contemplaba yo la escena ante mí —la simple casa, el simple paisaje característico de la posesión, los helados muros, las ventanas parecidas a ojos vacíos, algunos juncos alineados y unos cuantos troncos blancos y enfermizos— con una completa depresión de alma que no puede compararse apropiadamente, entre las sensaciones terrestres, más que con ese ensueño posterior del opiómano, con esa amarga vuelta a la vida diaria, a la atroz caída del velo. Era una sensación glacial, un abatimiento, una náusea en el corazón, una irremediable tristeza de pensamiento que ningún estímulo de la imaginación podía impulsar a lo sublime. ¿Qué era aquello —me detuve a pensarlo—, qué era aquello que me desalentaba así al contemplar la Casa de Usher? Era un misterio de todo punto insoluble; no podía luchar contra las sombrías visiones que se amontonaban sobre mí mientras reflexionaba en ello. Me vi forzado a recurrir a la conclusión insatisfactoria de que existen, sin lugar a dudas, combinaciones de objetos naturales muy simples que tienen el poder de afectarnos de este modo, aunque el análisis de ese poder se base sobre consideraciones en que perderíamos pie. Era posible, pensé, que una simple diferencia en la disposición de los detalles de la decoración, de los pormenores del cuadro, sea suficiente para modificar, para aniquilar quizá, esa capacidad de impresión dolorosa. Obrando conforme a esa idea, guié mi caballo hacia la orilla escarpada de un negro y lúgubre estanque que se extendía con tranquilo brillo ante la casa, y miré con fijeza hacia abajo —pero con un estremecimiento más aterrador aún que antes— las imágenes recompuestas e invertidas de los juncos grisáceos, de los lívidos troncos y de las ventanas parecidas a ojos vacíos.

Sin embargo, en aquella mansión lóbrega me proponía residir unas semanas. Su propietario, Roderick Usher, fue uno de mis joviales compañeros de infancia; pero habían transcurrido muchos años desde nuestro último encuentro. Una carta, empero, había me llegado recientemente a una alejada parte de la comarca —una carta de él—, cuyo carácter de vehemente apremio

no admitía otra respuesta que mi presencia. La letra mostraba una evidente agitación nerviosa. El autor de la carta me hablaba de una dolencia física aguda —de un trastorno mental que le oprimía— y de un ardiente deseo de verme, como a su mejor y en realidad su único amigo, pensando hallar en el gozo de mi compañía algún alivio a su mal. Era la manera como decía todas estas cosas y muchas más, era la forma suplicante de abrirme su pecho, lo que no me permitía vacilación, y, por tanto, obedecí desde luego, lo que consideraba yo, pese a todo, como un requerimiento muy extraño.

Aunque de niños hubiéramos sido camaradas íntimos, bien mirado, sabía yo muy poco de mi amigo. Su reserva fue siempre excesiva y habitual. Sabía, no obstante, que pertenecía a una familia muy antañona que se había distinguido desde tiempo inmemorial por una peculiar sensibilidad de temperamento, desplegada a través de los siglos en muchas obras de un arte elevado, y que se manifestaba desde antiguo en actos repetidos de una generosa aunque recatada caridad, así como por una apasionada devoción a las dificultades, quizá más bien que a las bellezas ortodoxas y sin esfuerzo reconocibles de la ciencia musical. Tuve también noticia del hecho muy notable de que del tronco de la estirpe de los Usher, por gloriosamente antiguo que fuese, no había brotado nunca, en ninguna época, rama duradera; en otras palabras: que la familia entera se había perpetuado siempre en línea directa, salvo muy insignificantes y pasajeras excepciones. Semejante deficiencia, pensé —mientras revisaba en mi imaginación la perfecta concordancia de aquellas aserciones con el carácter proverbial de la raza, y mientras reflexionaba en la posible influencia que una de ellas podía haber ejercido, en una larga serie de siglos, sobre la otra—, era acaso aquella ausencia de rama colateral y de consiguiente transmisión directa, de padre a hijo, del patrimonio del nombre, lo que había, a la larga, identificado tan bien a los dos, uniendo el título originario de la posesión a la arcaica y equívoca denominación de «Casa de Usher», denominación empleada por los lugareños, y que parecía juntar en su espíritu la familia y la casa solariega.

Ya he dicho que el único efecto de mi experiencia un tanto pueril —contemplar abajo el estanque— fue hacer más profunda aquella primera impresión. No puedo dudar que la conciencia de mi acrecida superstición —¿por qué no definirla así?— sirvió para acelerar aquel crecimiento. Tal es, lo sabía desde larga fecha, la paradójica ley de todos los sentimientos basados en el terror. Y aquélla fue tal vez la única razón que hizo, cuando mis ojos desde la imagen del estanque se alzaron hacia la casa misma, que brotase en mi mente una extraña visión, una visión tan ridícula, en verdad, que si hago mención de ella es para demostrar la viva fuerza de las sensaciones que me oprimían. Mi imaginación había trabajado tanto, que creía realmente que en torno a la casa y la posesión enteras flotaba una atmósfera peculiar, así como en las cercanías más inmediatas; una atmósfera que no tenía afinidad con el

aire del cielo, sino que emanaba de los enfermizos árboles, de los muros grisáceos y del estanque silencioso; un vapor pestilente y místico, opaco, pesado, apenas discernible, de tono plomizo.

Sacudí de mi espíritu lo que no podía ser más que un sueño, y examiné más minuciosamente el aspecto real del edificio. Su principal característica parecía ser la de una excesiva antigüedad. La decoloración ocasionada por los siglos era grande. Menudos hongos se esparcían por toda la fachada, tapizándola con la fina trama de un tejido, desde los tejados. Por cierto que todo aquello no implicaba ningún deterioro extraordinario. No se había desprendido ningún trozo de la mampostería, y parecía existir una violenta contradicción entre aquella todavía perfecta adaptación de las partes y el estado especial de las piedras desmenuzadas. Aquello me recordaba mucho la espaciosa integridad de esas viejas maderas labradas que han dejado pudrir durante largos años en alguna olvidada cueva, sin contacto con el soplo del aire exterior. Aparte de este indicio de ruina extensiva, el edificio no presentaba el menor síntoma de inestabilidad. Acaso la mirada de un observador minucioso hubiera descubierto una grieta apenas perceptible que, extendiéndose desde el tejado de la fachada, se abría paso, bajando en zigzag por el muro, e iba a perderse en las tétricas aguas del estanque.

Observando estas cosas, seguí a caballo un corto terraplén hacia la casa. Un lacayo que esperaba cogió mi caballo, y entré por el arco gótico del vestíbulo. Un criado de furtivo andar me condujo desde allí, en silencio, a través de muchos corredores oscuros e intrincados, hacia el estudio de su amo. Muchas de las cosas que encontré en mi camino contribuyeron, no sé por qué, a exaltar esas vagas sensaciones de que he hablado antes. Los objetos que me rodeaban —las molduras de los techos, los sombríos tapices de las paredes, la negrura de ébano de los pisos y los fantasmagóricos trofeos de armas que tintineaban con mis zancadas— eran cosas muy conocidas para mí, a las que estaba acostumbrado desde mi infancia, y aunque no vacilase en reconocerlas todas como familiares, me sorprendió lo insólito que eran las visiones que aquellas imágenes ordinarias despertaban en mí. En una de las escaleras me encontré al médico de la familia. Su semblante, pensé, mostraba una expresión mezcla de baja astucia y de perplejidad. Me saludó con azoramiento, y pasó. El criado abrió entonces una puerta y me condujo a presencia de su señor.

La habitación en que me hallaba era muy amplia y alta; las ventanas, largas, estrechas y ojivales, estaban a tanta distancia del negro piso de roble, que eran en absoluto inaccesibles desde dentro. Débiles rayos de una luz roja abríanse paso a través de los cristales enrejados, dejando lo bastante en claro los principales objetos de alrededor; la mirada, empero, luchaba en vano por alcanzar los rincones lejanos de la estancia, o los entrantes del techo abovedado y con artesones. Oscuros tapices colgaban de las paredes. El

mobiliario general era excesivo, incómodo, antiguo y deslucido. Numerosos libros e instrumentos de música yacían esparcidos en torno, pero no bastaban a dar vitalidad alguna a la escena. Sentía yo que respiraba una atmósfera penosa. Un aire de severa, profunda e irremisible melancolía se cernía y lo penetraba todo.

A mi entrada, Usher se levantó de un sofá sobre el cual estaba tendido por completo, y me saludó con una calurosa viveza que se asemejaba mucho, tal vez fue mi primer pensamiento, a una exagerada cordialidad, al obligado esfuerzo de un hombre de mundo ennuyé. Con todo, la ojeada que lancé sobre su cara me convenció de su perfecta sinceridad. Nos sentamos, y durante unos momentos, mientras él callaba, le miré con un sentimiento mitad de piedad y mitad de pavor. ¡De seguro, jamás hombre alguno había cambiado de tan terrible modo y en tan breve tiempo como Roderick Usher! A duras penas podía yo mismo persuadirme a admitir la identidad del que estaba frente a mí con el compañero de mis primeros años. Aun así, el carácter de su fisonomía había sido siempre notable.

Un cutis cadavérico, unos ojos grandes, líquidos y luminosos sobre toda comparación; unos labios algo finos y muy pálidos, pero de una curva incomparablemente bella; una nariz de un delicado tipo hebraico, pero de una anchura desacostumbrada en semejante forma; una barbilla moldeada con finura, en la que la falta de prominencia revelaba una falta de energía; el cabello, que por su tenuidad suave parecía tela de araña; estos rasgos, unidos a un desarrollo frontal excesivo, componían en conjunto una fisonomía que no era fácil olvidar. Y al presente, en la simple exageración del carácter predominante de aquellas facciones, y en la expresión que mostraban, se notaba un cambio tal, que dudaba yo del hombre a quien hablaba. La espectral palidez de la piel y el brillo ahora milagroso de los ojos me sobrecogían sobre toda ponderación, y hasta me aterraban. Además, había él dejado crecer su sedoso cabello sin preocuparse, y como aquel tejido arácnico flotaba más que caía en torno a la cara, no podía yo, ni haciendo un esfuerzo, relacionar a aquella expresión arabesca con idea alguna de simple humanidad.

Me chocó lo primero cierta incoherencia, una contradicción en las maneras de mi amigo, y pronto descubrí que aquello procedía de una serie de pequeños y fútiles esfuerzos por vencer un azaramiento habitual, una excesiva agitación nerviosa.

Estaba yo preparado para algo de ese género, no sólo por su carta, sino por los recuerdos de ciertos rasgos de su infancia, y por las conclusiones deducidas de su peculiar conformación física y de su temperamento. Sus actos eran tan pronto vivos como indolentes. Su voz variaba rápidamente de una indecisión trémula (cuando su ardor parecía caer en completa inacción) a esa especie de concisión enérgica, a esa enunciación abrupta, pesada, lenta —una

enunciación hueca—, a ese habla gutural, plúmbea, muy bien modulada y equilibrada, que puede observarse en el borracho perdido o en el incorregible comedor de opio, durante los períodos de su más intensa excitación.

Así, pues, habló del objeto de mi visita, de su ardiente deseo de verme, y de la alegría que esperaba de mí. Se extendió bastante rato sobre lo que pensaba acerca del carácter de su dolencia. Era, dijo, un mal constitucional, de familia, para el cual desesperaba de encontrar un remedio; una simple afección nerviosa, añadió acto seguido, que, sin duda, desaparecería pronto. Se manifestaba en una multitud de sensaciones extranaturales... Algunas, mientras me las detallaba, me interesaron y confundieron, aunque quizá los términos y gestos de su relato influyeron bastante en ello. Sufría él mucho de una agudeza morbosa de los sentidos; sólo toleraba los alimentos más insípidos; podía usar no más que prendas de cierto tejido; los aromas de todas las flores le sofocaban; una luz, incluso débil, atormentaba sus ojos, y exclusivamente algunos sonidos peculiares, los de los instrumentos de cuerda, no le inspiraban horror.

Vi que era el esclavo forzado de una especie de terror anómalo.

—Moriré —dijo—, debo morir de esta lamentable locura. Así, así y no de otra manera, debo morir. Temo los acontecimientos futuros, no en sí mismos, sino en sus consecuencias. Tiemblo al pensamiento de cualquier cosa, del más trivial incidente que pueden actuar sobre esta intolerable agitación de mi alma. Siento verdadera aversión al peligro, excepto en su efecto absoluto: el terror. En tal estado de excitación, en tal estado lamentable, presiento que antes o después llegará un momento en que han de abandonarme a la vez la vida y la razón, en alguna lucha con el horrendo fantasma, con el miedo.

Supe también a intervalos, por insinuaciones interrumpidas y ambiguas, otra particularidad de su estado mental. Estaba él encadenado por ciertas impresiones supersticiosas, relativas a la mansión donde habitaba, de la que no se había atrevido a salir desde hacía muchos años, relativas a una influencia cuya supuesta fuerza expresaba en términos demasiado sombríos para ser repetidos aquí, una influencia que algunas particularidades en la simple forma y materia de su casa solariega habían, a costa de un largo sufrimiento, decía él, logrado sobre su espíritu un efecto que lo físico de los muros y de las torres grises, y del oscuro estanque en que todo se reflejaba, había al final creado sobre lo moral de su existencia.

Admitía él, no obstante, aunque con vacilación, que gran parte de la especial tristeza que le afligía podía atribuirse a un origen más natural y mucho más palpable, a la cruel y ya antigua dolencia, a la muerte —sin duda cercana— de una hermana tiernamente amada, su sola compañera durante largos años, su última y única parienta en la tierra.

—Su fallecimiento —dijo él con una amargura que no podré nunca olvidar — me dejará (a mí, el desesperanzado, el débil) como el último de la antigua raza de los Usher.

Mientras hablaba, lady Madeline (así se llamaba) pasó por la parte más distante de la habitación, y sin fijarse en mi presencia, desapareció. La miré con un enorme asombro no desprovisto de terror, y, sin embargo, me pareció imposible darme cuenta de tales sentimientos. Una sensación de estupor me oprimía conforme mis ojos seguían sus pasos que se alejaban. Cuando al fin se cerró una puerta tras ella, mi mirada buscó instintiva y ansiosamente la cara de su hermano, pero él había hundido el rostro en sus manos, y sólo pude observar que una palidez mayor que la habitual se había extendido sobre los descarnados dedos, a través de los cuales goteaban abundantes lágrimas apasionadas.

La enfermedad de lady Madeline había desconcertado largo tiempo la ciencia de sus médicos. Una apatía constante, un agotamiento gradual de su persona, y frecuentes, aunque pasajeros ataques de carácter cataléptico parcial, eran el singular diagnóstico. Hasta entonces había ella soportado con firmeza la carga de su enfermedad, sin resignarse, por fin, a guardar cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a la casa, sucumbió (como su hermano me dijo por la noche con una inexpresable agitación) al poder postrador del mal, y supe que la mirada que yo le había dirigido sería, probablemente, la última, que no vería ya nunca más a aquella dama, viva al menos.

En varios días consecutivos no fue mencionado su nombre ni por Usher ni por mí, y durante ese período hice esfuerzos ardorosos para aliviar la melancolía de mi amigo. Pintamos y leímos juntos, o si no, escuchaba yo, como un sueño, sus fogosas improvisaciones en su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me admitía con mayor franqueza en las reconditeces de su alma, percibía yo más amargamente la inutilidad de todo esfuerzo para alegrar un espíritu cuya negrura, como una cualidad positiva que le fuese inherente, derramaba sobre todos los objetos del universo moral y físico una irradiación incesante de tristeza.

Conservaré siempre el recuerdo de muchas horas solemnes que pasé solo con el dueño de la Casa de Usher. A pesar de todo, intentaré en balde expresar el carácter exacto de los estudios o de las ocupaciones en que me complicaba o cuyo camino me mostraba. Una idealidad ardiente, elevada, enfermiza, arrojaba su luz sulfúrea por doquiera. Sus largas improvisaciones fúnebres resonarán siempre en mis oídos. Entre otras cosas, recuerdo dolorosamente cierta singular perversión, amplificada, del aria impetuosa del último vals de Weber. En cuanto a las pinturas que incubaba su laboriosa fantasía —que llegaba, trazo a trazo, a una vaguedad que me hacía estremecer con mayor conmoción, pues temblaba sin saber por qué—, en cuanto a aquellas pinturas

(de imágenes tan vivas, que las tengo aún ante mí), en vano intentaría yo extraer de ellas la más pequeña parte que pudiese estar contenida en el ámbito de las simples palabras escritas. Por la completa sencillez, por la desnudez de sus dibujos, inmovilizaba y sobrecogía la atención. Si alguna vez un mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. Para mí, al menos, en las circunstancias que me rodeaban, de las puras abstracciones que el hipocondríaco se ingeniaba en lanzar sobre su lienzo, se alzaba un terror intenso, intolerable, cuya sombra no he sentido nunca en la contemplación de los sueños, sin duda, refulgentes, aunque demasiado concretos, de Fuseli.

Una de las concepciones fantasmagóricas de mi amigo, en que el espíritu de abstracción no participaba con tanta rigidez, puede ser esbozada, aunque apenas, con palabras. Era un cuadro que representaba el interior de una cueva o túnel intensamente largo y rectangular, de muros bajos, lisos, blancos y sin interrupción ni adorno. Ciertos detalles accesorios del dibujo servían para hacer comprender la idea de que aquella excavación estaba a una profundidad excesiva bajo la superficie de la tierra. No se veía ninguna salida a lo largo de su vasta extensión, ni se divisaba antorcha u otra fuente artificial de luz, y, sin embargo, una oleada de rayos intensos, rodaba de parte a parte, bañándolo todo en un lívido e inadecuado esplendor.

Acabo de hablar de ese estado morbosos del nervio auditivo que hacía toda música intolerable para el paciente, excepto ciertos efectos de los instrumentos de cuerda. Eran, quizá, los límites estrechos en los cuales se había confinado él mismo al tocar la guitarra los que habían dado en gran parte aquel carácter fantástico a sus interpretaciones. Pero en cuanto a la férvida facilidad de sus *impromptus*, no podía uno darse cuenta así. Tenían que ser, y lo eran, en las notas lo mismo que en las palabras de sus fogosas fantasías (pues él las acompañaba a menudo con improvisaciones verbales rimadas), el resultado de ese intenso recogimiento, de esa concentración mental a los que he aludido antes, y que se observan sólo en los momentos especiales de la más alta excitación artificial. Recuerdo bien las palabras de una de aquellas rapsodias. Me impresionó acaso más fuertemente cuando él me la dio, porque bajo su sentido interior o místico me pareció percibir por primera vez que Usher tenía plena conciencia de su estado, que sentía cómo su sublime razón se tambaleaba sobre su trono. Aquellos versos, titulados *El palacio hechizado*, eran, poco más o menos, si no al pie de la letra, los siguientes:

I

En el más verde de nuestros valles,
habitado por los ángeles buenos,
antaño un bello y majestuoso palacio

—un radiante palacio —alzaba su frente.

En los dominios del rey Pensamiento,

¡allí se elevaba!

Jamás un serafín desplegó el ala
sobre un edificio la mitad de bello.

II

Banderas amarillas, gloriosas, doradas,

sobre su remate flotaban y ondeaban

(esto, todo esto, sucedía hace mucho,

muchísimo tiempo);

y a cada suave brisa que retozaba,

en aquellos gratos días,

a lo largo de los muros pálidos y empenachados

se elevaba un aroma alado.

III

Los que vagaban por ese alegre valle,

a través de dos ventanas iluminadas, veían

espíritus moviéndose musicalmente

a los sonos de un laúd bien templado,

en torno a un trono donde, sentado

(¡Porfirogénito!)

con un fausto digno de su gloria,

aparecía el señor del reino.

IV

Y refulgente de perlas y rubíes

era la puerta del bello palacio,

por la que salía a oleadas, a oleadas, a oleadas,

y centelleaba sin cesar,

una turba de Ecos cuya grata misión

era sólo cantar,

con voces de magnífica belleza,
el talento y el saber de su rey.

V

Pero seres malvados, con ropajes de luto,
asaltaron la elevada posición del monarca;
(¡ah, lloremos, pues nunca el alba
despuntará sobre él, el desolado!).
Y en torno a su mansión, la gloria
que rojeaba y florecía
es sólo una historia oscuramente recordada
de las viejas edades sepultadas.

VI

Y ahora los viajeros, en ese valle,
a través de las ventanas rojizas, ven
amplias formas moviéndose fantásticamente
en una desacorde melodía;
mientras, cual un rápido y horrible río,
a través de la pálida puerta
una horrenda turba se precipita eternamente,
riendo, mas sin sonreír nunca más.

Recuerdo muy bien que las sugerencias suscitadas por esta balada nos sumieron en una serie de pensamientos en la que se manifestó una opinión de Usher que menciono aquí, no tanto en razón de su novedad (pues otros hombres han pensado lo mismo), sino a causa de la tenacidad con que él la mantuvo. Esta opinión, en su forma general, era la de la sensibilidad de todos los seres vegetales. Pero en su trastornada imaginación la idea había asumido un carácter más atrevido aún, e invadía, bajo ciertas condiciones, el reino inorgánico. Me faltan palabras para expresar toda la extensión o el serio abandono de su convencimiento. Esta creencia, empero, se relacionaba (como ya antes he sugerido) con las piedras grises de la mansión de sus antepasados. Aquí las condiciones de la sensibilidad estaban cumplidas, según él imaginaba, por el método de colocación de aquellas piedras, por su disposición, así como por los numerosos hongos que las cubrían y los árboles enfermizos que se alzaban alrededor, pero sobre todo por la inmutabilidad de

aquella disposición y por su desdoblamiento en las quietas aguas del estanque. La prueba —la prueba de aquella sensibilidad— estaba, decía él (y yo le oía hablar, sobresaltado), en la gradual, pero evidente condensación, por encima de las aguas y alrededor de los muros, de una atmósfera que les era propia. El resultado se descubría, añadía él, en aquella influencia muda, aunque importuna y terrible, que desde hacía siglos había moldeado los destinos de su familia, y que le hacía a él tal como le veía yo ahora, tal como era. Semejantes opiniones no necesitan comentarios, y no lo haré.

Nuestros libros —los libros que desde hacía años formaban una parte no pequeña de la existencia espiritual del enfermo— estaban, como puede suponerse, de estricto acuerdo con aquel carácter fantasmal. Estudiábamos minuciosamente obras como el *Vertvert et Chartreuse*, de Gresset; el *Belphegor*, de Maquiavelo; *El cielo y el infierno*, de Swedenborg; el *Viaje subterráneo*, de Nicolas Klimm de Holberg; la *Quiromancia*, de Roberto Flaud, de Jean d'Indaginé y de De la Chambre; el *Viaje por el espacio azul*, de Tieck, y la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Uno de sus volúmenes favoritos era una pequeña edición in octavo del *Directorium Inquisitorium*, por el dominico Eymeric de Gironne; y había pasajes, en Pomponius Mela, acerca de los antiguos sátiros africanos o egipanos, sobre los cuales Usher soñaba durante horas enteras. Su principal delicia, con todo, la encontraba en la lectura atenta de un raro y curioso libro gótico in-cuarto —el manual de una iglesia olvidada—, las *Vigiliae Mortuorum Secundum Chorum Ecclesiae Maguntinae*.

Pensaba a mi pesar en el extraño ritual de aquel libro, y en su probable influencia sobre el hipocondríaco, cuando, una noche, habiéndome informado bruscamente de que lady Madeline ya no existía, anunció su intención de conservar el cuerpo durante una quincena (antes de su enterramiento final) en una de las numerosas criptas situadas bajo los gruesos muros del edificio. La razón profana que daba sobre aquella singular manera de proceder era de esas que no me sentía yo con libertad para discutir. Como hermano, había adoptado aquella resolución (me dijo él) en consideración al carácter insólito de la enfermedad de la difunta, a cierta curiosidad importuna e indiscreta por parte de los hombres de ciencia, y a la alejada y expuesta situación del panteón familiar. Confieso que, cuando recordé el siniestro semblante del hombre con quien me había encontrado en la escalera el día de mi llegada a la casa, no sentí deseo de oponerme a lo que consideraba todo lo más como una precaución inocente, pero muy natural.

A ruego de Usher, le ayudé personalmente en los preparativos de aquel entierro temporal. Pusimos el cuerpo en el féretro, y entre los dos lo transportamos a su lugar de reposo. La cripta en la que lo dejamos (y que estaba cerrada hacía tanto tiempo, que nuestras antorchas, semiapagadas en aquella atmósfera sofocante, no nos permitían ninguna investigación) era

pequeña, húmeda y no dejaba penetrar la luz; estaba situada a una gran profundidad, justo debajo de aquella parte de la casa donde se encontraba mi dormitorio. Había sido utilizada, al parecer, en los lejanos tiempos feudales, como mazmorra, y en días posteriores, como depósito de pólvora o de alguna otra materia inflamable, pues una parte del suelo y todo el interior de una larga bóveda que cruzamos para llegar hasta allí estaban cuidadosamente revestidos de cobre. La puerta, de hierro macizo, estaba también protegida de igual modo. Cuando aquel inmenso peso giraba sobre sus goznes producía un ruido singular, agudo y chirriante.

Depositamos nuestro lúgubre fardo sobre unos soportes en aquella región de horror, apartamos un poco la tapa del féretro, que no estaba aún atornillada, y miramos la cara del cadáver. Un parecido chocante entre el hermano y la hermana atrajo enseguida mi atención, y Usher, adivinando tal vez mis pensamientos, murmuró unas palabras, por las cuales supe que la difunta y él eran gemelos, y que habían existido siempre entre ellos unas simpatías de naturaleza casi inexplicable. Nuestras miradas, entretanto, no permanecieron fijas mucho tiempo sobre la muerta, pues no podíamos contemplarla sin espanto. El mal que había llevado a la tumba a lady Madeline en la plenitud de su juventud había dejado, como suele suceder en las enfermedades de carácter estrictamente cataléptico, la burla de una débil coloración sobre el seno y el rostro, y en los labios, esa sonrisa equívoca y morosa que es tan terrible en la muerte. Volvimos a colocar y atornillamos la tapa, y después de haber asegurado la puerta de hierro, emprendimos de nuevo nuestro camino hacia las habitaciones superiores de la casa, que no eran menos tristes.

Y entonces, después de un lapso de varios días de amarga pena, tuvo lugar un cambio visible en los síntomas de la enfermedad mental de mi amigo. Sus maneras corrientes desaparecieron. Sus ocupaciones ordinarias eran descuidadas u olvidadas. Vagaba de estancia en estancia con un paso precipitado, desigual y sin objeto. La palidez de su fisonomía había adquirido, si es posible, un color más lívido; pero la luminosidad de sus ojos había desaparecido por completo. No oía ya aquel tono de voz áspero que tenía antes en ocasiones, y un temblor que se hubiera dicho causado por un terror sumo, caracterizaba de ordinario su habla. Me ocurría a veces, en realidad, pensar que su mente, agitada sin tregua, estaba torturada por algún secreto opresor, cuya divulgación no tenía el valor para efectuar. Otras veces me veía yo obligado a pensar, en suma, que se trataba de rarezas inexplicables de la demencia, pues le veía mirando al vacío durante largas horas en una actitud de profunda atención, como si escuchase un ruido imaginario. No es de extrañar que su estado me aterrara, que incluso sufriese yo su contagio. Sentía deslizarse dentro de mí, en una gradación lenta, pero segura, la violenta influencia de sus fantásticas, aunque impresionantes supersticiones.

Fue en especial una noche, la séptima o la octava desde que depositamos a lady Madeline en la mazmorra, antes de retirarnos a nuestros lechos, cuando experimenté toda la potencia de tales sensaciones. El sueño no quería acercarse a mi lecho, mientras pasaban y pasaban las horas. Intenté buscar un motivo al nerviosismo que me dominaba. Me esforcé por persuadirme de que lo que sentía era debido, en parte al menos, a la influencia trastornadora del mobiliario opresor de la habitación, a los sombríos tapices desgarrados que, atormentados por las ráfagas de una tormenta que se iniciaba, vacilaban de un lado a otro sobre los muros y crujían penosamente en torno a los adornos del lecho. Pero mis esfuerzos fueron inútiles. Un irreprimible temblor invadió poco a poco mi ánimo, y a la larga una verdadera pesadilla vino a apoderarse por completo de mi corazón. Respiré con violencia, hice un esfuerzo, logré sacudirla, e incorporándome sobre las almohadas, y clavando una ardiente mirada en la densa oscuridad de la habitación, presté oído —no sabría decir por qué me impulsó una fuerza instintiva— a ciertos ruidos vagos, apagados e indefinidos que llegaban hasta mí a través de las pausas de la tormenta. Dominado por una intensa sensación de horror, inexplicable e insufrible, me vestí de prisa (pues sentía que no iba a serme posible dormir en toda la noche) y procuré, andando a grandes pasos por la habitación, salir del estado lamentable en que estaba sumido.

Apenas había dado así unas vueltas, cuando un paso ligero por una escalera cercana atrajo mi atención. Reconocí muy pronto que era el paso de Usher. Un instante después llamó suavemente en mi puerta, y entró, llevando una lámpara. Su cara era, como de costumbre, de una palidez cadavérica; pero había, además, en sus ojos una especie de loca hilaridad, y en todo su porte, una histeria evidentemente contenida. Su aspecto me aterró; pero todo era preferible a la soledad que había yo soportado tanto tiempo, y acogí su presencia como un alivio.

—¿Y usted no ha visto esto? —dijo él bruscamente, después de permanecer algunos momentos en silencio, mirándome—. ¿No ha visto usted esto? ¡Pues espere! Lo verá.

Mientras hablaba así, y habiendo resguardado cuidadosamente su lámpara, se precipitó hacia una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La impetuosa furia de la ráfaga nos levantó casi del suelo. Era, en verdad, una noche tempestuosa; pero espantosamente bella, de una rareza singular en su terror y en su belleza. Un remolino había concentrado su fuerza en nuestra proximidad, pues había cambios frecuentes y violentos en la dirección del viento, y la excesiva densidad de las nubes (tan bajas, que pesaban sobre las torrecillas de la casa) no nos impedía apreciar la viva velocidad con la cual acudían unas contra otras desde todos los puntos, en vez de perderse a distancia. Digo que su excesiva densidad no nos impedía percibir aquello, y

aun así, no divisábamos ni la luna ni las estrellas, ni relámpago alguno proyectaba su resplandor. Pero las superficies inferiores de aquellas vastas masas de agitado vapor, lo mismo que todos los objetos terrestres muy cerca alrededor nuestro, reflejaban la claridad sobrenatural de una emanación gaseosa que se cernía sobre la casa y la envolvía en una mortaja luminosa y bien visible.

—¡No debe usted, no contemplará usted esto! —dije, temblando, a Usher, y le llevé con suave violencia desde la ventana a una silla—. Esas apariciones que le trastornan son simples fenómenos eléctricos, nada raros, o puede que tengan su horrible origen en los fétidos miasmas del estanque. Cerremos esta ventana; el aire es helado y peligroso para su organismo. Aquí tiene usted una de sus novelas favoritas. Leeré, y usted escuchará: y así pasaremos esta terrible noche, juntos.

El antiguo volumen que había yo cogido era el *Mad Trist*, de sir Launcelot Canning; pero lo había llamado el libro favorito de Usher por triste chanza, pues, en verdad, con su tosca y pobre prolijidad, poco atractivo podía ofrecer para la elevada y espiritual idealidad de mi amigo. Era, sin embargo, el único libro que tenía inmediatamente a mano, y me entregué a la vaga esperanza de que la excitación que agitaba al hipocondríaco podría hallar alivio (pues la historia de los trastornos mentales está llena de anomalías semejantes) hasta en la exageración de las locuras que iba yo a leerle. A juzgar por el gesto de predominante y ardiente interés con que escuchaba o aparentaba escuchar las frases de la narración, hubiese podido congratularme del éxito de mi propósito.

Había llegado a esa parte tan conocida de la historia en que Ethelredo, el héroe del *Trist*, habiendo intentado en vano penetrar pacíficamente en la morada del ermitaño, se decide a entrar por la fuerza. Aquí, como se recordará, dice lo siguiente la narración:

«Y Ethelredo, que era por naturaleza de valeroso corazón, y que ahora sentíase, además, muy fuerte, gracias a la potencia del vino que había bebido, no esperó más tiempo para hablar con el ermitaño, quien tenía de veras el ánimo propenso a la obstinación y a la malicia: pero, sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo el desencadenamiento de la tempestad, levantó su maza, y con unos golpes abrió pronto un camino, a través de las tablas de la puerta, a su mano enguantada de hierro; y entonces, tirando con ella vigorosamente hacia sí, hizo crujir, hundirse y saltar todo en pedazos, de tal modo, que el ruido de la madera seca y sonando a hueco repercutió de una parte a otra de la selva».

Al final de esta frase me estremecí e hice una pausa, pues me había parecido (aunque pensé enseguida que mi excitada imaginación me engañaba)

que de una parte muy alejada de la mansión llegaba confuso a mis oídos un ruido que se hubiera dicho, a causa de su exacta semejanza de tono, el eco (pero sofocado y sordo, ciertamente) de aquel ruido real de crujido y de arrancamiento descrito con tanto detalle por sir Launcelot. Era, sin duda, la única coincidencia lo que había atraído tan sólo mi atención, pues entre el golpeteo de las hojas de las ventanas y los ruidos mezclados de la tempestad creciente, el sonido en sí mismo no tenía, de seguro, nada que pudiera intrigarme o turbarme.

Continué la narración:

«Pero el buen campeón Ethelredo, franqueando entonces la puerta, se sintió dolorosamente furioso y asombrado al no percibir rastro alguno del malicioso ermitaño, sino, en su lugar, un dragón de una apariencia fenomenal y escamosa, con una lengua de fuego, y que estaba de centinela ante un palacio de oro, con el suelo de plata, y sobre el muro aparecía colgado un escudo brillante de bronce, con esta leyenda encima:

El que entre aquí, vencedor será;

el que mate al dragón, el escudo ganará.

»Y Ethelredo levantó su maza y golpeó sobre la cabeza del dragón, que cayó ante él y exhaló su aliento pestilente con un ruido tan horrendo, áspero y penetrante a la vez, que Ethelredo tuvo que taparse los oídos con las manos para resistir del terrible estruendo como no lo había él oído nunca antes».

Aquí hice de súbito una nueva pausa, y ahora con una sensación de violento asombro, pues no cabía duda de que había yo oído esta vez (érame imposible decir de qué dirección venía) un ruido débil y como lejano, pero áspero, prolongado, singularmente agudo y chirriante, la contrapartida exacta del grito sobrenatural del dragón descrito por el novelista y tal cual mi imaginación se lo había ya figurado.

Oprimido como lo estaba, sin duda, por aquella segunda y muy extraordinaria coincidencia, por mil sensaciones contradictorias, entre las cuales predominaban un asombro y un terror extremos, conservé, empero, la suficiente presencia de ánimo para tener cuidado de no excitar con una observación cualquiera la sensibilidad nerviosa de mi compañero. No estaba seguro en absoluto de que él hubiera notado los ruidos en cuestión, siquiera, a no dudar, una extraña alteración habíase manifestado, desde hacía unos minutos, en su actitud. De su posición primera enfrente de mí había él hecho girar gradualmente su silla de modo a encontrarse sentado con la cara vuelta hacia la puerta de la habitación; así, sólo podía yo ver parte de sus rasgos, aunque noté que sus labios temblaban como si dejasen escapar un murmullo inaudible. Su cabeza estaba caída sobre su pecho, y, no obstante, yo sabía que

no estaba dormido, pues el ojo que entreveía de perfil permanecía abierto y fijo. Además, el movimiento de su cuerpo contradecía también aquella idea, pues se balanceaba con suave, pero constante y uniforme oscilación. Noté, desde luego, todo eso, y reanudé el relato de sir Launcelot, que continuaba así:

«Y ahora el campeón, habiendo escapado de la terrible furia del dragón, y recordando el escudo de bronce, y que el encantamiento que sobre él pesaba estaba roto, apartó la masa muerta de delante de su camino y avanzó valientemente por el suelo de plata del castillo hacia el sitio del muro de donde colgaba el escudo; el cual, en verdad, no esperó a que estuviese él muy cerca, sino que cayó a sus pies sobre el pavimento de plata, con un pesado y terrible ruido».

Apenas habían pasado entre mis labios estas últimas sílabas, y como si en realidad hubiera caído en aquel momento un escudo de bronce pesadamente sobre un suelo de plata, oí el eco claro, profundo, metálico, resonante, si bien sordo en apariencia. Excitado a más no poder, salté sobre mis pies, en tanto que Usher no había interrumpido su balanceo acompasado. Sus ojos estaban fijos ante sí, y toda su fisonomía, contraída por una pétreo rigidez. Pero cuando puse la mano sobre su hombro, un fuerte estremecimiento recorrió todo su ser, una débil sonrisa tembló sobre sus labios, y vi que hablaba con un murmullo apagado, rápido y balbuciente, como si no se diera cuenta de mi presencia. Inclinéme sobre él, absorbí al fin el horrendo significado de sus palabras.

—¿No oye usted? Sí, yo oigo, y he oído. Durante mucho, mucho tiempo, muchos minutos, muchas horas, muchos días, he oído; pero no me atrevía. ¡Oh, piedad para mí, mísero desdichado que soy! ¡No me atrevía, no me atrevía a hablar! ¡La hemos metido viva en la tumba! ¿No le he dicho que mis sentidos están agudizados? Le digo ahora que he oído sus primeros débiles movimientos dentro del ataúd. Los he oído hace muchos, muchos días, y, sin embargo, ¡no me atrevía a hablar! Y ahora, esta noche, Ethelredo, ¡ja, ja! ¡La puerta del ermitaño rota, el grito de muerte del dragón y el estruendo del escudo, diga usted mejor el arrancamiento de su féretro, y el chirrido de los goznes de hierro de su prisión, y su lucha dentro de la bóveda de cobre! ¡Oh! ¿Adónde huir? ¿No estará ella aquí enseguida? ¿No va a aparecer para reprocharme mi precipitación? ¿No he oído su paso en la escalera? ¿No percibo el pesado y horrible latir de su corazón? ¡Insensato! —y en ese momento se alzó furiosamente de puntillas y aulló sus sílabas como si en aquel esfuerzo exhalase su alma—: Insensato. ¡Le digo a usted que ella está ahora detrás de la puerta!

En el mismo instante, como si la energía sobrehumana de sus palabras hubiese adquirido la potencia de un hechizo, las grandes y antiguas hojas que él señalaba entreabrieron pausadamente sus pesadas mandíbulas de ébano. Era

aquello obra de una furiosa ráfaga, pero en el marco de aquella puerta estaba entonces la alta y amortajada figura de lady Madeline de Usher. Había sangre sobre su blanco ropaje, y toda su demacrada persona mostraba las señales evidentes de una enconada lucha. Durante un momento permaneció trémula y vacilante sobre el umbral; luego, con un grito apagado y quejumbroso, cayó a plomo hacia delante sobre su hermano, y en su violenta y ahora definitiva agonía le arrastró al suelo, ya cadáver y víctima de sus terrores anticipados.

Huí de aquella habitación y de aquella mansión, horrorizado. La tempestad se desencadenaba aún en toda su furia cuando franquéé la vieja calzada. De pronto una luz intensa se proyectó sobre el camino y me volví para ver de dónde podía brotar claridad tan singular, pues sólo tenía a mi espalda la vasta mansión y sus sombras. La irradiación provenía de la luna llena, que se ponía entre un rojo de sangre, y que ahora brillaba con viveza a través de aquella grieta antes apenas visible, y que, como ya he dicho al principio, se extendía zigzagueando, desde el tejado del edificio hasta la base. Mientras la examinaba, aquella grieta se ensanchó con rapidez; hubo de nuevo una impetuosa ráfaga, un remolino; el disco entero del satélite estalló de repente ante mi vista; mi cerebro se alteró cuando vi los pesados muros desplomarse, partidos en dos; resonó un largo y tumultuoso estruendo, como la voz de mil cataratas, y el estanque profundo y fétido, situado a mis pies, se cerró tétrica y silenciosamente sobre los restos de la Casa de Usher.

EL ESCARABAJO DE ORO

Hace muchos años trabé amistad íntima con un mister William Legrand. Era de una antigua familia de hugonotes, y en otro tiempo había sido rico; pero una serie de infortunios habíanle dejado en la miseria. Para evitar la humillación consiguiente a sus desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es una de las más singulares. Se compone únicamente de arena de mar, y tiene, poco más o menos, tres millas de largo. Su anchura no excede de un cuarto de milla. Está separada del continente por una ensenada apenas perceptible, que fluye a través de un yermo de cañas y légamo, lugar frecuentado por patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre, o, por lo menos, enana. No se encuentran allí árboles de cierta magnitud. Cerca de la punta occidental, donde se alza el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por las gentes que huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse,

es cierto, el palmito erizado; pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental, y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza del mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. El arbusto alcanza allí con frecuencia una altura de quince o veinte pies, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido él mismo una pequeña cabaña, que ocupaba cuando por primera vez, y de un modo simplemente casual, trabamos conocimiento. Éste pronto acabó en amistad, pues había muchas cualidades en el recluso que atraían el interés y la estimación. Le encontré bien educado, de una singular inteligencia, aunque infestado de misantropía, y sujeto a perversas alternativas de entusiasmo y de melancolía. Tenía consigo muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de conchas o de ejemplares entomológicos; su colección de éstos hubiera podido suscitar la envidia de un Swammerdam. En estas excursiones iba, por lo general, acompañado de un negro sirviente, llamado Júpiter, que había sido manumitido antes de los reveses de la familia, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, a abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven *massa Will*. No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que éste tenía la cabeza algo trastornada, se dedicaran a infundir aquella obstinación en Júpiter, con intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Los inviernos en la latitud de la isla de Sullivan son rara vez rigurosos, y al finalizar el año resulta un verdadero acontecimiento que se requiera encender fuego. Sin embargo, hacia mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Aquella fecha, antes de la puesta del sol subí por el camino entre la maleza hacia la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado hacía varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a una distancia de nueve millas de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menos grandes que hoy día. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre, y no recibiendo respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una sorpresa, y, por cierto, de las agradables. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los leños chisporroteantes y aguardé con paciencia el regreso de mis huéspedes.

Poco después de la caída de la tarde llegaron y me dispensaron una acogida muy cordial. Júpiter, riendo de oreja a oreja, bullía preparando unos patos silvestres para la cena. Legrand se hallaba en uno de sus ataques —¿con qué otro término podría llamarse aquello?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido que formaba un nuevo género, y, más aún, había cazado

y cogido un escarabajo que creía totalmente nuevo, pero respecto al cual deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté, frotando mis manos ante el fuego y enviando al diablo toda la especie de los escarabajos.

—¡Ah, si hubiera yo sabido que estaba usted aquí! —dijo Legrand—. Pero hace mucho tiempo que no le había visto, y ¿cómo iba yo a adivinar que iba usted a visitarme precisamente esta noche? Cuando volvía a casa, me encontré al teniente G***, del fuerte, y sin más ni más, le he dejado el escarabajo: así que le será a usted imposible verlo hasta mañana. Quédese aquí esta noche, y mandaré a Júpiter allí abajo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿El qué? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! ¡No! El escarabajo. Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca de la punta posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son...

—No hay estaño en él; massa Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, dentro y por todas partes, salvo las alas; no he visto nunca un escarabajo la mitad de pesado.

—Bueno; supongamos que sea así —replicó Legrand, algo más vivamente, según me pareció, de lo que exigía el caso—. ¿Es esto una razón para dejar que se quemen las aves? El color —y se volvió hacia mí— bastaría casi para justificar la idea de Júpiter. No habrá usted visto nunca un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá usted juzgarlo hasta mañana... Entretanto, intentaré darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó un momento en un cajón, sin encontrarlo.

—No importa —dijo, por último—; esto bastará.

Y sacó del bolsillo de su chaleco algo que me pareció un trozo de viejo pergamino muy sucio, e hizo encima una especie de dibujo con la pluma. Mientras lo hacía, permanecí en mi sitio junto al fuego, pues tenía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al cogerlo, se oyó un fuerte gruñido, al que siguió un ruido de rascadura en la puerta, Júpiter abrió, y un enorme terranova, perteneciente a Legrand, se precipitó dentro, y echándose sobre mis hombros me abrumó a caricias, pues yo le había prestado mucha atención en mis visitas anteriores. Cuando acabó de dar brincos, miré el papel, y a decir verdad, me sentí perplejo ante el dibujo de mi amigo.

—Bueno —dije después de contemplarlo unos minutos—; esto es un extraño escarabajo, lo confieso, nuevo para mí: no he visto nunca nada parecido antes, a menos que sea un cráneo o una calavera, a lo cual se parece más que a ninguna otra cosa que haya caído bajo mi observación.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí! Bueno; tiene ese aspecto indudablemente en el papel. Las dos manchas negras parecen unos ojos, ¿eh? Y la más larga de abajo parece una boca; además, la forma entera es ovalada.

—Quizá sea así —dije—; pero temo que usted no sea un artista, Legrand. Debo esperar a ver el insecto mismo para hacerme una idea de su aspecto.

—En fin, no sé —dijo él, un poco irritado—: dibujo regularmente, o, al menos, debería dibujar, pues he tenido buenos maestros, y me jacto de no ser del todo tonto.

—Pero entonces, mi querido compañero, usted bromea —dije—: esto es un cráneo muy pasable, puedo incluso decir que es un cráneo excelente, conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares de la fisiología; y su escarabajo será el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña superstición muy espeluznante sobre ello. Presumo que va usted a llamar a este insecto *scaraboeus caput hominis* o algo por el estilo; hay en las historias naturales muchas denominaciones semejantes. Pero ¿dónde están las antenas de que usted habló?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema—. Estoy seguro de que debe usted de ver las antenas. Las he hecho tan claras cual lo son en el propio insecto, y presumo que es muy suficiente.

—Bien, bien —dije—; acaso las haya hecho usted y yo no las veo aún.

Y le tendí el papel sin más observaciones, no queriendo irritarle; pero me dejó muy sorprendido el giro que había tomado la cuestión: su mal humor me intrigaba, y en cuanto al dibujo del insecto, allí no había en realidad antenas visibles, y el conjunto se parecía enteramente a la imagen ordinaria de una calavera.

Recogió el papel, muy malhumorado, y estaba a punto de estrujarlo, y de tirarlo, sin duda, al fuego, cuando una mirada casual al dibujo pareció encadenar su atención. En un instante su cara enrojeció intensamente, y luego se quedó muy pálida. Durante algunos minutos, siempre sentado, siguió examinando con minuciosidad el dibujo. A la larga se levantó, cogió una vela de la mesa, y fue a sentarse sobre un arca de barco, en el rincón más alejado de la estancia. Allí se puso a examinar con ansiedad el papel, dándole vueltas en todos sentidos. No dijo nada, empero, y su actitud me dejó muy asombrado;

pero juzgué prudente no exacerbar con ningún comentario su mal humor creciente. Luego sacó de su bolsillo una cartera, metió con cuidado en ella el papel, y lo depositó todo dentro de un escritorio, que cerró con llave. Recobró entonces la calma; pero su primer entusiasmo había desaparecido por completo. Aun así, parecía mucho más abstraído que malhumorado. A medida que avanzaba la tarde, se mostraba más absorto en un sueño del que no lograron arrancarle ninguna de mis ocurrencias. Al principio había yo pensado pasar la noche en la cabaña, como hacía con frecuencia antes; pero, viendo a mi huésped en aquella actitud, juzgué más conveniente marcharme. No me instó a que me quedase; pero, al partir, estrechó mi mano con más cordialidad que de costumbre.

Un mes o cosa así después de esto (y durante ese lapso de tiempo no volví a ver a Legrand), recibí la visita, en Charleston, de su criado Júpiter. No había yo visto nunca al viejo y buen negro tan decaído, y temí que le hubiera sucedido a mi amigo algún serio infortunio.

—Bueno, Júpiter —dije—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está tu amo?

—¡Vaya! A decir verdad, massa, no está tan bien como debiera.

—¡Que no está bien! Siento de verdad la noticia. ¿De qué se queja?

—¡Ah, caramba! ¡Ahí está la cosa! No se queja nunca de nada; pero, de todas maneras, está muy malo.

—¡Muy malo, Júpiter! ¿Por qué no lo has dicho enseguida? ¿Está en la cama?

—No, no, no está en la cama. No está bien en ninguna parte, y ahí le aprieta el zapato. Tengo la cabeza trastornada con el pobre massa Will.

—Júpiter, quisiera comprender algo de eso que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha dicho qué tiene?

—Bueno, massa; es inútil romperse la cabeza pensando en eso. Massa Will dice que no tiene nada; pero entonces ¿por qué va de un lado para otro, con la cabeza baja y la espalda curvada, mirando al suelo, más blanco que una oca? Y haciendo garabatos todo el tiempo...

—¿Haciendo qué?

—Haciendo números con figuras sobre una pizarra; las figuras más raras que he visto nunca. Le digo que voy sintiendo miedo. Tengo que estar siempre con un ojo sobre él. El otro día se me escapó antes de amanecer y estuvo fuera todo el santo día. Había yo cortado un buen palo para darle una tunda de las que duelen cuando volviese a comer; pero fui tan tonto, que no tuve valor: ¡parece tan desgraciado!

—¿Eh? ¡Cómo! ¡Ah, sí! Después de todo has hecho bien en no ser demasiado severo con el pobre muchacho. No hay que pegarle, Júpiter; no está bien, seguramente. Pero ¿no puedes formarte una idea de lo que ha ocasionado esa enfermedad o más bien ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algo desagradable desde que no le veo?

—No, massa, no ha ocurrido nada desagradable desde entonces, sino antes; sí, eso temo: el mismo día en que usted estuvo allí.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Pues... quiero hablar del escarabajo, y nada más.

—¿De qué?

—Del escarabajo... Estoy seguro de que massa Will ha sido picado en alguna parte de la cabeza por ese escarabajo de oro.

—¿Y qué motivos tienes tú, Júpiter, para hacer tal suposición?

—Tiene ese bicho demasiadas uñas para eso, y también boca. No he visto nunca un escarabajo tan endiablado; coge y pica todo lo que se le acerca. Massa Will le había cogido..., pero enseguida le soltó, se lo aseguro... Le digo a usted que entonces es, sin duda, cuando le ha picado. La cara y la boca de ese escarabajo no me gustan; por eso no he querido cogerlo con mis dedos; pero he buscado un trozo de papel para meterlo. Le envolví en un trozo de papel con otro pedacito en la boca; así lo hice.

—¿Y tú crees que tu amo ha sido picado realmente por el escarabajo, y que esa picadura le ha puesto enfermo?

—No lo creo, lo sé. ¿Por qué está siempre soñando con oro, sino porque le ha picado el escarabajo de oro? Ya he oído hablar de esos escarabajos de oro.

—Pero ¿cómo sabes que sueña con oro?

—¿Cómo lo sé? Porque habla de ello hasta durmiendo; por eso lo sé.

—Bueno, Júpiter; quizá tengas razón, pero ¿a qué feliz circunstancia debo hoy el honor de tu visita?

—¿Qué quiere usted decir, massa?

—¿Me traes algún mensaje de mister Legrand?

—No, massa; le traigo este papel.

Y Júpiter me entregó una esquela que decía lo siguiente:

«Querido amigo: ¿Por qué no le veo hace tanto tiempo? Espero que no cometerá usted la tontería de sentirse ofendido por aquella pequeña brusquedad mía; pero no, no es probable.

»Desde que le vi, siento un gran motivo de inquietud. Tengo algo que decirle; pero apenas sé cómo decírselo, o incluso no sé si se lo diré.

»No estoy del todo bien desde hace unos días, y el pobre viejo Jup me aburre de un modo insoportable con sus buenas intenciones y cuidados. ¿Lo creerá usted? El otro día había preparado un garrote para castigarme por haberme escapado y pasado el día solus en las colinas del continente. Creo de veras que sólo mi mala cara me salvó de la paliza.

»No he añadido nada a mi colección desde que no nos vemos.

»Si puede usted, sin gran inconveniente, venga con Júpiter. Venga. Deseo verle esta noche para un asunto de importancia. Le aseguro que es de la más alta importancia. Siempre suyo,

WILLIAM LEGRAND».

Había algo en el tono de esta carta que me produjo una gran inquietud. El estilo difería en absoluto del de Legrand. ¿Con qué podía él soñar? ¿Qué nueva chifladura dominaba su excitable mente? ¿Qué «asunto de la más alta importancia» podía él tener que resolver? El relato de Júpiter no presagiaba nada bueno.

Temía yo que la continua opresión del infortunio hubiese a la larga trastornado por completo la razón de mi amigo. Sin un momento de vacilación, me dispuse a acompañar al negro.

Al llegar al fondeadero, vi una guadaña y tres azadas, todas evidentemente nuevas, que yacían en el fondo del barco donde íbamos a navegar.

—¿Qué significa todo eso, Jup? —pregunté.

—Es una guadaña, massa, y unas azadas.

—Es cierto; pero ¿qué hacen aquí?

—Massa Will me ha dicho que comprase eso para él en la ciudad, y lo he pagado muy caro; nos cuesta un dinero de mil demonios.

—Pero, en nombre de todo lo que hay de misterioso, ¿qué va a hacer tu «massa Will» con esa guadaña y esas azadas?

—No me pregunte más de lo que sé; que el diablo me lleve si lo sé yo tampoco. Pero todo eso es cosa del escarabajo.

Viendo que no podía obtener ninguna aclaración de Júpiter, cuya inteligencia entera parecía estar absorbida por el escarabajo, bajé al barco y desplegué la vela. Una agradable y fuerte brisa nos empujó rápidamente hasta la pequeña ensenada al norte del fuerte Moultrie, y un paseo de unas dos millas nos llevó hasta la cabaña. Serían alrededor de las tres de la tarde cuando

llegamos. Legrand nos esperaba preso de viva impaciencia. Asió mi mano con nervioso empujamiento que me alarmó, aumentando mis sospechas nacientes. Su cara era de una palidez espectral, y sus ojos, muy hundidos, brillaban con un fulgor sobrenatural. Después de algunas preguntas sobre mi salud, quise saber, no ocurriéndome nada mejor que decir, si el teniente G*** le había devuelto el escarabajo.

—¡Oh, sí! —replicó, poniéndose muy colorado—. Lo recogí a la mañana siguiente. Por nada me separaría de ese escarabajo. ¿Sabe usted que Júpiter tiene toda la razón respecto a eso?

—¿En qué? —pregunté con un triste presentimiento en el corazón.

—En suponer que el escarabajo es de oro de veras.

Dijo esto con un aire de profunda seriedad que me produjo una indecible desazón.

—Ese escarabajo hará mi fortuna —prosiguió él, con una sonrisa triunfal — al reintegrarme mis posesiones familiares. ¿Es de extrañar que yo lo aprecie tanto? Puesto que la Fortuna ha querido concederme esa dádiva, no tengo más que usarla adecuadamente, y llegaré hasta el oro del cual ella es indicio. ¡Júpiter, trae ese escarabajo!

—¡Cómo! ¿El escarabajo, massa? Prefiero no tener jaleos con el escarabajo; ya sabrá cogerlo usted mismo.

En este momento Legrand se levantó con un aire solemne e imponente, y fue a sacar el insecto de un fanal, dentro del cual le había dejado. Era un hermoso escarabajo desconocido en aquel tiempo por los naturalistas, y por supuesto, de un gran valor desde un punto de vista científico. Ostentaba dos manchas negras en un extremo del dorso, y en el otro, una más alargada. El caparazón era notablemente duro y brillante, con un aspecto de oro bruñido. Tenía un peso notable, y, bien considerada la cosa, no podía yo censurar demasiado a Júpiter por su opinión respecto a él; pero érame imposible comprender que Legrand fuese de igual opinión.

—Le he enviado a buscar —dijo él, en un tono grandilocuente, cuando hube terminado mi examen del insecto—; le he enviado a buscar para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de los designios del Destino y del escarabajo...

—Mi querido Legrand —interrumpí—, no está usted bien, sin duda, y haría mejor en tomar algunas precauciones. Váyase a la cama, y me quedaré con usted unos días, hasta que se restablezca. Tiene usted fiebre y...

—Tómeme usted el pulso —dijo él.

Se lo tomé, y a decir verdad, no encontré el menor síntoma de fiebre.

—Pero puede estar enfermo sin tener fiebre. Permítame esta vez tan sólo que actúe de médico con usted. Y después...

—Se equivoca —interrumpió él—; estoy tan bien como puedo esperar estarlo con la excitación que sufro. Si realmente me quiere usted bien, aliviará esta excitación.

—¿Y qué debo hacer para eso?

—Es muy fácil. Júpiter y yo partimos a una expedición por las colinas, en el continente, y necesitamos para ella la ayuda de una persona en quien podamos confiar. Es usted esa persona única. Ya sea un éxito o un fracaso, la excitación que nota usted en mí se apaciguará igualmente con esa expedición.

—Deseo vivamente servirle a usted en lo que sea —repliqué—; pero ¿pretende usted decir que ese insecto infernal tiene alguna relación con su expedición a las colinas?

—La tiene.

—Entonces, Legrand, no puedo tomar parte en tan absurda empresa.

—Lo siento, lo siento mucho, pues tendremos que intentar hacerlo nosotros solos.

—¡Intentarlo ustedes solos! (¡Este hombre está loco, seguramente!) Pero veamos, ¿cuánto tiempo se propone usted estar ausente?

—Probablemente, toda la noche. Vamos a partir enseguida, y en cualquiera de los casos, estaremos de vuelta al salir el sol.

—¿Y me promete por su honor que, cuando ese capricho haya pasado y el asunto del escarabajo (¡Dios mío!) esté arreglado a su satisfacción, volverá usted a casa y seguirá con exactitud mis prescripciones como las de su médico?

—Sí, se lo prometo; y ahora, partamos, pues no tenemos tiempo que perder.

Acompañé a mi amigo, con el corazón apesadumbrado. A cosa de las cuatro nos pusimos en camino Legrand, Júpiter, el perro y yo, Júpiter cogió la guadaña y las azadas. Insistió en cargar con todo ello, más bien, me pareció, por temor a dejar una de aquellas herramientas en manos de su amo que por un exceso de celo o de complacencia. Mostraba un humor de perros, y estas palabras, «condenado escarabajo», fueron las únicas que se escaparon de sus labios durante el viaje. Por mi parte estaba encargado de un par de linternas, mientras Legrand se había contentado con el escarabajo, que llevaba atado al extremo de un trozo de cuerda; lo hacía girar de un lado para otro, con un aire de nigromante, mientras caminaba. Cuando observaba yo aquel último y

supremo síntoma del trastorno mental de mi amigo, no podía apenas contener las lágrimas. Pensé, no obstante, que era preferible acceder a su fantasía, al menos por el momento, o hasta que pudiese yo adoptar algunas medidas más enérgicas con una probabilidad de éxito. Entretanto, intenté, aunque en vano, sondearle respecto al objeto de la expedición. Habiendo conseguido inducirme a que le acompañase, parecía mal dispuesto a entablar conversación sobre un tema de tan poca importancia, y a todas mis preguntas no les concedía otra respuesta que un «Ya veremos».

Atravesamos en una barca la ensenada en la punta de la isla, y trepando por los altos terrenos de la orilla del continente, seguimos la dirección noroeste, a través de una región sumamente salvaje y desolada, en la que no se veía rastro de un pie humano. Legrand avanzaba con decisión, deteniéndose solamente algunos instantes, aquí y allá, para consultar ciertas señales que debía de haber dejado él mismo en una ocasión anterior.

Caminamos así cerca de dos horas, e iba a ponerse el sol, cuando entramos en una región infinitamente más triste que todo lo que habíamos visto antes. Era una especie de meseta cerca de la cumbre de una colina casi inaccesible, cubierta de espesa arboleda de la base a la cima, y sembrada de enormes bloques de piedra que parecían esparcidos en mezcolanza sobre el suelo, y muchos de los cuales se hubieran precipitado a los valles inferiores sin la contención de los árboles en que se apoyaban. Profundos barrancos, que se abrían en varias direcciones, daban un aspecto de solemnidad más lúgubre al paisaje.

La plataforma natural sobre la cual habíamos trepado estaba tan repleta de zarzas, que nos dimos cuenta muy pronto de que sin la guadaña nos hubiera sido imposible abrirnos paso. Júpiter, por orden de su amo, se dedicó a despejar el camino hasta el pie de un enorme tulípero que se alzaba, entre ocho o diez robles, sobre la plataforma, y que los sobrepasaba a todos, así como a los árboles que había yo visto hasta entonces, por la belleza de su follaje y forma, por la inmensa expansión de su ramaje y por la majestad general de su aspecto. Cuando hubimos llegado a aquel árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y le preguntó si se creía capaz de trepar por él. El viejo pareció un tanto azarado por la pregunta, y durante unos momentos no respondió. Por último, se acercó al enorme tronco, dio la vuelta a su alrededor y lo examinó con minuciosa atención. Cuando hubo terminado su examen, dijo simplemente:

—Sí, massa; Jup no ha encontrado en su vida árbol al que no pueda trepar.

—Entonces, sube lo más deprisa posible, pues pronto habrá demasiada oscuridad para ver lo que hacemos.

—¿Hasta dónde debo subir, massa? —preguntó Júpiter.

—Sube primero por el tronco, y entonces te diré qué camino debes seguir... ¡Ah, detente ahí! Lleva contigo este escarabajo.

—¡El escarabajo, massa Will, el escarabajo de oro! —gritó el negro, retrocediendo con terror—. ¿Por qué debo llevar ese escarabajo conmigo sobre el árbol? ¡Que me condene si lo hago!

—Si tienes miedo, Jup, tú, un negro grande y fuerte como pareces, a tocar un pequeño insecto muerto e inofensivo, puedes llevarlo con esta cuerda; pero si no quieres cogerlo de ningún modo, me veré en la necesidad de abrirte la cabeza con esta azada.

—¿Qué le pasa ahora, massa? —dijo Jup, avergonzado, sin duda, y más complaciente—. Siempre ha de tomarla con su viejo negro. Era sólo una broma y nada más. ¡Tener yo miedo al escarabajo! ¡Pues sí que me preocupa a mí el escarabajo!

Cogió con precaución la punta de la cuerda, y manteniendo al insecto tan lejos de su persona como las circunstancias lo permitían, se dispuso a subir al árbol.

En su juventud, el tulípero o Liriodendron Tulipiferum, el más magnífico de los árboles selváticos americanos, tiene un tronco liso en particular y se eleva con frecuencia a gran altura, sin producir ramas laterales; pero cuando llega a su madurez, la corteza se vuelve rugosa y desigual, mientras pequeños rudimentos de ramas aparecen en gran número sobre el tronco. Por eso la dificultad de la ascensión, en el caso presente, lo era mucho más en apariencia que en la realidad. Abrazando lo mejor que podía el enorme cilindro con sus brazos y sus rodillas, asiendo con las manos algunos brotes y apoyando sus pies descalzos sobre los otros, Júpiter, después de haber estado a punto de caer una o dos veces, se izó al final hasta la primera gran bifurcación y pareció entonces considerar el asunto como virtualmente realizado. En efecto, el riesgo de la empresa había ahora desaparecido, aunque el escalador estuviese a unos sesenta o setenta pies de la tierra.

—¿Hacia qué lado debo ir ahora, massa Will? —preguntó él.

—Sigue siempre la rama más ancha, la de ese lado —dijo Legrand.

El negro le obedeció con prontitud, y en apariencia, sin la menor inquietud; subió, subió cada vez más alto, hasta que desapareció su figura encogida entre el espeso follaje que la envolvía. Entonces se dejó oír su voz lejana gritando:

—¿Debo subir mucho todavía?

—¿A qué altura estás? —preguntó Legrand.

—Estoy tan alto —replicó el negro—, que puedo ver el cielo a través de la copa del árbol.

—No te preocupes del cielo, pero atiende a lo que te digo. Mira hacia abajo el tronco y cuenta las ramas que hay debajo de ti por ese lado. ¿Cuántas ramas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco. He pasado cinco ramas por ese lado, massa.

—Entonces sube una rama más.

Al cabo de unos minutos la voz se oyó de nuevo, anunciando que había alcanzado la séptima rama.

—Ahora, Jup —gritó Legrand, con una gran agitación—, quiero que te abras camino sobre esa rama hasta donde puedas. Si ves algo extraño, me lo dices.

Desde aquel momento las pocas dudas que podía yo haber tenido sobre la demencia de mi pobre amigo se disiparon por completo. No me quedaba otra alternativa que considerarle como atacado de locura, y me sentí seriamente preocupado con la manera de hacerle volver a casa.

Mientras reflexionaba sobre qué sería preferible hacer, volvió a oírse la voz de Júpiter.

—Tengo miedo de avanzar más lejos por esta rama; es una rama muerta en casi toda su extensión.

—¿Dices que es una rama muerta, Júpiter? —gritó Legrand con voz trémula.

—Sí, massa, muerta como un clavo de puerta, eso es cosa sabida; no tiene ni pizca de vida.

—¿Qué debo hacer, en nombre del Cielo? —preguntó Legrand, que parecía sumido en una gran desesperación.

—¿Qué debe hacer? —dije, satisfecho de que aquella oportunidad me permitiese colocar una palabra—. Volver a casa y meterse en la cama. ¡Vámonos ya! Sea usted amable, compañero. Se hace tarde; y además, acuérdesese de su promesa.

—¡Júpiter! —gritó él, sin escucharme en absoluto—, ¿me oyes?

—Sí, massa Will, le oigo perfectamente.

—Entonces tatea bien con tu cuchillo, y dime si crees que está muy podrida.

—Podrida, massa, podrida, sin duda —replicó el negro después de unos momentos—; pero no tan podrida como cabría creer. Podría avanzar un poco más, si estuviese yo solo sobre la rama, eso es verdad.

—¡Si estuvieras tú solo! ¿Qué quieres decir?

Hablo del escarabajo. Es muy pesado el tal escarabajo. Supongo que, si lo dejase caer, la rama soportaría bien, sin romperse, el peso de un negro.

—¡Maldito bribón! —gritó Legrand, que parecía muy reanimado—. ¿Qué tonterías estás diciendo? Si dejas caer el insecto, te retuerzo el pescuezo. Mira hacia aquí, Júpiter, ¿me oyes?

—Sí, massa; no hay que tratar así a un pobre negro.

—Bueno; escúchame ahora. Si te arriesgas sobre la rama todo lo lejos que puedas hacerlo sin peligro y sin soltar el insecto, te regalaré un dólar de plata tan pronto como hayas bajado.

—Ya voy, massa Will; ya voy allá —replicó el negro con prontitud—. Estoy al final ahora.

—¡Al final! —chilló Legrand, muy animado—. ¿Quieres decir que estás al final de esa rama?

—Estaré muy pronto al final, massa... ¡Ooooh! ¡Dios mío, misericordia! ¿Qué es eso que hay sobre el árbol?

—¡Bien! —gritó Legrand, muy contento—, ¿qué es eso?

—Pues sólo una calavera; alguien dejó su cabeza sobre el árbol, y los cuervos han picoteado toda la carne.

—¡Una calavera, dices! Muy bien... ¿Cómo está atada a la rama? ¿Qué la sostiene?

—Seguramente, se sostiene bien; pero tendré que ver. ¡Ah! Es una cosa curiosa, palabra... hay un clavo grueso clavado en esta calavera, que la retiene al árbol.

—Bueno; ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy a decirte, ¿me oyes?

—Sí, massa.

—Fíjate bien, y luego busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Hum! ¡Oh, esto sí que es bueno! No tiene ojo izquierdo ni por asomo.

—¡Maldita estupidez la tuya! ¿Sabes distinguir bien tu mano izquierda de tu mano derecha?

—Sí que lo sé, lo sé muy bien; mi mano izquierda es con la que parto la leña.

—¡Seguramente! Eres zurdo. Y tu ojo izquierdo está del mismo lado de tu mano izquierda. Ahora supongo que podrás encontrar el ojo izquierdo de la

calavera, o el sitio donde estaba ese ojo. ¿Lo has encontrado?

Hubo una larga pausa. Y finalmente, el negro preguntó:

—¿El ojo izquierdo de la calavera está del mismo lado que la mano izquierda del cráneo también?... Porque la calavera no tiene mano alguna... ¡No importa! Ahora he encontrado el ojo izquierdo, ¡aquí está el ojo izquierdo! ¿Qué debo hacer ahora?

—Deja pasar por él el escarabajo, tan lejos como pueda llegar la cuerda; pero ten cuidado de no soltar la punta de la cuerda.

—Ya está hecho todo, massa Will; era cosa fácil hacer pasar el escarabajo por el agujero... Mírelo cómo baja.

Durante este coloquio no podía verse ni la menor parte de Júpiter; pero el insecto que él dejaba caer aparecía ahora visible al extremo de la cuerda y brillaba, como una bola de oro bruñido a los últimos rayos del sol poniente, algunos de los cuales iluminaban todavía un poco la eminencia sobre la que estábamos colocados. El escarabajo, al descender, sobresalía visiblemente de las ramas, y si el negro le hubiese soltado, habría caído a nuestros pies. Legrand cogió enseguida la guadaña y despejó un espacio circular, de tres o cuatro yardas de diámetro, justo debajo del insecto. Una vez hecho esto, ordenó a Júpiter que soltase la cuerda y que bajase del árbol.

Con gran cuidado clavó mi amigo una estaca en la tierra sobre el lugar preciso donde había caído el insecto, y luego sacó de su bolsillo una cinta para medir. La ató por una punta al sitio del árbol que estaba más próximo a la estaca, la desenrolló hasta ésta y siguió desenrollándola en la dirección señalada por aquellos dos puntos —la estaca y el tronco— hasta una distancia de cincuenta pies; Júpiter limpiaba de zarzas el camino con la guadaña. En el sitio así encontrado clavó una segunda estaca, y tomándola como centro, describió un tosco círculo de unos cuatro pies de diámetro, aproximadamente. Cogió entonces una de las azadas, dio la otra a Júpiter y la otra a mí, y nos pidió que cavásemos lo más deprisa posible.

A decir verdad, yo no había sentido nunca un especial agrado con semejante diversión, y en aquel momento preciso, renunciaría a ella, pues la noche avanzaba, y me sentía muy fatigado con el ejercicio que hube de hacer; pero no veía modo alguno de escapar de aquello, y temía perturbar la ecuanimidad de mi pobre amigo con una negativa. De haber podido contar efectivamente con la ayuda de Júpiter, no hubiese yo vacilado en llevar a la fuerza al lunático a su casa; pero conocía demasiado bien el carácter del viejo negro para esperar su ayuda en cualquier circunstancia, y más en el caso de una lucha personal con su amo. No dudaba yo que Legrand estaba contaminado por alguna de las innumerables supersticiones del Sur referentes

a los tesoros escondidos, y que aquella fantasía hubiera sido confirmada por el hallazgo del escarabajo, o quizá por la obstinación de Júpiter en sostener que era «un escarabajo de oro de verdad». Una mentalidad predispuesta a la locura podía dejarse arrastrar por tales sugerencias, sobre todo si concordaban con sus ideas favoritas preconcebidas; y entonces recordé el discurso del pobre muchacho referente al insecto que iba a ser «el indicio de su fortuna». Por encima de todo ello, me sentía enojado y perplejo; pero al final decidí hacer ley de la necesidad y cavar con buena voluntad para convencer lo antes posible al visionario, con una prueba ocular, de la falacia de las opiniones que él mantenía.

Encendimos las linternas y nos entregamos a nuestra tarea con un celo digno de una causa más racional; y como la luz caía sobre nuestras personas y herramientas, no pude impedirme pensar en el grupo pintoresco que formábamos, y en que si algún intruso hubiese aparecido, por casualidad, en medio de nosotros, habría creído que realizábamos una labor muy extraña y sospechosa.

Cavamos con firmeza durante dos horas. Oíanse pocas palabras, y nuestra molestia principal la causaban los ladridos del perro, que sentía un interés excesivo por nuestros trabajos. A la larga se puso tan alborotado, que temimos diese la alarma a algunos merodeadores de las cercanías, o más bien era el gran temor de Legrand, pues, por mi parte, me habría regocijado cualquier interrupción que me hubiera permitido hacer volver al vagabundo a su casa. Finalmente, fue acallado el alboroto por Júpiter, quien, lanzándose fuera del hoyo con un aire resuelto y furioso, embozaló el hocico del animal con uno de sus tirantes y luego volvió a su tarea con una risita ahogada.

Cuando expiró el tiempo mencionado, el hoyo había alcanzado una profundidad de cinco pies, y aun así, no aparecía el menor indicio de tesoro. Hicimos una pausa general, y empecé a tener la esperanza de que la farsa tocaba a su fin. Legrand, sin embargo, aunque a todas luces muy desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo y volvió a empezar. Habíamos cavado el círculo entero de cuatro pies de diámetro, y ahora superamos un poco aquel límite y cavamos dos pies más. No apareció nada. El buscador de oro, por el que sentía yo una sincera compasión, saltó del hoyo al cabo, con la más amarga desilusión grabada en su cara, y se decidió, lenta y pesarosamente, a ponerse la chaqueta, que se había quitado al empezar su labor. En cuanto a mí, me guardé de hacer ninguna observación. Júpiter, a una señal de su mano, comenzó a recoger las herramientas. Hecho esto, y una vez quitado el bozal al perro, volvimos en un profundo silencio hacia la casa.

Habríamos dado acaso una docena de pasos, cuando, con un tremendo juramento, Legrand se arrojó sobre Júpiter y le agarró del cuello. El negro, atónito, abrió los ojos y la boca en todo su tamaño, soltó las azadas y cayó de

rodillas.

—¡Eres un bergante! —dijo Legrand, haciendo silbar las sílabas entre sus labios apretados—, ¡un malvado negro! ¡Habla, te digo! ¡Contéstame al instante y sin mentir! ¿Cuál es... cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Oh, misericordia, massa Will! ¿No es, seguramente, éste mi ojo izquierdo? —rugió, aterrorizado, Júpiter, poniendo su mano sobre el órgano derecho de su visión, y manteniéndola allí con la tenacidad de la desesperación, como si temiese que su amo fuese a arrancárselo.

—¡Lo sospechaba! ¡Lo sabía! ¡Hurra! —vociferó Legrand, soltando al negro y dando una serie de corvetas y cabriolas, ante el gran asombro de su criado, quien, alzándose sobre sus rodillas, miraba en silencio a su amo y a mí, a mí y a su amo.

—¡Vamos! Debemos volver —dijo éste—. No está aún perdida la partida —y se encaminó de nuevo hacia el tulípero—. Júpiter —dijo, cuando llegamos al pie del árbol—, ¡ven aquí! ¿Estaba la calavera clavada a la rama con la cara vuelta hacia fuera, o hacia la rama?

—La cara está vuelta hacia afuera, massa; así es que los cuervos han podido comerse muy bien los ojos, sin la menor dificultad.

—Bueno; entonces, ¿has dejado caer el insecto por este ojo o por este otro? —y Legrand tocaba alternativamente los ojos de Júpiter.

—Por este ojo, massa, por el ojo izquierdo, exactamente como usted me dijo.

Y el negro volvió a señalar su ojo derecho.

Entonces mi amigo, en cuya locura veía yo, o me imaginaba ver, ciertos indicios de método, trasladó la estaca que marcaba el sitio donde había caído el insecto, unas tres pulgadas hacia el oeste de su primera posición. Colocando ahora la cinta de medir desde el punto más cercano del tronco hasta la estaca, como antes hiciera, y extendiéndola en línea recta a una distancia de cincuenta pies, donde señalaba la estaca, la alejó varias yardas del sitio donde habíamos estado cavando.

Alrededor del nuevo punto trazó ahora un círculo, un poco más ancho que el primero, y volvimos a manejar la azada. Estaba yo atrozmente cansado; pero, sin darme cuenta de lo que había ocasionado aquel cambio en mi pensamiento, no sentía ya gran aversión por aquel trabajo impuesto. Me interesaba de un modo inexplicable; más aún, me excitaba. Tal vez había en todo el extravagante comportamiento de Legrand cierto aire de presciencia, de deliberación, que me impresionaba. Cavaba con ardor, y de cuando en cuando me sorprendía buscando, por decirlo así, con los ojos, movidos de un

sentimiento que se parecía mucho a la espera, aquel tesoro imaginario, cuya visión había trastornado a mi infortunado compañero. En uno de esos momentos en que tales fantasías mentales se habían apoderado más a fondo de mí, y cuando llevábamos trabajando quizá una hora y media, fuimos de nuevo interrumpidos por los violentos ladridos del perro. Su inquietud, en el primer caso, era, sin duda, el resultado de un retozo o de un capricho; pero ahora asumía un tono más áspero y más serio. Cuando Júpiter se esforzaba por volver a ponerle un bozal, ofreció el animal una furiosa resistencia, y saltando dentro del hoyo, se puso a cavar, frenético, con sus uñas. En unos segundos había dejado al descubierto una masa de osamentas humanas, formando dos esqueletos íntegros, mezclados con varios botones de metal y con algo que nos pareció ser lana podrida y polvorienta. Uno o dos azadonazos hicieron saltar la hoja de un ancho cuchillo español, y al cavar más, surgieron a la luz tres o cuatro monedas de oro y de plata.

Al ver aquello, Júpiter no pudo apenas contener su alegría; pero la cara de su amo expresó una extraordinaria desilusión. Nos rogó, con todo, que continuásemos nuestros esfuerzos, y apenas había dicho aquellas palabras, tropecé y caí hacia delante, al engancharse la punta de mi bota en una ancha argolla de hierro que yacía medio enterrada en la tierra blanda.

Nos pusimos a trabajar ahora con gran diligencia, y nunca he pasado diez minutos de más intensa excitación. Durante este intervalo desenterramos por completo un cofre oblongo de madera que, por su perfecta conservación y asombrosa dureza, había sido sometido a algún procedimiento de mineralización, acaso por obra del bicloruro de mercurio. Dicho cofre tenía tres pies y medio de largo, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba asegurado con firmeza por unos flejes de hierro forjado, remachados, y que formaban alrededor una especie de enrejado. De cada lado del cofre, cerca de la tapa, había tres argollas de hierro —seis en total—, por medio de las cuales seis personas podían asirla. Nuestros esfuerzos unidos sólo consiguieron moverlo ligeramente de su lecho. Vimos enseguida la imposibilidad de transportar un peso tan grande. Por fortuna, la tapa estaba sólo asegurada con dos tornillos movibles. Los sacamos, trémulos y palpitantes de ansiedad. En un instante, un tesoro de incalculable valor apareció refulgente ante nosotros. Los rayos de las linternas caían en el hoyo, haciendo brotar de un montón confuso de oro y de joyas destellos y brillos que cegaban del todo nuestros ojos.

No intentaré describir los sentimientos con que contemplaba aquello. El asombro, naturalmente, predominaba sobre los demás. Legrand parecía exhausto por la excitación, y no profirió más que algunas palabras. En cuanto a Júpiter, su rostro durante unos minutos adquirió la máxima palidez que puede tomar la cara de un negro en tales circunstancias. Parecía estupefacto,

fulminado. Pronto cayó de rodillas en el hoyo, y hundiendo sus brazos hasta el codo en el oro, los dejó allí, como si gozase del placer de un baño. A la postre exclamó con un hondo suspiro, como en un monólogo:

—¡Y todo esto viene del escarabajo de oro! ¡Del pobre escarabajito, al que yo insultaba y calumniaba! ¿No te avergüenzas de ti mismo, negro? ¡Anda, contéstame!

Fue menester, por último, que despertase a ambos, al amo y al criado, ante la conveniencia de transportar el tesoro. Se hacía tarde y teníamos que desplegar cierta actividad, si queríamos que todo estuviese en seguridad antes del amanecer. No sabíamos qué determinación tomar, y perdimos mucho tiempo en deliberaciones, de lo trastornadas que teníamos nuestras ideas. Por último, aligeramos de peso al cofre quitando las dos terceras partes de su contenido, y pudimos, en fin, no sin dificultad, sacarlo del hoyo. Los objetos que habíamos extraído fueron depositados entre las zarzas, bajo la custodia del perro, al que Júpiter ordenó que no se moviera de su puesto bajo ningún pretexto, y que no abriera la boca hasta nuestro regreso. Entonces nos pusimos presurosamente en camino con el cofre; llegamos sin accidente a la cabaña, aunque después de tremendas penalidades, y a la una de la madrugada. Rendidos como estábamos, no hubiese habido naturaleza humana capaz de reanudar la tarea acto seguido. Permanecimos descansando hasta las dos; luego cenamos, y enseguida partimos hacia las colinas, provistos de tres grandes sacos que, por una suerte feliz, habíamos encontrado antes. Llegamos al filo de las cuatro a la fosa, nos repartimos el botín, con la mayor igualdad posible y dejando el hoyo sin tapar, volvimos hacia la cabaña, en la que depositamos por segunda vez nuestra carga de oro, a tiempo que los primeros débiles rayos del alba aparecían por encima de las copas de los árboles hacia el este.

Estábamos completamente destrozados, pero la intensa excitación de aquel momento nos impidió todo reposo. Después de un agitado sueño de tres o cuatro horas de duración, nos levantamos, como si estuviéramos de acuerdo, para efectuar el examen de nuestro tesoro.

El cofre había sido llenado hasta los bordes, y empleamos el día entero y gran parte de la noche siguiente en escudriñar su contenido. No mostraba ningún orden o arreglo. Todo había sido amontonado allí, en confusión. Habiéndolo clasificado cuidadosamente, nos encontramos en posesión de una fortuna que superaba todo cuanto habíamos supuesto. En monedas había más de cuatrocientos cincuenta mil dólares, estimando el valor de las piezas con tanta exactitud como pudimos, por las tablas de cotización de la época. No había allí una sola partícula de plata. Todo era oro de una fecha muy antigua y de una gran variedad: monedas francesas, españolas y alemanas, con algunas guineas inglesas y varios discos de los que no habíamos visto antes ejemplar

alguno. Había varias monedas muy grandes y pesadas, pero tan desgastadas, que nos fue imposible descifrar sus inscripciones. No se encontraba allí ninguna americana. La valoración de las joyas presentó muchas más dificultades. Había diamantes, algunos de ellos muy finos y voluminosos, en total ciento diez, y ninguno pequeño; dieciocho rubíes de un notable brillo, trescientas diez esmeraldas hermosísimas, veintiún zafiros y un ópalo. Todas aquellas piedras habían sido arrancadas de sus monturas y arrojadas en revoltijo al interior del cofre. En cuanto a las monturas mismas, que clasificamos aparte del otro oro, parecían haber sido machacadas a martillazos para evitar cualquier identificación. Además de todo aquello, había una gran cantidad de adornos de oro macizo: cerca de doscientas sortijas y pendientes de orejas, de extraordinario grosor; ricas cadenas, en número de treinta, si no recuerdo mal; noventa y tres grandes y pesados crucifijos; cinco incensarios de oro de gran valía; una prodigiosa ponchera de oro, adornada con hojas de parra muy bien engastadas, y con figuras de bacantes; dos empuñaduras de espada exquisitamente repujadas, y otros muchos objetos más pequeños que no puedo recordar. El peso de todo ello excedía de las trescientas cincuenta libras avoirdupois, y en esta valoración no he incluido ciento noventa y siete relojes de oro soberbios, tres de los cuales valdrían cada uno quinientos dólares. Muchos eran viejísimos y desprovistos de valor como tales relojes: sus maquinarias habían sufrido más o menos de la corrosión de la tierra; pero todos estaban ricamente adornados con pedrerías, y las cajas eran de gran precio. Valoramos aquella noche el contenido total del cofre en un millón y medio de dólares, y cuando más tarde dispusimos de los dijes y joyas (quedándonos con algunos para nuestro uso personal), nos encontramos con que habíamos hecho una tasación muy por debajo del tesoro.

Cuando terminamos nuestro examen, y al propio tiempo se calmó un tanto aquella intensa excitación, Legrand, que me veía consumido de impaciencia por conocer la solución de aquel extraordinario enigma, entró a pleno detalle en las circunstancias relacionadas con él.

—Recordará usted —dijo— la noche en que le mostré el tosco bosquejo que había hecho del escarabajo. Recordará también que me molestó mucho el que insistiese en que mi dibujo se parecía a una calavera. Cuando hizo usted por primera vez su afirmación, creí que bromeaba; pero después pensé en las manchas especiales sobre el dorso del insecto, y reconocí en mi interior que su observación tenía en realidad cierta ligera base. A pesar de todo, me irritó su burla respecto a mis facultades gráficas, pues estoy considerado como un buen artista, y por eso, cuando me tendió usted el trozo de pergamino, estuve a punto de estrujarlo y de arrojarlo, enojado, al fuego.

—Se refiere usted al trozo de papel —dije.

—No; aquello tenía el aspecto de papel, y al principio yo mismo supuse

que lo era; pero, cuando quise dibujar sobre él, descubrí enseguida que era un trozo de pergamino muy viejo. Estaba todo sucio, como recordará. Bueno; cuando me disponía a estrujarlo, mis ojos cayeron sobre el esbozo que usted había examinado, y ya puede imaginarse mi asombro al percibir realmente la figura de una calavera en el sitio mismo donde había yo creído dibujar el insecto. Durante un momento me sentí demasiado atónito para pensar con sensatez. Sabía que mi esbozo era muy diferente en detalle de éste, aunque existiese cierta semejanza en el contorno general. Cogí enseguida una vela y, sentándome al otro extremo de la habitación, me dediqué a un examen minucioso del pergamino. Dándole vueltas, vi mi propio bosquejo sobre el reverso, ni más ni menos que como lo había hecho. Mi primera impresión fue entonces de simple sorpresa ante la notable semejanza efectiva del contorno; y resulta una coincidencia singular el hecho de aquella imagen, desconocida para mí, que ocupaba el otro lado del pergamino debajo mismo de mi dibujo del escarabajo, y de la calavera aquella que se parecía con tanta exactitud a dicho dibujo no sólo en el contorno, sino en el tamaño. Digo que la singularidad de aquella coincidencia me dejó pasmado durante un momento. Es éste el efecto habitual de tales coincidencias. La mente se esfuerza por establecer una relación (una ilación de causa y efecto), y siendo incapaz de conseguirlo, sufre una especie de parálisis pasajera. Pero cuando me recobré de aquel estupor, sentí surgir en mí poco a poco una convicción que me sobrecogió más aún que aquella coincidencia. Comencé a recordar de una manera clara y positiva que no había ningún dibujo sobre el pergamino cuando hice mi esbozo del escarabajo. Tuve la absoluta certeza de ello, pues me acordé de haberle dado vueltas a un lado y a otro buscando el sitio más limpio... Si la calavera hubiera estado allí, la habría yo visto, por supuesto. Existía allí un misterio que me sentía incapaz de explicar; pero desde aquel mismo momento me pareció ver brillar débilmente, en las más remotas y secretas cavidades de mi entendimiento, una especie de luciérnaga de la verdad de la cual nos había aportado la aventura de la última noche una prueba tan magnífica. Me levanté al punto, y guardando con cuidado el pergamino dejé toda reflexión ulterior para cuando pudiese estar solo.

»En cuanto se marchó usted, y Júpiter estuvo profundamente dormido, me dediqué a un examen más metódico de la cuestión. En primer lugar, quise comprender de qué modo aquel pergamino estaba en mi poder. El sitio en que descubrimos el escarabajo se hallaba en la costa del continente, a una milla aproximada al este de la isla, pero a corta distancia sobre el nivel de la marea alta. Cuando le cogí, me picó con fuerza, haciendo que le soltase. Júpiter, con su acostumbrada prudencia, antes de agarrar el insecto, que había volado hacia él, buscó a su alrededor una hoja o algo parecido con que apresarle. En ese momento sus ojos, y también los míos, cayeron sobre el trozo de pergamino que supuse era un papel. Estaba medio sepultado en la arena, asomando una

parte de él. Cerca del sitio donde lo encontramos vi los restos del casco de un gran barco, según me pareció. Aquellos restos de un naufragio debían de estar allí desde hacía mucho tiempo, pues apenas podía distinguirse su semejanza con la armazón de un barco.

»Júpiter recogió, pues, el pergamino, envolvió en él al insecto y me lo entregó. Poco después volvimos a casa y encontramos al teniente G***. Le enseñé el ejemplar y me rogó que le permitiese llevárselo al fuerte. Accedí a ello y se lo metió en el bolsillo de su chaleco sin el pergamino en que iba envuelto y que había conservado en la mano durante su examen. Quizá temió que cambiase de opinión y prefirió asegurar enseguida su presa; ya sabe usted que es un entusiasta de todo cuanto se relaciona con la historia natural. En aquel momento, sin darme cuenta de ello, debí de guardarme el pergamino en el bolsillo.

»Recordará usted que cuando me senté ante la mesa a fin de hacer un bosquejo del insecto no encontré papel donde habitualmente se guarda. Miré en el cajón, y no lo encontré allí. Rebusqué mis bolsillos, esperando hallar en ellos alguna carta antigua, cuando mis dedos tocaron el pergamino. Le detallo a usted de un modo exacto cómo cayó en mi poder, pues las circunstancias me impresionaron con una fuerza especial.

»Sin duda alguna, usted me creyó un soñador; pero yo había establecido ya una especie de conexión. Acababa de unir dos eslabones de una gran cadena. Allí había un barco que naufragó en la costa, y no lejos de aquel barco, un pergamino, no un papel, con una calavera pintada sobre él. Va usted, naturalmente, a preguntarme: ¿dónde está la relación? Le responderé que la calavera es el emblema muy conocido de los piratas. Llevan izado el pabellón con la calavera en todos sus combates.

»Como le digo, era un trozo de pergamino, y no de papel. El pergamino es de una materia duradera casi indestructible. Rara vez se consignan sobre uno cuestiones de poca monta, ya que se adapta mucho peor que el papel a las simples necesidades del dibujo o de la escritura. Esta reflexión me indujo a pensar en algún significado, en algo que tenía relación con la calavera. No dejé tampoco de observar la forma del pergamino. Aunque una de las esquinas aparecía rota por algún accidente, podía verse bien que la forma original era oblonga. Se trataba precisamente de una de esas tiras que se escogen como memorándum, para apuntar algo que desea uno conservar largo tiempo y con cuidado.

—Pero —le interrumpí— dice usted que la calavera no estaba sobre el pergamino cuando dibujó el insecto. ¿Cómo entonces establece una relación entre el barco y la calavera, puesto que esta última, según su propio aserto, debe de haber sido dibujada (Dios únicamente sabe cómo y por quién) en

algún período posterior a su apunte del escarabajo?

—¡Ah! Sobre eso gira todo el misterio, aunque he tenido, en comparación, poca dificultad en resolver ese extremo del secreto. Mi marcha era segura y no podía conducirme más que a un solo resultado. Razoné así, por ejemplo: al dibujar el escarabajo, no aparecía la calavera sobre el pergamino. Cuando terminé el dibujo, se lo di a usted y le observé con fijeza hasta que me lo devolvió. No era usted, por tanto, quien había dibujado la calavera, ni estaba allí presente nadie que hubiese podido hacerlo. No había sido, pues, realizado por un medio humano. Y, sin embargo, allí estaba.

»En este momento de mis reflexiones, me dediqué a recordar, y recordé, en efecto, con entera exactitud, cada incidente ocurrido en el intervalo en cuestión. La temperatura era fría (¡oh raro y feliz accidente!) y el fuego llameaba en la chimenea. Había yo entrado en calor con el ejercicio y me senté junto a la mesa. Usted, empero, tenía vuelta su silla, muy cerca de la chimenea. En el momento justo de dejar el pergamino en su mano, y cuando iba usted a examinarlo, Wolf, el terranova, entró y saltó hacia sus hombros. Con su mano izquierda usted le acariciaba, intentando apartarle, cogido el pergamino con la derecha, entre sus rodillas y cerca del fuego. Hubo un instante en que creí que la llama iba a alcanzarlo, y me disponía a decírselo; pero antes de que hubiese yo hablado la retiró usted y se dedicó a examinarlo. Cuando hube considerado todos estos detalles, no dudé ni un segundo que aquel calor había sido el agente que hizo surgir a la luz sobre el pergamino la calavera cuyo contorno veía señalarse allí. Ya sabe que hay y ha habido en todo tiempo preparaciones químicas por medio de las cuales es posible escribir sobre papel o sobre vitela caracteres que así no resultan visibles hasta que son sometidos a la acción del fuego. Se emplea algunas veces el zafre, digerido en agua regia y diluido en cuatro veces su peso de agua; de ello se origina un tono verde. El régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitro, da el rojo. Estos colores desaparecen a intervalos más o menos largos, después de que la materia sobre la cual se ha escrito se enfría, pero reaparecen a una nueva aplicación de calor.

»Examiné entonces la calavera con toda meticulosidad. Los contornos, los más próximos al borde del pergamino, resultaban mucho más claros que los otros. Era evidente que la acción del calor había sido imperfecta o desigual. Encendí inmediatamente el fuego y sometí cada parte del pergamino al calor ardiente. Al principio no tuvo aquello más efecto que reforzar las líneas débiles de la calavera; pero, perseverando en el ensayo, se hizo visible, en la esquina de la tira diagonalmente opuesta al sitio donde estaba trazada la calavera, una figura que supuse de primera intención era la de una cabra. Un examen más atento, no obstante, me convenció de que habían intentado representar un cabritillo.

—¡Ja, ja! —exclamé—. No tengo, sin duda, derecho a burlarme de usted (un millón y medio de dólares es algo muy serio para tomarlo a broma). Pero no iré a establecer un tercer eslabón en su cadena; no querrá encontrar ninguna relación especial entre sus piratas y una cabra; los piratas, como sabe, no tienen nada que ver con las cabras; eso es cosa de los granjeros.

—Pero si acabo de decirle que la figura no era la de una cabra.

—Bueno, la de un cabritillo, entonces; viene a ser casi lo mismo.

—Casi, pero no del todo —dijo Legrand—. Debe usted de haber oído hablar de un tal capitán Kidd. Consideré enseguida la figura de ese animal como una especie de firma logográfica o jeroglífica. Digo firma porque el sitio que ocupaba sobre el pergamino sugería esa idea. La calavera, en la esquina diagonal opuesta, tenía así el aspecto de un sello, de una estampilla. Pero me hallé dolorosamente desconcertado ante la ausencia de todo lo demás del cuerpo de mi imaginado documento, del texto de mi contexto.

—Supongo que esperaba usted encontrar una carta entre el sello y la firma.

—Algo por el estilo. El hecho es que me sentí irresistiblemente impresionado por el presentimiento de una buena fortuna inminente. No podría decir por qué. Tal vez, después de todo, era más bien un deseo que una verdadera creencia; pero ¿no sabe que las absurdas palabras de Júpiter, afirmando que el escarabajo era de oro macizo, hicieron un notable efecto sobre mi imaginación? Y luego, esa serie de accidentes y coincidencias era, en realidad, extraordinaria. ¿Observa usted lo que había de fortuito en que esos acontecimientos ocurriesen el único día del año en que ha hecho, ha podido hacer, el suficiente frío para necesitarse fuego, y que, sin ese fuego, o sin la intervención del perro en el preciso momento en que apareció, no habría podido yo enterarme de lo de la calavera, ni habría entrado nunca en posesión del tesoro?

—Pero continúe... Me consume la impaciencia.

—Bien; habrá usted oído hablar de muchas historias que corren, de esos mil vagos rumores acerca de tesoros enterrados en algún lugar de la costa del Atlántico por Kidd y sus compañeros. Esos rumores deben de tener algún fundamento real. Y si existían desde hace tanto tiempo y con tanta persistencia, ello se debía, a mi juicio, tan sólo a la circunstancia de que el tesoro enterrado permanecía enterrado. Si Kidd hubiese escondido un botín durante cierto tiempo y lo hubiera recuperado después, no habrían llegado tales rumores hasta nosotros en su invariable forma actual. Observe que esas historias giran todas alrededor de buscadores, no de descubridores de tesoros. Si el pirata hubiera recuperado su botín, el asunto habría terminado allí. Parecíame que algún accidente (por ejemplo, la pérdida de la nota que

indicaba el lugar preciso) debía de haberle privado de los medios para recuperarlo, llegando ese accidente a conocimiento de sus compañeros, quienes, de otro modo, no hubiesen podido saber nunca que un tesoro había sido escondido y que con sus búsquedas infructuosas, por carecer de guía al intentar recuperarlo, dieron nacimiento primero a ese rumor, difundido universalmente por entonces, y a las noticias tan corrientes ahora. ¿Ha oído usted hablar de algún tesoro importante que haya sido desenterrado a lo largo de la costa?

—Nunca.

—Pues es muy notorio que Kidd los había acumulado inmensos. Daba yo así por supuesto que la tierra seguía guardándolos, y no le sorprenderá mucho si le digo que abrigaba una esperanza que aumentaba casi hasta la certeza: la de que el pergamino tan singularmente encontrado contenía la última indicación del lugar donde se depositaba.

—Pero ¿cómo procedió usted?

—Expuse de nuevo la vitela al fuego, después de haberlo avivado; pero no apareció nada. Pensé entonces que era posible que la capa de mugre tuviera que ver en aquel fracaso: por eso lavé con esmero el pergamino vertiendo agua caliente encima, y una vez hecho esto, lo coloqué en una cacerola de cobre, con la calavera hacia abajo, y puse la cacerola sobre una lumbre de carbón. A los pocos minutos, estando ya la cacerola calentada a fondo, saqué la tira de pergamino; y fue inexpresable mi alegría al encontrarla manchada, en varios sitios, con signos que parecían cifras alineadas. Volví a colocarla en la cacerola, y la dejé allí otro minuto. Cuando la saqué, estaba enteramente igual a como va usted a verla.

Y al llegar aquí, Legrand, habiendo calentado de nuevo el pergamino, lo sometió a mi examen. Los caracteres siguientes aparecían de manera toscamente trazada, en color rojo, entre la calavera y la cabra:

—Pero —dije, devolviéndole la tira— sigo estando tan a oscuras como antes. Si todas las joyas de Golconda esperasen de mí la solución de este enigma, estoy en absoluto seguro de que sería incapaz de obtenerlas.

—Y el caso es —dijo Legrand— que la solución no resulta tan difícil como cabe imaginarla tras del primer examen apresurado de los caracteres. Estos caracteres, según pueden todos adivinarlo fácilmente, forman una cifra, es decir, contienen un significado; pero por lo que sabemos de Kidd, no podía suponerle capaz de construir una de las más abstrusas criptografías. Pensé, pues, lo primero, que ésta era de una clase sencilla, aunque tal, sin embargo, que pareciese absolutamente indescifrable para la tosca inteligencia del marinero, sin la clave.

—¿Y la resolvió usted, en verdad?

—Fácilmente; había yo resuelto otras diez mil veces más complicadas. Las circunstancias y cierta predisposición mental me han llevado a interesarme por tales acertijos, y es, en realidad, dudoso que el genio humano pueda crear un enigma de ese género que el mismo ingenio humano no resuelva con una aplicación adecuada. En efecto, una vez que logré descubrir una serie de caracteres visibles, no me preocupó apenas la simple dificultad de desarrollar su significación.

»En el presente caso, y realmente en todos los casos de escritura secreta, la primera cuestión se refiere al lenguaje de la cifra, pues los principios de solución, en particular tratándose de las cifras más sencillas, dependen del genio peculiar de cada idioma y pueden ser modificadas por éste. En general no hay otro medio para conseguir la solución que ensayar (guiándose por las probabilidades) todas las lenguas que os sean conocidas, hasta encontrar la verdadera. Pero en la cifra de este caso toda dificultad quedaba resuelta por la firma. El retruécano sobre la palabra Kidd sólo es posible en lengua inglesa. Sin esa circunstancia hubiese yo comenzado mis ensayos por el español y el francés, por ser las lenguas en las cuales un pirata de mares españoles hubiera debido, con más naturalidad, escribir un secreto de ese género. Tal como se presentaba, presumí que el criptograma era inglés.

»Fíjese usted en que no hay espacios entre las palabras. Si los hubiese habido, la tarea habría sido fácil en comparación. En tal caso hubiera yo comenzado por hacer una colación y un análisis de las palabras cortas, y de haber encontrado, como es muy probable, una palabra de una sola letra (a o I-uno, yo, por ejemplo), habría estimado la solución asegurada. Pero como no había espacios allí, mi primera medida era averiguar las letras predominantes, así como las que se encontraban con menos frecuencia. Las conté todas y formé la siguiente tabla:

»Ahora bien: la letra que se encuentra con mayor frecuencia en inglés es la e. Después, la serie es la siguiente: a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z. La e predomina de un modo tan notable, que es raro encontrar una frase sola de cierta longitud de la que no sea el carácter principal.

»Tenemos, pues, nada más comenzar, una base para algo más que una simple conjetura. El uso general que puede hacerse de esa tabla es obvio; pero para esta cifra particular sólo nos serviremos de ella muy parcialmente. Puesto que nuestro signo predominante es el 8, empezaremos por ajustarlo a la e del alfabeto natural. Para comprobar esta suposición, observemos si el 8 aparece a menudo por pares, pues la e se dobla con gran frecuencia en inglés, en palabras como, por ejemplo, meet, speed, seen, been, agree, etcétera. En el caso presente, vemos que está doblado lo menos cinco veces, aunque el

criptograma sea breve.

»Tomemos, pues, el 8 como e. Ahora, de todas las palabras de la lengua, the es la más usual; por tanto, debemos ver si no está repetida la combinación de tres signos, siendo el último de ellos el 8. Si descubrimos repeticiones de tal letra, así dispuestas, representarán, muy probablemente, la palabra the. Una vez comprobado esto, encontraremos no menos de siete de tales combinaciones, siendo los signos 48 en total. Podemos, pues, suponer que; representa t, 4 representa h, y 8 representa e, quedando este último así comprobado. Hemos dado ya un gran paso.

»Acabamos de establecer una sola palabra; pero ello nos permite establecer también un punto más importante; es decir, varios comienzos y terminaciones de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el penúltimo caso en que aparece la combinación ; 48 casi al final de la cifra. Sabemos que el; que viene inmediatamente después es el comienzo de una palabra, y de los seis signos que siguen a ese the, conocemos, por lo menos, cinco. Sustituyamos, pues, esos signos por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido:

t eeth.

»Debemos, lo primero, desechar el th como no formando parte de la palabra que comienza por la primera t, pues vemos, ensayando el alfabeto entero para adaptar una letra al hueco, que es imposible formar una palabra de la que ese th pueda formar parte. Reduzcamos, pues, los signos a

t ee.

»Y volviendo al alfabeto, si es necesario, como antes, llegamos a la palabra tree (árbol), como la única que puede leerse. Ganamos así otra letra, la r, representada por (, más las palabras yuxtapuestas the tree (el árbol).

»Un poco más lejos de estas palabras, a poca distancia, vemos de nuevo la combinación ;48 y la empleamos como terminación de lo que precede inmediatamente. Tenemos así esta distribución:

o sustituyendo con letras naturales los signos que conocemos, leeremos esto:

»Ahora, si sustituimos los signos desconocidos por espacios blancos o por puntos leeremos:

the tree thr... h the,

y, por tanto, la palabra through (por, a través) resulta evidente por sí misma. Pero este descubrimiento nos da tres nuevas

»Buscando ahora cuidadosamente en las cifras combinaciones de signos

conocidos, encontraremos no lejos del comienzo esta disposición:

83 (88, o agree,

que es, evidentemente, la terminación de la palabra degree (grado), que nos da otra letra, la d, representada por +.

»Cuatro letras más lejos de la palabra degree, observamos la combinación, cuyos signos conocidos traducimos, representando el desconocido por puntos, como antes; y leemos:

th. rtea.

»Arreglo que nos sugiere acto seguido la palabra thirteen (trece) y que nos vuelve a proporcionar dos letras nuevas, la i y la n, representadas por 6 y *.

»Volviendo ahora al principio del criptograma, encontramos la combinación.

»Traduciendo como antes, obtendremos

. good.

»Lo cual nos asegura que la primera letra es una A, y que las dos primeras palabras son A good (un bueno, una buena).

»Sería tiempo ya de disponer nuestra clave, conforme a lo descubierto, en forma de tabla, para evitar confusiones. Nos dará lo siguiente:

»Tenemos así no menos de diez de las letras más importantes representadas, y es inútil buscar la solución con esos detalles. Ya le he dicho lo suficiente para convencerle de que cifras de ese género son de fácil solución, y para darle algún conocimiento de su desarrollo razonado. Pero tenga la seguridad de que la muestra que tenemos delante pertenece al tipo más sencillo de la criptografía. Sólo me queda darle la traducción entera de los signos escritos sobre el pergamino, ya descifrados. He aquí:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh, limb east side shoot from the left eye of the death'shead a bee-line from the tree throught the shot fifty feet out.

—Pero —dije— el enigma me parece de tan mala calidad como antes. ¿Cómo es posible sacar un sentido cualquiera de toda esa jerga referente a «la silla del diablo», «la cabeza de muerto» y «el hostel o la hostería del obispo»?

—Reconozco —replicó Legrand— que el asunto presenta un aspecto serio cuando echa uno sobre él una ojeada casual. Mi primer empeño fue separar lo escrito en las divisiones naturales que había intentado el criptógrafo.

—¿Quiere usted decir, puntuarlo?

—Algo por el estilo.

—Pero ¿cómo le fue posible hacerlo?

—Pensé que el rasgo característico del escritor había consistido en agrupar sus palabras sin separación alguna, queriendo así aumentar la dificultad de la solución. Ahora bien: un hombre poco agudo, al perseguir tal objeto, tendrá, seguramente, la tendencia a superar la medida. Cuando en el curso de su composición llegaba a una interrupción de su tema que requería, naturalmente, una pausa o un punto, se excedió, en su tendencia a agrupar sus signos, más que de costumbre. Si observa usted ahora el manuscrito le será fácil descubrir cinco de esos casos de inusitado agrupamiento. Utilizando ese indicio hice la consiguiente división:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat —forty one degrees and thirteen minutes —northeast and by north —main branch seventh limb east side —shoot from the left eye of the death's-head —a bee line from the tree through the shot fifty feet ou.

—Aun con esa separación —dije—, sigo estando a oscuras.

—También yo lo estuve —replicó Legrand— por espacio de algunos días, durante los cuales realicé diligentes pesquisas en las cercanías de la isla de Sullivan, sobre una casa que llevase el nombre de Hotel del Obispo, pues, por supuesto, deseché la palabra anticuada «hostal, hostería». No logrando ningún informe sobre la cuestión, estaba a punto de extender el campo de mi búsqueda y de obrar de un modo más sistemático, cuando una mañana se me ocurrió de repente que aquel «Bishop's Hostel» podía tener alguna relación con una antigua familia apellidada Bessop, la cual, desde tiempo inmemorial, era dueña de una antigua casa solariega a unas cuatro millas, aproximadamente, al norte de la isla. De acuerdo con lo cual fui a la plantación, y comencé de nuevo mis pesquisas entre los negros más viejos del lugar. Por último, una de las mujeres de más edad me dijo que ella había oído hablar de un sitio como Bessop's Castle (castillo de Bessop), y que creía poder conducirme hasta él, pero que no era un castillo, ni mesón, sino una alta roca.

»Le ofrecí retribuirle bien por su molestia, y después de alguna vacilación, consintió en acompañarme hasta aquel sitio. Lo descubrimos sin gran dificultad; entonces la despedí y me dediqué al examen del paraje. El “castillo” consistía en una agrupación irregular de macizos y rocas, una de éstas muy notable tanto por su altura como por su aislamiento y su aspecto artificial. Trepé a la cima, y entonces me sentí perplejo ante lo que debía hacer después.

»Mientras meditaba en ello, mis ojos cayeron sobre un estrecho reborde en

la cara oriental de la roca, a una yarda quizá por debajo de la cúspide donde estaba colocado. Aquel reborde sobresalía unas dieciocho pulgadas, y no tendría más de un pie de anchura; un entrante en el risco, justamente encima, le daba una tosca semejanza con las sillas de respaldo cóncavo que usaban nuestros antepasados. No dudé que fuese aquello la “silla del diablo” a la que aludía el manuscrito, y me pareció descubrir ahora el secreto entero del enigma.

»El “buen vaso”, lo sabía yo, no podía referirse más que a un catalejo, pues los marineros de todo el mundo rara vez emplean la palabra “vaso” en otro sentido. Comprendí ahora enseguida que debía utilizarse un catalejo desde un punto de vista determinado que no admitía variación. No dudé un instante en pensar que las frases “cuarenta y un grado y trece minutos” y “nordeste cuarto de norte” debían indicar la dirección en que debía apuntarse el catalejo. Sumamente excitado por aquellos descubrimientos, marché, presuroso, a casa, cogí un catalejo y volví a la roca.

»Me dejé escurrir sobre el reborde y vi que era imposible permanecer sentado allí, salvo en una posición especial. Este hecho confirmó mi preconcebida idea. Me dispuse a utilizar el catalejo. Naturalmente, los “cuarenta y un grados y trece minutos” podían aludir sólo a la elevación por encima del horizonte visible, puesto que la dirección horizontal estaba indicada con claridad por las palabras “nordeste cuarto de norte”. Establecí esta última dirección por medio de una brújula de bolsillo; luego, apuntando el catalejo con tanta exactitud como pude con un ángulo de cuarenta y un grados de elevación, lo moví con cuidado de arriba abajo, hasta que detuvo mi atención una grieta circular u orificio en el follaje de un gran árbol que sobresalía de todos los demás, a distancia. En el centro de aquel orificio divisé un punto blanco; pero no pude distinguir al principio lo que era. Graduando el foco del catalejo, volví a mirar, y comprobé ahora que era un cráneo humano.

»Después de este descubrimiento, consideré con entera confianza el enigma como resuelto, pues la frase “rama principal, séptimo vástago, lado este” no podía referirse más que a la posición de la calavera sobre el árbol, mientras lo de “soltar desde el ojo izquierdo de la cabeza de muerto” no admitía tampoco más que una interpretación con respecto a la busca de un tesoro enterrado. Comprendí que se trataba de dejar caer una bala desde el ojo izquierdo, y que una línea recta (línea de abeja), partiendo del punto más cercano al tronco por “la bala” (o por el punto donde cayese la bala), y extendiéndose desde allí a una distancia de cincuenta pies, indicaría el sitio preciso, y debajo de este sitio juzgué que era, por lo menos, posible que estuviese allí escondido un depósito valioso.

—Todo eso —dije— es harto claro, y asimismo ingenioso, sencillo y explícito. Y cuando abandonó usted el Hotel del Obispo, ¿qué hizo?

—Pues habiendo anotado escrupulosamente la orientación del árbol, me volví a casa. Sin embargo, en el momento de abandonar «la silla del diablo», el orificio circular desapareció, y de cualquier lado que me volviese érame ya imposible divisarlo. Lo que me parece el colmo del ingenio en este asunto es el hecho (pues, al repetir la experiencia, me he convencido de que es un hecho) de que la abertura circular en cuestión resulta sólo visible desde un punto que es el indicado por esa estrecha cornisa sobre la superficie de la roca.

»En esta expedición al Hotel del Obispo fui seguido por Júpiter, quien observaba, sin duda, desde hacía unas semanas, mi aire absorto, y ponía un especial cuidado en no dejarme solo. Pero al día siguiente me levanté muy temprano, conseguí escaparme de él, y corrí a las colinas, en busca del árbol. Me costó mucho trabajo encontrarlo. Cuando volví a casa por la noche, mi criado se disponía a vapulearme. En cuanto al resto de la aventura, creo que está usted tan enterado como yo.

—Supongo —dije— que equivocó usted el sitio en las primeras excavaciones, a causa de la estupidez de Júpiter dejando caer el escarabajo por el ojo derecho de la calavera en lugar de hacerlo por el izquierdo.

—Exactamente. Esa equivocación originaba una diferencia de dos pulgadas y media, poco más o menos, en relación con la bala, es decir, en la posición de la estaca junto al árbol, y si el tesoro hubiera estado bajo la «bala», el error habría tenido poca importancia; pero «la bala», y al mismo tiempo el punto más cercano al árbol, representaban simplemente dos puntos para establecer una línea de dirección; claro está que el error, aunque insignificante al principio, aumentaba al avanzar siguiendo la línea, y cuando hubimos llegado a una distancia de cincuenta pies, nos había apartado por completo de la pista. Sin mi idea arraigada a fondo de que había allí algo enterrado, todo nuestro trabajo hubiera sido inútil.

—Pero su grandilocuencia, su actitud balanceando el insecto, ¡cuán excesivamente estrambóticas! Tenía yo la certeza de que estaba usted loco. ¿Y por qué insistió en dejar caer el escarabajo desde la calavera, en vez de una bala?

—¡Vaya! Para serle franco, me sentía algo molesto por sus claras sospechas respecto a mi sano juicio, y decidí castigarle algo, a mi manera, con un poquito de serena mistificación. Por esa razón balanceaba yo el insecto, y por esa razón también quise dejarlo caer desde el árbol. Una observación que hizo usted acerca de su peso me sugirió esta última idea.

—Sí, lo comprendo; y ahora no hay más que un punto que me desconcierta. ¿Qué vamos a decir de los esqueletos encontrados en el hoyo?

—Ésa es una pregunta a la cual, lo mismo que usted, no sería yo capaz de

contestar. No veo, por cierto, más que un modo plausible de explicar eso; pero mi sugerencia entraña una atrocidad tal, que resulta horrible de creer. Parece claro que Kidd (si fue verdaderamente Kidd quien escondió el tesoro, lo cual no dudo), parece claro que él debió de hacerse ayudar en su trabajo. Pero, una vez terminado éste, pudo juzgar conveniente suprimir a todos los que compartían su secreto. Acaso un par de azadonazos fueron suficientes, mientras sus ayudantes estaban ocupados en el hoyo; acaso necesitó una docena. ¿Quién nos lo dirá?

EL REY PESTE

(HISTORIA QUE CONTIENE UNA ALEGORÍA)

Alrededor de las doce, una noche del mes de octubre, durante el reinado caballeresco del tercero de los Eduardos, dos marineros pertenecientes a la tripulación de la Free and Easy (Libre y Feliz), goleta mercante que navegaba entre la Esclusa (Sluis en holandés) y el Támesis, anclada entonces en ese río, se quedaron muy sorprendidos de encontrarse sentados en el local de una taberna de la parroquia de San Andrés, en Londres, taberna que tenía por muestra el retrato del Marinero Alegre.

El local, aunque mal arreglado, ennegrecido por el humo, bajo de techo, y muy de acuerdo bajo todos conceptos con el carácter general de tales lugares en aquella época, estaba, a juicio de los grupos grotescos dispersos aquí y allá, bastante bien adaptado a su finalidad.

De aquellos grupos, nuestros dos marineros formaban, creo, el más interesante, si no el más sobresaliente.

El que parecía de más edad, y a quien su compañero se dirigía con el nombre característico de Legs (piernas, patas), era al mismo tiempo con mucho el más alto de los dos. Podría medir seis pies y medio, y una habitual inclinación de hombros parecía ser la consecuencia natural de tan enorme estatura. Su exceso en altura estaba, sin embargo, más que compensado por deficiencias en otros conceptos. Era sumamente flaco, y hubiese podido, como lo afirmaban sus compañeros, servir, cuando estaba borracho, de banderola de un palo mayor, o, encontrándose sereno, de botalón de bauprés. Pero estas chanzas y otras por el estilo no habían producido, por lo visto, ningún efecto jamás sobre los músculos faciales de la risa del marinero. Con sus pómulos salientes, su ancha nariz aguileña, su mentón deprimido y sus grandes ojos claros y protuberantes, la expresión de su fisonomía, aunque teñida de una especie de obstinada indiferencia por todos los asuntos y cosas en general, no

por eso era menos de todo punto solemne y sería más allá de toda imitación o descripción.

El marinero joven era en todo su aspecto exterior la inversa de su compañero. Su estatura no excedería de los cuatro pies. Unas piernas arqueadas y regordetas soportaban su rechoncha y pesada persona, mientras sus brazos, singularmente cortos y gruesos, terminados en unos puños extraordinarios, se movían colgantes a sus costados como aletas de una tortuga marina. Unos ojillos de un color indefinido centelleaban, muy hundidos en sus órbitas. Su nariz quedaba sepultada en la masa de carne que envolvía su cara redonda, llena y colorada, y su grueso labio superior descansaba sobre el inferior, más grueso aún, con un aire de satisfacción personal, hartamente aumentada por la costumbre que tenía su propietario de chupárselos de cuando en cuando. Miraba, por supuesto, a su alto camarada con un sentimiento mitad de admiración y mitad de burla, y a veces, cuando le contemplaba, su cara parecía el sol rojizo poniéndose sobre las rocas de Ben Nevis.

Pues bien: las peregrinaciones de la digna pareja por las diferentes tabernas de las cercanías habían sido variadas y llenas de acontecimientos. Pero los fondos, hasta los más amplios, no son siempre eternos, y nuestros amigos se habían aventurado con los bolsillos vacíos en la taberna de ahora.

En el momento preciso en que comienza propiamente esta historia, Legs y su compañero Hugh Tarpaulin estaban sentados, cada cual acodado sobre la ancha mesa de roble en medio del local, y apoyada la mejilla sobre una mano. Desde detrás de una gran botella de humming-stuff miraban las ominosas palabras «Nada de yeso», que, no sin indignación y asombro por su parte, estaban escritas sobre la puerta con tiza, la impudente arcilla cuya presencia se atrevían aquéllas a negar. No es que la facultad de descifrar los caracteres escritos —facultad considerada entre la comunidad de aquel tiempo como un poco menos cabalística que el arte de redactarlos— pudiese, en estricta justicia, ser imputada a los dos discípulos del mar; pero había, a decir verdad, un cierto retorcimiento en la formación de las letras, y en el conjunto no sé qué indescriptible cabeceo, que presagiaban, en opinión de los marineros, una larga singladura de tiempo cochino y que los decidieron enseguida, según frase alegórica de Legs, «a darle a las bombas, arriar todo el velamen y correr viento en popa».

Por consiguiente, habiendo consumido lo que quedaba de ale, y después de abrochase bien sus cortos chaquetones, salieron al fin presurosos a la calle. Aunque Tarpaulin rodó dos veces hacia la chimenea, confundiéndola con la puerta, por último, su fuga se realizó con felicidad, y a las doce y media de la noche hallamos a nuestros héroes preparados a todo evento, y bajando a la carrera una oscura callejuela en dirección a la escalera de San Andrés, encarnizadamente perseguidos por la dueña del Marinero Alegre.

Muchos años antes y después de la época en que sucede esta memorable historia, con periodicidad, toda Inglaterra, pero más en especial la metrópoli, resonaba con el grito espantoso de «¡La Peste!». La ciudad estaba en gran parte despoblada, y en los horribles parajes cercanos al Támesis, entre aquellos pasajes y callejuelas sombríos, estrechos y sucios, que el Demonio de la Plaga había escogido, según se suponía, como lugar de nacimiento, se encontraba únicamente y se pavoneaban en público el Miedo, el Terror y la Superstición.

Por decreto del rey, tales barrios estaban proscritos, y se prohibía a toda persona, bajo pena de muerte, penetrar en su lúgubre soledad. Sin embargo, ni la orden del monarca, ni las enormes barreras levantadas a la entrada de las calles, ni la perspectiva de aquella repugnante muerte que casi con plena seguridad aniquilaba al desgraciado a quien ningún peligro podía disuadir de la aventura, impedían que las casas desamuebladas y vacías fuesen saqueadas, por la mano de una nocturna rapiña, de toda clase de objetos, como hierro, bronce o plomo, que podían reportar de cualquier modo algún lucro.

Era corriente, sobre todo, encontrar, al abrir anualmente en invierno las barreras, cómo las cerraduras, los cerrojos y las cuevas secretas habían protegido muy mal aquellos ricos almacenes de vinos y licores que, dados los riesgos y dificultades del transporte, muchos de los numerosos comerciantes con tiendas en la vecindad habían confiado, durante el período del destierro, a tan insuficiente garantía.

Pero, entre la gente sobrecogida por el terror, muy pocos atribuían aquellos hechos a la acción de unas manos humanas. Los espíritus y los duendes de la peste, los demonios de la fiebre eran para el vulgo los trasgos dañinos; y se contaban a todas horas relatos que helaban la sangre de tal modo, que la masa entera de las casas prohibidas quedó a la larga envuelta en terror como un sudario, y el propio ladrón, espantado con frecuencia por el horror que sus mismos saqueos habían creado, abandonaban el vasto círculo del barrio prohibido a las tinieblas, al silencio, a la pestilencia y a la muerte.

Una de esas terroríficas barreras antes mencionadas, y que indicaba cómo la parte situada más allá era de las que condenaba el edicto de la peste, fue por la que Legs y el digno Hugh Tarpaulin, quienes bajaban corriendo una callejuela, vieron su avance cortado de repente. No había que pensar en retroceder ni podían perder el tiempo, pues sus perseguidores iban pisándoles los talones. Para unos marineros de pura raza trepar por aquella armazón toscamente ensamblada era una bagatela, y enloquecidos por la doble excitación de la carrera y del licor, saltaron con resolución dentro del recinto y reanudaron su huida ebria con gritos y aullidos, perdiéndose pronto en aquellos parajes recónditos, intrincados y malolientes.

De no haber tenido trastornado su sentido moral, sus pasos vacilantes hubiesen quedado paralizados por el horror de la situación. El aire era frío y brumoso. Entre la hierba alta y espesa que se les enroscaba a los tobillos, yacían las losas desencajadas en bárbaro desorden. Las casas derruidas obstruían las calles. Los más fétidos y venenosos miasmas flotaban por todas partes, y debido a esa débil luz que aún a medianoche emana siempre de una atmósfera vaporosa y pestilencial, hubiera podido vislumbrarse, yacente en los pasajes, y en las callejuelas, o pudriéndose en las casas sin ventanas, la carroña de algún saqueador nocturno, detenido por la mano de la peste cuando perpetraba su latrocinio.

Pero no tenían poder unas imágenes, sensaciones u obstáculos como aquellos para detener la carrera de dos hombres valerosos por naturaleza, y sobre todo en aquel momento, que, rebosantes de arrojo y de humming-stuff se habrían metido, tan en derechura como su estado lo hubiese permitido, intrépidamente, entre las auténticas mandíbulas de la Muerte. Adelante, siempre hacia delante marchaba el formidable Legs, haciendo resonar los ecos y los dobles ecos de aquella desolada solemnidad con aullidos semejantes al terrorífico alarido de guerra de los indios, y adelante, siempre adelante, rodaba el rechoncho Tarpaulin, cogido al chaquetón de su compañero, más ágil, y superando los más enérgicos esfuerzos de este último en aquel género de música vocal, con mugidos in basso lanzados desde la profundidad de sus pulmones estentóreos.

Evidentemente, habían llegado ahora a la ciudadela de la peste. A cada paso o a cada caída su camino hacía se más infecto y más horrible, la ruta más estrecha e intrincada. Grandes piedras y vigas caían de cuando en cuando de los tejados derruidos, demostrando con sus caídas pesadas y tétricas la enorme altura de las casas circunvecinas; y cuando se les hacía preciso realizar un esfuerzo enérgico para abrirse paso entre los frecuentes montones de basura, no era raro que sus manos cayesen sobre un esqueleto o se apoyasen en carnes cadavéricas.

De repente, los marineros tropezaron contra la entrada de un gran edificio de aspecto lúgubre. Un grito más agudo que de costumbre salió de la garganta del excitado Legs, y fue contestado desde dentro por una rápida sucesión de chillidos salvajes, diabólicos, parecidos a carcajadas. Sin arredrarse por tales sonidos, que por su naturaleza, en tal lugar y en tal momento, hubiesen helado la sangre en corazones menos irrevocablemente incendiados, la pareja de borrachos se precipitaron con la cabeza baja contra la puerta, la echaron abajo y cayeron en medio de las cosas con una andanada de maldiciones.

La habitación en la que se hallaron resultó ser el local de una empresa de pompas fúnebres; pero una trampa, abierta en un rincón del piso junto a la puerta, daba sobre una larga hilera de bodegas, cuyas profundidades, como lo

proclamó un ruido de botellas que se rompen, estaban bien surtidas de su apropiado contenido. En medio de la habitación se levantaba una mesa, en cuyo centro había una enorme ponchera, al parecer. Botellas de vinos y licores diversos, con cacharros, jarros y frascos de todas las formas y clases, estaban esparcidos profusamente sobre el tablero. Alrededor, sobre soportes de ataúdes, sentábase una tertulia de seis personas. Intentaré describirlas una por una.

Enfrente de la puerta, y un poco más en alto que sus compañeros, sentábase un personaje que parecía presidir la mesa. Era delgado, de alta estatura, y Legs se quedó atónito viendo un ser más flaco que él. Su cara era tan amarilla como el azafrán; pero ninguno de sus rasgos, a excepción de uno solo, estaba lo bastante marcado para merecer una descripción especial. Ese rasgo único consistía en una frente tan inusitada y a tal punto alta, que tenía el aspecto de un bonete o de una corona de carne añadidos a su cabeza natural. Su boca estaba fruncida y curvada por una expresión de horrenda afabilidad, y sus ojos, como los de todas las personas sentadas ante la mesa, brillaban con los vapores de la embriaguez. Aquel gentleman iba vestido de pies a cabeza con un paño mortuorio ricamente bordado de terciopelo de seda negro, arrollado al desgaire en torno a su cuerpo a la manera de una capa española. Su cabeza estaba cubierta a porfía de negros penachos de carroza fúnebre que él balanceaba de un lado a otro con aire garboso y engreído, y en su mano derecha tenía un enorme fémur humano con el cual acababa de golpear a uno de los miembros de la compañía para que cantase.

Frente a él, y de espaldas a la puerta, se hallaba una dama de un aspecto no menos extraordinario. Aunque tan alta como el personaje descrito, no tenía ella ningún derecho a quejarse de una delgadez sobrenatural. Estaba, por las trazas, en el último período de la hidropesía, y su figura se parecía mucho a la enorme pipa de cerveza de octubre que se alzaba, con la tapa hundida, muy cerca de ella, en un rincón de la estancia. Su cara era sobrado redonda, roja y llena, y ofrecía la misma particularidad o más bien la ausencia de particularidad que he mencionado antes en el caso del presidente, es decir, que un solo rasgo de su fisonomía requería una descripción por separado: realmente, el agudo Tarpaulin notó enseguida que aquella misma observación podía aplicarse a todos los componentes de la reunión; cada uno de ellos parecía tener el monopolio de una sola parte especial de fisonomía. En la dama en cuestión esa parte era la boca. Comenzaba en la oreja derecha y se extendía con rapidez hasta la izquierda, como un abismo terrorífico; los pendientes cortos desaparecían sin cesar dentro de la abertura. Ella, no obstante, hacía todos los esfuerzos posibles para conservar la boca cerrada y tener un aire digno. Su vestido consistía en un sudario recién almidonado y planchado que le subía hasta la barbilla, con un cuello plisado de muselina de batista.

A su derecha estaba sentada una diminuta damisela, a la que parecía proteger. Aquella delicada y pequeña criatura presentaba, por el temblor de sus descarnados dedos, el tono lívido de sus labios y la leve mancha héctica que teñía su cutis también plomizo, indicios evidentes de una tisis galopante. Un aire de extraordinario haut ton, empero, se difundía por toda su persona. Llevaba de una manera graciosa y degagé un largo y lindo sudario de fino linón de la India; sus cabellos caían en bucles sobre su cuello, y una suave sonrisa jugueteaba sobre su boca; pero su nariz, sumamente larga, delgada, sinuosa, flexible y pustulosa, pendía más baja que su labio inferior, y a pesar de la manera delicada con que la movía de cuando en cuando de un lado a otro con su lengua, daba a su fisonomía una expresión un tanto equívoca.

Frente a ella, a la izquierda de la dama hidrópica, estaba sentado un viejecillo hinchado, asmático y gotoso, cuyas mejillas descansaban sobre sus hombros como dos enormes odres de vino de Oporto. Con sus brazos cruzados y una de sus piernas vendada, puesta sobre la mesa, parecía contemplarse a sí mismo como teniendo derecho a cierta consideración. Le enorgullecía mucho, sin duda, cada pulgada de su persona; pero sentía un especial deleite en atraer la atención con su sobretodo, de un color llamativo. En verdad, dicha prenda debía de haberle costado no poco dinero, y le sentaba muy bien; estaba hecho con una de esas fundas de seda curiosamente bordadas, pertenecientes a esos gloriosos escudos de armas que en Inglaterra y en otras partes se suelen colgar en algún sitio visible, sobre la fachada de las casas de la aristocracia ausente.

Junto a él, y a la derecha del presidente, estaba un gentleman con largas medias blancas y calzones de algodón. Toda su persona aparecía agitada de una manera ridícula por un ataque de lo que Tarpaulin llamaba «los horrores». Sus mandíbulas, recién afeitadas, se apretaban con una venda de muselina, y sus brazos, atados de igual modo, por las muñecas, le impedían servirse con demasiada libertad de los licores que había sobre la mesa; precaución que hacía necesaria, en opinión de Legs, el aspecto embotado de su cara de borracho. Mientras, un par de orejas prodigiosas, que era, sin duda, imposible aprisionar, sobresalían en el espacio de la estancia, y se erguían de cuando en cuando con un espasmo al ruido de cada taponazo.

Enfrente de él, sexto y último, estaba colocado un personaje de aspecto extrañamente rígido y que, atacado de parálisis, debía de sentirse, hablando en serio, muy poco a gusto dentro de sus incómodas ropas. Iba ataviado, traje singularísimo, con un hermoso ataúd nuevo de caoba. El remate pesaba sobre el cráneo del interesado como un casco, y se extendía sobre aquél a modo de un capuchón, dando a la faz entera un aire de indescriptible interés. Habían sido abiertas unas escotaduras a los dos lados, tanto por elegancia como por comodidad; pero semejante atuendo impedía a su propietario mantenerse recto en su silla, como sus compañeros, y reclinado sobre su soporte en un ángulo

de cuarenta y cinco grados, sus grandes ojos saltones giraban en sus horribles globos blancos hacia el techo, asombrados por completo de su enormidad.

Ante cada uno de ellos había la mitad de un cráneo, que era usado a guisa de copa. Por encima de sus cabezas pendía un esqueleto humano por medio de una cuerda atada alrededor de una de las piernas y fija en un anillo del techo. La otra pierna, no retenida por semejante ligadura, sobresalía del cuerpo en ángulo recto, haciendo bailar y entrechocar la osamenta entera, suelta y bamboleante, a cada ráfaga de viento que penetraba en la estancia. El cráneo de aquella cosa horrenda contenía cierta cantidad de carbón encendido que lanzaba sobre toda la escena una luz vacilante, pero viva, y los féretros y demás objetos pertenecientes a una tienda de pompas fúnebres, amontonados hasta arriba alrededor de la habitación y contra las ventanas, impedían que se escapara ningún rayo de luz a la calle.

A la vista de tan extraordinaria reunión y de sus no menos extraordinarios atavíos, nuestros dos marineros no se comportaron con todo el decoro que debía esperarse de ellos. Legs, apoyándose contra la pared junto a la cual se hallaba casualmente, dejó caer su mandíbula inferior más de lo acostumbrado y abrió de par en par sus ojos, mientras Hugh Tarpaulin, bajándose hasta poner su nariz al nivel de la mesa y apoyando sus manos sobre las rodillas, prorrumpió en un largo, fuerte y estrepitoso rugido que era una inmoderada e intempestiva risotada.

Pese a lo cual, sin sentirse ofendido por una conducta tan grosera, el alto presidente sonrió con gentileza a los intrusos, inclinó ante ellos con dignidad su cabeza adornada de plumas negras, y, levantándose, cogió a cada uno de un brazo y los condujo hacia un asiento que algunos de los otros compañeros de la reunión habían apercibido entretanto para que se acomodasen. Legs no ofreció a todo aquello la más leve resistencia, y tomó asiento donde le condujeron, mientras el galante Hugh, trasladando su soporte funerario desde la cabecera de la mesa, lo colocó junto a la damisela tísica con sudario, se desplomó a su lado con gran alegría, y echándose un cráneo de vino rojo, se lo bebió por su mejor amistad. Pero, ante esta presunción, el tieso gentleman revestido con el ataúd pareció sumamente irritado, y aquello hubiese podido acarrear graves consecuencias, de no haber golpeado el presidente con su bastón de mando sobre la mesa, desviando la atención de todos los presentes hacia el discurso que sigue:

—La feliz ocasión que se presenta nos crea el deber de...

—¡Basta ya! —interrumpió Legs, con aire muy adusto—. ¡Párate una pizca, digo! ¡Y dinos quiénes diablos sois todos vosotros, y de qué asuntos tratáis aquí, aparejados como puercos demonios y trasegando el vino agrio que tiene estibado aquí mi honrado piloto, Will Wimble, el enterrador!

Ante esta imperdonable muestra de mala crianza, toda la original reunión se levantó a medias y profirió la misma rápida serie de chillidos diabólicos que antes habían atraído la atención de los marineros. El presidente, con todo, fue el primero en recobrar su serenidad, y al cabo, volviéndose hacia Legs con una gran dignidad, replicó:

—Con mucho gusto satisfaremos toda curiosidad razonable por parte de tan ilustres huéspedes, aunque no hayan sido invitados. Sabed, pues, que soy el monarca de estos dominios, y que reino aquí con imperio indiviso bajo el título del «Rey Peste I».

»Este salón que profanáis, sin duda suponiendo que es la tienda de Will Wimble el enterrador, un hombre a quien no conocemos y cuyo plebeyo nombre no había herido nunca hasta esta noche nuestros reales oídos; este salón, digo, es el del trono de nuestro palacio, dedicado a los consejos de nuestro reino, y a otras finalidades sagradas y excelsas.

»La noble dama que se sienta enfrente es la reina Peste, nuestra serenísima consorte. Los otros altos personajes que contempláis pertenecen todos a nuestra familia, y llevan la marca de la sangre real bajo sus respectivos títulos de “su gracia el archiduque Pest-Ifero”, “su gracia el duque Pest-Ilencial”, “su gracia el duque Tem-Pestuoso” y “su alteza serenísima la archiduquesa Ana Peste”.

»En lo que concierne —prosiguió él— a vuestra pregunta referente a los asuntos que tratamos aquí en consejo, podría dispensársenos el responder, ya que atañen a nuestro privado y real interés, y tan sólo a él, y por tanto, no tienen importancia para nadie más que para nosotros mismos. Pero, en consideración a esos derechos de que os podríais creer investidos como huéspedes y extranjeros, nos dignaremos, además, explicaros que estamos aquí esta noche, preparados por profundas búsquedas y exactas investigaciones, a fin de examinar, analizar y determinar a fondo el espíritu indefinible, las incomprensibles cualidades y la naturaleza de estos inestimables tesoros del paladar, los vinos, cervezas y licores de esta hermosa metrópoli, para, obrando así, no sólo alcanzar nuestro propósito, sino el verdadero bienestar de este sobrenatural soberano que reina sobre todos nosotros, cuyos dominios son ilimitados y cuyo nombre es “la Muerte”.

—¡Cuyo nombre es David Jones! —exclamó Tarpaulin, sirviendo a la dama que tenía al lado un cráneo lleno de licor y llenando otro para él.

—¡Profano bergante! —dijo el presidente, volviendo ahora su atención hacia el digno Hugh—. ¡Profano y odioso miserable! Hemos dicho que, en consideración a esos derechos que ni por tu sucia persona nos sentimos inclinados a violar, condescendíamos a dar una respuesta a tus groseras e insensatas preguntas. Aun así, creemos que, dada vuestra profana intrusión en

nuestros consejos, es deber nuestro imponeros a ti y a tu compañero una falta de un galón de Black Strap, que beberéis a la prosperidad de nuestro reino de un solo trago y de rodillas, y acto seguido podréis continuar libremente vuestro camino o quedaros y compartir los privilegios de nuestra mesa, de acuerdo con vuestro gusto personal y respectivo.

—Sería una cosa materialmente imposible —replicó Legs, a quien la arrogancia y dignidad del rey Peste habían inspirado, de fijo, ciertos sentimientos respetuosos, y que se había levantado, manteniéndose apoyado en la mesa mientras aquél hablaba—; sería, si le place a vuestra majestad, una cosa de todo punto imposible estibar en mi bodega ni siquiera un cuarto de ese mismo licor que vuestra majestad acaba de mencionar. Aun no hablando para nada de las mercancías que hemos cargado a nuestro bordo esta mañana a modo de lastre, y sin mencionar los diversos licores y cervezas embarcados esta noche en diferentes puertos, llevo en este momento un gran cargamento de humming-stuff tomado y pagado con decoro en la taberna del Marinero Alegre. Acepte, por tanto, vuestra majestad, si le place, la buena voluntad por el hecho, pues no puedo ni quiero en manera alguna trasegar una gota más, y menos una gota de esa asquerosa agua de pantoque que responde al nombre de Black Strap.

—¡Amarra eso! —interrumpió Tarpaulin, no menos asombrado de la extensión del discurso de su compañero que de la naturaleza de su negativa—. ¡Amarra eso, marinero de agua dulce! Y yo te digo, Legs, que te dejes de palabrería. Mi casco es aún ligero, aunque confieso que tú me pareces un poco cargado sobre la línea de flotación, y en cuanto a tu parte de cargamento, antes que levantar una turbonada, encontraré para ella estiba; pero...

—Tal arreglo —interrumpió el presidente— está en completo desacuerdo con los términos del fallo o sentencia, que es por naturaleza Meda, y no puede ser alterado o conmutado. Las condiciones que hemos impuesto deben ser cumplidas al pie de la letra, y ello sin un minuto de vacilación; a falta de cuyo cumplimiento decretamos que seáis atados juntos por el cuello y los talones ¡y debidamente ahogados como rebeldes en ese tonel de cerveza de octubre que está ahí!

—¡Qué sentencia, qué sentencia; una recta y justa sentencia; un glorioso decreto; una muy digna, equitativa y santa condena! —exclamaron a la vez todos los componentes de la familia Peste.

El rey frunció su alta frente en innumerables arrugas; el viejecillo gotoso resopló como un par de fuelles; la dama de la mortaja de linón movió su nariz de un lado para otro; el caballero del calzón de algodón levantó las orejas; la dama del sudario abrió la boca como un pez agonizante, y el individuo del ataúd pareció todavía más rígido y reviró los ojos.

—¡Ja, ja, ja! —cacareó Tarpaulin, sin fijarse en la excitación general—. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Decía yo, estaba diciendo, cuando el señor rey Peste metió su pasador, que, en cuanto a la cuestión de dos o tres galones más o menos, era una broma para un sólido y estanco barco como soy yo, no estando muy cargado; pero cuando se trata de beber a la salud del Diablo (a quien Dios perdone) y de caer de rodillas ante esta fea majestad que yo sé, tan bien como que soy un pecador, que no es nadie en el mundo entero más que Tim Hurlygurly el cómico de tablado. ¡Oh! En cuanto a eso, ya es cosa distinta y que supera en absoluto mis cortos alcances.

No le permitieron acabar tranquilamente su discurso. Al oír el nombre de Tim Hurlygurly, todos los de la reunión saltaron en sus asientos.

—¡Traición! —exclamó su majestad el rey Peste I.

—¡Traición! —dijo el hombrecillo gotoso.

—¡Traición! —gritó la archiduquesa Ana Peste.

—¡Traición! —farfulló el gentleman de las mandíbulas atadas.

—¡Traición! —gruñó el del ataúd.

—¡Traición, traición! —chilló su majestad la dama de la boca, cogiendo por los fondillos de los calzones al infortunado Tarpaulin, que había comenzado justamente a servirse un cráneo de licor, lo levantó muy alto en el aire y lo dejó caer sin ceremonia dentro del enorme tonel hundido, repleto de su cerveza preferida.

Empujado de un lado para otro durante unos segundos, como una manzana en una ponchera, desapareció, por último, en el remolino de espuma que sus esfuerzos habían originado fácilmente en el ya efervescente licor.

Por su parte, el alto marinero no vio resignadamente la derrota de su compañero. Empujando al rey Peste por la trampa abierta, el valiente Legs cerró con violencia la puerta sobre él con un juramento, y avanzó a grandes zancadas hacia el centro de la estancia. Allí, arrancando el esqueleto colgado sobre la mesa, tiró de él hacia sí con tanta energía y buena voluntad, que logró, al mismo tiempo que los últimos rayos de luz se extinguían en la sala, saltar la tapa de los sesos al viejecillo gotoso.

Precipitándose entonces con toda su fuerza contra el fatídico tonel lleno de cerveza de octubre y de Hugh Tarpaulin, lo volcó en un instante. Brotó un diluvio de licor tan furioso, tan impetuoso, tan arrollador, que la habitación quedó inundada de una pared a la otra, la mesa volcada con cuanto estaba encima, los soportes derribados hacia atrás, la ponchera disparada hacia la chimenea, y las damas sufrieron ataques de nervios. Pilas de accesorios fúnebres caían alrededor. Los cacharros, los frascos y los garrafones se

mezclaban sin distinción en aquella m^êl^e, y los frascos revestidos de mimbre chocaban desesperadamente con las botellas forradas de cordel. El hombre de «los horrores» se ahogó en el sitio, el pequeño gentleman paralítico flotaba fuera de su féretro, y el victorioso Legs, agarrando por el talle a la gruesa dama del sudario, se precipitó con ella a la calle, y puso proa en derechura hacia la Free and Easy, seguido, viento en popa, por el temible Hugh Tarpaulin, quien, habiendo estornudado tres o cuatro veces, jadeaba y resoplaba detrás de él en unión de la archiduquesa Ana Peste.

HOP-FROG

No he conocido nunca a nadie tan agudamente animado a la chanza como aquel rey. Parecía vivir sólo para las bromas. Contar una buena historia del género chusco, y contarla bien, era el medio más seguro de conseguir su favor. Por eso ocurría que sus siete ministros se distinguían por sus cualidades como bromistas. Seguían todos el ejemplo del rey, que era un hombre grande, corpulento, grueso, tal como son los guasones inimitables. Que la gente engorde por las bromas o que haya en la grasa algo que predisponga a la chanza, no he sido nunca capaz de decidirlo; pero es indudable que un bromista flaco es rara avis in terris.

Respecto a los refinamientos, o fantasmas del ingenio como él los llamaba, al rey le preocupaban muy poco. Sentía una especial admiración por la broma de resuello, y la soportaba con frecuencia en su longitud, por amor a ella. Los melindres le aburrían. Hubiera él preferido el Gargantúa, de Rabelais, al Zadig, de Voltaire, y por encima de todo, las chanzas efectivas se ajustaban a su gusto mejor que las de palabra.

En la fecha de mi relato, los bufones de profesión no habían pasado por completo de moda en la corte. Varias de las grandes «potencias» continentales conservaban aún sus «locos», quienes iban vestidos de un modo abigarrado con gorros de cascabeles, y debían estar siempre prontos a lanzar en todo momento dichos agudos, en compensación a las migajas que caían de la mesa real.

Nuestro rey, como era natural, conservaba su «loco». El hecho es que él necesitaba algo en el sentido de la locura, aunque sólo fuese para contrapesar la pesada sabiduría de los siete sabios que eran sus ministros, sin mencionarle a él.

Su «loco» o bufón profesional era, además, no sólo un loco. Su valía aparecía triplicada a los ojos del rey por el hecho de ser también enano y

cojitranco. En aquellos tiempos los enanos eran tan corrientes en la corte como los locos, y muchos monarcas hubieran encontrado difícil pasarse los días (días que son más largos en la corte que en cualquier otra parte) sin un bufón para reírse con él, y sin un enano para reírse de él. Pero, como he indicado ya antes, sus bufones, en noventa y nueve casos de ciento, son gordos, redondos y pesados; de modo que era un motivo no pequeño de personal satisfacción para nuestro rey poseer en Hop-Frog (éste era el nombre del «loco») un triple tesoro en una misma persona.

Creo que el nombre de Hop-Frog no era el que le habían puesto al bautizarle sus padrinos, sino que le fue conferido, con el asentimiento unánime de los siete ministros, dada su torpeza para andar como los otros hombres. En realidad, Hop-Frog podía avanzar únicamente con una especie de paso interjeccional, algo entre el salto y la reptación, un movimiento que producía al rey una diversión ilimitada, y por supuesto, un consuelo, pues (no obstante la protuberancia de su panza y una hinchazón constitucional de su cabeza) el monarca era considerado por toda su corte como un tipo magnífico.

Pero aunque Hop-Frog, a causa de la distorsión de sus piernas, podía moverse tan sólo con mucho trabajo y dificultad por un camino o por el suelo, la prodigiosa potencia muscular con que la naturaleza parecía haber dotado a sus brazos, a modo de compensación por la deficiencia de sus miembros inferiores, le hacía capaz de realizar muchos actos de una maravillosa destreza cuando se trataba de árboles, cuerdas o cualquier otra cosa por donde trepar. En tales ejercicios se parecía mucho más a una ardilla que a un mono pequeño o que a una rana.

No podría yo decir con exactitud de qué país procedía Hop-Frog. Debía de ser de alguna comarca bárbara de la que nadie había oído hablar muy alejada de la corte de nuestro rey. Hop-Frog y una joven mucho menos enana que él (pero de exquisitas proporciones y maravillosa danzarina) habían sido arrebatados con violencia de sus respectivos hogares, en unas provincias contiguas, y enviados como presentes al rey por uno de sus generales siempre victoriosos.

En tales circunstancias no era nada sorprendente que una estrecha intimidad uniese a los dos pequeños cautivos. En realidad, llegaron a ser muy pronto dos amigos juramentados. Hop-Frog que, pese a dedicarse mucho a la broma, era poco popular, no podía prestar grandes servicios a Tripetta; pero ella, merced a su gracia y exquisita belleza (aun siendo enana), era universalmente admirada y mimada; poseía, por tanto, mucha influencia, y no dejaba nunca de emplearla, siempre que podía, en beneficio de Hop-Frog.

En una gran ocasión fastuosa —no recuerdo ya cuál— el rey decidió dar una mascarada, y siempre que se celebraba una mascarada o cualquier fiesta

por el estilo en su corte, los talentos de Hop-Frog y de Tripetta tenían una intervención segura en ello. Hop-Frog especialmente poseía tal inventiva en materia de espectáculos, sugiriendo nuevos personajes y creando trajes para los bailes de disfraces que parecía que nada podía hacerse sin su concurso.

Había llegado la noche señalada para la fiesta. Se había decorado un magnífico salón, bajo la dirección de Tripetta, con toda la ingeniosidad posible para dar éclat a la mascarada. La corte entera vivía en una espera febril. En cuanto a los trajes y prestancias, cada cual, como puede suponerse, había hecho su elección en semejante materia. Muchos los habían decidido (así como los rôles que iban a adoptar) con una semana y hasta con un mes de anticipación, y al fin y al cabo, no existía la menor indecisión en ningún participante, excepto en lo que concernía al rey y a sus siete ministros. No podría yo decir por qué vacilaban, como no se tratase de otro género de bromas. Era muy probable que la dificultad en adoptar su decisión tuviera por causa su gordura. Sea como fuere, transcurría el tiempo, y como último recurso enviaron a buscar a Tripetta y a Hop-Frog.

Cuando los dos amiguitos obedecieron el requerimiento del rey, le encontraron tomando su vino en compañía de los siete miembros de su consejo de ministros; pero el monarca parecía estar de muy mal humor. Sabía que Hop-Frog no era aficionado al vino, pues la bebida excitaba al pobre cojitranco hasta la locura, y la locura no es un sentimiento grato. Pero al rey le agradaban sus propias chanzas y hallaba placer en forzar a Hop-Frog a beber y (según la expresión real) «en que estuviese alegre».

—Ven aquí, Hop-Frog —dijo, cuando el bufón y su amiga entraron en el salón—; tómate este vaso lleno a la salud de vuestros amigos ausentes —al oírlo Hop-Frog suspiró—, y luego préstanos el concurso de tu imaginación. Necesitamos papeles (papeles que representar, hombre), algo nuevo, fuera de lo corriente. Estamos aburridos de esta eterna monotonía. ¡Vamos, bebe! El vino iluminará tu ingenio.

Hop-Frog se esforzó, como de costumbre, por replicar con una chanza a los requerimientos del rey; pero el esfuerzo fue excesivo. Era casualmente el cumpleaños del pobre enano, y la orden de beber por sus «amigos ausentes» hizo brotar lágrimas de sus ojos. Gruesas y amargas gotas cayeron abundantes en el vaso que con humildad había cogido de la mano de su tirano.

—¡Ja, ja, ja! —rugió este último, mientras el enano vaciaba con repugnancia el vaso—. ¡Mira lo que puede hacer un vaso de buen vino! ¡Vaya, tus ojos ya brillan!

¡Pobre muchacho! Sus grandes ojos centelleaban más que brillaban, pues el efecto del vino sobre su excitable mentalidad era tan poderoso como instantáneo. Dejó el vaso nerviosamente sobre la mesa y miró a su alrededor a

los presentes con una fijeza de semidemencia. Parecían todos ellos muy divertidos con el éxito de la broma regia.

—Y ahora, al trabajo —dijo el primer ministro, un hombre muy grueso.

—Sí —dijo el rey—. Vamos, Hop-Frog, préstanos tu ayuda. Papeles, mi buen mozo; necesitamos papeles, los necesitamos todos nosotros. ¡Ja, ja, ja!

Y como aquello significaba una seria broma, las siete risas hicieron coro a la del rey.

Hop-Frog rió también, aunque débilmente, como algo distraído.

—¡Vamos, vamos! —dijo el rey, impaciente—. ¿No se te ocurre nada?

—Intento encontrar algo nuevo —replicó el enano, absorto, pues se sentía de todo punto trastornado por el vino.

—¡Cómo que intentas! —gritó el tirano con ferocidad—. ¿Qué quieres decir con eso? ¡Ah! Ya comprendo. Estás malhumorado y necesitas más vino. ¡Vamos, tómate esto!

Llenó hasta el borde otro vaso y se lo ofreció al cojitranco, que lo miró, atónito, y respiró entrecortado.

—¡Bebe, te digo —gritó el monstruo—, o por los demonios...!

El enano titubeaba. El rey se puso rojo de rabia. Los cortesanos sonreían estúpidamente. Tripetta, pálida como un cadáver, avanzó hasta el asiento del monarca, y arrodillándose ante él, le suplicó que perdonase a su amigo.

El tirano la miró durante unos instantes, asombrado, sin duda, de su audacia. Parecía no saber qué hacer ni qué decir, ni cómo expresar dignamente su indignación. Por último, sin pronunciar una sílaba, la empujó con violencia lejos de él y le arrojó el contenido del vaso lleno a la cara.

La pobre muchacha se levantó como pudo, y no atreviéndose siquiera a suspirar, volvió a ocupar su puesto junto a la mesa. Hubo como medio minuto de silencio de muerte, durante el cual hubiese podido oírse caer una hoja o una pluma. Fue interrumpido por el sonido de un rechinamiento bajo, pero ronco y prolongado, que pareció salir de repente de todos los rincones de la estancia.

—¿Por qué, por qué, por qué haces ese ruido? —preguntó el rey, volviéndose, furioso, hacia el enano.

Este último parecía haberse repuesto en gran parte de su embriaguez, y mirando fija, pero tranquilamente a la cara del tirano, exclamó con sencillez:

—¿Yo, yo? ¿Cómo puedo haberlo hecho yo?

—El ruido me pareció venir de fuera —observó uno de los cortesanos—.

Me figuro que es el loro en la ventana afilándose el pico sobre los barrotes de su jaula.

—Es cierto —confirmó el monarca, como sintiendo un gran alivio ante aquella idea—; pero por mi honor de caballero hubiese jurado que era el rechinar de los dientes de este vagabundo.

A lo cual el enano se echó a reír (el rey era un bromista harto inveterado para hacer ninguna objeción a nadie que riese) y mostró una ancha, potente y muy repulsiva dentadura. Además, declaró que bebería gustoso cuanto vino quisieran. El monarca se apaciguó; y Hop-Frog, habiendo ingerido otro vaso lleno, sin notarse que le hiciera ningún mal efecto, entró inmediatamente en el plan de la mascarada.

—No puedo decir por qué asociación de ideas —observó, muy tranquilo y como si no hubiese probado vino en su vida—, precisamente después que vuestra majestad golpease a esta muchacha y le tirase el vino a la cara, y mientras el loro hacía ese extraño ruido por fuera de la ventana, uno de los juegos de mi país que figuran con frecuencia en nuestras mascaradas, pero que aquí resultará nuevo en absoluto. Por desgracia, no obstante, requiere un grupo de ocho personas y...

—¡Aquí somos ocho! —gritó el rey, riendo de su agudo descubrimiento de aquella coincidencia—, ocho en un grupo. Yo y mis siete ministros. ¡Vamos! ¿Cuál es esa diversión?

—Nosotros la llamamos —explicó el cojitranco— los «Ocho orangutanes encadenados», y es, de veras, un juego soberbio cuando se realiza bien.

—Lo realizaremos así —dijo el rey, levantándose y frunciendo el ceño.

—La belleza del juego —prosiguió Hop-Frog— consiste en el espanto que produce en las mujeres.

—¡Magnífico! —rugieron a coro el monarca y su gobierno.

—Os vestiré yo de orangutanes —continuó el enano—; confiad en mí. El parecido será tan sorprendente, que todos los compañeros de la mascarada os tomarán por verdaderos animales, y naturalmente, se quedarán aterrados y atónitos.

—¡Oh, eso es delicioso! —exclamó el rey—. ¡Hop-Frog, haré de ti un hombre!

—Las cadenas tienen por objeto aumentar la confusión con su ruido discordante. Se supondrá que habéis escapado, en masse, a vuestros guardianes. Vuestra majestad no puede concebir el efecto que producen en una mascarada ocho orangutanes encadenados, que la mayoría de los asistentes se imaginan son de verdad, precipitándose con gritos salvajes entre una multitud

de hombres y mujeres delicada y suntuosamente vestidos. El contraste es inimitable.

—Lo será —dijo el rey; y el consejo se levantó enseguida (pues se hacía tarde) para poner en ejecución el plan de Hop-Frog.

Su manera de disfrazar a todo aquel grupo de orangutanes era muy sencilla, pero eficaz prácticamente para su propósito. En la época de mi relato se veían muy rara vez los animales en cuestión en cualquiera de las partes del mundo civilizado, y como las imitaciones hechas por el enano eran lo bastante semejantes a unas bestias, y más que bastante horrorosas, su parecido a las verdaderas estaba asegurado.

El rey y sus ministros fueron, ante todo, embutidos en camisas y calzoncillos muy ajustados, de elástica. Luego los untaron de brea. En este momento de la operación alguien de la partida sugirió el empleo de plumas; pero la sugestión fue al punto rechazada por el enano, que convenció pronto a los ocho, por medio de una demostración ocular, de que el pelo de unos animales como los orangutanes se representaba mucho mejor con lino. Por consiguiente, pusieron una espesa capa encima de la brea. Buscaron luego una larga cadena. Primero la pasaron alrededor de la cintura del rey, y la remacharon; después, alrededor de otro miembro del grupo, y la remacharon también; luego, sucesivamente, alrededor de cada uno, de la misma manera. Cuando estuvo terminado este encadenamiento, separándose unos de otros lo más posible, formaron un círculo, y para hacer mayor el parecido, Hop-Frog pasó el resto de la cadena de un lado a otro del círculo, en dos diámetros, conforme a la manera adoptada hoy día por los cazadores del chimpancé u otros grandes simios en Borneo.

El gran salón, donde se iba a celebrar la mascarada, era una pieza circular, muy alta, que recibía la luz solar por una sola claraboya en el techo. De noche (que era la hora en que se utilizaba en particular aquella estancia) estaba iluminada principalmente por una gran araña colgada de una cadena en el centro de la claraboya, y que bajaba o subía por medio de un contrapeso ordinario; pero (con objeto de no afear su aspecto) este último pasaba por fuera de la cúpula y por encima del techo.

El arreglo del salón había sido confiado a la dirección de Tripetta, si bien en algunos detalles estuvo guiada, al parecer, por el criterio tranquilo de su amigo el enano. Por sugerencia de éste, en aquella ocasión habían quitado la araña. El goteo de la cera (que hubiera sido imposible evitar en una atmósfera tan caldeada) habría causado un serio detrimento en los ricos trajes de los invitados, quienes, dado el amontonamiento de la gente en el salón, no hubiesen podido todos mantenerse apartados del centro, es decir, de debajo de la araña. Candelabros adicionales fueron instalados en varias partes del salón,

fuera del sitio destinado a la gente, y una antorcha, que exhalaba un grato olor, fue colocada en la mano derecha de cada una de las cariátides, que se erguían contra el muro en número de cincuenta o sesenta en total.

Los ocho orangutanes, siguiendo el consejo de Hop-Frog, esperaron pacientemente hasta medianoche (cuando el salón estaba lleno de máscaras) para hacer su aparición. Pero apenas el reloj acababa de dar las campanadas, cuando se precipitaron, o más bien rodaron todos juntos, adentro, pues la traba de sus cadenas hizo caer a muchos de ellos, y tropezar a todos al entrar.

La excitación entre las máscaras resultó prodigiosa y llenó de alegría el corazón del rey. Como se esperaba, fue grande el número de invitados que supusieron que aquellos feroces seres eran efectivos animales de cierta especie, si no orangutanes de verdad. Muchas damas se desmayaron de terror, y si el rey no hubiese tenido la precaución de prohibir toda clase de armas en el salón, él y su banda habrían pagado la broma con su sangre. En suma, hubo una carrera general hacia las puertas; pero el rey había mandado que las cerrasen inmediatamente después de su entrada, y por indicación del enano, habían depositado las llaves en sus manos.

Cuando el tumulto estaba en su apogeo, y cada máscara no atendía más que a su propia salvación (pues, en realidad, con aquellas apreturas y con aquella excitación de la multitud existía un gran peligro real), pudo verse la cadena que servía de costumbre para colgar la araña y que había sido también retirada, descender gradualmente hasta que su extremo ganchudo estuvo a tres pies del suelo.

Pocos instantes después, el rey y sus siete amigos habiendo rodado por la sala en todas direcciones, se hallaron, por último, juntos en el centro, y por de contado, en contacto inmediato con la cadena. Mientras estaban en aquella posición, el enano, que les había ido pisando, sin ruido, los talones, incitándolos a preservarse del choque, asió la cadena por la unión de las dos partes que cruzaban el círculo diametralmente y en ángulos rectos. Entonces, con la rapidez del pensamiento, encajó en ella el gancho que servía para colgar la araña; y en un instante como por un agente invisible, la araña encadenada se elevó lo bastante alta para poner el gancho fuera de todo alcance, y como consecuencia inevitable, arrastró a los orangutanes juntos en apretada unión y cara cara.

Las máscaras, entretanto, se habían repuesto en cierto modo de su alarma, y empezando a considerar todo aquello como una broma bien preparada, lanzaron una fuerte carcajada ante la posición de los monos.

—¡Dejádmelos! —gritó entonces Hop-Frog; y su voz penetrante se oía fácilmente entre el estrépito—. Déjádmelos a mí. Creo que los conozco. Con sólo que pueda verlos bien, podré deciros enseguida quiénes son.

Entonces, gateando sobre las cabezas de la multitud, se las compuso para llegar al muro; luego cogiendo una antorcha de una de las cariátides, volvió como había venido hacia el centro del salón, saltó con la agilidad de un mono sobre la cabeza del rey, y desde allí trepó unos cuantos pies por la cadena, bajando la antorcha para examinar el grupo de orangutanes, gritando sin cesar:

—¡Pronto descubriré quiénes son!

Y entonces, mientras la reunión entera (incluyendo los monos) se retorció de risa, el bufón lanzó de pronto un agudo silbido, al tiempo que la cadena subió violentamente cerca de treinta pies, arrastrando con ella a los aterrados y forcejeantes orangutanes, y dejándolos suspendidos en mitad del aire entre la claraboya y el suelo. Hop-Frog, aferrado a la cadena, se elevó con ella manteniendo aún su posición con respecto a los ocho disfrazados y bajando siempre su antorcha hacia ellos, como si intentase descubrir quiénes eran.

Toda la reunión quedóse tan atónita ante aquella ascensión, que hubo después un silencio de muerte, que duró unos minutos. Fue interrumpido precisamente por un ruido de rechinamiento bajo, ronco, como el que antes había atraído la atención del rey y de sus consejeros cuando aquél arrojó el vino a la cara de Tripetta. Pero en la presente ocasión no se trataba de buscar de dónde salía aquel ruido. Salía de los agudos dientes del enano, quien los hacía rechinar como si los triturase en la espuma de su boca, y clavaba sus ojos, con una expresión de rabia enloquecida, en el rey y sus siete compañeros, cuyas caras estaban vueltas hacia él.

—¡Ja, ja, ja! —dijo, por último, el furibundo enano—. ¡Ja, ja, ja! ¡Empiezo a ver ahora quiénes son estas gentes!

Y entonces, con el pretexto de examinar al rey desde más cerca, aproximó la antorcha al vestido de lino que envolvía a aquél y que ardía al instante como una sábana de llama viva. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían todos furiosamente, en medio de los chillidos de la multitud que los contemplaba desde abajo, sobrecogida de horror y sin poder prestarles la menor ayuda.

Finalmente, las llamas, aumentando de pronto en virulencia, obligaron al bufón a trepar más arriba por la cadena, fuera de su alcance, y al hacer este movimiento la multitud volvió a quedar sumida durante un segundo en el silencio. El enano aprovechó la oportunidad y habló de nuevo:

—Ahora veo claramente —dijo— qué clase de gentes son estas máscaras. Veo un gran rey y sus siete ministros, un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una muchacha indefensa, y sus siete ministros que le incitan a ese ultraje. En cuanto a mí, soy no más que Hop-Frog, el bufón, y ésta es mi última bufonada.

A causa de la gran combustibilidad del lino y de la brea a que estaba adherido, apenas terminó el enano su breve discurso cuando se había consumado la obra vindicadora. Los ocho cadáveres se balanceaban en sus cadenas, masa fétida, negruzca, horrenda y confusa. El cojitranco arrojó su antorcha sobre ellos, trepó despacio hacia el techo, y desapareció por la claraboya.

Se supone que Tripetta, apostada sobre el tejado del salón, sirvió de cómplice a su amigo en aquella venganza incendiaria, y que huyeron juntos hacia su país, pues a ninguno de los dos se los volvió a ver nunca más.

LA AVENTURA SIN PAR DE UN TAL HANS PFAALL

Según las últimas noticias de Rotterdam, parece ser que esa ciudad se halla en un estado de alta excitación filosófica. Realmente, han ocurrido allí fenómenos de un género tan absolutamente inesperado, tan por entero nuevos, tan en total desacuerdo con las opiniones preconcebidas, que no me cabe la menor duda de que dentro de poco toda Europa estará alborotada, toda la física alterada, y la razón y la astronomía, en abierta pugna.

Parece ser que el día... del mes de... (no estoy seguro de la fecha) una enorme multitud se había congregado, con una finalidad que no está específicamente mencionada, en la gran plaza de la Bolsa, en la bien acondicionada ciudad de Rotterdam. El día era caluroso —cosa desusada en la estación—: apenas soplaba una ráfaga de aire, y a la multitud no le desagradaba sentirse rociada de cuando en cuando por un chubasco amistoso de momentánea duración que caía de las grandes masas de nubes blancas profusamente esparcidas por la bóveda azul del firmamento. Sin embargo, alrededor del mediodía se hizo perceptible en la asamblea una ligera, pero notable agitación, seguida de la algarabía de diez mil lenguas; y un instante después, diez mil caras se volvieron hacia el cielo, diez mil pipas bajaron, simultáneas, de las comisuras de diez mil bocas, y un grito, que sólo podría ser comparado con el rugido del Niágara, resonó larga, fuerte y furiosamente a través de toda la ciudad y de todos los alrededores de Rotterdam.

El origen de este alboroto se hizo pronto lo bastante evidente. Desde detrás del enorme volumen de una de aquellas masas de nubes recortadas con vigor que antes se mencionan, se vio emerger, pausada, por una de las abiertas extensiones de espacio azul, una sustancia extraña, heterogénea, pero, al parecer, sólida, tan singularmente configurada, y al mismo tiempo tan caprichosamente conformada, que la multitud de robustos burgueses que permanecían allí con la boca abierta no podían comprender ni por asomo nada

de aquello ni cansarse de admirarlo. ¿Qué podía ser? En nombre de todos los diablos de Rotterdam, ¿qué podía presagiar? Nadie lo sabía, nadie podía imaginarlo; nadie, ni siquiera el burgomaestre Mynheer Superbus von Underduk, tenía el menor indicio para aclarar el misterio; de modo que, sin cosa mejor que hacer, cada uno de aquellos hombres colocó de nuevo con cuidado la pipa en la comisura de su boca, y manteniendo siempre sus ojos fijos en el fenómeno, arrojaron el humo, hicieron una pausa, se pavonearon alrededor, gruñeron de un modo significativo, hicieron otra pausa, y por último, volvieron a expeler el humo.

Entretanto, iba descendiendo y descendiendo hacia la hermosa ciudad el objeto de tanta curiosidad y la causa de tanto humo. En pocos minutos aquello se acercó lo bastante para que pudiesen distinguirlo con exactitud. Parecía ser, ¡sí!, era, indudablemente, una especie de globo; pero con seguridad un globo tal no había sido visto nunca antes en Rotterdam. Porque ¿quién —pregunto yo— ha oído hablar jamás de un globo hecho por entero con periódicos sucios? Nadie en Holanda, por cierto, y con todo allí, bajo las narices del pueblo, o mejor dicho, a alguna distancia por encima de sus narices, estaba el objeto en cuestión, hecho —puedo decirlo con la mejor autoridad— de la susodicha materia que nadie había pensado nunca antes en emplear para semejante propósito. Era un tremendo insulto al buen sentido de los burgueses de Rotterdam.

En cuanto a la forma del fenómeno, resultaba aún más censurable. No era más que un enorme gorro de bufón vuelto hacia abajo. Y esta semejanza estuvo lejos de disminuir cuando examinándola desde más cerca, la multitud vio una gran borla colgando de la punta, y alrededor del borde superior o de la base del cono, un círculo de pequeños instrumentos, parecidos a esquilas de ovejas, que tintineaban sin cesar al son de la tonada de Betty Martin. Pero había algo peor: colgando de cintas azules al extremo de aquella fantástica máquina, se balanceaba, a la manera de una barquilla, un enorme sombrero gris de castor, de alas superlativamente anchas, una copa hemisférica con faja negra y hebilla de plata. Era cosa bastante notable, empero, que muchos ciudadanos de Rotterdam jurasen haber visto repetidas veces antes aquel sombrero, y en realidad, la asamblea entera parecía mirarlo con ojos familiares, mientras la señora Grettel Pfaall lanzó, al verlo, una exclamación de alegre sorpresa, y declaró que aquél era el propio sombrero de su buen esposo. Ahora bien: se trataba de una circunstancia más importante de observar, ya que Pfaall, con tres compañeros suyos, había desaparecido de Rotterdam, desde hacía unos cinco años, de una manera repentina y rara, y hasta la fecha de este relato habían fallado todos los esfuerzos para obtener noticias referentes a ellos. Verdad era que se habían descubierto poco antes en un lugar apartado al este de la ciudad varios huesos humanos, mezclados con cierta cantidad de restos de extraño aspecto, y algunas gentes llegaron a pensar

que había sido cometido un vil asesinato en aquel sitio, y que Hans Pfaall y sus compañeros eran, por lo visto, las víctimas. Pero volvamos a nuestro relato.

El globo (pues era un globo, sin duda) había descendido ahora a cien pies de la tierra, mostrando con la suficiente claridad a la multitud el personaje que lo ocupaba. Era, en verdad, un singularísimo individuo. No tendría más de dos pies de alto; pero su estatura, por pequeña que fuese, no le hubiese impedido perder el necesario equilibrio y volcarse sobre el extremo de su reducida barquilla, sin la intervención de un reborde circular que subía hasta su pecho y se unía a las cuerdas del globo. El cuerpo del hombrecillo era descomedido, más allá de toda proporción, dando a su figura entera un aspecto de redondez muy absurdo. Sus pies, naturalmente, no podían verse en absoluto. Sus manos eran enormes. Sus cabellos, grises y recogidos detrás de una coleta. Su nariz, prodigiosa por lo larga, ganchuda y roja; sus ojos, grandes, brillantes y penetrantes; su barbilla y sus mejillas, aunque arrugadas por la edad, eran anchas, hinchadas, dobles; pero en ninguna parte de su cabeza existía la menor apariencia de oreja. Este extraño y pequeño caballero iba vestido con un holgado gabán de raso azul celeste y con unos calzones ajustados haciendo juego, asegurados en las rodillas con hebillas de plata. Su chaleco era de una tela brillante y amarilla; un gorro de tafetán blanco estaba puesto con garbo a un lado de su cabeza, y para completar este atavío, un pañuelo rojo sangre envolvía su cuello y caía con aire elegante sobre su pecho en una fantástica lazada de extraordinario tamaño.

Habiendo descendido, como he dicho antes, a unos cien pies de la superficie de la tierra, el caballero viejecillo se encontró sobrecogido de repente por un temblor y pareció poco dispuesto a acercarse más a la terra firma. Arrojó, pues, cierta cantidad de arena de un saco de lona que levantó con gran trabajo, y permaneció estacionario durante un momento. Se dedicó entonces, de un modo agitado y presuroso, a extraer del bolsillo lateral de su gabán una gran cartera de tafilete. La sopesó con recelo en su mano, luego la examinó con un gesto de extraordinaria sorpresa, asombrado, sin duda, de su peso. Por último, la abrió y sacó de ella una enorme carta sellada con cera roja y atada cuidadosamente con un bramante del mismo color, y la dejó caer a los mismos pies del burgomaestre, Superbus von Underduk. Su excelencia se inclinó para recogerla. Pero el aeronauta, siempre muy descompuesto, y no teniendo, al parecer, otros asuntos que le detuvieran en Rotterdam, comenzaba en aquel momento a hacer con premura los preparativos de partida; y siéndole necesario descargar una porción de lastre para poder ascender de nuevo, una media docena de sacos que arrojó uno tras otro, sin preocuparse de vaciarlos, fueron cayendo, por desgracia, sobre la espalda del burgomaestre e hicieron rodar a éste lo menos seis veces a la vista de todo Rotterdam. No por eso hay que suponer que el gran Underduk dejó pasar impune esta impertinencia por

parte del viejecillo. Se dice, bien al contrario, que durante cada uno de sus seis tumbos lanzó no menos de media docena de bocanadas, furiosas y visibles, de su pipa, que sostuvo apretada sin interrupción con todas sus fuerzas, y que se propone sostener así (Dios lo quiera) hasta el día de su muerte.

Mientras, el globo subió como una alondra, y cerniéndose sobre la ciudad, acabó por desaparecer tranquilamente detrás de una nube parecida a aquella de donde había salido de una manera tan extraña, perdiéndose ante los ojos maravillados de los buenos ciudadanos de Rotterdam.

Toda la atención se dirigió entonces a la carta cuya caída, con las consecuencias que luego la siguieron, había estado a punto de ser tan fatal a la persona y a la dignidad personal de su excelencia Von Underduk. A pesar de todo, aquel funcionario no se había olvidado, durante sus movimientos giratorios, de poner en seguridad el importante objeto, la epístola, que según se vio, después de examinada, había caído en las manos más apropiadas, puesto que iba dirigida a él mismo y al profesor Rubadub, en sus calidades respectivas de presidente y de vicepresidente del Colegio de Astronomía de Rotterdam. Por lo cual fue abierta en aquel mismo sitio, encontrándose dentro la comunicación siguiente, extraordinaria y muy seria en realidad:

«A SUS EXCELENCIAS VON UNDERDUK Y RUBADUB

presidente y vicepresidente

del Colegio Nacional de Astrónomos

de la ciudad de Rotterdam

»Vuestras excelencias podrán quizá acordarse de un humilde artesano llamado Hans Pfaall, remendón de fuelles, de oficio, desaparecido de Rotterdam hace unos cinco años, con otros tres hombres, de una manera que debió de considerarse inexplicable. Sin embargo, con permiso de vuestras excelencias, soy yo, el propio Hans Pfaall, el autor de esta comunicación. Bien sabido es por la mayoría de mis conciudadanos que durante un período de cuatro años he venido ocupando la casita de ladrillos en la entrada del callejón llamado Sauerkraut, en la cual vivía a raíz de mi desaparición. Mis abuelos han residido también allí siempre desde tiempo inmemorial, y lo mismo que yo, ejercieron de continuo la respetable y ciertamente lucrativa profesión de remendones de fuelles; pues a decir verdad, hasta estos últimos años en que todas las cabezas del pueblo se han visto perturbadas con la política, nunca mejor industria había sido ejercida por un honrado ciudadano de Rotterdam, y nadie era más digno de ella que yo. El crédito era bueno, el trabajo no escaseaba nunca, y no faltaban ni dinero ni buena voluntad. Pero, como ya he dicho, empezamos a sentir los efectos de la libertad, de los largos discursos, del radicalismo y de toda esa clase de cosas. Las gentes, que habían sido hasta

entonces los mejores parroquianos del mundo, no tenían un momento libre para pensar en nosotros. Apenas lo tenían para leer cosas acerca de las revoluciones y para vigilar la marcha de la inteligencia y del espíritu de la época... Si necesitaban soplar el fuego, se hacían un fuelle con un periódico; y a medida que el gobierno se debilitaba, resultaba indudable para mí que el cuero y el hierro adquirirían una duración proporcional, pues en muy poco tiempo no hubo en todo Rotterdam un par de fuelles que tuviesen necesidad de un remiendo o que requiriesen la ayuda de un martillo. Era un estado de cosas insoportable. Me encontré pronto tan pobre cual una rata, y como tenía una mujer y unos hijos que alimentar, mi carga resultó a la larga intolerable, y gasté horas y horas en meditar sobre el modo más conveniente de quitarme la vida. Mis acreedores, ensañados, no me dejaban, entretanto, ni un rato de ocio para la meditación. Mi casa estaba materialmente asediada de la mañana a la noche. Había en especial tres mozos que me acosaban más allá de lo soportable, acechando sin cesar ante mi puerta y amenazándome con la ley. Prometí vengarme con crueldad de los tres, si tenía alguna vez la dicha de atraparlos en mis garras, y creo que el placer de esta esperanza anticipada fue lo que me impidió poner en ejecución inmediata mi plan de suicidio, que era saltarme la tapa de los sesos de un trabucazo. No obstante, juzgué preferible disimular mi rabia, y tratarlos con promesas y buenas palabras hasta que, por algún cambio del Destino, se ofreciese a mí la oportunidad de la venganza.

»Un día que había logrado escaparme de ellos y me sentía más decaído que de costumbre, seguí vagando largo rato sin rumbo por las calles más oscuras, hasta que al fin tropecé por casualidad contra la esquina del tenderete de un librero. Viendo cerca de mi mano una silla para uso de los parroquianos, me dejé caer en ella a plomo, y sin saber por qué, abrí el primer volumen que vi a mi alcance. Resultó ser un pequeño folleto que trataba de astronomía especulativa, escrito en colaboración por el profesor Encke, de Berlín, y por un francés de un apellido análogo. Poseía yo una ligera noción de aquellas materias, y pronto me encontré cada vez más absorto en el contenido de aquel libro, que leí dos veces antes de recobrar el sentimiento de lo que pasaba a mi alrededor. A todo esto, empezaba a anochecer, y encaminé mis pasos hacia mi casa. Pero aquel tratado (coincidiendo con un descubrimiento neumático que me había sido comunicado recientemente como un secreto importante por un primo mío de Nantes) había producido una indeleble impresión sobre mi espíritu, y mientras vagaba por las oscuras calles, daba vueltas minuciosas en mi memoria a los un tanto fogosos y a veces ininteligibles razonamientos del autor. Había en especial algunos pasajes que impresionaban de un modo extraordinario mi imaginación. Cuanto más meditaba sobre aquello, más intenso era el interés que excitaba en mí. El limitado carácter de mi educación, y más en particular, mi ignorancia sobre los temas relacionados con la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi propia capacidad para comprender

lo que había leído, o inducirme a dudar de las muy vagas nociones que habían surgido como consecuencia de dicha lectura, servían sólo de mayor estímulo a mi imaginación; y era yo lo bastante vano o acaso lo bastante razonable para dudar de si esas crudas ideas que brotan en las mentes trastornadas no poseen en efecto, con frecuencia en sí mismas, como en su total apariencia muestran, toda la fuerza, la realidad y demás propiedades inherentes al instinto o a la intuición.

»Era ya tarde cuando llegué a mi casa, y me metí desde luego en la cama. Mi mente, sin embargo, estaba demasiado preocupada para dormir, y pasé la noche entera sumido en la meditación. Me levanté temprano, marché presuroso a la tienda del librero y gasté allí el poco dinero que tenía en la adquisición de algunos volúmenes de mecánica y de astronomía práctica. Al llegar a mi casa felizmente con ellos, dediqué todos mis momentos de ocio a su lectura cuidadosa, e hice pronto los suficientes progresos en estudios de ese género para llevar a cabo cierto proyecto que me había inspirado el Diablo o mi buen genio. Durante aquel período de tiempo, hice todos mis esfuerzos para apaciguar a los tres acreedores que me habían proporcionado tantos disgustos. Por último, lo conseguí un tanto vendiendo una parte bastante grande del mobiliario de mi casa para satisfacer a medias sus reclamaciones, y otro tanto con la promesa de pagar la diferencia después de realizar un pequeño proyecto que tenía pensado, y para ayuda del cual solicité sus servicios. Gracias a esos medios (pues eran unos ignorantes), no encontré gran dificultad en tornarles propicios a mi propósito.

»Una vez arregladas así las cosas, me dediqué, con ayuda de mi mujer y adoptando el mayor secreto y toda clase de precauciones, a disponer del caudal que me quedaba y a reunir, por medio de pequeños préstamos y con diferentes pretextos, una suma considerable de dinero en efectivo, sin preocuparme en absoluto (lo confieso avergonzado) de mis futuros medios de reembolso. Gracias a dichos medios acrecidos, pude conseguir, en varias veces, muselina de batista muy buena, en piezas de doce yardas cada una, guita, una provisión de barniz de caucho, una amplia y honda cesta de mimbre hecha de encargo y varios otros artículos necesarios para la construcción y el equipo de un globo de unas dimensiones extraordinarias. Encargué a mi mujer de confeccionarlo lo antes posible, y le di todas las instrucciones oportunas para el modo especial de efectuarlo. Al mismo tiempo fabriqué con la guita una red del tamaño suficiente, le adapté un cerco y las cuerdas necesarias, y adquirí numerosos instrumentos y materias para hacer experimentos en las altas regiones de la atmósfera superior. Por la noche transporté prudentemente a un sitio apartado, al este de Rotterdam, cinco barricas con flejes de hierro, que podían contener cada una unos cincuenta galones, y una sexta de mayor tamaño; seis tubos de cobre de tres pulgadas de diámetro y de cuatro pies de largo, forjados adecuadamente; cierta cantidad de una sustancia metálica

especial o de semimetal, que no nombraré, y una docena de garrafones de un ácido muy vulgar. El gas que debía resultar de estas últimas materias es un gas que no ha sido fabricado nunca hasta ahora por nadie más que por mí, o que, al menos, no ha sido nunca aplicado a semejante objeto. Lo único que puedo aventurarme a decir aquí es que forma una de las partes constituyentes del ázoe, considerado durante tanto tiempo como irreducible, y que su densidad es unas 37,4 décimas menor que la del hidrógeno. Es insípido, pero no inodoro; arde, cuando es puro, con una llama verdosa, y es instantáneamente funesto para la vida animal. No tendría yo ningún inconveniente en revelar el secreto entero, pero pertenece en derecho (como ya he indicado antes) a un ciudadano de Nantes, en Francia, por quien me ha sido comunicado sub-conditione. Este mismo individuo me ha confiado, sin estar enterado de mis intenciones, un método para construir globos con la membrana de cierto animal, a través de cuya sustancia resulta casi imposible todo escape de gas. Aun así, me pareció ese método demasiado costoso, y, sobre todo, no era seguro, ya que la muselina de batista con una capa de caucho podía ser igualmente buena. Menciono esta circunstancia porque creo probable que el individuo en cuestión intentará en días próximos una ascensión en globo con el nuevo gas y la materia de que he hablado, y no quiero privarle del honor de un invento muy original.

»Sobre cada uno de los sitios que debía ir ocupado por las pequeñas barricadas hice en secreto un pequeño agujero; los orificios formaban de este modo un círculo de veinticinco pies de diámetro. En el centro de este círculo, que era el sitio señalado para la barrica mayor, abrí también un agujero más profundo. En cada uno de los cinco pequeños agujeros deposité un bote conteniendo cincuenta libras de pólvora de cañón, y en el grande un barrilito en el que había ciento cincuenta. Éstos —el barrilito y los botes— los uní adecuadamente por unas regueras cubiertos, y habiendo introducido en uno de los botes la punta de una mecha de unos cuatro pies de largo, tapé el agujero y coloqué la barrica encima, dejando sobresalir la otra punta de la mecha como cosa de una pulgada, apenas visible detrás de la barrica. Luego tapé los otros agujeros y puse las barricadas en el sitio que les estaba destinado.

»Además de los artículos enumerados antes, transporté al dépôt y escondí allí uno de los aparatos perfeccionados de mister Grimm para la condensación del aire atmosférico. Sin embargo, descubrí que esta máquina requería una notable modificación antes de poder ser adaptada al empleo a que pretendía yo aplicarla. Pero, gracias a un duro trabajo y a una incesante perseverancia, conseguí un éxito completo en todos mis preparativos. Mi globo estuvo muy pronto terminado. Podía contener más de cuarenta mil pies cúbicos de gas; podía elevarme con facilidad, según calculé, a mí con mis utensilios, y, manejándolo convenientemente, transportar ciento setenta y cinco libras de lastre, por añadidura. Le había dado tres capas de barniz, y comprobé que la

muselina de batista sustituía perfectamente a la seda, era muy fuerte y bastante menos costosa.

»Estando todo preparado, exigí de mi mujer que me jurase guardar un secreto absoluto en relación con todos mis actos desde el día de mi primera visita a la tienda del librero, y le prometí, por mi parte, volver tan pronto como las circunstancias lo permitieran; le di algún dinero que me quedaba y me despedí de ella. En realidad, no temía nada por su lado. Era lo que la gente llama una mujer hacendosa, y podía arreglárselas sin mi ayuda en el mundo. Creo, para ser franco, que me había considerado siempre como un haragán — un simple contrapeso— que sólo servía para hacer castillos en el aire, y que no le disgustaba verse libre de mí. Era de noche oscura cuando le dije adiós, y llevando conmigo como aides-de-camp a los tres acreedores que me habían ocasionado tanta preocupación, transportamos el globo, con la barquilla y los accesorios, por un camino apartado al lugar donde estaban depositados los otros objetos. Los encontramos todos intactos, y me puse inmediatamente a la tarea.

»Estábamos a 1 de abril. La noche, como ya he dicho antes, era oscura; no se veía ni una estrella, y caía a intervalos una llovizna que nos molestaba mucho. Pero mi principal inquietud era el globo, que a pesar del barniz que lo protegía, empezaba a ponerse pesado con la humedad; la pólvora también estaba expuesta a estropearse. Hice, pues, trabajar a mis tres acreedores con gran diligencia, los mandé apilar hielo alrededor de la barrica central y agitar el ácido en las otras. A pesar de eso, no cesaban de importunarme sus preguntas para saber qué intentaba yo hacer con todos aquellos aparatos, y manifestaban sumo descontento ante la terrible labor a que los condenaba. No comprendían (dijeron) qué iba a resultar de bueno con hacerlos mojarse el pellejo sólo para que tomasen parte en tan horribles embrujos. Empecé a sentirme inquieto, y adelanté el trabajo con todas mis fuerzas, pues, en verdad, aquellos idiotas habían creído, supongo, que tenía yo firmado un pacto con el diablo, y que en cuanto ejecutaba ahora no había nada bueno. Sentía yo, por ende, un gran temor de que me abandonasen todos. Por si acaso, procuré apaciguarlos prometiendo pagarles hasta el último céntimo, no bien hubiera yo llevado a buen término aquel trabajo. Naturalmente, interpretaron a su antojo aquellos discursos, imaginándose, sin duda, que, de todas maneras, iba yo a entrar en posesión de grandes cantidades de moneda contante y sonante, y con tal de que les pagase mi deuda y un poco más, en consideración a sus servicios, me atrevo a decir que les preocupaba muy poco lo que pudiera ser de mi alma o de mis huesos.

»Al cabo de cuatro horas y media, poco más o menos, el globo estuvo suficientemente inflado. Até, pues, la barquilla a él y metí dentro todos mis utensilios: un telescopio, un barómetro con algunas modificaciones

importantes, un termómetro, un electrómetro, un compás, una brújula, un reloj con minuterio, una campana, un megáfono, etcétera, etcétera, etcétera, y también un globo de vidrio en el que había hecho el vacío, cerrándolo con cuidado, sin olvidar el aparato condensador, un poco de cal viva, una barra de cera para sellar, una abundante provisión de agua y una gran cantidad de víveres, tales como pemmican, que contiene muchos elementos nutritivos en relación con su pequeño volumen. También coloqué en la barquilla un par de pichones y una gata.

»Estábamos cerca del amanecer, y pensé que era ya tiempo de efectuar la partida. Dejé caer, como por casualidad, un cigarro encendido sobre la tierra, y al bajarme para recogerlo aproveché la oportunidad para prender fuego a la mecha, cuya punta, como ya he dicho, sobresalía un poco por detrás del borde inferior de una de las pequeñas barricas. Esta maniobra pasó totalmente inadvertida para los tres acreedores, y saltando dentro de la barquilla corté enseguida la única cuerda que me retenía a la tierra, y vi con toda felicidad que me elevaba con una inconcebible rapidez; el globo subía con toda facilidad las ciento setenta y cinco libras de lastre de plomo, y hubiera sido capaz de transportar muchas más. Cuando abandoné la tierra, el barómetro marcaba treinta pulgadas, y el termómetro centígrado, diecinueve grados.

»Había yo ascendido apenas a una altura de cincuenta yardas, cuando llegó por detrás de mí, con un rugido y un estruendo espantosos, un huracán tan denso de fuego y grava, de madera y de metal ardiendo, mezclados con miembros humanos destrozados, que sentí desfallecer mi corazón y me arrojé al fondo de la barquilla, temblando de terror. Al cabo, comprendí ahora que había cargado por completo la mina, y debía de sufrir aún las principales consecuencias de la sacudida. En efecto, en menos de un segundo sentí toda mi sangre afluir hacia mis sienes, e inmediata e inopinadamente, una conmoción, que no olvidaré nunca, estalló a través de las tinieblas, pareciendo desgarrar en dos el propio firmamento. Más tarde, cuando tuve tiempo de reflexionar, no dejé de atribuir la extraordinaria violencia de la explosión, respecto a mí, a su verdadera causa, es decir, a mi posición encima mismo de la mina y en la línea de su acción más poderosa. Pero en aquel momento no pensé más que en salvar mi vida. Primero el globo se aplastó, luego se dilató de un modo furioso, después se puso a dar saltos con una velocidad vertiginosa, y, por último, vacilando y rodando como un hombre borracho, me lanzó por el borde de la barquilla, dejándome colgado, a una altura espantosa y con la cabeza hacia abajo, de un trozo de cuerda muy delgada que tendría unos tres pies de largo y que pendía, por casualidad, entre una ranura cerca del fondo de la cesta de mimbre, y en la cual mi pie izquierdo se enganchó providencialmente en mi caída. Es imposible, de todo punto imposible, hacerse una idea exacta del horror de mi situación. Abría yo una boca convulsa para respirar; un temblor parecido a un acceso de fiebre sacudió

todos los nervios y todos los músculos de mi ser; sentí mis ojos salirse de las órbitas, una horrible náusea me invadió, y a la postre me desmayé y perdí el conocimiento en absoluto.

»Me sería imposible decir cuánto tiempo permanecí en aquel estado. Sin embargo, debió de transcurrir bastante, pues cuando recobré en parte el uso de los sentidos vi que despuntaba el día; el globo se encontraba a una prodigiosa altura sobre la inmensidad del océano, y en los límites de aquel vasto horizonte, hasta donde podía alcanzar mi vista, no divisaba yo ni rastro de tierra. Mis sensaciones, empero, después de haber vuelto en mí, no eran tan extrañamente dolorosas como yo esperaba. En realidad, había mucho de locura en la contemplación plácida con que examiné al principio mi situación. Puse mis manos ante mis ojos una tras otra, y me pregunté con asombro qué accidente podía haber hinchado mis venas y ennegrecido de tan horrible manera mis uñas. Luego examiné con cuidado mi cabeza, la moví varias veces, y la palpé con minuciosa atención hasta estar seguro de que, por fortuna, no era, tal como había sido mi horrible idea, más gruesa que el globo. Luego, con la costumbre de un hombre que sabe dónde están sus bolsillos, palpé los dos de mis calzones, y al notar que había perdido mi cuadernito y mi estuche de mondadientes, me esforcé por darme cuenta de su desaparición, y no pudiendo conseguirlo, experimenté una pena indecible. Parecióme entonces que sentía un vivo dolor en el tobillo del pie izquierdo, y una oscura conciencia de mi situación comenzó a despuntar en mi espíritu.

»Pero, ¡cosa extraña!, no sentí ni asombro ni terror. Si algo experimenté fue una especie de satisfacción o de alivio al pensar en la habilidad que me sería necesario desplegar para salir de aquella singular alternativa, y no dudé un segundo de mi salvación definitiva. Durante algunos minutos permanecí sumido en la más profunda meditación. Recuerdo con precisión que apreté a menudo los labios, que puse el índice sobre un lado de mi nariz, y que realicé los gestos y muecas habituales en las gentes que, instaladas muy a gusto en su sillón, meditan sobre materias embrolladas o importantes. Cuando creí haber reagrupado lo suficiente mis ideas, llevé con la mayor cautela y deliberación mis manos a la espalda y desabroché la gruesa hebilla de hierro en que terminaba la cintura de mi pantalón. Aquella hebilla tenía tres dientes que, por estar un poco mohosos, giraban con dificultad sobre su eje. No obstante, a fuerza de paciencia, los puse en ángulo recto con el núcleo de la hebilla, y vi con alegría que permanecían firmes en aquella posición. Sosteniendo entre mis dientes aquella especie de instrumento, me dediqué a desatar el lazo de mi corbata. Me vi obligado a descansar más de una vez antes de haber efectuado esa maniobra; pero, finalmente, lo conseguí. En una de las puntas de la corbata sujeté la hebilla, y para mayor seguridad até apretada la otra punta alrededor de mi puño. Estirando entonces mi cuerpo hacia arriba, con un prodigioso esfuerzo muscular, logré a la primera prueba lanzar la hebilla por encima de la

barquilla y engancharla, como preveía, en el reborde circular del mimbre.

»Mi cuerpo estaba ahora torcido hacia el costado de la barquilla, formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados; pero no debe entenderse que por eso estuviese yo sólo a cuarenta y cinco grados por debajo de la perpendicular. Lejos de ello, estaba colocado aún casi al nivel del plano del horizonte, pues el cambio de posición que había conseguido hizo forzosamente alejarse mucho el fondo de la barquilla de mi posición, que era, por tanto, de inminente y gran peligro. Pero debe recordarse que, cuando caía de la barquilla al principio, caí con la cara vuelta hacia el globo en vez de volverla al lado opuesto, como la tenía ahora, o, en segundo lugar, que la cuerda de la que colgaba hubiese pendido por casualidad sobre el reborde superior, en vez de pasar por una hendidura del fondo de la barquilla; y así, digo, puede concebirse sin esfuerzo que, en ambas hipótesis, me habría sido imposible realizar lo que luego efectué, y las revelaciones presentes se habrían perdido por completo para la posteridad. Tenía yo así todas las razones para estar agradecido, aunque, en realidad, me sentía hartamente estupefacto para hacer nada, y permanecí colgado un cuarto de hora acaso en aquella extraordinaria situación, sin intentar de nuevo el más ligero esfuerzo, y en un singular y tranquilo estado de placentera idiotez. Pero este sentimiento se disipó al punto, siendo sustituido por el horror y la congoja, y por una sensación de absoluta impotencia y de perdición. El caso era que la sangre acumulada tanto tiempo en los vasos de mi cabeza y garganta, y que había mantenido hasta el momento mi estado de ánimo en un delirio, empezaba ya a retirarse a sus propios conductos, y la clarividencia que iba yo recobrando aumentaba mi percepción del peligro, sirviendo no más para privarme de la serenidad y del valor de afrontarlo. Pero, por fortuna para mí, aquel decaimiento no fue de larga duración. Sentí a tiempo la energía de la desesperación, y con gritos y esfuerzos frenéticos, di sacudidas hacia arriba, hasta que por fin, asiéndome al borde tan deseado con garras como tornillos, retorcí mi cuerpo por encima y caí de cabeza y palpitante dentro de la barquilla.

»Sólo después de algún tiempo tuve el suficiente dominio de mí mismo para dedicar mis cuidados al globo. Entonces lo examiné con atención y lo encontré, para mayor alivio mío, incólume. Todos mis utensilios estaban a salvo, y, por suerte, no había yo perdido ni lastre ni provisiones. Claro que los había sujetado tan bien en sus sitios, que estaba fuera de toda posibilidad un accidente parecido. Miré mi reloj: marcaba las seis. Seguí elevándome rápido, y el barómetro señalaba a la sazón una altura de tres millas y tres cuartos. Debajito de mí aparecía en el océano un pequeño objeto negro, de forma un tanto oblonga, en apariencia del tamaño de una ficha de dominó y muy parecido en todos los aspectos a una pieza de éstas. Dirigí mi telescopio hacia él, y vi con claridad que era un barco inglés de noventa y cuatro cañones, navegando de bolina, cabeceando pesadamente en el mar con la proa hacia el

oeste-sur-oeste. Excepto ese barco, no vi nada más que el océano y el cielo, y el sol, que había salido mucho antes.

»Es ya hora de que explique a vuestras excelencias el objeto de mi viaje. Vuestras excelencias se dignarán recordar que mi angustiada situación en Rotterdam me había impulsado por fin a decidir suicidarme. No era, con todo, que sintiese una repugnancia positiva por la vida misma, sino que estaba acosado indeciblemente por las miserias accidentales de mi situación. En tal estado de ánimo, deseando vivir, y a la par cansado de la vida, el tratado que encontré en la tienda del librero, apoyado por el descubrimiento oportuno de mi primo de Nantes, abrió un recurso a mi imaginación. Adopté el cabo una resolución. Decidí partir, pero vivir; abandonar el mundo, pero seguir existiendo; en una palabra, suprimiendo enigmas, decidí, sin preocuparme del resto, abrirme paso, si podía, hasta la Luna. Ahora, para que no se me suponga más loco de lo que soy, voy a detallar lo mejor que pueda las consideraciones que me indujeron a creer que una hazaña de esa naturaleza, aunque difícil, sin duda, y llena de peligros, no estaba, para un espíritu osado, totalmente fuera de los límites de lo posible.

»Lo primero a considerar era la distancia verdadera de la Luna a la Tierra. Ahora bien: el espacio medio o aproximativo entre los centros de los dos planetas es 599.643 veces el radio ecuatorial de la Tierra, o sea alrededor de unas 237.000 millas. Digo el espacio medio o aproximativo; pero debe tenerse en cuenta que, al ser la forma de la órbita lunar una elipse de una excentricidad que asciende a no menos de 0,05484 milésimas del mayor semieje de esa misma elipse, y como el centro de la Tierra está situado en ese foco, si podía yo de alguna manera ingeniármelas para encontrar la Luna en su perigeo, la distancia antes mencionada disminuiría de un modo notable. Pero, dejando por ahora esa posibilidad, era indudable que, en todo caso, tenía yo que deducir de las 237.000 millas el radio de la Tierra, es decir, 4.000, y el radio de la Luna, es decir, 1.080; en total, 5.080, quedando por franquear un espacio aproximado de 231.920 millas. Pensé entonces que no era ésta una distancia tan extraordinaria. Se han hecho varias veces sobre la Tierra viajes a una velocidad de sesenta millas por hora, y en realidad podría llegarse a una velocidad mucho mayor. Pero, aun a esa velocidad, no necesitaría yo más de ciento sesenta y un días para alcanzar la superficie de la Luna. Había, sin embargo, muchas circunstancias que me inducían a creer que la velocidad aproximada de mi viaje excedería posiblemente en mucho de la de sesenta millas por hora, y como esas consideraciones produjeron en mí una profunda impresión, las mencionaré con más amplitud después.

»El siguiente punto a examinar era de mucha mayor importancia. Conforme a las indicaciones proporcionadas por el barómetro, sabemos que, en las ascensiones desde la superficie de la Tierra, a una altura de 1.000 pies,

dejamos debajo de nosotros como cosa de una trigésima parte de masa entera de aire atmosférico; que a los 10.600 pies llegamos, poco más o menos, a un tercio, y que a los 18.000, que casi es la altura del Cotopaxi, hemos superado la mitad de esa masa, o en todo caso, la mitad de lo ponderable, es decir, de la masa de aire situada sobre nuestro globo. Se ha calculado también que a una altura que no exceda de la centésima parte del diámetro terrestre —es decir, que no sobrepase las ochenta mil millas— la rarefacción será tan excesiva, que la vida animal no podrá mantenerse de ningún modo, y, además, que los medios más delicados que tenemos de averiguar la presencia de la atmósfera resultarán inadecuados para que comprobemos su existencia. Pero no dejé de observar que estos últimos cálculos estaban por entero basados sobre nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire, y sobre las leyes mecánicas que regulan su dilatación y comprensión en lo que puede llamarse, hablando comparativamente, la proximidad inmediata de la propia Tierra; y al mismo tiempo se considera comprobado que la vida animal es y debe ser, en lo esencial, incapaz de modificación a una distancia cualquiera dada, inaccesible desde la superficie. Ahora bien: todo razonamiento semejante, y conforme a tales datos, debe, por supuesto, ser sólo analógico. La mayor altura alcanzada por el hombre es la de 25.000 pies, a la que llegó la expedición aeronáutica de los señores Gay-Lussac y Biot. Es una altura mediana aún, comparada con las ochenta millas en cuestión, y yo no podía impedirme de pensar que el tema permitía un lugar para la duda y una gran amplitud para la especulación.

»Pero, en verdad, suponiendo una ascensión realizada a una altura cualquiera dada, la cantidad de aire ponderable superada en cualquier otra ascensión ulterior no está de ningún modo en proporción con la altura adicional alcanzada (como se puede ver bien claro por lo expuesto antes), sino en una razón que disminuye sin cesar. Es, por tanto, evidente que, al elevarnos a la mayor altura posible, no podemos, literalmente hablando, llegar al límite más allá del cual no existe atmósfera. Debe existir, opiné, aunque pueda existir en un estado de rarefacción infinita.

»Por otra parte, sabía yo que no faltan argumentos para probar la existencia de un límite real y determinado de la atmósfera, más allá del cual no hay en absoluto aire alguno. Pero una circunstancia ha sido desechada por quienes sostienen la existencia de semejante límite, que me parecía no sólo una refutación positiva de sus doctrinas, sino un punto digno de una seria investigación. Comparando los intervalos entre las sucesivas llegadas del cometa Encke a su perihelio, después de reconocer de la manera más exacta todas las perturbaciones debidas a la atracción de los planetas, vemos que los períodos disminuyen poco a poco, es decir, que el eje mayor de la elipse del cometa va reduciéndose con un lento pero muy regular decrecimiento. Ahora bien: éste es el caso preciso que debe ser, si suponemos que el cometa sufre una resistencia por un medio etéreo sumamente raro que penetra las regiones

de su órbita. Porque es obvio que un medio tal debe, retardando la velocidad del cometa, aumentar su fuerza centrípeta y debilitar su fuerza centrífuga. En otras palabras, la atracción del Sol llegaría a alcanzar una potencia sin cesar mayor, y el cometa se acercaría más a cada revolución. Al fin y al cabo, no hay otro medio de darse cuenta de la variación en cuestión.

»Pero, además, se ha observado que el diámetro real de la nebulosa de dicho cometa se contrae rápido al acercarse al Sol, y se dilata con igual rapidez en su partida hacia su afelio. ¿No tenía yo razón al suponer, con el señor Valz, que esa aparente condensación de volumen debe su origen a la compresión de ese medio etéreo del que hablé antes y cuya densidad está en proporción con la proximidad al Sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular, llamado también luz zodiacal, era un tema digno de atención. Esta radiación, tan visible en los trópicos, y que no puede confundirse con ninguna otra luz meteórica, se extiende oblicua desde el horizonte y sigue en general la dirección del ecuador del Sol. Parecíame evidente que era de la naturaleza de una rara atmósfera que se extendía desde fuera del Sol hasta más allá de la órbita de Venus por lo menos, e incluso, creía yo, infinitamente más lejos. En realidad, no podía yo suponer que ese medio estuviese limitado por la línea de la elipse del cometa, o por la inmediata proximidad del Sol. Era fácil, por el contrario, imaginar que penetraba todas las regiones de nuestro sistema planetario, condensado alrededor de los planetas en lo que llamamos atmósfera, y quizá modificado en alguno de ellos por consideraciones de puro carácter geológicas, es decir, modificado o variado en sus proporciones (o en su naturaleza esencial) por las materias volatilizadas desde sus respectivos globos.

»Habiendo adoptado esta opinión sobre el tema, no tenía ya que sentir ninguna vacilación. Suponiendo que en mi paso encontrase una atmósfera esencialmente igual a la de la superficie de la Tierra, pensé que, por medio del muy ingenioso aparato de mister Grimm, me sería fácil condensarla en cantidad suficiente para las necesidades de la respiración. Esto apartaba el principal obstáculo en un viaje a la Luna. Había yo gastado de hecho algún dinero y un gran esfuerzo en adaptar el aparato al fin propuesto, y consideraba, confiado, su satisfactoria aplicación, si podía efectuar el viaje en un período de tiempo razonable. Esto me lleva de nuevo a hablar de la velocidad en que era posible hacer dicho viaje.

»Es sabido que los globos, en la primera etapa de sus ascensiones desde la Tierra, se elevan a una velocidad comparativamente moderada. Ahora bien: el poder de elevación consiste por entero en la pesadez superior del aire atmosférico comparado con el gas del globo, y a primera vista, no parece probable que el globo, a medida que alcanza altura y llega, por tanto, sucesivamente a las capas atmosféricas de densidades que disminuyen con

rapidez, no parece en absoluto razonable, repito, que en su marcha ascendente pueda acelerar su velocidad original. Por otra parte, no recordaba yo que en ninguna ascensión registrada se hubiera comprobado una disminución aparente en la velocidad absoluta de ascenso, aunque hubiese podido ser ése el caso, a causa nada más que de la fuga de gas a través de globos mal confeccionados y barnizados con una materia no mejor que el barniz ordinario. Parecía, por ende, que el efecto de ese escape era tan sólo suficiente para compensar el efecto de la aceleración adquirida por el globo al disminuir la distancia desde el centro de gravitación. Consideré entonces que, con tal que en mi trayectoria encontrase el medio que había imaginado, y con tal que resultase esencialmente igual al del que denominamos aire atmosférico, importaba poco, en cierto modo, que lo encontrase en un estado extremo de rarefacción, es decir, en relación con mi fuerza ascensional, pues el gas en el globo no sólo estaría sometido a una rarefacción semejante (y en este caso no tendría yo más que dejar escapar una cantidad suficiente para prevenir una explosión), sino que, siendo como era, debía, en todo caso, resultar siempre específicamente más ligero que cualquier compuesto de puro nitrógeno y oxígeno. Tenía, pues, una probabilidad —bien mirado, una gran probabilidad— de no alcanzar en ninguna etapa de mi ascensión un punto en que los pesos reunidos de mi inmenso globo, del gas inconcebiblemente raro que encerraba, de la barquilla con su contenido, fuesen iguales al peso de la masa de atmósfera circundante desplazada, y se comprende sin trabajo que era ésta la única condición que podía detener mi vuelo ascensional. Pero, si alcanzaba yo alguna vez ese punto, podría utilizar el lastre y otros pesos, que sumaban cerca de trescientas libras. Al mismo tiempo, la fuerza de gravitación debía disminuir sin cesar en razón al cuadrado de las distancias, y así, con una velocidad prodigiosamente acelerada, debía yo, por último, llegar a esas lejanas regiones en que la fuerza de atracción de la Tierra sería sustituida por la de la Luna.

»Había otra dificultad, empero, que me causaba una ligera inquietud. Se ha observado que en las ascensiones en globo a una altura considerable, además de la molestia de la respiración, se experimenta un gran malestar en la cabeza y en el cuerpo, acompañado con frecuencia de epistaxis y de otros síntomas alarmantes por el estilo, estado que se hace más y más molesto cuanto mayor altura se alcanza. Era una reflexión de un carácter un tanto sobrecogedor, ¿no sería probable que esos síntomas aumentasen hasta terminar en la muerte misma? Pensé, por último, que no. Había que buscar su origen en la desaparición progresiva de la acostumbrada presión atmosférica sobre la superficie del cuerpo, y en la consiguiente distensión de los vasos sanguíneos superficiales, y no en una real desorganización del sistema animal, como en el caso de dificultad de respiración, en que la densidad atmosférica es químicamente insuficiente para la renovación debida de la sangre en un

ventrículo del corazón. Salvo en el caso de que faltase esa renovación, no veía yo razón, por consiguiente, para que la vida no se mantuviera hasta en el vacío, pues la expansión y la compresión del pecho vulgarmente llamada respiración, es un puro acto muscular, y la causa y no el efecto de la respiración. En una palabra: imaginaba yo que, al acostumbrarse el cuerpo a la carencia de presión atmosférica, esas sensaciones dolorosas debían disminuir poco a poco, y para soportarlas mientras durasen, confiaba en la férrea temeridad de mi constitución.

»He detallado, pues, si les place a vuestras excelencias, algunas —de ningún modo todas— de las consideraciones que me indujeron a idear el proyecto de un viaje a la Luna. Voy ahora a exponerles el resultado de una tentativa cuya concepción es en apariencia tan audaz, y en todo caso, enteramente sin igual en los anales de la Humanidad.

»Habiendo alcanzado la altura antes indicada —es decir, tres millas y tres cuartos—, arrojé desde la barquilla una cantidad de plumas, y vi por ellas que seguía subiendo con la suficiente rapidez; no había, pues, necesidad de descargar lastre alguno. Esto me alegró, pues deseaba conservar en mi poder tanto lastre como pudiera llevar, por la razón obvia de que no poseía ninguna certeza acerca de la gravitación o de la densidad atmosférica de la Luna. No sentía, sin embargo, ningún malestar, respiraba con gran libertad y no experimentaba dolor alguno en la cabeza. La gata estaba acostada, muy formal, sobre mi chaqueta, que me había quitado, y miraba a los pichones con un aire de nonchalance. Estos últimos, atados por una pata para evitar que se escapasen, estaban ocupados con diligencia en picotear algunos granos de arroz esparcidos para ellos en el fondo de la barquilla.

»A las seis y veinte minutos el barómetro marcaba una altura de 26.400 pies, o sea cinco millas, poco más o menos. La perspectiva parecía infinita. Realmente, érame muy fácil calcular, por medio de la geometría esférica, la gran extensión del área terrestre que contemplaba yo ahora. La superficie convexa de cualquier segmento de la esfera es a la superficie entera de la esfera misma como el senoverso del segmento al diámetro de la esfera. Ahora bien: en mi caso, el senoverso —es decir, el espesor del segmento situado debajo de mí— era, como quien dice, igual a mi elevación o a la elevación del punto de mira sobre la superficie. La proporción de cinco millas a ocho mil podría expresar, por tanto, el área terrestre que veía yo. En otras palabras: divisaba como la dieciseisava parte de la superficie del globo. El mar aparecía bruñido como un espejo, aunque con ayuda del telescopio pude percibir que se hallaba en un estado de violenta agitación. El barco ya no se veía, habiendo ido a la deriva, al parecer, hacia el este. Comencé entonces a experimentar un agudo dolor en la cabeza, sobre todo alrededor de los oídos, aun respirando con mediana libertad. La gata y los pichones no parecían sentir molestia

alguna.

»A las siete menos veinte el globo penetró en unas largas series de nubes densas que me causaron un gran trastorno, por alterar mi aparato condensador y mojar mi piel; aquello era, con seguridad, una singular rencontre, pues no creía yo que una nube de tal naturaleza pudiese mantenerse a una altura tan grande. Pensé, no obstante, que lo mejor era arrojar dos piezas de lastre de cinco libras cada una, conservando aún ciento sesenta y cinco libras. Gracias a lo cual superé pronto aquella dificultad y noté inmediatamente que había logrado un gran aumento en mi velocidad de ascensión. Segundos después que salí de la nube, un relámpago de viva luz la traspasó de punta a cabo y la inflamó en su vasta extensión, como si fuese una masa de carbón ígneo. Debe recordarse que esto sucedió en pleno día. No puede imaginarse con ninguna descripción la sublimidad de semejante fenómeno desplegándose en la oscuridad de la noche. El propio infierno hubiera encontrado allí una imagen adecuada. Tal como era, me puso los cabellos de punta, mientras contemplaba yo a lo lejos los abismos abiertos; dejé sumirse mi imaginación y vagar en torno a extrañas bóvedas, simas purpúreas y grietas rojizas y lívidas de un horrendo e insondable fuego. De buena me había librado en realidad. Si el globo hubiese permanecido un poco más dentro de la nube, es decir, si el malestar no me hubiera decidido a arrojar el lastre, mi destrucción debería ser —y, probablemente, habría sido consecuencia de aquello. Tales peligros, aunque se tomen en poca consideración, son acaso los mayores que pueden encontrarse en globo. Había yo, con todo, alcanzado entre tanto una altura tan grande, que no podía ya sentir inquietud sobre este punto.

»Me elevaba entonces con rapidez, y a las siete el barómetro marcaba una altura no menor de nueve millas y media. Empecé a experimentar una gran dificultad para respirar. Mi cabeza me hacía también sufrir mucho, y habiendo sentido desde hacía algún tiempo humedad sobre mis mejillas, descubrí al cabo que era sangre que manaba sin cesar del tímpano de mis oídos. Mis ojos también me producían una gran inquietud. Al pasar la mano sobre ellos, parecióme que se habían salido de sus órbitas hasta un grado bastante considerable, y todos los objetos de la barquilla, y hasta el globo mismo, aparecían deformados ante mi vista. Estos síntomas superaban los que yo esperaba, y me causaban cierta alarma. En semejante coyuntura, con notoria imprudencia y sin reflexionar, arrojé fuera de la barquilla tres piezas de lastre de cinco libras cada una. La velocidad de ascensión que logré me llevó con demasiada rapidez, sin la suficiente gradación, a una alta y enrarecida capa de atmósfera, lo cual estuvo a punto de tener un resultado fatal para mi expedición y para mí mismo. Me sentí invadido de repente por un espasmo que duró más de cinco minutos, y hasta cuando hubo cesado en parte, no pude recobrar la respiración sino a largos intervalos y de una manera entrecortada, sangrando copiosamente por nariz y oídos, y hasta ligeramente por los ojos.

Los pichones parecían presa de una angustia suma y pugnaban por escapar, mientras la gata maullaba de lastimoso modo, y con la lengua fuera, se tambaleaba de una parte a otra en la barquilla como bajo los efectos de un veneno. Descubrí entonces demasiado tarde la gran imprudencia que había cometido al descargar el lastre, y mi agitación se hizo excesiva. Preveía yo nada menos que la muerte dentro de unos minutos. El sufrimiento físico que experimentaba contribuía también a hacerme casi incapaz de cualquier esfuerzo para salvar mi vida. En realidad, me quedaba apenas fuerza para reflexionar, y la violencia del dolor que sentía en la cabeza parecíame aumentar en grande. Noté que mis sentidos iban pronto a abandonarme, y cogía ya una de las cuerdas de la válvula, cuando el recuerdo de la mala pasada que había jugado a los tres acreedores, y las posibles consecuencias que podía tener para mí mismo si volvía, me asustaron y detuvieron por el momento. Me tendí en el fondo de la barquilla y me esforcé por reunir mis facultades. Lo conseguí en parte, y decidí intentar el experimento de una sangría. Aun así, no teniendo lanceta, me vi obligado a realizar la operación lo mejor que pude, y por último lo logré, abriéndome una vena en el brazo izquierdo con la hoja de mi cortaplumas. Apenas había comenzado a manar la sangre, cuando experimenté un sensible alivio y después, cuando hube perdido como la mitad de una jofaina de tamaño corriente, llena, muchos de los peores síntomas habían desaparecido por completo. Con todo, no creí prudente ponerme desde luego en pie; pero, habiendo vendado mi brazo lo mejor que pude, permanecí tumbado cerca de un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo me levanté, y me sentí más libre de todo dolor del que lo había estado durante la última hora y cuarto de mi ascensión. La dificultad para respirar, sin embargo, había disminuido muy poco, y pensé que pronto iba a ser de todo punto necesario hacer uso de mi condensador. Entretanto, al mirar hacia la gata, que se había vuelto a colocar cómodamente sobre mi gabán, descubrí con infinita sorpresa que había aprovechado la oportunidad para dar a luz una camada de tres gatitos. Era, por mi parte, una cosa inesperada aquel aumento del número de pasajeros; pero el incidente me complació. Me proporcionaba una ocasión de comprobar la verdad de una conjetura que me había impulsado más que ninguna otra a intentar aquella ascensión. Había yo imaginado que la resistencia habitual a la presión atmosférica en la superficie de la Tierra era la causa, o poco menos, del dolor que ataca la existencia animal a cierta distancia sobre esa superficie. Si los gatitos sufrían ese malestar en un grado igual que su madre, debía yo considerar mi teoría falsa; pero podía considerar lo contrario como una poderosa confirmación de mi idea.

»A las ocho había yo alcanzado ya una altura de diecisiete millas sobre la superficie de la Tierra. Por eso me pareció evidente que no sólo había aumentado mi velocidad ascensional, sino que tal aumento hubiera sido perceptible en cierto modo, aunque no hubiese yo descargado el lastre como

había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos volvían por intervalos con violencia, y hasta seguía a ratos sangrando por la nariz; pero, en general, sufría mucho menos de lo que esperaba. No obstante, de minuto en minuto mi respiración se hacía más difícil, y cada inhalación iba seguida de un penoso movimiento espasmódico del pecho. Desempaqueté entonces el aparato condensador y lo preparé para que funcionase inmediatamente.

»El aspecto de la Tierra, en aquel período de mi ascensión, era de veras magnífico. Al oeste, al norte y al sur, tan lejos como alcanzaba mi vista, extendíase una sábana infinita de mar tranquilo en apariencia, que a cada momento tomaba un tono azul más intenso. A una gran distancia al este, aunque perfectamente visible, se alargaban las islas Británicas, las costas enteras atlánticas de Francia y España, así como una pequeña parte del norte del continente africano. No se descubría señal de los edificios particulares, y las orgullosas ciudades de la Humanidad habían desaparecido por completo de la faz de la Tierra.

»Lo que me asombró sobre todo en el aspecto de las cosas por debajo de mí era la aparente concavidad de la superficie del globo. Esperaba yo, de bastante irreflexiva manera, ver su convexidad real manifestarse con evidencia al ir ascendiendo; pero una ligera reflexión fue suficiente para explicar esa contradicción. Una línea, tirada desde mi posición perpendicularmente a la Tierra, hubiese formado la perpendicular de un triángulo rectángulo, cuya base se habría extendido desde el ángulo recto al horizonte, y la hipotenusa, desde el horizonte a mi posición. Pero la altura a que me encontraba era poco o nada en comparación con mi perspectiva. En otras palabras: la base y la hipotenusa del supuesto triángulo eran tan largas comparadas con la perpendicular, que las dos podían ser consideradas como casi paralelas. De este modo el horizonte del aeronauta parece siempre estar al nivel de su barquilla. Pero como el punto situado inmediatamente debajo de él le parece, y está, en efecto, a una gran distancia por debajo de él, le parece, por supuesto, también a una gran distancia por debajo del horizonte. De aquí la impresión de concavidad, y esta impresión durará hasta que la elevación se encuentre en relación con la perspectiva en una proporción tal, que el paralelismo aparente de la base y de la hipotenusa desaparezca.

»Los pichones parecían sufrir muchísimo; decidí ponerlos en libertad. Desaté uno de ellos primero, un soberbio pichón gris asalmonado, y le coloqué sobre el borde de la barquilla. Parecía sumamente desasosegado, miraba con ansiedad a su alrededor, aleteaba, exhalaba un arrullo muy acentuado, pero no podía decidirse a lanzarse fuera de la barquilla. Por último le cogí y le arrojé a una media docena de yardas del globo. Sin embargo, lejos de descender como yo esperaba, hizo esfuerzos vehementes para volverse atrás, lanzando al mismo tiempo chillidos muy agudos y penetrantes. Al fin consiguió recobrar

su primera posición sobre el borde de la cesta; pero, apenas se hubo posado allí, inclinó la cabeza sobre la pechuga y cayó muerto al fondo de la barquilla. El otro no tuvo una suerte tan desgraciada. Para impedir que siguiese el ejemplo de su compañero y que retrocediera, le arrojé hacia abajo con toda mi fuerza, y vi con placer que seguía bajando a una gran velocidad, haciendo uso de sus alas con facilidad y de un modo normal por completo. En muy poco tiempo estuvo fuera del alcance de mi vista, y no dudo que llegase salvo a buen puerto. En cuanto a la gata, que parecía haberse recobrado en gran parte de su mal, se daba ahora una sabrosa comilona con el ave muerta, y luego se durmió con gran satisfacción aparente. Los gatitos estaban llenos de vida y no manifestaban la más pequeña señal de malestar.

»A las ocho y cuarto, no pudiendo ya respirar sin un dolor intolerable, comencé enseguida a ajustar alrededor de la barquilla el aparato perteneciente al condensador. Este aparato requiere una ligera explicación, y vuestras excelencias se dignarán recordar que mi finalidad, en primer término, era encerrarme por entero, yo y la barquilla, y parapetarme contra la atmósfera enrarecida con exceso en el seno de la cual existía, con el propósito de introducirme dentro de aquella barricada, por medio de mi condensador, una cantidad de aquella misma atmósfera lo bastante condensada para las necesidades de la respiración. Con este objeto había yo preparado un amplio saco de caucho muy flexible y sólido, impermeable en absoluto. La barquilla entera se encontraba en cierto modo colocada dentro de aquel saco, cuyas dimensiones habían sido calculadas para ese fin. Es decir, que pasaba (el saco) por debajo del fondo de la barquilla, se extendía sobre sus bordes y subía por fuera a lo largo de las cuerdas hasta el cerco o aro en que la red estaba sujeta. Habiendo desplegado así el saco y después de cerrarlo herméticamente por todos lados, había ahora que sujetar su parte alta o abertura, haciendo pasar el tejido de caucho por encima del aro, o en otras palabras, entre la red y el aro. Pero, si desprendía la red del cerco para abrir ese paso, ¿cómo podría sostenerse la barquilla? Ahora bien: la red no estaba ajustada al aro de una manera permanente, sino atada por una serie de abrazaderas movibles o de nudos corredizos. No deshice, pues, más que un corto número de dichas abrazaderas a la vez, dejando la barquilla suspendida por las otras. Habiendo hecho pasar lo que pude de la parte superior del saco, até de nuevo las abrazaderas, no al cerco, pues la interposición de la envoltura de caucho hacía eso imposible, sino a una serie de gruesos botones fijados en la envoltura misma, a tres pies, o cosa así, por debajo de la abertura del saco, los intervalos entre los botones correspondiendo a los intervalos entre las abrazaderas. Hecho esto, desaté del aro algunas abrazaderas más, introduje una nueva porción de la envoltura, y las abrazaderas desatadas quedaron a su vez sujetas a sus botones respectivos. De este modo podía yo hacer pasar toda la parte superior del saco entre la red y el aro. Es evidente que el aro debía desde aquel

momento caer en la barquilla, puesto que todo el peso de la barquilla y de su contenido estaba ya sólo soportado por la fuerza de los botones. A primera vista, este sistema podía no ofrecer suficiente garantía; pero no había razón alguna para desconfiar de él, pues no sólo los botones eran sólidos por sí mismos, sino que, además, estaban tan juntos, que cada uno no soportaba, en realidad, más que una parte muy ligera del peso total. Aunque la barquilla y su contenido hubiesen pesado tres veces más, no me habría preocupado ni por asomo. Levanté entonces el aro a lo largo de la envoltura de caucho y lo sostuve en tres pértigas ligeras, preparadas para ese objeto. Esto lo hacía, naturalmente, para mantener el saco distendido por arriba, conservando la parte inferior de la red en la posición deseada. No me quedaba ya más que atar la abertura del saco, lo cual realicé con facilidad reuniendo los pliegues del caucho y retorciéndolos con fuerza juntos por medio de una especie de torniquete fijo.

»Sobre los lados de la envoltura así desplegada alrededor de la barquilla había yo hecho adaptar tres hojas de vidrio redondas, muy gruesas, pero muy transparentes, a través de las cuales podía ver bien alrededor mío en todas las direcciones horizontales. En la parte del saco que formaba el fondo había una cuarta ventana análoga, correspondiendo a una pequeña abertura hecha en el fondo de la barquilla misma. Ésta me permitía mirar perpendicularmente por debajo de mí. Pero me había sido imposible adaptar una invención semejante encima de mi cabeza, a causa de la manera especial con que me veía obligado a cerrar la abertura y los numerosos pliegues que en ella se formaban; renuncié, pues, a ver los objetos situados en dirección de mi cenit. Pero era aquélla una cosa sin importancia, pues aunque hubiese podido colocar una ventana encima de mí, el globo mismo me habría impedido utilizarla.

»A un pie, aproximadamente, por debajo de una de las ventanas laterales, había una abertura circular de tres pulgadas de diámetro con un reborde de cobre, preparada por dentro para adaptarse a la espiral de un tornillo. En dicho reborde se atornillaba el ancho tubo del condensador; el cuerpo de la máquina estaba, por supuesto, colocado en la cámara de caucho. Haciendo el vacío en el cuerpo de la máquina, se atraía a ese tubo una masa de atmósfera circunvecina, enrarecida, que desde allí era descargada en estado de condensación y mezclada con el aire sutil contenido ya en la cámara. Esta operación, repetida varias veces, llenaba por fin la cámara de una atmósfera suficiente para las necesidades de la respiración. Pero en un espacio tan estrecho como aquél debía necesariamente, al cabo de muy breve tiempo, viciarse y hacerse inadecuada a la vida por su contacto frecuente con los pulmones. Era entonces expulsada por una pequeña válvula puesta en el fondo de la barquilla, precipitándose con rapidez el aire denso en la atmósfera enrarecida. Para evitar en un momento dado el inconveniente de un vacío total en la cámara, esa depuración no debía realizarse nunca de una sola vez, sino

por grados, no permaneciendo abierta la válvula sino unos segundos, volviendo a cerrarse luego, hasta que uno o dos golpes de bomba del condensador habían sustituido la atmósfera expulsada. Por afición a los experimentos había yo metido a la gata y sus crías en un cestillo, colgándolos por fuera de la barquilla con un botón, colocado junto al fondo, muy cerca de la válvula, a través de la cual podía pasarles el alimento cuando era menester. Hice esto antes de cerrar la abertura de la cámara, y no sin un pequeño riesgo, pues me fue preciso, para llegar a la parte de debajo de la barquilla, emplear una de las pértigas de que he hablado, en la cual había fijado un gancho. No bien el aire condensado hubo penetrado en la cámara, el arco y las pértigas resultaron inútiles; la expansión de la atmósfera allí encerrada distendió fuertemente el caucho.

»Cuando hube terminado todos esos arreglos y llenado la cámara de aire condensado, eran las nueve menos diez. Durante todo el tiempo empleado en esas operaciones, me había hecho sufrir de un modo horrible la dificultad para respirar, y me arrepentí con amargura de la negligencia o más bien de la increíble imprudencia de la cual era culpable al dejar para el último momento una cuestión de tanta importancia. Pero, habiéndola realizado al fin, comencé a recoger muy pronto los beneficios de mi invención. Respiré de nuevo con una libertad y una facilidad perfectas; y en resumidas cuentas, ¿por qué no iba a ser así? Me sentí también gratamente sorprendido de encontrarme muy aliviado de los vivos dolores que me habían atormentado hasta entonces. Un ligero dolor de cabeza, acompañado de una sensación de plenitud o de distensión alrededor de las muñecas, los tobillos y la garganta, era, poco más o menos, de cuanto podía quejarme ahora. Parecía evidente, por tanto, que una gran parte del malestar originado por la eliminación de la presión atmosférica se había disipado en absoluto, y casi todos los dolores que yo sólo había sufrido durante las dos últimas horas debían ser atribuidos sólo a los efectos de la respiración insuficiente.

»A las nueve menos veinte —es decir, poco tiempo después de haber cerrado la abertura de mi cámara— el mercurio alcanzó su límite extremo y cayó otra vez en la cubeta del barómetro, que, como he indicado antes, era de buen tamaño. Marcaba entonces una altura de 132.000 pies, o sea veinticinco millas, y, por consiguiente, mi morada en aquel momento abarcaba no menos de la trescientos vigésima parte de la superficie total de la Tierra. A las nueve perdí de nuevo la Tierra de vista hacia el este, no sin antes haber visto que el globo derivaba rápidamente hacia el norte-noroeste. El océano, debajo de mí, conservaba siempre su aparente concavidad, aunque mi vista estaba interrumpida a menudo por las masas de nubes que flotaban de una parte a otra.

»A las nueve y media volví a efectuar el experimento de las plumas,

lanzando un puñado a través de la válvula. No revolotearon como esperaba yo, sino que cayeron perpendiculares como una bala, en masse, y a una gran velocidad, desapareciendo de mi vista en pocos segundos. No sabía yo al principio qué pensar de aquel extraordinario fenómeno; no podía creer que mi velocidad de ascensión se hubiese acelerado de súbito tan prodigiosamente. Pero pronto reflexioné que la atmósfera estaba ahora demasiado enrarecida para sostener ni siquiera unas plumas —que caían en realidad, como me había parecido, con una excesiva rapidez—, y que mi sorpresa se debía sólo a las velocidades combinadas de su caída y de mi ascensión.

»A las diez sucedió que no tenía nada que hacer que ocupase mi atención inmediata. Mis asuntos iban como sobre ruedas, y creía yo que el globo subía con una velocidad sin cesar acrecida, aunque no tuviese medio alguno para apreciar aquel aumento de velocidad. No sentía dolor ni malestar de ninguna clase, y gozaba de un humor mejor que en ningún momento desde mi partida de Rotterdam; me entretenía unas veces en examinar el estado de mis diversos aparatos, y otras, en renovar la atmósfera de la cámara. En cuanto a este último punto, resolví dedicarme a él a intervalos regulares de cuarenta minutos, más bien para preservar mi salud que por absoluta necesidad. Entretanto, no podía impedirme forjar conjeturas anticipadas. Mi imaginación se recreaba libre en las regiones soñadas de la Luna. Mi fantasía, sintiéndose, una vez al menos, sin trabas, vagaba a su antojo entre las maravillas de una tierra sombría e inestable. Unas veces eran selvas canosas y venerables, precipicios rocosos y cascadas cayendo con estrépito en abismos sin fondo. Luego, llegaba yo de pronto a tranquilas soledades inundadas de un sol de mediodía en que no penetraba ningún viento del cielo, y donde se extendían hasta perderse de vista vastas praderas de amapolas y largas flores esbeltas; parecidas a lirios, todas silenciosas e inmóviles para siempre. Después viajaba yo largo tiempo y penetraba en una comarca que constituía toda ella un lago tenebroso y vago, con una frontera de nubes. Pero aquellas imágenes no eran las únicas que se adueñaban de mi cerebro. Horrores de una naturaleza más dura y más aterradora se introducían con gran frecuencia en mi espíritu y removían las profundidades más recónditas de mi alma con la simple suposición de su posibilidad. Sin embargo, no podía yo permitir a mis pensamientos pensar demasiado tiempo sobre estas últimas especulaciones; creía sensatamente que los reales y palpables peligros de mi viaje bastaban para absorber mi atención.

»A las cinco de la tarde, mientras estaba ocupado en renovar la atmósfera de la cámara, aproveché la ocasión para observar a la gata y sus crías a través de la válvula. La gata parecía volver a sufrir mucho, y no dudé en atribuir su malestar en particular a la dificultad para respirar; pero mi experimento con los gatitos había tenido un resultado muy extraño. Esperaba yo, por de contado, verlos manifestar una sensación de dolor, aunque en un grado menor

que su madre, y esto hubiera sido suficiente para confirmar mi opinión concerniente a la resistencia habitual a la presión atmosférica. Pero no esperaba yo encontrarlos, después de un minucioso examen, gozando evidentemente de una magnífica salud, respirando con gran facilidad y con perfecta regularidad, y sin revelar el menor signo de malestar. Sólo podía comprender todo aquello ampliando mi teoría y suponiendo que la atmósfera circundante, hartamente enrarecida, podía quizá no ser, en contra de lo que había supuesto, químicamente insuficiente para las funciones vitales, y que una persona nacida en un medio semejante podría ignorar toda molestia respiratoria, mientras que, traída de nuevo a las capas más densas cercanas a la Tierra, sufriría, sin duda, dolores análogos a los que había yo padecido poco antes. Ha sido para mí desde entonces motivo de una profunda pena que un accidente desgraciado me privase de mi pequeña familia de gatos, quitándome el medio de profundizar en esta cuestión por medio de un experimento continuo. Al pasar mi mano a través de la válvula con una taza llena de agua para la vieja gata, la manga de mi camisa se enganchó en el aro que sostenía el cestillo y con el golpe lo desprendió del botón. Si todo el cestillo se hubiese evaporado en el aire, no habría sido escamoteado a mi vista de una manera más brusca e instantánea. En realidad, no transcurrió ni una décima de segundo entre el instante en que el cestillo se desprendió y aquel en que desapareció por completo con todo lo que contenía. Mis votos de mayor felicidad lo acompañaron hacia la Tierra, aunque, naturalmente, no esperaba yo en absoluto que la gata y sus gatitos sobreviviesen para contar su odisea.

»A las seis vi una gran parte de la superficie de la Tierra, hacia el este, sumida en una espesa sombra, que avanzaba sin cesar con una gran rapidez; por fin, a las siete menos cinco toda la superficie visible quedó envuelta en las tinieblas de la noche. Con todo, hasta algunos instantes después los rayos del Sol no dejaron de iluminar el globo, y esta circunstancia, que yo esperaba sin vacilar, no dejó de causarme un inmenso placer. Era evidente que por la mañana contemplaría el cuerpo luminoso a su salida varias horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, aunque éstos se hallasen situados mucho más lejos que yo al este, y que así, día tras día, a medida que estuviera colocado a mayor altura en la atmósfera, gozaría de la luz solar durante un período cada vez más largo. Decidí entonces redactar un diario de mi viaje contando los días por veinticuatro horas consecutivas, sin tener en cuenta los intervalos de oscuridad.

»A las diez, sintiendo llegar el sueño, resolví acostarme durante el resto de la noche; pero aquí se presentó una dificultad que, aun siendo tan obvia como para saltar a la vista, había escapado a mi atención hasta el último momento. Si me ponía a dormir, cual pensaba, ¿cómo renovar el aire de la cámara en el ínterin? Respirar aquella atmósfera más de una hora, como máximo, era algo completamente imposible, y aun ampliando ese plazo hasta una hora y cuarto,

podían resultar de ello las consecuencias más deplorables. La consideración del dilema me causó no poca inquietud, y apenas se creó que, después de los peligros que había yo pasado, tomase la cosa tan en serio, que desesperé de realizar mi ultimado propósito, y por último, me resigné a la necesidad de un descenso.

»Pero esta indecisión fue sólo momentánea. Pensé que el hombre es el más perfecto esclavo de la costumbre, y que mil casos de la rutina de su existencia son considerados como esencialmente importantes, aun no siendo en realidad todos sino por haberlos hecho él necesidades de esa rutina. Era evidente que no podía yo dormirme; pero podía muy bien habituarme a despertarme sin inconveniente de hora en hora durante todo el tiempo dedicado a mi descanso. No necesitaba más de cinco minutos para renovar por completo la atmósfera, y la única dificultad real era inventar un procedimiento para despertarme en el momento apropiado. Era aquél un problema cuya solución, lo confieso, me producía no poco embarazo.

»Había yo ciertamente, oído hablar del estudiante que para evitar el caer dormido sobre sus libros, sostenía en una mano una bola de cobre cuya caída ruidosa en una jofaina de ese mismo metal colocada en el suelo, junto a una silla, servía para despertarle sobresaltado, si alguna vez se dejaba invadir por el sopor. Mi caso, empero, era muy diferente del suyo, y no me dejaba lugar para semejante idea, pues yo no deseaba permanecer despierto, sino despertarme a intervalos regulares. A la postre imaginé el medio siguiente que, por sencillo que parezca, fue saludado por mí, en el momento de su descubrimiento, como una invención de todo punto comparable a la del telescopio, las máquinas de vapor, o el arte mismo de imprimir.

»Es preciso hacer observar, ante todo, que el globo a la altura alcanzada entonces por mí, seguía subiendo en línea recta con una ascensión regular, y que la barquilla lo seguía, por tanto, tan perfectamente, que era imposible notar la más ligera oscilación. Esta circunstancia me favoreció mucho para la ejecución del plan que había adoptado. Mi provisión de agua había sido embarcada en barriles que contenían cada uno cinco galones, y que estaban sólidamente estibados en el interior de la barquilla. Separé uno de aquellos barriles, y cogiendo dos cuerdas, las até apretadas al reborde de mimbre, de modo que cruzasen la barquilla paralelas y a una distancia de un pie la una de la otra; formaban así una especie de estante sobre el cual coloqué el barril y lo sujeté en una posición horizontal.

»A unas ocho pulgadas por debajo de esas cuerdas y a cuatro pies del fondo de la barquilla, fijé otro tablero, pero hecho de una tablita delgada, la única de esa naturaleza de que disponía. Sobre este último, y justo debajo de uno de los bordes del barril, puse un pequeño cántaro de barro. Hice entonces un agujero en el fondo del barril, encima del cantarillo, en el que metí una

cuña de madera cortada en forma de cono o de vela. Empujé y saqué esa cuña más o menos hasta que se adaptara, después de varios tanteos, lo bastante para que el agua que se filtrase por el agujero y cayese en el cántaro lo llenara hasta el borde en un intervalo de sesenta minutos. En cuanto a esto, me fue fácil comprobarlo en poco tiempo: no tuve más que observar hasta qué punto se llenaba el cántaro en un tiempo determinado. Una vez dispuesto todo eso debidamente, el resto del plan se adivina.

»Mi lecho estaba colocado sobre el fondo de la barquilla de tal manera, que mi cabeza, acostado, se hallaba inmediatamente debajo de la boca del cántaro. Era evidente que al cabo de una hora el cántaro lleno debía rebosar, y el sobrante fluir por la boca, que estaba un poco más abajo del nivel del borde. Era también evidente que el agua, cayendo así de una altura de más de cuatro pies, no podía dejar de caer sobre mi cara, y que el resultado seguro tenía que ser un despertar instantáneo, aunque hubiera yo dormido con el sueño más profundo del mundo.

»Eran lo menos las once cuando terminé aquella instalación, y me acosté acto seguido, confiando del todo en la eficacia de mi invención. Y no quedé defraudado. De sesenta en sesenta minutos me despertó puntualmente mi fiel cronómetro; vaciaba yo el contenido del cántaro por el agujero del fondo del barril, hacía funcionar el condensador y volvía a meterme en el lecho. Aquellas interrupciones regulares en mi sueño me produjeron incluso menos fatiga de la que yo esperaba, y cuando, por último, me levanté en definitiva, eran las siete, y el sol había alcanzado ya muchos grados encima de la línea de mi horizonte.

3 de abril

»Comprobé que mi globo había llegado a una altura inmensa, y que la convexidad de la Tierra se manifestaba al fin de una manera notable. Por debajo de mí, en el océano, aparecía un semillero de puntos negros, que debían de ser, sin duda, islas. Sobre mi cabeza el cielo era de un negro azabache, y las estrellas brillaban visibles; en realidad, siempre me habían aparecido así desde el primer día de mi ascensión. Muy lejos, hacia el norte, divisaba yo al borde del horizonte una línea o delgada faja blanca y en exceso brillante, y supuse desde luego que debía de ser el límite sur del mar Polar. Mi curiosidad se sintió muy excitada, pues tenía yo la esperanza de avanzar mucho más hacia el norte, y acaso, en un cierto momento, encontrarme directamente encima del Polo mismo. Entonces deploré que la gran altura a que estaba situado me impidiese hacer un examen tan exacto como hubiese querido. Sin embargo, quedaban aún muchas observaciones por descubrir.

»No me ocurrió, por otra parte, nada extraordinario durante este día. Mi aparato funcionaba con mucha regularidad, y el globo subía siempre sin

ninguna variación perceptible. El frío era intenso y me obligó a envolverme cuidadosamente con un paletó. Cuando las tinieblas cubrieron la Tierra, me acosté, aunque debía estar algunas horas aún rodeado de la luz de pleno día. Mi reloj de agua cumplió con puntualidad su deber, y dormí a pierna suelta hasta la mañana siguiente, salvo las interrupciones periódicas.

4 de abril

»Me he levantado con perfecta salud y de alegre humor, y me ha sorprendido el singular cambio operado en el aspecto del mar. Había perdido en gran parte el tono azul intenso que mostraba hasta ahora y era de un blanco grisáceo y de un brillo cegador. La convexidad del océano resultaba tan evidente, que la masa entera de sus aguas lejanas parecía precipitarse en el abismo del horizonte, y estuve prestando oído y buscando los ecos de la potente catarata.

»Las islas ya no eran visibles, bien fuese porque hubieran pasado detrás del horizonte hacia el sudeste, bien porque mi elevación creciente las hubiera arrojado más allá del alcance de mi vista; me sería imposible decirlo. No obstante, me incliné hacia esta última opinión. La faja de hielo, al norte, hacía cada vez más visible. El frío había perdido mucho de su intensidad. No sucedió nada importante, y pasé el día leyendo, pues no había olvidado llevar conmigo una provisión de libros.

5 de abril

»He contemplado el singular fenómeno del Sol saliendo mientras casi toda la superficie visible de la Tierra seguía envuelta en tinieblas. Aun así, la luz comenzó a esparcirse sobre todas las cosas, y vi de nuevo la línea de hielos al norte. Era ahora muy clara, y parecía de un tono más oscuro que las aguas del océano. Evidentemente, me acercaba a ella, y con gran rapidez. Me imaginé que divisaba aún una faja de tierra hacia el este, y otra hacia el oeste; pero no pude comprobarlo. Temperatura moderada. Nada importante me aconteció este día. Me acosté muy temprano.

6 de abril

»Me ha sorprendido mucho encontrar la faja de hielo a una distancia bastante moderada, y un inmenso campo también de hielo extendiéndose en el horizonte hacia el norte. Era evidente que, si el globo conservaba su dirección actual, debería llegar muy pronto a estar sobre el océano Polar, y ahora ya no tenía yo la menor duda de que venía finalmente el Polo. Durante todo el día, seguí acercándome a los hielos.

»Al anochecer, los límites de mi horizonte se agrandaron muy repentina y sensiblemente, lo cual se debía, sin duda, a la forma de nuestro planeta, que es la de un esferoide aplastado, y porque llegaba encima de las regiones

aplastadas en la proximidad del círculo ártico. Por último, cuando las tinieblas me invadieron, me acosté con verdadera ansiedad, temiendo pasar por encima del objeto de tanta curiosidad sin tener ocasión de observarlo.

7 de abril

»Me levanté temprano, y con sumo contento por mi parte contemplé lo que no vacilé en suponer era el Polo mismo. Allí lo tenía, sin duda alguna, e inmediatamente bajo mis pies; pero, ¡ay!, estaba yo situado ahora a una altura tan grande, que no podía distinguir nada con claridad. Por lo visto, a juzgar por la progresión de las cifras que indicaban mis diversas alturas, respectivamente, en diferentes momentos, desde las seis de la mañana del 2 de abril hasta las nueve menos veinte de esa misma mañana (momento en que el mercurio cayó en la cubeta del barómetro) podía suponerse con claridad que el globo ahora —cuatro de la mañana del 7 de abril— debía de haber alcanzado una altura que era, por lo menos, de 7.254 millas sobre el nivel del mar. Esta elevación puede parecer inmensa; pero el cálculo sobre el cual está basada daba con toda probabilidad un resultado muy inferior a la realidad. En todo caso, tenía yo, indudablemente, bajo mis ojos la totalidad del mayor diámetro terrestre; todo el hemisferio norte se extendía por debajo de mí como un mapa en proyección orográfica, y hasta el gran círculo del ecuador formaba la línea fronteriza de mi horizonte. Vuestras excelencias pueden, pues, concebir con facilidad que las regiones inexploradas hasta ahora y confinadas en los límites del círculo ártico, aunque situadas directamente debajo de mí, y, por tanto, vistas sin ninguna apariencia de escorzo, estaban demasiado empequeñecidas y situadas a una distancia demasiado larga del punto de vista para admitir un examen exacto de veras.

»Aun así, lo que de ellas podía verse era de una naturaleza singular e interesante. Al norte de ese inmenso borde antes mencionado y que se puede definir, salvo una ligera restricción, como el límite de la exploración humana en esas regiones, continúa extendiéndose sin interrupción, o casi, una sábana de hielo. En los primeros grados de ese avance, su superficie se aplasta sensiblemente; más lejos queda deprimida hasta parecer llana, y, por último, se hace bastante cóncava y termina en el Polo mismo en una cavidad central y circular cuyos bordes están definidos con precisión y cuyo diámetro aparente subtendía entonces, en relación con mi globo, un ángulo de sesenta y cinco segundos o cosa así; en cuanto al color, era oscuro, variando de intensidad, siempre más sombrío que ningún otro punto del hemisferio visible, e intensificándose a veces hasta el negro absoluto. Más allá era difícil distinguir algo. A mediodía la circunferencia de aquel orificio central había decrecido a mis ojos, y a las siete de la tarde la había yo perdido por completo de vista; el globo pasaba hacia el borde oeste de los hielos y avanzaba rápido en dirección del ecuador.

8 de abril

»He notado una sensible disminución en el diámetro visible de la Tierra, además de una alteración efectiva de su color y de su aspecto general. Toda la superficie de manifiesto participaba entonces, en diferentes grados, del tono amarillo pálido, y en algunas partes había adquirido un brillo casi doloroso para los ojos. Mi perspectiva hacia abajo estaba también obstaculizada por la densidad de la atmósfera y los montones de nubes que circundaban esa superficie; apenas si entre esas masas podía yo de cuando en cuando divisar la Tierra. Desde las últimas cuarenta y ocho horas mi vista había estado más o menos entorpecida por aquellos obstáculos; pero mi enorme elevación actual acercaba y confundía aquellas masas flotantes de vapores, y el inconveniente hacía, naturalmente, cada vez más perceptible a medida que ascendía. Sin embargo, percibía fácilmente que el globo se cernía ahora por encima del grupo de los grandes lagos en el continente de Norteamérica, y corría en derechura hacia el sur, lo cual debía llevarme muy pronto hacia los trópicos.

»Esta circunstancia no dejó de causarme la mayor satisfacción íntima, y la saludé con un presagio feliz de mi éxito final. En verdad, la dirección que había yo tomado hasta entonces me tenía muy inquieto, pues era evidente que si la hubiera seguido mucho tiempo aún, no habría llegado jamás a la Luna, cuya órbita está sólo inclinada hacia la eclíptica con un pequeño ángulo de cinco grados ocho minutos y cuarenta y ocho segundos. Por extraño que esto pueda parecer, únicamente en ese último período empecé a comprender el gran error que había cometido al no efectuar mi partida desde algún punto terrestre situado en el plano de la elipse lunar.

9 de abril

»Hoy el diámetro de la Tierra aparecía sumamente disminuido, y el color de la superficie adquiriría de hora en hora un tono amarillo más intenso. El globo sigue sin cesar su carrera hacia el sur, y ha llegado, a las nueve de la noche, a estar situado sobre la costa norte del golfo de México.

10 de abril

»Alrededor de las cinco de esta mañana me ha despertado de repente un fuerte estallido, un estruendo aterrador, del que no he podido en modo alguno darme cuenta. Ha sido de muy breve duración, pero mientras ha durado no se parecía a ningún ruido terrestre de los que he conocido antes. Inútil es decir que me dejó enormemente alarmado, habiéndolo atribuido en el primer momento a un desgarrón del globo. Pero examiné todos mis aparatos con gran atención, y no pude descubrir en ellos ninguna avería. He pasado gran parte del día meditando sobre tan extraordinario incidente; mas no he podido encontrarle ninguna explicación. Me he acostado descontento y en un estado de gran ansiedad y agitación.

11 de abril

»Noto una disminución sensible en el diámetro aparente de la Tierra, y un considerable aumento, observable ahora por primera vez, en el de la Luna, a la que le faltaban sólo pocos días para ser llena. Ha requerido una larga y excesiva labor el condensar en la cámara el suficiente aire atmosférico para el mantenimiento de la vida.

12 de abril

»Un cambio singular ha tenido lugar con respecto a la dirección del globo, y aunque lo previese yo por entero, me causó el más sincero placer. Había aquél llegado en su primera carrera al vigésimo paralelo de latitud sur, poco más o menos, cuando giró de pronto y en ángulo agudo hacia el este, siguiendo así durante todo el día, manteniéndose aproximadamente, si no del todo, en el plano exacto de la elipse lunar. Era digna de observarse una muy perceptible oscilación de la barquilla, oscilación que ha durado, en mayor o menor grado, varias horas.

13 de abril

»He vuelto a sentirme muy alarmado por la repetición del fuerte ruido de desgarrón que me había aterrado el 10. He meditado largo tiempo sobre ello, aunque sin poder llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Gran decrecimiento en el diámetro aparente de la Tierra, que no subtendía ahora con relación al globo sino en un ángulo de muy poco más de veinticinco grados. La Luna no podía verse en absoluto, por estar casi en mi cenit. Continuaba yo en el plano de la elipse, pero avanzando un poco hacia el este.

14 de abril

»Disminución sobrado rápida del diámetro de la Tierra. Hoy me ha impresionado mucho la idea de que el globo corría ahora sobre la línea de los ápsides hacia el perigeo, o en otras palabras: manteniéndose en la ruta directa que debía llevarlo enseguida hacia la Luna en esa parte de su órbita más cercana a la Tierra. La Luna estaba justo encima de mi cabeza, y, por consiguiente, oculta a mi vista. Grande y persistente labor necesaria para la condensación de la atmósfera.

15 de abril

»No podía distinguir yo ahora con claridad sobre la Tierra el contorno de los continentes y de los mares. Alrededor de mediodía percibí por tercera vez ese ruido espantoso que me había sorprendido antes. Ahora, empero, duró algunos momentos y aumentó sin cesar en intensidad. Finalmente, aunque sobrecogido de asombro y de terror, permanecí en espera de no sé qué terrible destrucción, cuando la barquilla fue sacudida con una violencia excesiva, y

una gigantesca y llameante masa de una materia que no pude discernir pasó, con el estruendo de mil truenos, rugiendo y bramando, junto al globo. Cuando mis terrores y mi asombro decrecieron un tanto, supuse lógicamente que sería algún enorme fragmento volcánico expelido desde aquel mundo al cual me acercaba con tanta rapidez, y según toda probabilidad, un trozo de esas sustancias recogidas a veces sobre la Tierra y que son llamadas aerolitos, a falta de mejor denominación.

16 de abril

»Hoy, mirando por debajo de mí como podía, desde cada una de las ventanas laterales, vi con gran contento una pequeñísima porción del disco lunar, sobresaliendo, por decirlo así, hacia todos lados, más allá de la inmensa circunferencia del globo. Me sentí hartamente agitado, pues no tenía ahora la menor duda de que me acercaba al final de mi peligroso viaje. Realmente, la faena que requería ahora el condensador había aumentado hasta el grado más abrumador, no permitiendo apenas tregua a mis esfuerzos. No había casi que pensar en dormir. Me sentía indispuerto a más no poder, y todo mi ser temblaba de extenuación. Era imposible que la naturaleza humana soportase aquel estado de intenso sufrimiento durante mucho tiempo más. Durante el intervalo, ahora breve, de oscuridad, un nuevo aerolito pasó por mis cercanías, y la frecuencia de aquel fenómeno me produjo una gran inquietud.

17 de abril

»Esta mañana ha hecho época en mi viaje. Como se recordará, el 13, la Tierra subtendía un ángulo de veinticinco grados de latitud. El 14, había éste disminuido mucho; el 15, observé un decrecimiento aún mayor, y cuando me acosté la noche del 16, estimé que el ángulo no era ya más que de siete grados y quince minutos. ¡Cuál no fue, por tanto, mi asombro cuando, al despertarme en la mañana de ese día después de un breve y agitado sueño, me encontré con que la superficie de la Tierra situada debajo de mí había de modo tan repentino y pasmoso aumentado de volumen, que su diámetro aparente subtendía en un ángulo no menor de treinta y nueve grados! Me quedé estupefacto. Ninguna palabra puede expresar una idea adecuada del horror sumo, absoluto, y del asombro que me sobrecogió, invadió y anonadó. Vacilaron mis rodillas, castañetearon mis dientes, se me erizó el cabello. “¡El globo ha estallado!” Éstas fueron las primeras ideas tumultuosas que se agitaron en mi mente: “¡El globo ha estallado, por lo visto! ¡Caeré, voy a caer con la velocidad más impetuosa e incomparable! A juzgar por la inmensa distancia que he recorrido tan rápidamente, chocaré con la superficie de la Tierra dentro de diez minutos todo lo más, ¡me precipitaré, quedaré aniquilado!”. Pero, por último, la reflexión vino en mi ayuda. Hice una pausa, medité y empecé a dudar. Aquello era imposible. No podía de modo alguno haber caído tan deprisa. Además, aunque me acercase, en efecto, a la superficie situada debajo de mí, no era a

una velocidad que estuviese en proporción con la que había yo imaginado al principio. Esta consideración sirvió para calmar la agitación de mi espíritu, y logré al cabo considerar el fenómeno desde su apropiado punto de vista. En realidad, el asombro debía haberme privado en gran manera del uso de mis sentidos, cuando no podía ver la enorme diferencia que había en apariencia entre la superficie situada debajo de mí y la superficie de la madre Tierra. Esta última estaba realmente sobre mi cabeza y oculta en absoluto por el globo, mientras que la Luna —la Luna misma en toda su gloria— se extendía por debajo de mí, a mis pies.

»El estupor y la sorpresa producidos en mi mente por este cambio extraordinario en la situación de las cosas, eran quizá, después de todo, la parte de la aventura menos susceptible de explicación. Pues el bouleversement en sí mismo era no sólo natural e inevitable, sino que desde hacía largo tiempo lo había yo previsto en realidad como una circunstancia esperada siempre, cuando llegase al punto exacto de mi viaje en que la atracción del planeta fuera sustituida por la del satélite, o, con mayor precisión, cuando la gravitación del globo hacia la Tierra fuese menos poderosa que su gravitación hacia la Luna. Era cierto que salía yo de un profundo sueño, con todos mis sentidos trastornados ante la contemplación de un fenómeno muy aterrador y esperado, aunque no en aquel momento. La revolución misma debía tener lugar, naturalmente, de una manera más suave y gradual, y no era en modo alguno seguro que, aunque hubiese sido yo despertado en el momento de ocurrir, hubiera tenido conciencia de ello por una prueba interior cualquiera de la inversión, es decir, por cualquier molestia o desarreglo, ya fuera en mi persona o en mi aparato.

»Es casi inútil decir que, al recobrar el justo sentido de mi situación y al salir del terror que había absorbido todas las facultades de mi alma, mi atención se dirigió por entero, en primer lugar, a la contemplación del aspecto general de la Luna. Se extendía ante mí como un mapa, y aunque juzgase yo que estaba aún a distancia bastante considerable, los salientes de su superficie se mostraban bien definidos a mi vista, con una sorprendente y al mismo tiempo inexplicable claridad. La ausencia completa de océano o mar y hasta de todo lago, río o extensión de agua, me impresionó a primera vista como el signo más extraordinario de su condición geológica. Sin embargo, cosa extraña de decir, veía yo vastas regiones llanas de un carácter evidentemente aluvial, aunque la mayor parte del hemisferio visible estaba cubierto de innumerables montañas volcánicas de forma cónica, y que tenían el aspecto de protuberancias más bien artificiales que naturales. La más alta de ellas no excedía de las tres millas y tres cuartos de elevación perpendicular; pero un mapa de las regiones volcánicas de los Campi Phlegraei daría a vuestras excelencias una idea mejor de su superficie que cualquier torpe descripción que me creyese yo en el deber de intentar. La mayor parte de aquellas

montañas estaban, por lo visto, en erupción, y me daban una idea aterradora de su furia y de su potencia por los repetidos lanzamientos tonantes de los mal llamados aerolitos, que ahora se precipitaban por debajo del globo con una frecuencia cada vez más espantosa.

18 de abril

»Hoy he encontrado un enorme acrecimiento en el volumen aparente de la Luna, y la velocidad evidentemente acelerada de mi descenso comienza a alarmarme. Se recordará que en la primera fase de mis especulaciones sobre la posibilidad de un paso hacia la Luna, la existencia en su proximidad de una atmósfera, densa en proporción con el volumen del planeta, entró con amplitud en mis cálculos y esto a despecho de muchas teorías contrarias, y puedo añadir que a despecho de la general incredulidad en la existencia de una atmósfera lunar cualquiera. Pero, además de lo que antes he indicado en relación con el cometa de Encke y con la luz zodiacal, lo que consolidaba en mi opinión eran ciertas observaciones de mister Schroeter, de Lilienthal. Ha observado él la Luna cuando tiene dos días y medio, por la noche, poco después de la puesta del Sol, antes de que la parte oscura sea visible, y ha seguido observándola hasta que esa parte se hizo visible. Los dos cuernos parecían afilarse en una especie de prolongación, cuya extremidad estaba débilmente iluminada por los rayos solares, antes de que ninguna parte del hemisferio oscuro fuera visible. Poco tiempo después, todo el limbo oscuro quedó iluminado. Esta prolongación de los cuerpos más allá del semicírculo creí que se debía a la refracción de los rayos solares por la atmósfera de la Luna. Calculé también que la altura de esa atmósfera (que podía refractar la suficiente luz en su hemisferio oscuro para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la Tierra cuando la Luna está a unos treinta y dos grados de su plenitud era de 1.356 pies de rey; por lo cual supuse que la mayor altura capaz de refractar el rayo solar era de 5.376 pies. Mis ideas sobre esta cuestión se encontraban también confirmadas por un pasaje del volumen ochenta y dos de las Transacciones filosóficas, en el cual se declara que, a raíz de una ocultación de los satélites de Júpiter, el tercero desapareció después de haberse mostrado confuso durante uno o dos segundos, y el cuarto se hizo imperceptible al aproximarse al limbo.

»Sobre la resistencia, o más exactamente, sobre la sustentación de una atmósfera existente en un estado de densidad imaginado, había yo, sin duda, basado por entero mi confianza de llegar sano y salvo en mi último descenso. Después de todo, habría entonces demostrado mi equivocación, y no me quedaba nada mejor que hacer sino esperar, como final de mi aventura, a ser pulverizado en átomos contra la rugosa superficie del satélite. Y, en verdad, tenía ahora toda clase de razones para sentirme aterrado. Mi distancia de la Luna era relativamente insignificante, mientras que la labor requerida por el

condensador no había decrecido en absoluto, y no descubría yo ningún indicio de disminución de rareza en el aire.

19 de abril

»Esta mañana, con gran alegría por mi parte, alrededor de las nueve, hallándome espantosamente cerca de la superficie de la Luna y estando mis inquietudes exasperadas hasta el máximo, la bomba del condensador dio muestras evidentes de una alteración en la atmósfera. A las diez tenía yo motivos para creer que su densidad había aumentado de considerable modo. A las once el aparato requería muy poco trabajo, y al mediodía, con cierta vacilación, me aventuré a desatornillar el torniquete; al no encontrar inconveniente para hacerlo, abrí la cámara de caucho, y desaparejé la barquilla a la redonda. Como era de esperar, una violenta jaqueca acompañada de espasmos fue la consecuencia inmediata de un ensayo tan precipitado y lleno de peligro. Pero aquellas y otras dificultades referentes a la respiración no eran aún lo bastante grandes para poner mi vida en peligro; me resigné a soportarlas lo mejor que pude, tanto más cuanto que tenía muchas razones para esperar que desaparecerían paulatinamente, pues a cada momento me acercaba más a las capas densas próxima a la Luna. Con todo, aquel acercamiento era aún sumamente impetuoso, y pronto me sentí muy alarmado, pues aunque con toda probabilidad no estuviese equivocado al esperar una atmósfera cuya densidad debía de estar en proporción con el volumen del satélite, era un error suponer que esa densidad, aun en la superficie, resultase adecuada en modo alguno para soportar el gran peso contenido en la barquilla de mi globo. No obstante, éste hubiera debido ser el caso en un grado igual que en la superficie de la Tierra, suponiendo la gravedad real de los cuerpos en uno y otro planeta en razón de la condensación atmosférica; pero no lo era: bien lo demostraba mi caída precipitada. ¿Por qué no lo era? Únicamente podía explicarse esto teniendo en cuenta esas posibles perturbaciones geológicas a las que he aludido antes. En todo caso, estaba yo muy cerca del planeta y caía con la impetuosidad más terrible. Sin perder un momento, arrojé por encima de la borda todo mi lastre, luego mis barriles de agua, después mi aparato condensador y mi saco de caucho, y, por último, los demás objetos contenidos en la barquilla. Pero todo esto no sirvió de nada. Seguía cayendo con una horrible rapidez, y estaba ahora a menos de una media milla de la superficie. Como último recurso, me quité el paletó, el sombrero y las botas; desprendí del globo la propia barquilla, que era de un peso considerable, y asiéndome entonces a la red con mis dos manos, tuve apenas tiempo de observar que toda la comarca, hasta donde mis ojos podían alcanzar, estaba sembrada de casas apretadas, diminutas, antes de caer como una bala en el corazón mismo de una ciudad de aspecto fantástico y en medio de unos seres muy feos, ninguno de los cuales pronunció una sola sílaba ni se tomó la menor molestia en prestarme ayuda. Todos, en cambio, permanecían con los brazos

en jarras, como un montón de idiotas, gesticulando de una manera ridícula y mirando de soslayo, a mí y a mi globo. Me aparté de ellos con desprecio, y alzando los ojos hacia la Tierra, que había abandonado no hacía mucho, y de la cual me había desterrado acaso para siempre, la vi como un enorme y oscuro broquel de cobre de un diámetro aproximado de dos grados, fija e inmóvil en los cielos, y mostrando en uno de sus bordes una media luna del oro más brillante. No se podían descubrir indicios de tierra o de agua, y el conjunto estaba moteado de manchas variables y atravesado por las zonas tropicales y ecuatoriales.

»Así, con el permiso de vuestras excelencias, después de una serie de grandes angustias, de peligros inauditos y de salvamentos sin par, llegué diecinueve días después de mi partida de Rotterdam, sano y salvo al final de un viaje que era, sin duda, el más extraordinario y el más importante que se haya efectuado, emprendido o incluso concebido por un habitante cualquiera de la Tierra. Y en realidad, vuestras excelencias pueden imaginar sin esfuerzo que, después de una residencia de cinco años en un planeta que es ya bastante interesante en su peculiar carácter, y lo es doblemente por su íntima relación, en calidad de satélite, con el mundo habitado por el hombre, pueda yo guardar para el Colegio Nacional de Astrónomos informes secretos de mucha mayor importancia que los detalles, por maravillosos que sean, del simple viaje, tan a satisfacción terminado. Éste es, en suma, el caso. Tengo muchas, muchas cosas que contar y sería para mí un gran placer comunicárselas. Tengo mucho que decir del clima del planeta, de sus asombrosas alternativas de calor y de frío, de esa claridad solar que dura quince días, implacable y ardorosa, y de esa temperatura más que polar que ocupa la otra quincena; de esa traslación constante de humedad que se realiza por destilación como en el vacío desde el punto situado debajo del Sol hasta el que está más alejado, de la zona variable de aguas corrientes, de aquel pueblo mismo, de sus maneras, costumbres e instituciones políticas; de su contextura física peculiar, de su fealdad, de su carencia de orejas, apéndices superfluos en una atmósfera tan extrañamente modificada; de su ignorancia resultante del uso y de las propiedades del lenguaje, del método singular de comunicación entre ellos, que sustituye a la palabra; de la incomprensible relación entre cada individuo de la Luna con algún habitante de la Tierra, una relación análoga y dependiente de la que rige las órbitas del planeta y del satélite, y por medio de la cual las vidas y destinos de los habitantes del uno están enlazados con las vidas y los destinos de los habitantes del otro; y por encima de todo, si les place a vuestras excelencias, de esos sombríos y horribles misterios relegados a las otras regiones de la Luna, regiones que, a causa de la concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su propio eje con la revolución sideral alrededor de la Tierra, no se han mostrado, sin embargo, nunca, y, gracias a Dios, no se mostrarán jamás al examen de los telescopios humanos. Todo esto, y más, mucho más,

hubiera yo querido narrar con mucho gusto y detalladamente. Pero, para ser breve, debo reclamar mi recompensa. Aspiro a regresar al seno de mi familia y de mi hogar, y como premio a toda comunicación ulterior por mi parte, en consideración a la luz que puedo dar sobre muchas ramas importantes de las ciencias físicas y metafísicas, solicito, por mediación de vuestra honorable cooperación, el perdón por el crimen del que soy culpable con la muerte de mis acreedores a raíz de mi partida de Rotterdam. Éste es, por tanto, el objeto del presente documento. El portador, un habitante de la Luna, a quien he convencido y dado las instrucciones pertinentes para que sea mi mensajero en la Tierra, esperará lo que les plazca hacer a vuestras excelencias, y volverá a mí con el perdón solicitado, si de algún modo puede ser obtenido.

»Tiene el honor de quedar como muy humilde servidor de vuestras excelencias,

HANS PFAALL».

Al terminar la lectura cuidadosa de este documento tan extraordinario, el profesor Rubadub, según dicen, dejó caer su pipa al suelo en el colmo de la sorpresa, y Mynheer Superbus von Underduk, habiéndose quitado, limpiado y guardado en su bolsillo sus antiparras; se olvidó de él y de su dignidad hasta el punto de girar tres veces sobre sus talones en la quintaesencia de la estupefacción y del asombro. Era indudable que se lograría el perdón.

Al menos, con un rotundo juramento lo prometió el profesor Rubadub, y así pensó, por último, el ilustre Von Underduk, que cogió del brazo a su hermano en ciencia y recorrió la mayor parte del camino hacia su casa sin decir una palabra, para deliberar sobre las medidas a adoptar. No obstante, llegado a la puerta de la morada del burgomaestre, el profesor se aventuró a sugerir que, como el mensajero había creído conveniente desaparecer — aterrado, sin duda, hasta la muerte por el aspecto salvaje de los ciudadanos de Rotterdam—, el perdón serviría de poco, puesto que no había más que un hombre de la Luna que pudiese emprender un viaje a tan larga distancia. Ante lo evidente de esta observación, el burgomaestre asintió, y el asunto, por tanto, terminó allí. No ocurrió así, empero, con los rumores y conjeturas. Habiendo sido publicada la carta, dio origen a una gran variedad de hablillas y opiniones. Algunos de los supersabios llevaron su ridiculez hasta querer rebajar el asunto entero y considerarlo sólo como un engaño. Pero creo que engaño es entre esa clase de gentes un término general que aplican a todas las materias que superan su comprensión. Por mi parte, no puedo concebir sobre qué datos han basado semejante acusación. Veamos lo que dicen:

En primer lugar. Que ciertos guasones de Rotterdam tienen una especial antipatía a ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo. Que un extraño enanito y nigromante, cuyas dos orejas habían

sido, a causa de alguna fechoría, cortadas al ras de la cabeza, había faltado varios días de la ciudad de Brujas, que está en las cercanías.

Tercero. Que los periódicos pegados alrededor del pequeño globo eran periódicos holandeses, y, por ende, no podían haber sido impresos en la Luna. Eran unos papeles sucios, muy sucios, y Gluck, el impresor, podía jurar sobre su Biblia que habían sido impresos en Rotterdam.

Cuarto. Que el propio Hans Pfaall, el mísero borracho, y los tres ociosos caballeros llamados acreedores suyos, habían sido vistos juntos, dos o tres días antes todo lo más, en una taberna de los suburbios, precisamente cuando volvían, con dinero en el bolsillo, de una travesía marítima.

Y último. Que la opinión más generalmente admitida, o que debe serlo así, es que el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, lo mismo que todos los demás colegios de todas las partes del mundo, sin mencionar a los colegios y a los astrónomos en general, no es, para dejar ya el tema, ni mejor, ni más insigne, ni más sabio de lo que éstos deben ser.

NOTA. —Hablando con exactitud hay una pequeña semejanza entre la chanza que acaba de ser bosquejada y la célebre Historia lunar, de mister Locke; pero como ambas tienen el carácter de obras burlescas —aunque la una tenga un tono de zumba y la otra de absoluta seriedad—, y como ambas son sobre el mismo tema: la Luna; como además, ambas también intentan ser verosímiles por medio de detalles científicos, el autor de Hans Pfaall cree necesario decir, en defensa propia, que su propio jeu d'esprit se publicó en el Southern Literary Messenger, aproximadamente tres semanas antes de dar comienzo a la publicación del suyo mister Locke en el New York Sun. Imaginando un parecido que quizá no existe, algunos diarios de Nueva York transcribieron Hans Pfaall, cotejándolo con dicha burlesca Historia lunar, a fin de descubrir al autor de una el autor de la otra.

Como muchas personas, actualmente engañadas por esa burlesca Historia lunar, quisieran conocer la realidad, ésta puede proporcionarles alguna ligera diversión al mostrarles por qué ninguno quedará defraudado e indicarles esos detalles del relato que deberían ser suficientes para establecer su carácter veraz. Ciertamente, pese a la riqueza imaginativa desplegada en esta ingeniosa ficción, se necesitaría emplear mucha de la fuerza de aquélla en una más escrupulosa atención a los hechos y a la analogía general. Que el público sea engañado, aunque de momento demuestra tan sólo la ignorancia crasa que impera, por lo general, en los temas de carácter astronómico.

La distancia entre la Tierra y la Luna es, en números redondos, de 240.000 millas. Si deseamos averiguar cuánto acerca, al parecer, una lente al satélite, tendremos, naturalmente, que dividir la distancia por el aumento, o, con mayor exactitud, por la potencia penetrante del espacio del cristal. Mister Locke hace

que sus lentes tengan una potencia de 42.000 veces. Por eso, si dividimos 240.000 (la distancia real de la Luna) por esa potencia, tendremos cinco millas y cinco séptimos como distancia aparente. Ningún animal podría en absoluto ser visto desde tan lejos, y mucho menos los minuciosos puntos detallados en dicho relato. Mister Locke habla de que sir John Herschel percibió flores (el *Papaver rheas*, etc.), y hasta descubre el color y la forma de los ojos de los pajarillos. Momentos antes también había él mismo observado que la lente no hace perceptibles los objetos de menos de 18 pulgadas de diámetro; pero aun éstos, como ya he dicho, los permiten ver los cristales de muchísima potencia. Puede hacerse observar de paso que esas lentes prodigiosas se dice que han sido fabricadas en la cristalería de los señores Hartley & Grant, en Dumbarton; pero el establecimiento de dichos señores cesó en sus trabajos muchos años antes de la publicación de esta obra burlesca.

En la página 13 del folleto editado, hablando de un «velo velludo» sobre los ojos de cierta especie de bisonte, el autor dice: «Se le ocurrió acto seguido a la sagaz mente del doctor Herschel que aquello era una invención providencial para proteger los ojos del animal de los grandes extremos de luz y de oscuridad a los cuales están sometidos de un modo periódico todos los habitantes de nuestro lado de la Luna». Pero esto puede ser considerado como una «agudísima» observación del doctor. Los habitantes de nuestro lado de la Luna no tienen, evidentemente, una oscuridad absoluta, así como ninguno de los «extremos» mencionados. En la ausencia del Sol, tienen ellos una luz desde la Tierra equivalente a la de trece lunas llenas y despejadas.

La topografía en todas partes, hasta cuando se manifiesta de acuerdo con la carta lunar de Blunt, es completamente distinta de la de otros mapas lunares, y hasta está toscamente en desacuerdo con ella misma. Los puntos de la brújula, además, se hallan en confusión inextricable; el autor parece ignorar que sobre un mapa lunar aquélla no está de acuerdo con los puntos terrestres: el este aparece a la izquierda, etcétera.

Defraudados quizá por los títulos vagos, Mare Nubium, Mare Tranquillitatis, Mare Fecunditatis, etcétera, dados a los lugares oscuros por los primitivos astrónomos, mister Locke ha entrado en detalles referentes a océanos y a otras grandes superficies de agua en la Luna, siendo así que allí no hay punto astronómico positivamente que descubra que tales superficies existan allí. Examinando los cruces limítrofes entre la luz y la oscuridad (en luna creciente es convexa) donde esos cruces limítrofes surcan cualquiera de los sitios oscuros, la línea divisoria se ve erizada y dentada; pero, si existiesen dichos sitios oscuros líquidos, estarían, sin duda, aún.

La descripción de las alas del hombre-murciélago, en la página 21, no es sino una copia literal del relato de Peter Wilkin de las alas de sus isleños voladores. Este simple hecho podría suscitar, al menos, recelos, de fijarse en

él.

En la página 23 encontramos lo siguiente: «¡Qué prodigiosa influencia debe de haber ejercido nuestro globo, trece veces mayor, sobre este satélite cuando era un embrión en el seno del tiempo, el sujeto pasivo de una afinidad química!».

Esto es muy bello; pero podría objetarse que ningún astrónomo hubiera hecho tal observación, especialmente en una publicación científica cualquiera, pues la Tierra, en el sentido determinado, no es sólo trece, sino cuarenta y nueve veces mayor que la Luna. Una objeción parecida, aplicada a la totalidad de las páginas finales, donde, a modo de introducción a ciertos descubrimientos en Saturno, el filósofo corresponsal entra en un minucioso relato de ese planeta, para colegiales; ¡esto en el *Edinburgh Journal of Science!*

Pero hay un punto en particular que revelaría la ficción. Imaginemos la potencia de visión que poseen actualmente los animales en la superficie de la Luna. ¿Qué sería lo que primero atraería en ellos la atención de un observador desde la Tierra? En verdad, ni su forma, tamaño, ni cualquier otra particularidad semejante, tanto como su notable situación. Aparecerían ellos caminando con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo, a la manera de las moscas sobre un techo. El observador real lanzaría al instante una exclamación de sorpresa —aunque estuviese preparado a ello por un conocimiento previo— ante la singularidad de su posición. El observador ficticio no hubiera mencionado la cuestión; pero ¿hablaría de la vista de los cuerpos enteros de tales seres, cuando ha quedado demostrado que él no podría haber visto más que el diámetro de sus cabezas?

Puede asimismo hacerse observar, en conclusión, que el tamaño y, sobre todo, las facultades de los hombres-murciélagos (por ejemplo, su destreza para volar en una atmósfera tan enrarecida, si es que realmente hay alguna atmósfera en la Luna), con muchas otras de las fantasías referentes a la vida animal y vegetal, están en desacuerdo de ordinario con todos los razonamientos analógicos sobre estos temas, y esa analogía valdría con frecuencia de prueba concluyente. ¿Es quizá necesario añadir que todas las sugerencias atribuidas a Brewster y a Herschel, al comienzo del artículo, acerca de «una transfusión de luz artificial a través del objeto focal de la visión», etcétera, etcétera, pertenecen a ese género de obras metafóricas que aparecen más propiamente bajo la denominación de galimatías?

Hay un auténtico y muy definido límite al descubrimiento óptico entre las estrellas, un límite cuya naturaleza necesita sólo ser expresada para ser comprendida. Si, en realidad, el vaciado de grandes lentes que todo eso requiere, la ingeniosidad del hombre demostrase, por último, que era igual a la

tarea, podríamos hacerlas de cualquier tamaño deseado. Pero, desgraciadamente, en proporción al aumento de tamaño de las lentes, y, por consiguiente, a la potencia penetrante de espacio está la disminución de luz del objeto por la difusión de sus rayos. Y para ese mal no hay remedio dentro de la habilidad humana, pues un objeto se ve por medio de esa sola luz que proviene de él mismo, ya sea directa o refleja. Así, la única luz «artificial» que pudo aprovechar mister Locke sería alguna luz artificial que él pudiese arrojar no sobre «el objeto de la visión focal», sino el objeto real; visto, a saber: sobre la Luna.

Se calcula fácilmente que, cuando la luz procede de una estrella, llega tan difusa y débil como la luz natural procedente del conjunto de las estrellas en una noche clara y de luna, cuando la estrella está visible de cerca para cualquier fin práctico.

El telescopio del conde de Ross, construido recientemente en Inglaterra, tiene un speculum con una superficie de refracción de 4.071 pulgadas cuadradas; el telescopio de Herschel tiene uno de 1.811 solamente. El metal del conde de Ross tiene seis pies de diámetro, es decir, cinco pulgadas y media de grueso en los bordes y cinco en el centro. Su peso es de tres toneladas; la distancia focal es de 50 pies.

He leído últimamente un singular y bastante ingenioso librito cuya portada dice así: «L'Homme dans le lune ou le Voyage chimerique fait au Monde de la Lune, nouvellement decouvert par Dominique Gonzales, Aduanturier Espagnol autrement dit le Courier volant. Mis en notre langue par J. B. D. A Paris chex François Piot, près la Fontaine de Saint-Benoist. Et chez J. Goignard, au premier pilier de la grand'salle du Palais, proche les Consulations. MDCXLVII». Página 176.

El autor declara haber traducido su libro del inglés de un mister D' Avisson (¿Davidson?), aunque hay una terrible ambigüedad en el relato. «J'en al eu — dice él— l'original de Monsieur D' Avisson, médecin des mieux verses qui soient aujourd'hui dans la connaissance des Belles Letres et sur tout de la Philosophie Naturelle. Je lui al cette obligation entre les autres de m'avoir non seulement mis en main ce Livre en anglais, mais encore le manuscrit du Sieur Thomas D'Anan, gentilhomme Eccossois, recommandable pour sa vertu, sur la version duquel j'advoue que j'ay tiré le plan de la mienne».

Después de algunas aventuras inadecuadas, muy a la manera de Gil Blas, y que ocupan las primeras treinta páginas, el autor refiere que, cuando realizaba un viaje por mar, la tripulación le abandonó, junto con un esclavo negro, en la isla de Santa Elena. A fin de aumentar las posibilidades de obtener alimentos, los dos se separaron y vivieron lo más aparte que les fue posible. Esto los llevó a amaestrar unas aves que les sirvieron de palomas mensajeras entre ellos.

Pronto les enseñaron a transportar paquetes de cierto peso, peso que fue aumentando gradualmente. Al final, se les ocurrió la idea de unir las fuerzas de un gran número de aquellas aves, con intención de que transportaran al propio autor. Idearon una máquina a ese fin, y encontramos una minuciosa descripción de ella, que está materialmente ilustrada por un grabado en acero. Vemos en éste al señor Gonzales con traje de encajes y una voluminosa peluca, montado a horcajadas sobre algo muy parecido a un palo de escoba y sostenido en el aire por una multitud de cisnes silvestres (ganzas) atados de sus colas a la máquina.

El principal suceso detallado por el señor Gonzales en su relato proviene de un hecho muy importante que el autor deja que ignore el lector hasta casi el final del libro. Los ganzas con quienes él tiene tanta familiaridad no son, en realidad, habitantes de Santa Elena, sino de la Luna. Desde allí tienen la costumbre, desde tiempo inmemorial, de emigrar cada año a alguna parte de la Tierra. En la estación adecuada, naturalmente, quieren regresar a su país, y ocurre que un día, al requerir el autor sus servicios para un breve viaje, es elevado de improviso en derechura, y en un corto lapso de tiempo llega al satélite. Allí ve, entre otras cosas singulares, que las gentes se divierten con extraordinaria alegría, que no tienen leyes, que mueren sin dolor, que son de diez a trece pies de altura, que viven cinco mil años, que tienen un emperador llamado Irdonozur y que pueden dar saltos a una altura de sesenta pies, cuando, por estar libres de la influencia de la ley de gravedad, vuelan alrededor con abanicos.

No puedo abstenerme de transcribir una muestra de la filosofía general del volumen:

«Debo ahora manifestaros —dice el señor Gonzales— la naturaleza del lugar en que me encuentro. Todas las nubes están a mis pies, o, si lo permitís, esparcidas entre la Tierra y yo. En cuanto a las estrellas, como no existe noche donde estoy, tienen siempre el mismo aspecto; no brillante, como es lo habitual, sino pálido y muy arcano, como la Luna de una mañana. Pero pocas veces se ven desde allí, y éstas, diez veces mayores (por lo que he podido juzgar) de lo que parecen a los habitantes de la Tierra. La Luna, que necesita dos días para ser llena, es de un tamaño terrible.

»No debo olvidar aquí que las estrellas aparecen sólo por el lado del globo vuelto hacia la Luna, y que a la proximidad con ésta se debe el que parezcan tan grandes. Debo asimismo manifestaros que, ya sea el tiempo tranquilo o tempestuoso, yo me encuentro siempre inmediato entre la Luna y la Tierra. Estoy persuadido de esto por dos razones: porque mis aves vuelan siempre en línea, y porque cuantas veces intentamos asentarnos somos arrastrados insensiblemente alrededor del globo de la Tierra. Pues yo acepto la opinión de Copérnico, quien sostiene que el tal no deja nunca de girar del Este al Oeste,

no sobre los polos de la equinoccial, vulgarmente llamados los polos del mundo, sino sobre los del Zodíaco, cuestión esta sobre la que me propongo hablar por extenso en el futuro, cuando tenga tiempo libre para refrescar mi memoria en lo que atañe a la astrología que he aprendido en Salamanca de joven, y que he olvidado después».

A pesar de los errores subrayados, el libro no deja de reclamar cierta atención, por proporcionar una ingenua muestra de las nociones astronómicas corrientes de aquel tiempo. Una de éstas pretende que «la fuerza de la gravitación» se extiende a corta distancia de la superficie de la Tierra, y, por consiguiente, vemos a nuestro viajero «arrastrado insensiblemente alrededor del globo», etcétera.

Hay otros «viajes a la Luna», pero ninguno de tan alto mérito como el que acabamos de mencionar. Pues el de Bergerac carece por completo de sentido. En el volumen tercero de la *American Quaterly Review* se inserta íntegra una detallada crítica en la cual resulta difícil decir si el crítico expone más la estupidez del libro o su propia ridícula ignorancia de la astronomía. He olvidado el título de la obra; pero los medios para efectuar el viaje están más deplorablemente concebidos que los mismos ganzas de nuestro amigo el señor Gonzales. Al aventurero le sucede que, al cavar la tierra, descubre un metal especial sobre el cual ejerce la Luna una poderosa atracción, y desde luego construye un cajón de ese metal que, al desprenderse de sus ataduras terrestres, vuela, transportándole a él acto seguido hacia el satélite. El Vuelo de Thomas O'Rourke es un jeu d'esprit no desdeñable del todo, y ha sido traducido al alemán. Thomas, el héroe, es en realidad el guardabosques de un par irlandés, cuyas excentricidades dan origen a la historia. El «vuelo» se realiza sobre el lomo de un águila, desde la Montaña Húngara, unas sierras enormes, al final de la bahía de Bautry.

En estas diversas brochures la intención es siempre satírica, y el asunto, una descripción de las costumbres lunares, comparadas con las nuestras. En ninguna hay el menor intento de verosimilitud en los detalles del viaje mismo. Los autores parecen ser, en cada caso, completamente incultos respecto a astronomía. En Hans Pfaall el propósito es original en lo que se refiere al intento de dar verosimilitud al relato, con la aplicación de principios científicos —hasta donde la naturaleza caprichosa del tema lo permite— al actual viaje de la Tierra a la Luna.

LA CARTA ROBADA

En París, justamente después de una oscura y tormentosa noche, en el

otoño de 18..., gozaba yo de la doble voluptuosidad de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Augusto Dupin, en su pequeña biblioteca privada o gabinete de lectura, situada en el troisième del número 33 de la rue Dunôt, en el faubourg Saint-Germain. Durante una hora, por lo menos, habíamos permanecido en un profundo silencio; cada uno de nosotros, para cualquier casual observador, hubiese parecido intensa y exclusivamente atento a las volutas de humo que adensaban la atmósfera de la habitación. En lo que a mí respecta, sin embargo, discutía mentalmente ciertos temas que habían constituido nuestra conversación en la primera parte de la noche; me refiero al asunto de la rue Morgue y al misterio relacionado con el asesinato de María Roget. Consideraba yo aquello, por lo tanto, como algo coincidente, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió dando paso a nuestro antiguo conocido monsieur G***, prefecto de la policía parisiense.

Le dimos una cordial bienvenida, pues aquel hombre tenía su lado divertido, así como su lado despreciable, y no le habíamos visto hacía varios años. Como estábamos sentados en la oscuridad, Dupin se levantó entonces para encender una lámpara; pero volvió a sentarse, sin hacer nada, al oír decir a G*** que había venido para consultarnos o más bien para pedir su opinión a mi amigo sobre un asunto oficial que le había ocasionado muchos trastornos.

—Si es un caso que requiere reflexión —observó Dupin, absteniéndose de encender la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—Ésta es otra de sus extrañas ideas —dijo el prefecto, quien tenía la costumbre de llamar «extrañas» a todas las cosas que superaban su comprensión, y que vivía así entre una legión completa de «extrañezas».

—Es muy cierto —dijo Dupin, ofreciendo a su visitante una pipa y arrastrando hacia él un cómodo sillón.

—Y ahora, ¿cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que no sea nada relacionado con el género asesinato.

—¡Oh, no! Nada de eso. El hecho, el asunto es muy sencillo en realidad, y no dudo que podríamos arreglárnoslas bastante bien nosotros solos; pero luego he pensado que a Dupin le agradaría oír los detalles de esto, porque es sumamente extraño.

—Sencillo y extraño —dijo Dupin.

—Pues sí, y no es exactamente ni una cosa ni otra. El hecho es que nos ha traído buenos quebraderos de cabeza ese asunto por ser tan sencillo y a la par tan desconcertante.

—Quizá sea la gran sencillez de la cosa la que los induce al error —dijo mi amigo.

—¡Qué insensatez está usted diciendo! —replicó el prefecto, riendo de buena gana.

—Quizá el misterio sea un poco demasiado sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios misericordioso! ¿Quién ha oído nunca semejante idea?

—Un poco demasiado evidente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! —gritaba nuestro visitante, enormemente divertido—. ¡Oh, Dupin, quiere usted hacerme morir de risa!

—¿De qué se trata, en fin de cuentas? —pregunté.

—Pues voy a decírselo —replicó el prefecto, lanzando una larga, densa y contemplativa bocanada, y arrellanándose en su asiento—. Voy a decírselo en pocas palabras; pero antes de comenzar, me permito advertirle que se trata de un asunto que requiere el mayor secreto, y que perdería yo, muy probablemente, el puesto que ocupo en la actualidad, si se supiera que se lo había confiado a alguien.

—Empiece ya —dije.

—O no empiece —dijo Dupin.

—Bueno; empezaré. Estoy informado personalmente, por fuente muy elevada, de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado de las habitaciones reales. Se sabe quién es el individuo que lo ha robado, esto no admite duda; le han visto robarlo. Y se sabe también que lo tiene en su poder.

—¿Cómo se ha sabido? —preguntó Dupin.

—Se infiere claramente —replicó el prefecto— de la naturaleza del documento, y de la no aparición de ciertos resultados que habrían tenido lugar enseguida, si no estuviese el documento en poder del ladrón, es decir, si fuera utilizado para el fin que debe él proponerse.

—Sea usted un poco más explícito —dije.

—Pues bien: me arriesgaré a decir que ese papel confiere a su poseedor cierto poder en cierto lugar, poder que es de una valía inmensa.

El prefecto era muy aficionado a la jerga diplomática.

—Sigo sin entender absolutamente nada —dijo Dupin.

—¿No? Bueno; la revelación de ese documento a una tercera persona, cuyo nombre silenciaré, pondría en entredicho el honor de alguien del más alto rango, y esto daría al poseedor del documento un ascendiente sobre esa ilustre personalidad cuyo honor y tranquilidad se hallan así comprometidos.

—Pero ese ascendiente —interrumpí— depende de que el ladrón sepa que

la persona robada le conoce. ¿Quién se atrevería...?

—El ladrón —dijo G***— es el ministro D***, que se atreve a todo, lo mismo a lo que es indigno que a lo que es digno de un hombre. El procedimiento del robo es tan ingenioso como audaz. El documento en cuestión (una carta, para ser franco) ha sido recibido por la persona robada estando a solas en el regio boudoir. Mientras lo leía cuidadosamente, fue interrumpida de pronto por la entrada del otro ilustre personaje, a quien ella deseaba especialmente ocultarlo. Después de precipitados y vanos esfuerzos para meterlo en un cajón, se vio obligada a dejarlo, abierto como estaba, sobre una mesa. La dirección, no obstante, estaba vuelta y el contenido, por tanto, era ilegible; de modo que la carta pasó inadvertida. En ese momento entra el ministro D***. Sus ojos de lince ven enseguida el papel, reconoce la letra y la dirección, observa la confusión de la persona a quien iba dirigido, y penetra su secreto. Después de despachar algunos asuntos, con la celeridad en él acostumbrada, saca una carta un tanto parecida a la misiva en cuestión, la abre, finge leerla, y luego la coloca muy cerca de la otra. Vuelve a conversar durante unos quince minutos sobre los asuntos públicos. Y por último se despide y coge de la mesa la carta a la que no tiene derecho. La legítima poseedora lo ve; pero, naturalmente, no se atreve a llamar la atención sobre aquel acto en presencia del tercer personaje que está junto a ella. El ministro se marcha, dejando su propia carta (una carta sin importancia) sobre la mesa.

—Ahí tiene usted —me dijo Dupin—, ahí tiene usted precisamente lo que se requería para que el ascendiente fuese completo: el ladrón sabe que la persona robada le conoce.

—Sí —asintió el prefecto—, y el poder alcanzado así lo ha usado con amplitud desde hace algunos meses para sus fines políticos, hasta un punto muy peligroso. La persona robada está cada día más convencida de la necesidad de recuperar su carta. Pero esto, sin duda, no puede hacerse abiertamente. Al fin, impulsada por la desesperación, me ha encargado del asunto.

—Era imposible, supongo —me dijo Dupin, entre una perfecta voluta de humo—, elegir e incluso imaginar un agente más sagaz.

—Usted me adula —replicó el prefecto—; pero es posible que hayan tenido en cuenta esa opinión.

—Está claro —dije—, como usted ha hecho observar, que la carta se halla aún en posesión del ministro, puesto que es esa posesión y no el uso de la carta lo que le confiere su poder. Con el uso ese poder desaparece...

—Es cierto —dijo G***—, y con esa convicción he procedido. Mi primer cuidado ha sido efectuar una pesquisa en el hotel del ministro, y allí mi primer

apuro ha consistido en la necesidad de buscar sin que él lo supiese. Por encima de todo estaba yo prevenido contra el peligro existente en darle motivo para que sospechase nuestro propósito.

—Pero —dije— se halla usted completamente au fait en esas investigaciones. La policía parisiense ha hecho eso más de una vez.

—¡Oh, sí! Y por esa razón no desespero. Las costumbres del ministro me proporcionan, además, una gran ventaja. Está ausente con frecuencia de su casa por la noche. No tiene muchos criados. Duermen éstos a cierta distancia de la habitación de su amo, y como son principalmente napolitanos, están siempre dispuestos a emborracharse. Poseo, como usted sabe, llaves con las cuales puedo abrir todos los cuartos o gabinetes de París. Durante tres meses no ha pasado una noche cuya mayor parte no la haya dedicado en persona a registrar el hotel de D***. Mi honor está en juego, y para confiarle un gran secreto, la recompensa es muy crecida. Por eso no he abandonado la búsqueda hasta estar por completo convencido de que ese hombre es más astuto que yo. Creo que he registrado cada escondrijo y cada rincón de la casa en los cuales podía estar oculto el papel.

—Pero ¿no sería posible —sugerí— que, aunque la carta estuviera en posesión del ministro (y lo está, indudablemente), la hubiera escondido él en otra parte que en su propia casa?

—Eso no es posible en absoluto —dijo Dupin—. La situación peculiar actual de los asuntos de la corte, y en especial de esas intrigas en las que D*** está, como se sabe, envuelto, hacen de la eficacia inmediata del documento (de la posibilidad de ser presentado en el momento) un punto de una importancia casi igual a su posesión.

—¿La posibilidad de ser presentado? —dije.

—Es decir, de ser destruido —dijo Dupin.

—De seguro —observé—, ese papel está en la casa. En cuanto a que lo lleve encima el ministro, podemos considerar esta hipótesis de todo punto como ajena a la cuestión.

—De todo punto —dijo el prefecto—. Le he hecho atracar dos veces por dos maleantes, y su persona ha sido rigurosamente registrada bajo mi propia inspección.

—Pudo usted haberse ahorrado esa molestia —dijo Dupin—. D***, por lo que presumo, no está loco rematado, y por tanto, ha debido prever esos atracos como cosa natural.

—No está loco rematado —dijo G***—; pero es un poeta, por lo cual, para mí, se halla muy cerca de la locura

—Es cierto —dijo Dupin, después de lanzar larga y pensativamente bocanadas de humo de su pipa de espuma—, aunque sea yo mismo culpable de ciertas aleluyas.

—Denos usted —dijo— detalles precisos de su busca.

—Pues bien: el hecho es que nos hemos tomado tiempo y hemos buscado por todas partes. Tengo una larga experiencia en estos asuntos. Hemos recorrido la casa entera, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada uno. Hemos examinado primero el mobiliario de cada habitación y abierto todos los cajones posibles, y supongo que sabrá usted que, para un agente de policía convenientemente adiestrado, un cajón secreto no resulta una cosa imposible. Es un mastuerzo todo hombre que en una pesquisa de ese género permite que un cajón secreto escape a su búsqueda. ¡La cosa es tan sencilla! Hay en cada estancia cierta cantidad de volumen —de espacio— del cual puede uno darse cuenta. Tenemos para eso reglas exactas. Ni la quincuagésima parte de una línea puede escapárse nos. Después de las habitaciones nos hemos dedicado a las sillas. Los almohadones han sido sondeados con esos finos agujones que me ha visto usted emplear. Hemos quitado los tableros de las mesas.

—¿Y eso para qué?

A veces el tablero de una mesa, o de cualquier otra pieza semejante del mobiliario, es levantado por la persona que desea esconder un objeto; ahueca entonces la pata, deposita el objeto dentro de la cavidad y vuelve a colocar el tablero. Los fondos y remates de las columnas de las camas son utilizados para el mismo fin.

—Pero ¿no puede descubrirse ese hueco por el sonido? —pregunté.

—No hay manera, si ha sido depositado el objeto envuelto en un relleno de algodón suficiente. Además, en nuestro caso, nos veíamos obligados a actuar sin hacer ruido.

—Pero ustedes no han podido quitar, desmontar todas las piezas de moblaje en las cuales hubiera sido factible depositar un objeto de la manera que usted ha indicado. Una carta puede ser enrollada en una espiral muy fina, parecidísima en su forma a una aguja de hacer punto, y ser así introducida dentro del palo de una silla, por ejemplo. ¿Han desmontado ustedes las piezas de todas las sillas?

—Ciertamente que no; pero hemos hecho algo mejor: hemos examinado los palos de cada silla en el hotel, e incluso las juntas de toda clase de muebles, con ayuda de un potente microscopio. Si hubiese habido un indicio cualquiera de una alteración reciente, no hubiéramos dejado de descubrirlo al punto. Un solo grano de polvo de berbiquí, por ejemplo, habría aparecido tan

visible como una manzana. Cualquier alteración en la cola —una simple grieta en las juntas— hubiese bastado para asegurar su descubrimiento.

—Supongo que habrán ustedes examinado los espejos, entre la luna y la chapa, y que habrán registrado las camas y sus ropas, lo mismo que las cortinas y alfombras.

—Naturalmente, y cuando hubimos examinado cada partícula del mobiliario de ese modo, examinamos la propia casa. Dividimos su superficie entera en compartimientos que numeramos, para que así no se nos olvidase ninguno; después examinamos cada pulgada cuadrada por todas partes, incluyendo las dos casas contiguas, con el microscopio, como antes.

—¡Las dos casas contiguas! —exclamé—. Ha debido usted de soportar grandes molestias.

—En efecto, pero la recompensa ofrecida es prodigiosa.

—¿Incluye usted los suelos de las casas?

—Todos los suelos son de ladrillo. En comparación eso nos ha dado poco trabajo. Hemos examinado el musgo entre los ladrillos, encontrándolo intacto.

—¿Habrá usted mirado entre los papeles de D***, naturalmente, y dentro de los libros de su biblioteca?

—Por supuesto, hemos abierto cada paquete y cada bulto; no sólo hemos abierto todos los libros, sino que hemos pasado hoja por hoja cada volumen, no contentándonos con una simple sacudida, según suelen hacer algunos de nuestros oficiales de policía. Hemos medido también el espesor de cada pasta de libro con la más exacta minuciosidad, aplicando a cada una el más celoso escudriñamiento del microscopio. Si se hubiera introducido algo en una de las encuadernaciones, habría sido del todo imposible que el hecho escapase a nuestra observación. Unos cinco o seis volúmenes, que acababan de salir de manos del encuadernador, fueron cuidadosamente sondeados, en sentido longitudinal, con las agujas.

—¿Han explorado ustedes los suelos por debajo de las alfombras?

—Sin duda alguna. Hemos quitado todas las alfombras y examinado las tablas con el microscopio.

—¿Y los papeles de las paredes?

—Sí.

—¿Han registrado las cuevas?

—Lo hemos hecho.

—Entonces —dije— han incurrido ustedes en un error, y la carta no está

en la casa, como usted supone.

—Temo que tenga usted razón en eso —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconseja que haga?

—Una investigación concienzuda en la casa...

—Eso es completamente inútil —replicó G***—. No estoy tan seguro de que respiro como de que la carta no se halla en el hotel.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. ¿Posee usted, supongo, una descripción exacta de la carta?

—¡Oh, sí!

Y aquí el prefecto, sacando una cartera de apuntes, se puso a leernos en voz alta una minuciosa reseña del aspecto interno, y en especial del externo, del documento perdido. Al poco rato de terminar la lectura de aquella descripción, se despidió el buen señor, más decaído de ánimo que le había yo visto nunca hasta entonces.

Un mes después, aproximadamente, nos hizo otra visita, encontrándonos casi en la misma ocupación que la otra vez. Cogió una pipa y una silla, e inició una conversación usual. Por último, le dije:

—Bueno, G***; pero ¿qué hay de la carta robada? Supongo que al final se habrá usted resignado a pensar que no es cosa sencilla ganar en listeza al ministro.

—¡Que el diablo le confunda! —dijo él—. Sí, realicé, a pesar de todo, ese nuevo examen que Dupin sugería; pero fue labor perdida, como yo preveía.

—¿A cuánto asciende la recompensa ofrecida, de que usted habló? —preguntó Dupin.

—Pues a una gran cantidad...; es una recompensa muy generosa... No sé a cuánto asciende exactamente; pero le diré una cosa, y es que me comprometería yo a entregar por mi cuenta un cheque de cincuenta mil francos a quien pudiese conseguirme esa carta. El hecho es que la cosa adquiere cada día mayor importancia, y la recompensa ha sido doblada recientemente. Sin embargo, aunque la tripliquen, no podría yo hacer más de lo que he hecho.

—Pues sí —dijo Dupin, arrastrando las palabras, entre las bocanadas de su pipa de espuma—, realmente... creo, G***, que no se ha esforzado usted... todo lo que podía en este asunto. Yo creo que podría hacer un poco más, ¿no?

—¡Cómo!... ¿En qué sentido?

—Pues —dos bocanadas— podría usted —otras dos bocanadas— aplicar

el consejo sobre esta cuestión, ¿eh? —tres bocanadas—. ¿Recuerda usted la historia que cuentan de Abernethy?

—¡No, maldito Abernethy!

—Con seguridad, al diablo y buen viaje. Pues una vez, cierto hombre rico concibió el propósito de obtener gratis una consulta médica de Abernethy. Con tal fin entabló con él en una casa particular una conversación corriente, a través de la cual insinuó su caso al galeno, como si se tratase de un individuo imaginario. «Supongamos —dijo el avaro— que sus síntomas son tales y cuales; y ahora, doctor, ¿qué le mandaría usted que tomase?» «Pues le mandaría que tomase... el consejo de un médico, seguramente».

—Pero —dijo el prefecto, un poco desconcertado— estoy por completo dispuesto a buscar consejo y a pagarlo. Daría realmente cincuenta mil francos a quien quisiera ayudarme en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando un talonario de cheques—, puede usted llenarme un cheque por esa suma. Cuando lo haya usted firmado, le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. El prefecto parecía enteramente fulminado. Durante unos minutos permaneció callado e inmóvil, mirando con aire incrédulo a mi amigo, con la boca abierta y los ojos como fuera de las órbitas; luego pareció volver en sí algún tanto, cogió una pluma y, después de varias vacilaciones y miradas vagas, acabó por llenar y firmar un cheque de cincuenta mil francos, y se lo tendió por encima de la mesa a Dupin. Este último lo examinó cuidadosamente y se lo guardó en la cartera; después, abriendo un escritorio sacó de él una carta y se la dio al prefecto. El funcionario la asió con un positivo espasmo de alegría, la abrió con mano trémula, echó una rápida ojeada a su contenido, y luego, aferrando la puerta y forcejeando con ella, se precipitó por fin, sin más ceremonia, fuera de la habitación y de la casa, no habiendo pronunciado una sílaba desde que Dupin le había pedido que llenase el cheque.

Cuando hubo salido, mi amigo entró en algunas explicaciones.

—La policía parisiense —dijo— es sumamente hábil en su oficio. Sus agentes son perseverantes, ingeniosos, astutos y están versados a fondo en los conocimientos que requieren, sobre todo, sus funciones. Por eso, cuando G*** nos detalló la manera de efectuar las pesquisas en el hotel de D***, tenía yo entera confianza en que habían realizado una investigación satisfactoria, hasta donde alcanza su labor.

—¿Hasta donde alcanza su labor? —repetí.

—Sí —dijo Dupin—. Las medidas adoptadas eran no sólo las mejores en

su género, sino realizadas con una perfección absoluta. Si la carta hubiera sido depositada dentro del radio de sus investigaciones, esos mozos la habrían encontrado, sin la menor duda.

Reí simplemente, pero él parecía haber dicho aquello muy en serio.

—Las medidas, pues —prosiguió—, eran buenas en su género, y habían sido bien ejecutadas; su defecto estaba en ser inaplicables al caso de ese hombre. Hay una serie de recursos muy ingeniosos que son para el prefecto una especie de lecho de Procusto al cual adapta al cabo todos sus planes. Pero yerra a todas horas por excesiva profundidad o por demasiada superficialidad en el caso en cuestión, y muchos colegiales razonan mejor que él. He conocido uno de ocho años de edad, cuyo éxito como adivinador en el juego de «pares y nones» causaba la admiración universal. Este juego es sencillo y se juega con bolas. Uno de los participantes tiene en la mano cierto número de esas bolas y pregunta a otro si ese número es par o impar. Si éste lo adivina con exactitud, el adivinador gana una; si yerra, pierde una. El muchacho a quien aludo ganaba todas las bolas de la escuela. Naturalmente, tenía un sistema de adivinación que consistía en la simple observación y en la apreciación de la astucia de sus contrincantes. Por ejemplo, supongamos que su adversario sea un bobalicón y que alzando su mano cerrada le pregunta: «¿Nones o pares?». Nuestro colegial replica: «Nones» y pierdes; pero en la segunda prueba, gana, porque se dice a sí mismo: «El bobalicón había puesto pares la primera vez, y toda su astucia le va a impulsar a poner nones en la segunda; diré, por tanto: “Nones”»; dice «Nones», y gana. Ahora bien; este sistema de razonamiento del colegial, con un adversario un poco menos simple, lo variaría él razonando así: «Este chico ve que en el primer caso he dicho “Nones”, y en el segundo se propondrá (es la primera idea que se le ocurrirá) efectuar una ligera variación de “pares” a “nones” como hizo el bobalicón; pero una segunda reflexión le dirá que es ésa una variación demasiado sencilla, y por último, se decidirá a poner “pares” como la primera vez. Diré, por tanto: “Pares”». Dice «Pares», y gana. Pues bien: este sistema de razonamiento de nuestro colegial, que sus camaradas llaman suerte, en último análisis, ¿qué es?

—Es sencillamente —dije—, una identificación del intelecto de nuestro razonador con el de su contrario.

—Eso es —dijo Dupin—, y cuando pregunté al muchacho de qué manera efectuaba él esa perfecta identificación en la cual consistía su éxito, me dio la siguiente respuesta: «Cuando quiero saber hasta qué punto es alguien listo o tonto, hasta qué punto es bueno o malo, o cuáles son en el momento presente sus pensamientos, modelo la expresión de mi cara, lo más exactamente que puedo, de acuerdo con la expresión de la suya, y espero entonces para saber qué pensamientos o qué sentimientos nacerán en mi mente o en mi corazón, como para emparejarse o corresponder con la expresión». Esta respuesta del

colegial supera en mucho toda la profundidad sofística atribuida a La Rochefoucauld, a La Bruyère, a Maquiavelo y a Campanella.

—Y la identificación —deduje— del intelecto del razonador con el de su adversario depende, si le comprendo a usted bien, de la exactitud con que el intelecto de su contrincante sea estimado.

—En la evaluación práctica depende de eso —confirmó Dupin—, y si el prefecto y toda su cohorte se han equivocado con tanta frecuencia, ha sido, primero, por carencia de esa identificación, y en segundo lugar, por una apreciación inexacta o más bien por la no apreciación de la inteligencia con la que se miden. No ven ellos más que sus propias ideas ingeniosas, y cuando buscan algo escondido, sólo piensan en los medios que hubieran empleado para ocultarlo. Tienen mucha razón en lo de que su propia ingeniosidad es una fiel representación de la de la multitud; pero, cuando la astucia del malhechor es diferente de la de ellos, ese malhechor, naturalmente, los embauca... No deja eso nunca de suceder cuando su astucia está por encima de la de ellos, lo cual ocurre muy a menudo, incluso cuando está por debajo. No varían su sistema de investigación; todo lo más, cuando se encuentran incitados por algún caso insólito, por alguna recompensa extraordinaria, exageran y llevan a ultranza sus viejas rutinas; pero no modifican en nada sus principios. En el caso de D***, por ejemplo, ¿qué se ha hecho para cambiar el sistema de actuar? ¿Qué son todas esas perforaciones, esas búsquedas, esos sondeos, ese examen al microscopio, esa división de las superficies en pulgadas cuadradas y numeradas? ¿Qué es todo eso sino exageración, al aplicarlo, de uno de los principios de investigación que están basados sobre un orden de ideas referente a la ingeniosidad humana, y al que el prefecto se ha habituado en la larga rutina de sus funciones? ¿No ve usted que él considera como cosa demostrada que todos los hombres que quieren esconder una carta utilizan, si no precisamente un agujero hecho con berbiquí en la pata de una silla, al menos alguna cavidad, algún rincón muy extraño, cuya inspiración han tomado del mismo registro de ideas que el agujero hecho con un berbiquí? ¿Y no ve usted también que escondites tan recherchés sólo son empleados en ocasiones ordinarias y sólo son adoptados por inteligencias ordinarias? Porque, en todos los casos de objetos escondidos, esa manera ambiciosa y tortuosa de ocultar el objeto es, en principio, presumible y presumida; así, su descubrimiento no depende en modo alguno de la perspicacia, sino sólo del cuidado, de la paciencia y de la decisión de los buscadores. Pero cuando se trata de un caso importante, o lo que es igual a los ojos de la policía, cuando la recompensa es considerable, ve uno cómo todas esas buenas cualidades fracasan indefectiblemente. Comprenderá usted ahora lo que quería yo decir al afirmar que, si la carta robada hubiera estado escondida en el radio de investigación de nuestro prefecto (en otras palabras, si el principio inspirador hubiera estado comprendido en los principios del prefecto, —la habría él

descubierto de un modo infalible. Sin embargo, ese funcionario ha sido engañado por completo, y la causa primera, original de su derrota, estriba en la suposición de que el ministro es un loco, porque ha conseguido hacerse una reputación como poeta. Todos los locos son poetas (es la manera de pensar del prefecto), y tan sólo es él culpable de una falsa distribución del término medio al inferir de eso que todos los poetas están locos.

—¿Pero es realmente poeta? —pregunté—. Sé que son dos hermanos, y que ambos han logrado fama en la literatura. El ministro, según creo, ha escrito un libro muy notable sobre el cálculo diferencial e integral. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted; le conozco muy bien: es poeta y matemático. Como poeta y matemático ha debido de razonar con exactitud; como simple matemático no hubiese razonado en absoluto, y habría quedado a merced del prefecto.

—Semejante opinión —dije— tiene que asombrarme; está desmentida por la voz del mundo entero. No intentará usted aniquilar una idea madurada por varios siglos. La razón matemática está desde hace largo tiempo considerada como la razón par excellence.

—«Il y a à parier —replicó Dupin, citando a Chamfort que toute idée publique, toute convention reque, est une sottise, car elle a convenue au plus grand nombre» («Puede apostarse que toda idea pública, toda convención admitida, es una necedad, porque ha convenido a la mayoría»). Los matemáticos —le concedo esto— han hecho cuanto han podido por propagar el error popular a que usted alude, el cual, aun habiendo sido propagado como verdad, no por eso deja de ser un error. Por ejemplo, nos han acostumbrado, con un arte digno de mejor causa, a aplicar el término análisis a las operaciones algebraicas. Los franceses son los culpables originarios de ese engaño particular, pero, si se reconoce que los términos de la lengua poseen una importancia real, si las palabras cobran su valor por su aplicación, ¡oh!, entonces concedo que análisis significa álgebra, poco más o menos como en latín ambitus significa ambición, religio, religión, u homines honesti la clase de hombres honorables.

—Veo que va usted a tener un choque con algunos de los algebristas de París, pero continúe.

—Impugno la validez, y, por consiguiente, los resultados de una razón cultivada por medio de cualquier forma especial que no sea la lógica abstracta. Impugno especialmente el razonamiento sacado del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de las formas y de las cantidades; el razonamiento matemático no es más que la simple lógica aplicada a la forma y a la cantidad. El gran error A consiste en suponer que las verdades que

se llaman puramente algebraicas son verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme, que me maravilla la unanimidad con que es acogido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de una verdad general. Lo que es cierto en una relación de forma o de cantidad, resulta a menudo un error craso con relación a la moral, por ejemplo. En esta última ciencia, suele ser falso que la suma de las fracciones sea igual al todo. De igual modo en química el axioma yerra. En la apreciación de una fuerza motriz, yerra también, pues dos motores, que son cada cual de una potencia dada, no poseen necesariamente, cuando están asociados, una potencia igual a la suma de sus potencias tomadas por separado. Hay una gran cantidad de otras verdades matemáticas que no son verdades sino en los límites de relación. Pero el matemático argumenta, incorregible, conforme a sus verdades finitas, como si fueran de una aplicación general y absoluta, valor que, por lo demás, el mundo las atribuye. Bryant, en su muy notable Mitología, menciona una fuente análoga de errores cuando dice que, aun cuando nadie cree en las fábulas del paganismo, lo olvidamos nosotros mismos sin cesar, hasta el punto de inferir de ellas deducciones, como si fuesen realidades vivas. Hay, por otra parte, en nuestros algebristas, que son también paganos, ciertas fábulas paganas a las cuales se presta fe, y de las que se han sacado consecuencias, no tanto por una falta de memoria como por una incomprensible perturbación del cerebro. En suma, no he encontrado nunca un matemático puro en quien se pudiera tener confianza, fuera de sus raíces y de sus ecuaciones; no he conocido uno solo que no tuviera por artículo de fe que $x^2 + px$ es absoluta e incondicionadamente igual a q . Diga a uno de esos señores, en materia de experiencia, si esto le divierte, que cree usted en la posibilidad del caso en que $x^2 + px$ no sea absolutamente igual a q ; y cuando le haya hecho comprender lo que quiere usted decir, póngase fuera de su alcance, y con la mayor celeridad posible, pues, sin duda alguna, intentará acogotarle.

»Quiero decir —continuó Dupin, mientras yo me contentaba con reírme de sus últimas observaciones— que, si el ministro no hubiera sido más que un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de firmarme ese cheque. Le conocía yo como matemático y poeta, y había adoptado mis medidas en razón a su capacidad, y teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallaba colocado. Sabía yo que era un hombre de corte y un intrigante osado. Pensé que un hombre así debía de estar, sin duda, al corriente de los manejos policíacos. Por supuesto, debía de haber previsto, y los acontecimientos lo han demostrado, las asechanzas a que estaba sometido. Me dije que habría previsto las investigaciones secretas en su hotel. Esas frecuentes ausencias nocturnas que nuestro buen prefecto había acogido como ayudas positivas de su futuro éxito, yo las consideraba como simples tretas para facilitar la libre búsqueda de la policía y para persuadirla con mayor facilidad de que la carta no estaba en el hotel. Sentía yo también que toda esa

serie de ideas referentes a los principios invariables de la acción policíaca en los casos de busca de objetos escondidos, idea que le expliqué hace un momento no sin cierta dificultad; sentía yo que toda esa serie de pensamientos debieron de desplegarse en la mente del ministro llevándole imperativamente a desdeñar todos los escondrijos usuales. Pensé que aquel hombre no podía ser tan cándido que no adivinase que el escondite más intrincado y remoto de su hotel resultaría tan visible como un arma para los ojos, las pesquisas, los berbiquíes y los microscopios del prefecto. Veía yo, en fin, que él debía de haber tendido por instinto a la sencillez, si no había sido inducido a ello por su propia elección. Recordará usted acaso con qué carcajadas desesperadas acogió el prefecto mi sugerencia, expresada en nuestra primera entrevista, de que si este misterio le perturbaba tanto, ello se debía quizá a ser tan patente.

—Sí —dije—, recuerdo muy bien su hilaridad. Creí realmente que le iba a dar un ataque de nervios.

—El mundo material —prosiguió— está lleno de analogías muy exactas con el inmaterial, y esto es lo que da cierto tono de verdad a ese dogma retórico de que una metáfora o una comparación pueden fortalecer un argumento e igualmente embellecer una descripción. El principio de la vis inertiae o fuerza de la inercia, por ejemplo, parece idéntico en lo físico y en lo metafísico. No es menos cierto, en cuanto a lo primero, que un cuerpo voluminoso se pone en movimiento más difícilmente que uno pequeño, y, por consecuencia, su momentum, o cantidad de movimiento, está en proporción con esa dificultad, y que, en cuanto a lo segundo, los intelectuales de amplia capacidad son al mismo tiempo más impetuosos, más constantes y más accidentados en sus movimientos que los de un grado inferior; son los que se mueven con menos facilidad, los más cohibidos y vacilantes al iniciar su avance. Aun más: ¿ha observado usted alguna vez cuáles son las muestras de tiendas en las calles que atraen más la atención?

—No me he fijado nunca en eso —dije.

—Hay un juego de acertijos —replicó él— que se realiza sobre un mapa. Uno de los jugadores pide a alguien que encuentre un nombre dado (el nombre de una ciudad, de un río, de un Estado o de un imperio), cualquier palabra, en suma, comprendida en la extensión abigarrada e intrincada del mapa. Una persona novata en el juego procura, en general, embrollar a sus adversarios indicándoles nombres impresos en letras diminutas; pero los acostumbrados al juego escogen nombres impresos en gruesos caracteres que se extienden desde una punta a la otra del mapa. Estas palabras, como las muestras y los carteles en letras grandes de la calle, escapan a la observación por el hecho mismo de su excesiva evidencia, y aquí el olvido material es precisamente análogo a la inatención moral de una inteligencia que deja pasar las consideraciones demasiado palpables, demasiado patentes. Pero es éste un punto, al parecer,

que supera un poco la comprensión del prefecto. No ha creído nunca probable o posible que el ministro haya depositado la carta precisamente ante las narices del mundo entero, como medio mejor de impedir que lo perciba cualquier habitante de ese mundo.

»Pero cuanto más reflexionaba yo en la atrevida, arrojada y brillante ingeniosidad de D*** en el hecho de que debía de tener siempre a mano el documento para intentar utilizarlo de acuerdo con su propósito, y también sobre la evidencia decisiva lograda por el prefecto de que ese documento no estaba escondido dentro de los límites de una investigación ordinaria y en regla, más convencido me sentía de que el ministro había recurrido, para esconder su carta, al modo más amplio y sagaz, que consistía en no intentar esconderla en absoluto.

»Convencido de tales ideas, me puse unas gafas verdes, y llamé una mañana, como por casualidad, en el hotel del ministro. Encontré a D*** bostezando, holgazaneando y perdiendo el tiempo, como de costumbre, pretendiendo estar aquejado del más abrumador ennu. Es él, tal vez, el hombre más enérgico que existe hoy, pero únicamente cuando no le ve nadie.

»Para ponerme a tono con él, me lamenté de la debilidad de mis ojos y de la necesidad en que me encontraba de usar gafas; pero a través de aquellas gafas examiné cuidadosa y minuciosamente la habitación entera, aunque pareciendo estar atento tan sólo a la conversación del dueño de la casa.

»Dediqué una atención especial a una amplia mesa de escritorio junto a la cual estaba él sentado, y sobre cuyo tablero veíanse reunidas en una mezcolanza varias cartas y otros papeles, con uno o dos instrumentos de música y algunos libros. Después de aquel largo y cauto examen, no vi allí nada que excitase una especial sospecha.

»Por último, mis ojos, al recorrer en torno la habitación, cayeron sobre un tarjetero de cartón con filigrana de baratija, colgado por una cinta azul sucia de una anilla, encima justamente de la chimenea. Aquel tarjetero con tres o cuatro compartimientos contenía cinco o seis tarjetas de visita y una carta solitaria. Esta última estaba muy sucia y arrugada y casi partida por la mitad, como si hubieran tenido el propósito en un primer impulso de romperla por completo como un papel inútil y hubiesen luego cambiado de opinión. Tenía un ancho sello negro con la inicial D*** muy a la vista, y estaba dirigida, con una letra pequeña, al propio ministro. La habían puesto allí al descuido e incluso, al parecer, con desprecio, dentro de uno de los compartimientos superiores del tarjetero.

»Apenas eché una ojeada sobre aquella carta llegué a la conclusión de que era la que yo buscaba. Evidentemente, resultaba en su aspecto por completo distinta de aquella de la cual nos había leído el prefecto una descripción tan

minuciosa. En ésta, el sello era ancho y negro, con la cifra de D***; en la otra, era pequeño y rojo, con el escudo ducal de la familia S***. En ésta, la dirección al ministro estaba escrita con una letra diminuta y femenina; en la otra, la dirección a una persona regia, aparecía trazada con una letra a todas luces resuelta y personal. El tamaño era su único punto de semejanza. Pero el carácter excesivo de estas diferencias, fundamentales en realidad, la suciedad, el estado deplorable del papel, arrugado y roto, que estaban en oposición con las verdaderas costumbres de D***, tan metódicas, y que revelaban el propósito de desconcertar a un indiscreto, presentándole las apariencias de un documento sin valor; todo esto, a lo que debe añadirse la colocación descarada del documento, puesto de lleno ante los ojos de todos los visitantes y ajustándose con tanta exactitud a mis conclusiones anteriores; todo esto, repito, corroboraba con ahínco las sospechas de alguien que acudiese con intención de sospechar.

»Prolongué mi visita el mayor tiempo posible, y mientras sostenía una discusión muy animada con el ministro sobre un tema que sabía yo que le interesaba en grado sumo, mantuve mi atención fija sobre la carta. Durante ese examen, recordaba yo su aspecto exterior y la manera de estar colocada en el tarjetero; y al final, hice también un descubrimiento que disipó la ligera duda que podía quedarme aún. Al examinar los bordes del papel, observé que estaban más deteriorados de lo que parecía necesario. Presentaban el aspecto roto de un papel duro, que habiendo sido doblado y aplastado por la plegadera, es doblado en sentido contrario, aunque por los mismos pliegues que constituían su primera forma. Este descubrimiento me bastó. Era evidente para mí que la carta había sido vuelta como un guante, plegada de nuevo y lacrada otra vez. Di los buenos días al ministro y me despedí inmediatamente de él, dejando una tabaquera de oro sobre la mesa.

»A la mañana siguiente volví a buscar la tabaquera y reanudamos desde luego la conversación del día anterior. Mientras la sosteníamos, una fuerte detonación, como de un pistoletazo, se oyó debajo mismo de las ventanas del hotel, seguida de los gritos y vociferaciones de una multitud aterrada. D*** se precipitó hacia una ventana, la abrió y miró hacia abajo. Al propio tiempo fui hacia el tarjetero, cogí la carta, la guardé en mi bolsillo, y la sustituí por un facsímil (en cuanto al aspecto exterior) que había yo preparado con todo cuidado en mi casa, imitando la cifra de D***, fácilmente, por medio de un sello de miga de pan.

»El alboroto en la calle había sido causado por el capricho insensato de un hombre armado de una escopeta. Había éste disparado en medio de un gentío de mujeres y de niños. Pero, como no estaba cargada con bala, el individuo fue tomado por loco o por borracho, y le permitieron seguir su camino. Cuando se marchó, D*** se retiró de la ventana, adonde le había yo seguido sin tardanza

después de haberme asegurado de que tenía la carta en cuestión. A los pocos instantes me despedí de él. El presunto loco era un hombre pagado por mí.

—Pero ¿qué se proponía usted —pregunté— al sustituir la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mejor cogerla simplemente a raíz de su primera visita y haberse ido?

—D*** —replicó Dupin— es un hombre decidido y de gran temple. Además, tiene en su hotel criados fieles a sus intereses. De haber efectuado yo esa tentativa violenta que usted sugiere, no habría salido con vida de su casa. El buen pueblo de París no hubiera oído hablar más de mí. Pero, aparte de estas consideraciones, tenía yo un fin. Ya conoce usted mis simpatías políticas. En este asunto obré como partidario de la dama en cuestión. Hacía dieciocho meses que el ministro la tenía en su poder. Es ella ahora quien le tiene cogido, ya que él ignora que la carta no está ya en su posesión, y querrá utilizarla para su chantaje habitual. Va a buscarse él mismo, y en breve, su ruina política. Su caída será tan precipitada como embarazosa. Se habla sin más ni más del facilis descensus Averno; pero en materia de ascensiones, como decía la Catalani del canto, es más fácil subir que bajar. En el caso presente no tengo simpatía alguna, ni siquiera piedad, por el que baja. D*** es el monstrum horrendum, un hombre genial sin principio. Le confieso, con todo; que me gustaría mucho conocer el carácter exacto de sus pensamientos cuando, retado por la que el prefecto llama «cierta persona», se vea reducido a abrir la carta que dejé para él en su tarjetero.

—¡Cómo! ¿Es que ha puesto usted algo especial en ella?

—¡Ya lo creo! No he creído conveniente dejar el interior en blanco: eso habría parecido un insulto. D*** me jugó una vez, en Viena, una mala pasada, y le dije en tono de buen humor que me acordaría de aquello. Por eso, como yo estaba seguro de que él sentiría cierta curiosidad por identificar a la persona que le había ganado en listeza, pensé que era una lástima no dejarle algún indicio. Conoce él muy bien mi letra y copié, exactamente en mitad de la página en blanco, estas palabras:

... Un dessein si funeste,

S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.

»Las encontrará usted en la Atrée de Crébillon.

UN DESCENSO DENTRO DEL «MAELSTROM»

Habíamos alcanzado la cima del peñasco más alto. Durante algunos

minutos el viejo pareció sentirse harto extenuado para hablar:

—No hace mucho tiempo —dijo, por último— le hubiera guiado a usted por este camino tan bien como el más joven de mis hijos; pero hace tres años me sucedió una aventura como no había sucedido antes a ningún mortal, o al menos, como no había sucedido a ningún hombre que sobreviviese para contarla, y las seis horas de terror mortal que entonces pasé han destrozado mi cuerpo y mi alma. Creerá usted que soy muy viejo, pero no lo soy. Bastó un solo día para convertir este pelo de un negro azabache en blanco, para debilitar mis miembros y trastornar mis nervios hasta el punto de que me deja tembloroso el menor esfuerzo y me asusta una sombra. ¿Sabe usted que no puedo apenas mirar hacia esa pequeña escollera sin sentir el vértigo?

La «pequeña escollera» al borde de la cual se había él tendido con tanta negligencia para descansar, de manera que la parte más pesada de su cuerpo sobresalía, y sólo le preservaba de una caída el punto de apoyo que tenía su codo sobre la arista final y escurridiza; aquella «pequeña escollera» se elevaba a unos quinientos o seiscientos pies de un amontonamiento de rocas negras y brillantes sobre un gran precipicio. Por nada del mundo hubiese yo querido arriesgarme a una docena de yardas de aquel borde. En realidad, estaba tan excitado por la peligrosa situación de mi compañero, que me dejé caer cuan largo soy sobre el suelo, agarrándome a unos arbustos de alrededor, sin atreverme siquiera a levantar los ojos al cielo, mientras luchaba en vano por librarme de la obsesión de que la furia del viento hacía peligrar la base misma de la montaña. Necesité previamente largo tiempo para poder razonar y encontrar el suficiente valor para mirar hacia la lejanía.

—Debe usted desechar esas fantasías —dijo el guía—, pues le he traído aquí para que vea lo mejor posible la escena del suceso que antes mencioné, y para contarle la historia entera teniendo el auténtico paraje bajo sus ojos.

»Estamos ahora —prosiguió con aquella minuciosa manera que le caracterizaba—, estamos ahora encima de la costa misma de Noruega, a los sesenta y ocho grados de latitud, en la gran provincia de Nordland y en el triste distrito de Lofoden. La montaña sobre la cual nos hallamos es Helseggen, la Nubosa. Ahora, levántese usted un poco, así, y mire más allá de esa faja de vapores que hay debajo de nosotros, en el mar.

Miré con vértigo, y vi una inmensa extensión de océano, cuyas aguas color tinta me recordaron enseguida al Nubio geógrafo de que se habla en el *Mare tenebrarum*. La imaginación humana no puede concebir un panorama más deplorablemente desolado. A derecha e izquierda, hasta donde podía alcanzar la mirada, se extendían, como las murallas del mundo, las líneas de un horrible acantilado negro en forma de escollera saliente, cuyo carácter lúgubre estaba reforzado a fondo por la resaca que llegaba hasta su cresta blanca y lívida,

aullando y mugiendo siempre. Enfrente mismo del promontorio sobre el cual estábamos situados, a una distancia de cinco o seis millas mar adentro, veíase una isla pequeña que parecía desierta, o mejor dicho, se percibía su posición a través del impetuoso oleaje que la envolvía. A unas dos millas de la tierra se alzaba otro islote de lo más pedregoso y yermo, rodeado de grupos interrumpidos de rocas negras.

El aspecto del océano, en el espacio comprendido entre la orilla y la isla más distante, tenía algo extraordinario de veras. En aquel mismo momento, soplabá del lado de tierra un ventarrón tan fuerte, que un bergantín, en alta mar, estaba al paio con la vela mayor doblemente arrizada, y su casco se sumergía sin cesar por completo, hasta desaparecer de la vista, aunque no había nada a su alrededor que se pareciese a una marejada regular, sino tan sólo, y a despecho del viento, un chapoteo de agua, corto, rápido y agitado en todos los sentidos. Veíase poca espuma, excepto en la proximidad inmediata de las rocas.

—A la isla que ve usted allá lejos —prosiguió el viejo— la llaman los noruegos Vurrgh. La que está a mitad del camino es Moskoe. La que se halla a una milla al norte es Ambaaren. Allí están Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven y Buckholm. Más lejos, entre Moskoe y Vurrgh, están Otterholm, Flimen, Sandflesen y Estocolmo. Éstos son los verdaderos nombres de estos lugares; pero es algo que no puedo comprender por qué he creído necesario nombrárselos todos. ¿Oye usted algo? ¿Ve algún cambio en el agua?

Estábamos hacía unos diez minutos en lo alto del Helseggen, adonde subimos desde el interior de Lofoden; de modo que no habíamos podido contemplar el mar, hasta que se nos apareció de pronto desde la cumbre. Mientras el viejo hablaba percibí un ruido fuerte que iba aumentando gradualmente, como el mugido de una numerosa manada de búfalos por una pradera americana; y en el mismo momento vi eso que los marineros llaman mar picada transformarse de súbito en una corriente que derivaba hacia el este. Mientras la contemplaba yo, aquella corriente adquirió una velocidad monstruosa. A cada segundo aumentaba su rapidez, su impetuosidad desordenada. En cinco minutos el mar entero, hasta Vurrgh, estuvo azotado por una furia indomable; pero era entre Moskoe y la costa donde predominaba el estruendo. Allí el vasto lecho de las olas, cosido y surcado por mil corrientes contrarias, estallaba, repentino, en convulsiones frenéticas, jadeando, hirviendo, silbando, girando en gigantescos e innumerables remolinos, y rizándose y precipitándose todo hacia el este con una rapidez que no se manifiesta nunca en el agua, salvo en las cataratas.

En pocos minutos sufrió otro cambio radical la escena. La superficie general se hizo algo más lisa, y desaparecieron los remolinos uno por uno, mientras surgieron unas prodigiosas fajas de espuma allí donde antes no había

yo visto ninguna. Aquellas fajas, finalmente, se extendieron a una gran distancia, y combinándose entre ellas, adoptaron el movimiento giratorio de los remolinos calmados y parecieron formar el germen de otro más vasto. De repente —muy de repente— adquirió éste una clara y definida existencia en un círculo de más de una milla de diámetro. El borde del remolino estaba marcado por una ancha faja de espuma brillante; pero ni una parcela de esta última se deslizaba en la boca del terrible embudo, cuyo interior, hasta donde alcanzaba la vista, estaba formado por un muro de agua, pulido, brillante, de un negro azabache, inclinado hacia el horizonte en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, girando, vertiginoso, a influjos de un movimiento oscilatorio, hirviente y proyectando por los aires una voz aterradora, mitad chillido, mitad rugido, tal como la poderosa catarata del Niágara no ha elevado nunca en sus conmociones hacia el cielo.

La montaña temblaba en su base misma, y se bamboleaba la roca. Me tiré al suelo de bruces, y en un exceso de agitación nerviosa, me agarré a la escasa hierba.

—Esto —dije, por último, al viejo—, esto no puede ser más que el gran remolino del Maelstrom.

—Así lo llaman algunas veces —dijo él—. Nosotros los noruegos lo llamamos el Moskoe-strom, por la isla de Moskoe, que está situada a mitad de camino.

Las descripciones corrientes de este remolino no me habían preparado para lo que veía. La de Jonás Ramus, que es quizá más detallada que ninguna, no da la menor idea de la magnificencia y del horror del cuadro, ni de la violenta y perturbadora sensación de novedad que confunde al espectador. No sé con seguridad desde qué punto de vista ni a qué hora lo ha contemplado el mencionado escritor; pero no puede ser en modo alguno ni desde la cumbre de Heselggen, ni durante una borrasca. Hay, empero, algunos pasajes de su descripción que pueden citarse, aunque su efecto resulte sumamente débil comparado con la impresión que produce el espectáculo.

—Entre Lofoden y Moskoe —dijo él— la profundidad del agua oscila de las treinta y seis a las cuarenta brazas; pero en el otro lado, hacia Ver (Vurrgh), esa profundidad disminuye hasta el punto de que un navío no podría hallar paso sin correr el riesgo de destrozarse contra las rocas, lo cual puede ocurrir hasta con el tiempo más tranquilo. Cuando sube la marea, la corriente se precipita en el espacio comprendido entre Lofoden y Moskoe con una turbulenta rapidez; pero apenas iguala al rugido de su impetuoso reflujo el de las más fuertes y terribles cataratas. Se deja oír el ruido a varias leguas, y son los remolinos u hoyas tan extensos y profundos, que si un barco entra en su zona de atracción, es absorbido inevitablemente y arrastrado al fondo,

quedando allí hecho pedazos contra las rocas, y cuando la corriente se calma, los restos son arrojados de nuevo a la superficie. Pero esos intervalos de tranquilidad sólo tienen lugar entre el reflujo y la pleamar, con tiempo de calma, y no duran más de un cuarto de hora, pasado el cual reaparece su violencia. Cuando la corriente es más tumultuosa y aumenta su furia a causa de una borrasca, es peligroso acercarse a una milla noruega de ella. Barcas, yates y navíos han sido arrastrados adentro por no haber tenido cuidado antes de encontrarse cerca de su atracción. Sucede con frecuencia que algunas ballenas llegan demasiado cerca de la corriente y son dominadas por su violencia, y es imposible describir sus aullidos y bramidos en sus inútiles esfuerzos para libertarse por sí mismas. En cierta ocasión, un oso, al intentar cruzar a nado de Lofoden a Moskoe, fue atrapado por la corriente y arrastrado al fondo, mientras rugía tan espantosamente que se le oía desde la orilla. Grandes troncos de pinos y de abetos, después de haber sido absorbidos por la corriente, reaparecen rotos y desgarrados hasta tal punto, que parecen haberles crecido cerdas. Esto demuestra a las claras que el fondo está formado de rocas puntiagudas, entre las cuales han rodado de un lado para otro. Dicha corriente está regulada por el flujo y reflujo del mar, que tiene lugar con regularidad cada seis horas. En el año 1645, próxima la mañana del domingo de Sexagésima, se alborotó con tal estruendo e impetuosidad, que se desprendían las piedras de las casas junto a la costa.

Por lo que concierne a la profundidad del agua, no comprendo cómo se ha podido comprobar en la proximidad inmediata del remolino. Las «cuarenta brazas» deben referirse sólo a las partes del estrecho que se hallan cercanas a la orilla, ya sea de Moskoe o ya sea de Lofoden. La profundidad en el centro del Moskoe-strom debe de ser conmensurablemente mayor, y la mejor prueba de este hecho consiste en echar un vistazo de soslayo hacia el abismo del remolino cuando está uno sobre la cumbre más elevada de Helseggen. Mirando desde lo alto de este pico hacia abajo, al mugiente Phlegethon, no podía yo dejar de sonreír a la sencillez con que el honrado Jonás Ramus relata, como una cosa difícil de creer, las anécdotas de las ballenas y de los osos, pues me parecía en realidad una cosa evidente por sí misma que el mayor barco de línea existente, al llegar a la zona de atracción mortal, debía de resistir allí tan poco como una pluma al huracán, y desaparecer por entero y de repente.

Las explicaciones dadas del fenómeno —algunas de las cuales recuerdo que me parecían bastante plausibles al leerlas con atención— presentaban ahora un aspecto muy distinto y nada satisfactorio. La idea generalmente admitida es que, como los tres pequeños remolinos de las islas Feroe, éste «no tiene otra causa que el choque de las olas alzándose y volviendo a caer, en el flujo y en el reflujo, contra unos escollos y bajíos que confinan las aguas y las lanzan así, como una catarata; y por eso, cuanto más se eleva la marea, más profunda es la caída, y el resultado natural de todo ello supone un remolino o

vórtice, cuya prodigiosa succión es lo bastante conocida por experimentos menores». Éstas son las palabras de la Enciclopedia Británica. Kircher y otros imaginan que en el centro del canal del Maelstrom hay un abismo que atraviesa el globo y desemboca en alguna región muy distante: el golfo de Botnia ha sido designado alguna vez de un modo categórico. Esta opinión, poco razonable en sí misma, era la que admitía con más facilidad mi imaginación mientras yo contemplaba aquello; y al indicársela al guía, me sorprendió no poco oírle decir que, aun cuando fuese aquella la idea generalmente admitida por los noruegos a este respecto, no era la suya. En cuanto a la tal primera opinión, se confesó incapaz de comprenderla, pues, por concluyente que sea sobre el papel, se hace de todo punto ininteligible y hasta absurda, en medio del trueno del abismo.

—Ahora que ha visto usted bien el remolino —dijo el viejey si quiere que nos deslicemos detrás de esa peña, a sotavento, amortiguando así el rugir del agua, le contaré una historia que le convencerá que conozco algo del Moskoe-strom.

Me coloqué como él deseaba, y comenzó:

—Yo y mis hermanos poseíamos en otro tiempo una goleta aparejada en queche, de unas setenta toneladas, con la cual pescábamos de costumbre entre las islas más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. En todos los violentos remolinos de ese mar hay buena pesca, si se aprovechan las oportunidades y se tiene el valor de intentarlo; pero, entre las gentes todas de la costa de Lofoden, nosotros tres únicamente hacíamos de modo regular la travesía a las islas, como le he dicho. Los lugares de pesca habituales se hallan mucho más lejos hacia el sur. Allí se pesca a todas horas sin mucho peligro, y, por tanto, son preferidos esos lugares. Pero los sitios escogidos aquí, entre las tocas, dan no ya el pescado de más fina calidad, sino en mucha mayor abundancia, hasta el punto de que a menudo cogíamos nosotros en un solo día lo que los más tímidos del oficio no hubieran podido coger juntos en una semana. En suma, convertíamos aquello en una especulación desesperada; el riesgo de la vida hacía las veces del trabajo, y el denuedo equivalía al capital.

»Resguardábamos el queche en una caleta a unas cinco millas en la costa por encima de ésta, y era nuestra costumbre, con buen tiempo, aprovechar la tregua de cinco minutos para avanzar por el canal principal del Moskoe-strom, muy lejos de la hoya, echando luego el ancla en algún sitio cerca de Otterholm o de Sandflesen, donde los remolinos no son tan violentos como en otras partes. Allí solíamos permanecer hasta levar anclas y volver a casa, aproximadamente, en esa hora en que el agua se calmaba. No nos aventurábamos nunca en esa expedición sin un viento constante para la ida y el regreso (un viento del que estuviésemos seguros para nuestro retorno), y rara vez nos equivocamos sobre ese punto. Dos veces en seis años nos vimos

obligados a pasar toda la noche anclados a causa de una calma chicha, lo cual es cosa rara allí precisamente, y en otra ocasión permanecemos en tierra cerca de una semana, muertos de hambre, a causa un ventarrón que empezó a soplar poco después de nuestra llegada, haciendo el canal demasiado borrascoso para atravesarlo. En esa ocasión hubiéramos sido arrastrados mar adentro, a pesar de todo (pues los remolinos nos hacían dar vueltas y vueltas con tal violencia, que al final se nos enredó el ancla y la fuimos rastreando), si no nos hubiera impelido una de esas innumerables corrientes, que se forman hoy aquí y mañana allá, y que nos llevó a sotavento de Flimen, adonde, por fortuna, pudimos arribar.

»No le contaré ni la vigésima parte de las dificultades con que tropezamos en las pesquerías (es ése un mal paraje hasta con buen tiempo); pero encontramos siempre manera de desafiar el propio Moskoe-strom sin accidente, aunque a ratos me subía el corazón a la boca cuando nos sucedía retrasarnos o adelantarnos un minuto a la calma. Algunas veces el viento no era tan fuerte como creíamos al partir, y entonces avanzábamos menos de prisa que hubiéramos querido, mientras la corriente hacía el queche ingobernable. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años, y yo, por mi parte, dos mocetones. Nos hubieran prestado una gran ayuda en tales casos, lo mismo cogiendo los remos que pescando atrás; pero, realmente, aunque corriésemos peligro nosotros mismos, no teníamos valor para dejar que se arriesgasen aquellos jóvenes, pues, bien considerado todo, era un peligro horrible, y ésta es la verdad.

»Hará ahora, dentro de unos días, tres años que ocurrió lo que voy a contarle. Era el 10 de julio de 18..., un día que la gente de esta parte del mundo no olvidará jamás, pues fue de esos en que sopló el más terrible huracán que ha venido nunca de los cielos. Y, sin embargo, durante toda la mañana y hasta muy avanzada la tarde, tuvimos una fina y suave brisa del sudoeste, y el sol lució espléndidamente de tal modo, que el más viejo de los marineros no hubiese podido prever lo que iba a ocurrir.

»Habíamos atravesado los tres, mis dos hermanos y yo, entre las islas a las dos de la tarde, poco más o menos, y cargamos pronto el queche con soberbio pescado, el cual, como habíamos observado muy bien, era más abundante que nunca hasta entonces. Eran las siete en punto, por mi reloj, cuando levamos el ancla y partimos hacia nuestra casa, para pasar lo peor del Strom con el agua en calma, lo cual sabíamos que sucedería a las ocho.

»Salimos con una brisa fresca a estribor, y durante algún tiempo navegamos veloces, sin pensar en el peligro, pues realmente no veíamos el menor motivo de preocupación. De repente nos sorprendió una brisa que venía de Helseggen. Era aquello muy desusado (algo que no nos había sucedido nunca antes), y empezaba yo a sentir una leve inquietud, sin saber de cierto

por qué. Dejamos ir al barco con el viento; pero no pudimos nunca hender los remolinos, y estaba yo a punto de proponer que volviéramos al lugar del anclaje, cuando, al mirar atrás, vimos todo el horizonte cubierto por una nube singular de un tono cobrizo, que ascendía con la velocidad más pasmosa.

»Al mismo tiempo la brisa que nos había cogido de proa cesó, y sorprendidos entonces por una calma chicha, nos arrastraba en todas direcciones. Pero semejante estado de cosas no duró lo suficiente para darnos tiempo a pensar en ello. En menos de un minuto la borrasca estuvo sobre nosotros; en menos de dos el cielo se puso completamente encapotado, y volviéndose de repente tan oscuro, que, con la espuma pulverizada que nos saltaba a los ojos, no podíamos vernos unos a otros en el queche.

»Intentar describir semejante huracán sería una locura. El más viejo marinero de Noruega no ha pasado nunca una cosa parecida. Habíamos arriado nuestras velas antes de que el ventarrón nos cogiese; pero desde la primera ráfaga nuestros dos palos se vinieron abajo como si hubiesen sido aserrados por su base: el mayor se llevó a mi hermano pequeño, que se había asido a él para salvarse.

»Nuestro barco era el más ligero juguete que hubiese nunca flotado sobre el agua. Tenía un puente casi a nivel, con una sola pequeña escotilla a proa, que acostumbábamos siempre a cerrar sólidamente al cruzar el Strom, a modo de precaución contra la mar picada. Pero en aquella ocasión nos hubiéramos hundido enseguida, pues durante unos instantes estuvimos sepultados bajo el agua por completo. No podría decir cómo escapó mi hermano mayor de la muerte, ni he tenido nunca oportunidad de explicármelo. Por mi parte, tan pronto como hube soltado el trinquete, me tiré de bruces sobre cubierta, con los pies contra la estrecha borda de proa y las manos agarradas a un cáncamo o armella, junto a la base del palo de trinquete. El simple instinto me impulsó a obrar así; era, sin duda, lo mejor que podía hacer, pues estaba demasiado aturdido para pensar.

»Durante unos momentos nos encontramos materialmente inundados, como le digo, y en todo ese tiempo contuve la respiración y me aferré a la armella. Cuando no pude ya permanecer más tiempo así me levanté sobre las rodillas, sin soltar las manos, y alcé del todo la cabeza. Luego nuestro barquito dio una sacudida, exactamente como un perro al salir del agua, y se elevó por sí mismo, en parte, fuera del mar. Intenté ahora salir lo mejor que pude del estupor que me invadía y recobrar mis sentidos para ver lo que podía hacer, cuando sentí que alguien me agarraba del brazo. Era mi hermano mayor, y mi corazón brincó de alegría, ya que tenía la certeza de que había caído por la borda; pero un momento después toda mi alegría se convirtió en horror, pues acercando su boca a mi oído gritó esta palabra: “¡El Moskoestrom!”

»Nadie sabrá nunca lo que sentí en aquel momento. Me estremecí de la cabeza a los pies como en el más violento acceso de fiebre. Sabía yo muy bien lo que entendía él por esa sola palabra; sabía lo que quería darme a entender. ¡Con el viento que nos empujaba ahora, estábamos condenados al remolino del Strom, y nada podía salvarnos!

»Habrán usted comprendido que, al cruzar el canal del Strom, navegábamos siempre lejos, por encima del remolino, hasta con el tiempo de mayor calma, y luego teníamos que esperar y acechar cuidadosamente el repunte de la marea; pero ahora corríamos en derechura hacia la hoya misma, ¡y entre un huracán como aquél! «Con toda seguridad», pensé, «llegaremos a ella justo en el momento de calma, y nos queda por eso una pequeña esperanza». Pero un minuto después me maldije por haber sido tan loco al soñar con esperanza alguna. Sabía yo muy bien que estábamos condenados, aunque hubiésemos navegado en un barco de noventa cañones.

»En aquel momento la primera furia de la tempestad había cesado, o quizá nosotros no la sentíamos tanto, porque corríamos delante de ella; pero, en todo caso, el mar, que el viento había dominado al principio, liso y espumeante, se levantaba ahora en verdaderas montañas. Un cambio singular había tenido lugar también en los cielos. Alrededor en todas direcciones seguía siendo negro como la pez; pero casi encima de nosotros se había abierto una grieta circular de cielo claro, tan claro como no le he visto nunca, de un azul intenso y brillante, y a través de ella resplandecía la luna llena con un brillo que no le había yo conocido antes nunca. Lo iluminaba todo a nuestro alrededor con la mayor claridad; mas ¡oh Dios mío, qué escena la que iluminaba!

»Hice entonces uno o dos esfuerzos para hablar a mi hermano pero el estruendo había aumentado de tal modo, sin que pudiese explicarme cómo, que no conseguí que él oyese una sola palabra, aunque grité con toda la fuerza de mi voz en su mismo oído. De pronto sacudió su cabeza, palideciendo mortalmente, y levantó uno de sus dedos, como para indicar: “¡Escucha!”.

»Al principio no entendí lo que quería decir; pero pronto un pensamiento espantoso relampagueó en mí. Saqué el reloj del bolsillo. No funcionaba. Miré la esfera a la luz de la luna, y luego prorrumpí en llanto. Y lo tiré lejos al océano. ¡Se había parado a las siete! ¡Habíamos dejado pasar el momento de la calma, y el remolino del Strom estaba en plena furia!

»Cuando un barco está bien construido, adecuadamente aparejado y no excesivamente cargado, las olas, con un viento fuerte, si se halla en alta mar, parecen siempre deslizarse por debajo de su quilla (lo cual encuentra extraño el hombre de tierra), y es lo que se llama cabalgar, en términos marinos.

»Bueno, la cosa marchaba bien mientras cabalgamos hábilmente sobre el oleaje; pero a la sazón un mar gigantesco nos apresaba por detrás,

arrastrándonos consigo (hacia arriba, hacia arriba) como para empujarnos al cielo. No hubiera yo nunca creído que una ola pudiese subir tanto. Y luego descendíamos con una curva un deslizamiento, una zambullida que me producían náuseas y vértigo, como si cayese en sueños desde lo alto de una enorme montaña. Pero desde la cima de la ola había yo lanzado un rápido vistazo alrededor, y aquella sola ojeada fue suficiente. Vi nuestra posición exacta en un instante. El remolino de Moskoe-strom estaba a un cuarto de milla o cosa así en proa; pero se parecía tan poco al Moskoe-strom de todos los días como ese remolino que ve usted ahora se parece al que se forma en un molino. De no haber sabido yo dónde estábamos y lo que teníamos que esperar, no hubiera reconocido en absoluto aquel lugar. Tal como era, cerré involuntariamente los ojos con horror. Mis párpados se juntaron como en un espasmo.

»Menos de dos minutos después, sentimos de repente calmarse el oleaje, y la espuma nos envolvió. El barco dio una brusca semivirada a babor y partió en esa nueva dirección como un rayo. En el mismo momento el rugido del agua quedó completamente sofocado por una especie de grito agudo, un ruido que puede usted imaginar representándose las válvulas de escape de mil buques lanzando su vapor a la vez. Estábamos ahora en la faja agitada que circunda siempre el remolino, y yo creía, por supuesto, que en un instante íbamos a hundirnos en el abismo, cuyo fondo no podíamos ver más que de un modo confuso a causa de la pasmosa velocidad con que éramos arrastrados. El barco no parecía sumergirse en el agua ni por asomo, sino rozarla como una burbuja de aire sobre la superficie de la ola. Teníamos el remolino a estribor, y a babor se levantaba el vasto océano que acabábamos de dejar. Se elevaba como un enorme muro entre nosotros y el horizonte.

»Puede esto parecer extraño; pero entonces al encontrarnos en las verdaderas fauces de la sima, me sentí más sosegado que cuando no hacía más que acercarme a ella. Habiendo desechado de mí toda esperanza, me sentí liberado de gran parte de aquel terror que se adueñó de mí al principio. Supongo que era la desesperación lo que ponía en tensión mis nervios.

»Tomará usted acaso esto por una jactancia; pero lo que digo es la verdad: empecé a pensar qué cosa tan magnífica era morir de aquella manera, y cuán necio era en mí tomar en consideración mi propia vida ante una manifestación tan maravillosa del poder de Dios. Creo que enrojecí de vergüenza cuando cruzó esta idea mi mente. Poco después me sentí poseído de la más ardiente curiosidad relacionada con el remolino mismo. Sentí en realidad el deseo de explorar sus profundidades, aunque tuviese para ello que sacrificarme; mi pena mayor era pensar que no podría nunca contar a mis antiguos compañeros los misterios que iba a contemplar. Eran, sin duda, éstas unas singulares fantasías para ocupar la mente de un hombre en semejante extremo, y he

pensado después con frecuencia que los giros de la barca alrededor de la hoya, habían trastornado un poco mi cabeza.

»Hubo otra circunstancia que contribuyó a hacerme recobrar el dominio de mí mismo, y fue la cesación del viento, que no podía alcanzarnos en nuestra actual situación, pues, como usted mismo puede ver, la faja de espuma queda considerablemente por debajo del nivel general del océano, y este último nos dominaba ahora como la cresta de una alta y negra montaña. Si no se ha encontrado usted nunca en el mar durante un huracán, no podrá hacerse una idea del trastorno mental ocasionado por el viento y la lluvia de espuma conjuntamente. Le ciega a uno, le aturde, le estrangula y le quita todo poder de acción o de reflexión. Pero nos sentíamos ahora muy aliviados de aquellas molestias, como esos reos condenados a muerte a quienes conceden en la prisión favores insignificantes que les prohibían mientras su sentencia no era firme.

Cuántas veces dimos la vuelta a la faja, me sería imposible decirlo. Corrimos alrededor de ella durante una hora tal vez, volando más que flotando, y aproximándonos gradualmente al centro del remolino, cada vez más cerca, más cerca de su horrible borde interior. Durante todo este tiempo yo no me solté de la armella. Mi hermano estaba en la parte de atrás aferrado a una pequeña barrica vacía, atada con solidez bajo la bovedilla, y era así el único objeto de cubierta que no había sido barrido al embestirnos el huracán. Cuando nos acercábamos al borde del pozo, soltó el barril y quiso asir la argolla que, en la agonía de su terror, se esforzaba por arrancar de mis manos, y que no era lo bastante ancha para proporcionarnos a los dos un asidero seguro. No he experimentado nunca una pena tan profunda como viéndole intentar aquel acto, aunque comprendí que estaba trastornado, que el sumo terror le había convertido en un loco furioso. Con todo, no me preocupé de disputarle el sitio. Sabía yo bien que era lo mismo estar agarrado o no; le dejé la armella, y me fui al barril de atrás. No había gran impedimento para hacerlo, pues el queche se deslizaba alrededor con bastante facilidad, aplomado sobre su quilla, impulsado tan sólo de un lado para otro por las inmensas olas y el hervor del remolino. Apenas me había asegurado en mi nueva posición, cuando dimos un bandazo a estribor y nos precipitamos de cabeza en el abismo. Murmuré una rápida plegaria al Señor y pensé que todo había terminado.

»Cuando sentía la nauseabunda succión del descenso, me agarré instintivamente al barril y cerré los ojos. Durante unos segundos no me atreví a abrirlos mientras esperaba una destrucción instantánea de mi ser, asombrado de no estar ya luchando a muerte con el agua. Pero pasaban los minutos. Vivía aún. La sensación de caída había cesado y el movimiento del barco se parecía mucho al que tuvo antes cuando estábamos apresados por la faja de espuma,

con la diferencia de que ahora se inclinaba más de costado. Reuní todo mi valor y contemplé una vez más aquella escena.

»Nunca olvidaré las sensaciones de espanto, de horror y de admiración con que miré fijamente alrededor mío. El barco parecía suspendido, como por magia, a mitad del camino, sobre la superficie interior de un embudo de amplia circunferencia y prodigiosa profundidad, y cuyas paredes perfectamente lisas podían haber sido tomadas por ébano, sin la pasmosa rapidez con que giraban, y la refulgente y lívida claridad que reflejaban bajo los rayos de la luna llena que, desde aquel hoyo circular que he descrito antes, fluían en un río de oro glorioso a lo largo de los negros muros y se adentraban en las más profundas reconditeces del abismo.

»Al principio, estaba yo demasiado aturdido para observar nada con exactitud. La explosión general de aterradora grandeza era todo lo que podía yo ver. Sin embargo, cuando me repuse un poco, mi mirada se dirigió instintivamente hacia abajo. En aquella dirección podía hundir mi vista sin obstáculos a causa de la situación de nuestro queche, que estaba suspendido sobre la superficie inclinada de la sima. Corría siempre sobre su quilla, es decir, que su puente formaba un plano paralelo al del agua; pero este último se inclinaba en un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, de modo que parecíamos sostenernos sobre nuestro costado. No podía yo dejar de observar, empero, que no me costaba más trabajo sostenerme con las manos y los pies, en aquella situación, que si hubiéramos estado en un plano horizontal, lo cual se debía, supongo, a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían buscar el verdadero fondo del profundo abismo; pero no podía yo percibir nada claramente, a causa de una espesa bruma que lo envolvía todo, y sobre la cual estaba suspendido un magnífico arco iris, parecido a ese puente estrecho y vacilante que los musulmanes dicen que es el único paso entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella bruma o espuma, estaba, sin duda, originada por la colisión de los grandes muros del embudo cuando se encontraban en el fondo; pero en cuanto al aullido que ascendía de aquella bruma hacia los cielos, no intentaré describirlo.

»Nuestro primer deslizamiento dentro del abismo, desde la faja de espuma de arriba, nos había arrastrado a una gran distancia por la pendiente abajo; pero, posteriormente, nuestro descenso fue mucho más pausado. Girábamos y girábamos, no con un movimiento uniforme, sino con sacudidas y vertiginosos vaivenes que a veces nos lanzaban tan sólo a un centenar de yardas, y otras nos hacían efectuar el circuito completo del remolino. A cada vuelta, nuestro avance hacia abajo era lento, aunque muy perceptible.

»Miré a mi alrededor el vasto desierto de ébano líquido que nos arrastraba, y noté que nuestro barco no era el único objeto apresado en el abrazo del

remolino. Por encima y por debajo de nosotros veíanse restos de navíos, gruesos maderos de construcción y troncos de árboles juntamente con muchos otros objetos más pequeños, tales como piezas de mobiliario, bitácoras rotas, barriles y duelas. He descrito antes la curiosidad innatural que había sustituido a mis terrores primitivos. Parecióme que aumentaba a medida que me acercaba más y más a mi espantoso destino. Empecé entonces a espiar, con un extraño interés, las innúmeras cosas que flotaban en nuestra compañía. Debía yo de estar delirando, pues encontraba amusement en calcular las velocidades relativas de sus diversos descensos hacia el espumeante fondo. “Ese abeto”, me sorprendí una vez diciendo, “será, de seguro, lo primero que hará la aterradora zambullida, y desaparecerá”. Y después me sentí defraudado al ver que los restos de un barco mercante holandés se abismaron antes. Por último, tras de haber hecho varias conjeturas de ese género, equivocándome siempre, este hecho (el hecho de mi invariable error) me llevó a un orden de reflexiones que hicieron temblar otra vez mis miembros y palpar mi corazón más abrumadoramente.

»No era un nuevo terror el que me afectaba así, sino el resurgir de una esperanza más emocionante. Esta esperanza brotaba en parte de la memoria y en parte de la actual observación. Recordé la gran variedad de restos flotantes que sembraban la costa de Lofoden, habiendo sido absorbidos y luego vomitados por el Moskoe-strom. La mayoría de aquellos restos aparecían destrozados de la manera más extraordinaria, tan deshechos y desmenuzados, que tenían el aspecto de estar formados todos de picos y astillas; pero recordaba yo con claridad que había algunos que no estaban desfigurados del todo. No podía explicarme aquella diferencia más que suponiendo que los fragmentos astillados eran los únicos que habían sido absorbidos por completo, y que los otros entraron en el remolino en un período bastante avanzado de la marea, o después de entrar en él descendieron, por una razón o por otra, con la suficiente lentitud para no llegar al fondo antes de la vuelta del flujo o del reflujó según los casos. Concebía yo que era posible en ambos que hubiesen remontado, remolineando de nuevo hasta el nivel del océano, sin correr la suerte de los que habían sido arrastrados antes o absorbidos más deprisa. Hice también tres importantes observaciones: la primera, que por regla general, cuanto más gruesos eran los cuerpos, más rápido era su descenso; la segunda, que entre dos masas de igual tamaño, una esférica y la otra de una forma cualquiera, la velocidad mayor en el descenso correspondía a la esférica, y la tercera, que entre dos masas de igual volumen, una cilíndrica y otra de una forma cualquiera, la cilíndrica era absorbida más despacio. Desde mi liberación he tenido varias conversaciones sobre este tema con un viejo maestro de escuela del distrito, y de él he aprendido a emplear las palabras «cilindro» y «esfera». Me ha explicado, aunque haya olvidado la explicación, que lo que había yo observado era, en realidad, la consecuencia

natural de las formas de los fragmentos flotantes, demostrándome cómo un cilindro, al girar en un remolino, ofrece más resistencia a la succión y es atraído con mayor dificultad que un cuerpo de un volumen igual y de una forma cualquiera.

»Había una circunstancia sobrecogedora que daba gran fuerza a esas observaciones y hacía me estar ansioso de comprobarlas, y era que en cada revolución pasábamos ante algo parecido a un barril, o bien ante la verga del mástil de un barco, y que muchos de aquellos objetos, flotando a nuestro nivel cuando abrí los ojos por primera vez ante las maravillas del remolino, estaban ahora situados muy por encima de nosotros y parecían haberse movido poco de su posición original.

»No vacilé más tiempo sobre lo que debía hacer. Decidí atarme confiadamente a la barrica a la cual estaba agarrado, y lanzarme con ella al agua. Llamé la atención de mi hermano por signos, señalándole los barriles flotantes que pasaban junto a nosotros, e hice todo cuanto estaba en mí por que comprendiese lo que iba yo a intentar. Creí a la larga que había entendido mi propósito; pero, tanto si fue así como si no lo fue, movió él la cabeza con desesperación, negándose a abandonar su sitio junto a la armella. Érame imposible cogerle: el trance no admitía demora, y así, con una amarga angustia, le abandoné a su destino; me até yo mismo a la barrica con la amarra que la sujetaba a la bovedilla, y sin más vacilación me arrojé con ella al mar.

»El resultado fue precisamente el que yo esperaba. Puesto que soy yo mismo quien le cuenta a usted ahora esta historia (y según puede ver me salvé, y como conoce usted el modo de salvación que empleé, y puede, por tanto, prever todo lo que voy a decirle más adelante) quiero llegar pronto a la conclusión de mi relato.

»Habría transcurrido una hora, aproximadamente, desde que abandoné el queche, cuando, después de descender a gran distancia debajo de mí, dio tres o cuatro vueltas en rápida sucesión, y llevándose a mi amado hermano, se hundió de proa, enseguida y para siempre, en el caos de espuma del fondo. El barril al cual estaba yo atado flotaba casi a mitad de camino de la distancia entre el fondo del abismo y el sitio desde donde me había yo arrojado por la borda, y entonces tuvo lugar un gran cambio en el carácter del remolino. La pendiente de los lados del amplio embudo se hizo por momentos menos y menos empinada. Las vueltas del remolino se tornaron gradualmente menos violentas. Poco a poco la espuma y el arco iris desaparecieron, y el fondo de la sima pareció levantarse con lentitud. El cielo era claro, el viento había cesado, y la luna llena se ponía con esplendor al oeste, cuando me encontré sobre la superficie del océano, justo a la vista de las costas de Lofoden, encima del lugar donde había estado la hoya del Moskoe-strom. Era la hora de la calma; pero el mar se levantaba aún en olas montañosas por los efectos del huracán.

Fui arrastrado violentamente al canal del Strom, y en pocos minutos arrojado hacia la costa, entre las pesquerías de los marineros. Un barco me recogió extenuado de fatiga, y entonces que había pasado el peligro, el recuerdo de aquel horror me privó del habla. Los que me izaron a bordo eran mis viejos compañeros de todos los días; pero no me reconocían, como no hubieran reconocido a un viajero que volviese del mundo de los espíritus. Mi pelo, que el día anterior era negro como el plumaje del cuervo, se había quedado tan blanco como lo ve usted ahora. Dijeron ellos también que toda la expresión de mi cara había cambiado. Les conté mi historia, y no la creyeron. Se la cuento ahora a usted, y no me atrevo apenas a esperar que le preste más fe que los festivos pescadores de Lofoden.

EL MÉTODO DEL DOCTOR ALQUITRÁN Y DEL PROFESOR TRAPAZA

Durante el otoño de 18..., en el curso de una excursión por las provincias de la parte más meridional de Francia, mi ruta me condujo a pocas millas de cierta maison de santé o manicomio particular, del que había yo oído hablar mucho en París a mis amigos médicos. Como no había visitado nunca un lugar de ese género, pensé que era aquélla una ocasión demasiado buena para desaprovecharla; propuse, pues, a mi compañero de viaje (un señor con quien había trabado conocimiento por casualidad unos días antes) que nos desviásemos una hora o dos para ver aquel establecimiento. A esto objetó él, como motivos en contra, la prisa en primer término, y en segundo lugar, su gran horror habitual a la vista de un loco. Me suplicó, con todo, que no dejase, por mera cortesía, de satisfacer mi curiosidad, y dijo que seguiría la ruta despacio, para que pudiera yo reunirme con él aquel mismo día, o en todo caso, al siguiente. Al despedirse, pensé que tropezaría yo con algunas dificultades para conseguir la entrada en el edificio, y expresé mis temores sobre este punto. Él contestó que, en efecto, como no conociese personalmente al director, monsieur Maillard, o no contase con alguna carta de presentación, no dejaría de encontrar algún obstáculo, pues los reglamentos de esos manicomios particulares son más rígidos que los de un hospital público. Añadió que había trabado conocimiento unos años antes con Maillard, y que me acompañaría gustoso hasta la puerta y me introduciría allí, aunque sus sentimientos con relación a los dementes no le permitieran entrar en aquella casa.

Le di las gracias, y torciendo por la carretera real, tomamos un camino transversal, alfombrado de hierba, que al cabo de media hora se perdía casi en

una espesa selva que cubría la falda de una montaña. Cruzamos aquel húmedo y sombrío bosque, caminando unas dos millas, y entonces se presentó a nuestra vista la maison de santé. Era un fantástico château muy deteriorado y realmente apenas habitable por su vetustez y abandono. Su aspecto me inspiró un completo pavor, y deteniendo mi caballo, decidí volver atrás. Pronto, empero, me avergoncé de mi flaqueza, y seguí avanzando.

Al llegar a la puerta de entrada noté que estaba entreabierta, y que asomaba por ella la cara de un hombre. Un momento después este hombre vino hacia nosotros, llamó a mi compañero por su nombre, le estrechó la mano cordialmente, y le rogó que se apease. Se trataba del propio monsieur Maillard. Era un majestuoso y apuesto caballero de la vieja época, de cortesías modales y con cierto aire de serio, digno y autoritario, que resultaba muy impresionante.

Habiéndome presentado mi amigo, le indicé mi deseo de visitar el establecimiento, y aquel señor le dio la seguridad de que me atendería en todo; entonces mi compañero se despidió de nosotros, y no le he vuelto a ver más.

Cuando se hubo marchado, el director me hizo entrar en un pequeño y limpio locutorio, que contenía, entre otros objetos de refinado gusto, muchos libros, dibujos, búcaros de flores e instrumentos musicales. Un fuego alegre ardía en la chimenea. Ante el piano, cantando un aria de Bellini, estaba sentada una joven muy bella, quien, a mi entrada, interrumpió su canto y me acogió con graciosa cortesía. Su voz era baja, y todas sus maneras, suaves. Creí también percibir ciertas huellas de tristeza en su rostro, que no por ser excesivamente pálido carecía de encanto. Iba vestida de luto riguroso, y suscitó en mi pecho un sentimiento mezclado de respeto, interés y admiración.

Había yo oído decir en París que la institución de monsieur Maillard se hallaba organizada conforme a lo que se llama vulgarmente el «método calmante», que estaban suprimidos allí toda clase de castigos, que incluso se recurría raras veces al confinamiento, que los pacientes, aun siendo vigilados con reserva, gozaban de una aparente libertad, y que a muchos de ellos se les permitía pasear alrededor de la casa y por los terrenos contiguos con el traje corriente de las personas de sano juicio.

Teniendo en cuenta tales indicaciones, fui cauto en lo que dije delante de aquella señorita, pues no podía yo tener la seguridad de que estuviese cuerda, y, en realidad, había en sus ojos cierto brillo inquieto que me hacía imaginar que no lo estaba. Limité mis observaciones, por tanto, a los temas generales que pensé no podían irritar o excitar ni siquiera a un loco. Ella contestó de un modo perfectamente razonable a todo lo que dije, y hasta sus originales observaciones estaban marcadas de un sano y buen sentido; pero conocía yo de antiguo la psicología de la demencia y sabía que no debía prestar crédito a

tales apariencias de cordura, por lo cual seguí empleando en la entrevista la cautela del comienzo.

Al poco rato un elegante lacayo de librea trajo en una bandeja frutas, vino y otros refrescos, que probé; la damisela abandonó al punto la habitación. Cuando salía, mis ojos se volvieron significativamente hacia mi anfitrión.

—No —dijo él—. ¡Oh, no! Es una persona de mi familia, mi sobrina, una muchacha perfecta.

—Le pido perdón por mis sospechas —repliqué—; pero, naturalmente, ahora que las sabe, discúlpeme. La excelente organización de su establecimiento es muy apreciada en París, y pensé si sería posible, que, ya sabe usted...

—Sí, sí... No diga usted más... Soy yo más bien quien debería darle las gracias por la encomiable prudencia que ha mostrado. Rara vez se encuentra tanta previsión en los jóvenes, y más de una vez hemos tenido algún lamentable contretemps, ocurrido a consecuencia de una ligereza por parte de nuestros visitantes. Cuando mi primer método estaba en vigor, y mis pacientes gozaban del privilegio de ir de un lado para otro, provocaban en ellos con frecuencia ataques peligrosos algunas personas imprudentes, autorizadas para visitar la casa. Por eso me vi obligado a adoptar un sistema riguroso de exclusión, y ahora no obtiene permiso para entrar en los edificios nadie en cuya discreción no pueda yo confiar.

—¿Cuando su primer método estaba en vigor! —dije, repitiendo sus palabras—. ¿Debo entender entonces que eso quiere decir que el «método calmante», del cual he oído hablar tanto, no está ya en vigor?

—Hace ahora —contestó él— varias semanas que hemos decidido prescindir de él para siempre.

—¿De veras? ¡Me deja usted asombrado!

—Hemos comprobado —dijo con un suspiro— que era absolutamente necesario volver a las viejas costumbres. El peligro del método calmante era siempre espantoso, y sus ventajas habían sido exageradas. Creo, señor, que si se ha realizado en algún sitio un ensayo leal de ese método, ha sido en esta casa. Hemos hecho todo cuanto la humanidad racional podía sugerirnos. Lamento que no haya usted podido visitarnos en una época anterior, pues hubiera juzgado por sí mismo. Pero supongo que estará usted versado en la práctica de ese método, con sus detalles...

—No del todo. Mis noticias son de segunda mano.

—Puedo, pues, enunciar ese método, en términos generales, como aquel en que los pacientes son ménagés, mimados. No contradecíamos esos caprichos

que penetran en la mente del loco. Por el contrario, no sólo éramos indulgentes con ellos, sino que los alentábamos, y muchas de nuestras curaciones más duraderas han sido realizadas así. No hay argumento que impresione tanto la débil razón del loco como la reductio ad absurdum. Hemos tenido, por ejemplo, pacientes que se imaginaban pollos. La curación consistía (insisto sobre esto como sobre un hecho) en persuadir al paciente de que era un estúpido al no percibir con la suficiente claridad que aquello era un hecho, negándole así durante una semana todo alimento que no fuese el adecuadamente indicado para un pollo. De esta manera, con un poco de grano y de grava hemos realizado maravillas.

—Pero ¿era ésa una aquiescencia en todo?

—De ningún modo. Contábamos mucho con diversiones de un género sencillo, tales como la música, el baile, los ejercicios gimnásticos en general, las cartas y cierta clase de libros, etcétera. Fingíamos tratar a cada individuo como si padeciese algún trastorno puramente físico, y la palabra «loco» no se empleaba nunca. Un punto esencial era que cada demente vigilase los actos de todos los demás. Al poner una entera confianza en la inteligencia o en la discreción de un loco, se adueña uno de él en cuerpo y alma. Este medio nos ha permitido prescindir del costoso personal de guardianes.

—¿Y no hacía usted uso de ninguna clase de castigos?

—De ninguna.

—¿Ni encerraba nunca a sus pacientes?

—Muy rara vez. De cuando en cuando, la enfermedad de algún paciente originaba un ataque, o le acometía de repente un acceso furioso; se le conducía entonces a una celda secreta, por temor de que su trastorno pudiese contagiar al resto de los enfermos, y allí se le encerraba hasta que pudiese ser entregado a sus amigos, pues no nos encargábamos de los locos furiosos. Esos, por lo general, son llevados a los hospitales públicos.

—¿Conque ahora han cambiado todo eso, y cree usted que resulta mejor?

—Terminantemente. El método tenía sus desventajas, y hasta sus peligros. Hoy día, por fortuna, ha sido desechado en todas las maisons de santé de Francia.

—Me sorprende muchísimo —dije— lo que usted me dice, pues tenía la seguridad de que en este momento no existía ningún otro método de tratamiento de la locura en todo el país.

—Es usted joven aún, amigo mío —repuso el director—; pero llegará un día en que aprenderá a juzgar por usted mismo lo que sucede en el mundo, sin dar crédito a los chismes de los demás. No crea nada de lo que oiga, y sólo la

mitad de lo que vea. En lo que se refiere a nuestras maisons de santé, es evidente que algún ignorante le ha inducido a error. Después de cenar, sin embargo, cuando esté usted lo suficientemente descansado de las fatigas de su viaje a caballo, tendré mucho gusto en llevarle a recorrer la casa y en exponerle el método que, a mi juicio, y al de todos los que han presenciado su aplicación, es, sin comparación, el más eficaz de los ideados hasta hoy.

—¿Es un método suyo? —pregunté—. ¿De su propia invención?

—Estoy orgulloso —confirmó— de reconocer que es así; al menos, hasta cierto punto.

De este modo conversé con monsieur Maillard una o dos horas, durante las cuales me enseñó los jardines y los invernaderos del establecimiento.

—No puedo enseñarle mis pacientes —dijo— en este momento. Por poco sensible que usted sea, tales exhibiciones impresionan siempre más o menos y no quiero quitarle el apetito para la cena. Cenará usted con nosotros. Podré darle ternera a la Saint-Menehould, con coliflores en salsa veloutée, y después, una copa de Clos de Vougeot; así estarán sus nervios lo suficientemente asentados.

A las seis anunciaron la cena, y mi anfitrión me condujo a una amplia salle à manger, donde se hallaba congregado un numeroso grupo de veinticinco o treinta personas en total. Eran, al parecer, gente de categoría —ciertamente, de modales escogidos—, aunque su indumentaria me pareció de una riqueza extravagante que conservaba mucho de la ostentosa elegancia de la vieille cour. Observé que lo menos las dos terceras partes de aquellos invitados eran señoras, y algunas no iban en modo alguno ataviadas conforme a lo que un parisiense consideraría buen gusto en la actualidad. Por ejemplo, varias damas, que no tendrían menos de setenta años, estaban adornadas con una profusión de joyas tales como sortijas, brazaletes, pendientes, y mostraban el pecho y los brazos descaradamente al aire. Noté también que muy pocos vestidos estaban bien hechos, o al menos, que muy pocos se adaptaban a los tipos que los lucían. Al mirar alrededor, descubrí a la interesante joven a quien monsieur Maillard me había presentado en el pequeño locutorio; pero me sorprendió mucho ver que llevaba ahora un vestido de miriñaque, zapatos de tacón alto y un gorro sucio de encaje de Bruselas, tan grande para su cabeza, que le hacía una cara de un tamaño ridículo. Cuando la vi por primera vez, iba vestida de luto riguroso mucho más decorosamente. En suma, tenía un aire tan extravagante la indumentaria de la reunión entera, que al principio me hizo volver a mi primitiva idea sobre el «método calmante», imaginándome que monsieur Maillard había querido engañarme hasta después de la cena, para evitarme toda impresión de malestar durante la comida, cuando me encontrase en la mesa entre locos; pero recordé que me habían dicho en París que los

meridionales eran gente excéntrica, con muchas nociones anticuadas; aunque luego, al conversar con varios miembros de la reunión, mis inquietudes se disiparon en seguida y por completo.

El comedor mismo, si bien era quizá de suficiente comodidad y buenas dimensiones, carecía de cierta elegancia. El suelo, por ejemplo, estaba sin alfombrar; en Francia, no obstante, se prescinde con frecuencia de la alfombra. Las ventanas asimismo no tenían cortinas; las maderas estaban cerradas y aseguradas con barras de hierro, colocadas en diagonal, conforme al sistema de cierre adoptado por nuestros tenderos. Observé que la habitación formaba por sí sola un ala del château, y así, las ventanas se abrían sobre tres lados del paralelogramo, del que la puerta constituía el otro. No había menos de diez ventanas en total.

La mesa estaba soberbiamente puesta, cargada de platos y, más aún, de golosinas. Era una profusión bárbara en realidad. Había viandas suficientes para saciar a los Anakim. Jamás en mi vida había yo presenciado tanta prodigalidad, un derroche tal de cosas exquisitas de comer. Se observaba, aun así, muy poco gusto en la disposición, y mis ojos, acostumbrados a las luces suaves, sentíanse heridos crudamente por el prodigioso fulgor de las bujías que en candelabros de plata estaban colocadas sobre la mesa y alrededor de toda la habitación, dondequiera que había un sitio. Se encargaban del servicio varios criados diligentes, y sobre una ancha mesa, al fondo de la estancia, estaban sentados siete u ocho músicos con violines, pífanos, trombones y un tambor. A ratos, durante la comida, aquellos mozos me molestaron mucho con una infinita variedad de ruidos que intentaban ser música, y que parecían proporcionar una gran diversión a todos los presentes, con la sola excepción mía.

En general, no podía yo impedirme de pensar que había mucho de bizarro en cuanto veía a mi alrededor; pero el mundo está compuesto de toda clase de personas con todo género de pensamientos y toda suerte de costumbres convencionales. Había yo viajado mucho, demasiado, para no ser un adepto del nihil admirari; por eso me senté con toda tranquilidad a la derecha de mi anfitrión, y como sentía un excelente apetito, hice honor a los ricos platos que tenía ante mí.

La conversación, entretanto, era animada y general. Las señoras, como de costumbre, hablaban mucho. Pronto observé que casi todos los componentes de la reunión estaban muy bien educados, y mi anfitrión era, por sí solo, un mundo de graciosas anécdotas. Me pareció que deseaba con ansiedad hablar de su puesto como director de una maison de santé, y, realmente, el tema de la locura, ante mi gran sorpresa, era el preferido de todos los presentes. Se contaron muchas historias divertidas referentes a las chifladuras de los enfermos.

—Hemos tenido aquí un muchacho —dijo un grueso y pequeño caballero que estaba sentado a mi derecha—, un muchacho que se imaginaba ser una tetera; y entre paréntesis, ¿no es una particularidad sorprendente la frecuencia con que penetran esas rarezas en la mente de los locos? Apenas si existe un manicomio en Francia que no suministre una tetera humana. Nuestro gentleman era una tetera inglesa, y tenía el cuidado de bruñirse a sí mismo todas las mañanas con una piel de ante y blanco de España.

—Y luego —dijo un hombre de alta estatura sentado precisamente delante— tuvimos no hace mucho un personaje a quien se le había metido en la cabeza que era un asno, lo cual, hablando en sentido figurado, dirá usted era completamente cierto. Se trataba de un paciente muy turbulento, y nos costaba gran trabajo impedir que diese aquí dentro saltos. Durante mucho tiempo no quiso comer más que cardos, pero le curamos de esta manía insistiendo en que no tomase más que eso. Y luego estaba sin cesar dando coces con los pies... así..., así...

—¡Monsieur De Kock! Le agradeceré que guarde compostura —interrumpió en aquel momento una señora vieja que estaba junto al orador—. Tenga la bondad de cocear hacia usted mismo. Ha echado a perder mi brocado. ¿Es necesario acaso ilustrar sus observaciones de este modo tan práctico? Nuestro amigo, aquí presente, podía haberle entendido, de seguro, sin nada de eso. A fe mía, es usted casi un asno tan grande como se imaginaba serlo ese pobre desdichado. ¡Sus patadas eran auténticas coces, por mi vida!

—Mille pardons, ma'm'selle —replicó monsieur De Kock así apostrofado—. ¡Mil perdones! No tenía intención de ofenderla. Ma'm'selle Laplace, monsieur De Kock solicita el honor de beber con usted.

Y aquí monsieur De Kock se inclinó profundamente, besó su propia mano muy ceremonioso, y bebió con ma'm'selle Laplace.

—Permítame, mon ami —dijo entonces monsieur Maillard, dirigiéndose a mí—, permítame que le sirva un trozo de esta ternera a la Saint-Menehault—; la encontrará usted especialmente fina.

En este instante tres recios criados habían logrado depositar sin novedad sobre la mesa una enorme fuente, casi un lebrillo, conteniendo lo que supuse era el «monstrum, horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum». Sin embargo, un minucioso examen me descubrió que se trataba únicamente de una ternerilla asada entera, y colocada de rodillas, con una manzana entre los dientes, como se hace en Inglaterra al preparar una liebre.

—No, gracias —respondí—. A decir verdad, no siento una predilección especial por la ternera a la Saint... ¿Cómo es eso? Pues no creo que me siente bien. Prefiero cambiar de plato y tomar un poco de ese conejo.

Había varias fuentes a los lados de la mesa, conteniendo, según me pareció, siempre conejo a la francesa, un morceau muy delicioso, que me permito recomendar.

—Pedro —gritó mi anfitrión—: cambia el plato de este señor y tráele una fuente de ese conejo au chat.

—¿De ese qué? —pregunté.

—De ese conejo au chat.

—¡Bueno! Después de pensarlo mejor, se lo agradezco; pero no quiero. Me serviré yo mismo una loncha de jamón.

«No sabe uno nunca lo que come —pensé— en la mesa de esta gente provinciana. No quiero en absoluto su conejo au chat ni nada parecido, como tampoco del cat-au-rabbit (o gato al estilo de conejo)».

—Y también —dijo un personaje de aspecto cadavérico, reanudando la conversación en el punto en que había sido interrumpida—, y también, entre otras rarezas, hemos tenido cierto tiempo un enfermo que sostenía con toda insistencia que era un queso de Córdoba, y que iba siempre con un cuchillo en la mano, invitando a sus amigos a que probasen un trocito de la mitad de su pierna.

—Era un perfecto tonto, sin duda —interrumpió otro invitado—; pero no puede compararse con cierto individuo a quien todos conocemos, excepto este señor forastero. Me refiero a ese hombre que se creía una botella de champagne, y que estaba siempre haciendo ¡pum! y ¡fiss! de esta manera.

Y aquí el narrador, muy bruscamente, a mi juicio, se metió el pulgar derecho en su carrillo izquierdo y lo sacó lanzando un ruido semejante al de un corcho que salta, y luego, con un hábil movimiento de lengua sobre los dientes, emitió un agudo silbido, que duró varios minutos, imitando la irrupción espumosa del champagne. Esta conducta, lo noté claramente, no agradó mucho a monsieur Maillard; pero no dijo nada, y la conversación fue reanudada por un hombrecillo muy flaco con una gran peluca.

—Hubo luego un ignorante —recordó— que se confundía a sí mismo con una rana, a la cual, dicho sea de paso, se parecía no poco. Siento que no le haya usted visto, caballero —aquí el orador se dirigió a mí—, pues le hubiera divertido de corazón observar la naturalidad con que desempeñaba su papel. Ya ve usted; si ese hombre no era una rana, yo sólo puedo decir que resultaba una lástima que no lo fuese. Croaba así: «¡Ooooj, ooooj!». Era la nota más encantadora del mundo, en sí bemo!; y cuando se acodaba sobre la mesa así después de haberse tomado una o dos copas de vino, y distendía su boca así, y reviraba los ojos así, y parpadeaba con excesiva rapidez así, entonces,

caballero, le aseguro bajo palabra y puedo decir positivamente que se hubiera usted extasiado de admiración ante el genio de ese hombre.

—No me cabe la menor duda —corroboré.

—Y, además —dijo otro de los comensales—, hemos tenido también un Pulgarcito, que creía ser una mota de rapé, y que se sentía verdaderamente apesadumbrado de no poderse coger a sí mismo entre el índice y el pulgar.

—Y hubo después Jules Desoulières, genio muy singular, en verdad, a quien le volvió loco la idea de que era una calabaza. Perseguía al cocinero para que le picase y le metiese en una empanada, cosa que el cocinero se negaba, indignado, a hacer. Por mi parte, no tengo la seguridad de que una empanada de calabaza a la Desoulières no hubiera resultado un plato magnífico de veras.

—¡Me deja asombrado! —dije, y miré inquisitivamente a monsieur Maillard.

—Ja, ja, ja! —exclamó este último—. ¡Je, je, je! ¡Ji, ji, ji! ¡Jo, jo, jo! ¡Ju, ju, ju! ¡Ésta sí que es buena! No debe usted asombrarse, mon ami; nuestro amigo, aquí presente, es un hombre chusco, un drôle. No debe usted tomar lo que dice al pie de la letra.

—Y, además —dijo algún otro miembro de la reunión—, hubo también Bouffon Le Grand, otro personaje extraordinario a su manera. Le había trastornado el amor, y se creía poseedor de dos cabezas. Sostenía que una de ellas era la de Cicerón, e imaginaba que la otra era compuesta y pertenecía a Demóstenes desde lo alto de la frente hasta la boca, y a lord Brougham desde la boca hasta el mentón. No sería imposible que estuviese equivocado; pero le habría convencido a usted de que estaba en lo cierto, pues era un hombre de gran elocuencia. Sentía una pasión avasalladora por la oratoria, y no podía abstenerse de lucirla. Por ejemplo, tenía la costumbre de saltar sobre la mesa del comedor así..., y así..., y así...

Y aquí otro amigo, que estaba junto al que hablaba, le puso una mano sobre el hombro y musitó unas palabras a su oído; inmediatamente cesó el hombre en sus saltos y se dejó caer de nuevo sobre su silla.

—Y, además —dijo aquel comensal que había musitado las palabras al oído del otro—, hubo también Boullard, la perinola. Si le llamo perinola es porque, en realidad, le dio la chifladura jocosa, pero en modo alguno irracional, de que se había convertido en una perinola. Hubiera usted estallado de risa viéndole dar vueltas. Giraba sobre un solo talón durante una hora de este modo..., así...

Aquí el amigo a quien él había interrumpido precisamente realizó el mismo

manejo con este último.

—Pero entonces —gritó una señora vieja con su voz más fuerte— su monsieur Boullard era un loco, y un loco necio, por añadidura. Pues ¿quiere usted decirme quién ha oído hablar nunca de un hombre perinola? Es una cosa absurda. Madame Joyeuse, como ustedes saben, era una persona más sensible. Adolecía de una chifladura, pero llena de sentido común, y que gustaba a todo el que tenía el honor de trabar conocimiento con ella. Se dio ella cuenta, después de madura reflexión, de que, por una casualidad, se había convertido en un gallo joven, aunque como tal, se comportaba con decoro. Agitaba sus alas con un estilo prodigioso..., así..., así..., así..., y en cuanto a su canto, ¡era delicioso! ¡Kikirikí, kikirikí, kikirikí, kikirikiiii!

—Madame Joyeuse, le agradecería que se reportase —interrumpió entonces nuestro anfitrión, muy enojado—. Puede usted optar entre comportarse como una señora o marcharse de la mesa inmediatamente: usted elegirá.

La señora (a quien me sorprendió mucho oír que la llamaban madame Joyeuse después de la descripción de madame Joyeuse que ella misma había hecho) enrojeció hasta las cejas, y pareció sumamente avergonzada ante aquella reprimenda. Bajó la cabeza y no pronunció una sílaba en contestación. Pero otra señora más joven reanudó aquel tema.

Era mi bella muchacha del locutorio.

—¡Oh! Madame Joyeuse era una loca —exclamó—; pero había, en cambio, mucho sentido firme, después de todo, en la opinión de Eugenia Salsafette. Era ésta una joven muy bella y pudorosamente modesta, a quien le parecía el actual modo de vestirse indecente, y que por eso quería siempre ataviarse poniéndose al exterior de sus vestidos en lugar de meterse dentro de ellos. Es una cosa muy fácil, después de todo. Hay sólo que hacer así..., y luego así..., así..., así..., y después...

—Mon Dieu! Ma'm'selle Salsafette! —gritaron una docena de voces a coro—. ¿Qué hace usted? ¡Deténgase! ¡Es bastante! ¡Vemos ya de sobra cómo hay que hacerlo! ¡Basta, basta!

Y varias personas se levantaron de sus sillas para impedir a ma'm'selle Salsafette que se quedase a la par de la Venus de Médicis, cuando la tentativa se llevó a cabo de repente por una serie de gritos agudos o de aullidos que venían de alguna parte del cuerpo principal del château.

Mis nervios se pusieron materialmente de punta con aquellos aullidos; pero el resto de la reunión producía verdadera lástima. Jamás en mi vida había visto un grupo de gentes razonables tan aterradas. Todos palidieron como cadáveres, y encogiéndose en sus sillas, permanecían trémulos y balbucientes

de terror, como para escuchar la repetición de aquellos ruidos. Volvieron a oírse más fuertes y más cercanos, según me pareció; luego, por tercera vez, muy fuertes, y después una cuarta, con un vigor a todas luces menor. Ante aquella aparente cesación del ruido, los ánimos de los comensales se sosegaron desde luego, y todo volvió a ser animación y anécdotas como antes. Me aventuré a preguntar la causa del alboroto.

—Una simple bagatelle —dijo monsieur Maillard—. Estamos acostumbrados a estas cosas, y, en verdad, nos preocupamos muy poco de ellas. De cuando en cuando los locos se ponen a aullar a coro; uno excita al otro, como sucede con una manada de perros en la noche. Da la casualidad, no obstante, de que el concierto de aullidos sirve de prelude a una tentativa de evasión; entonces, naturalmente, es de temer algún leve peligro.

—¿Y cuántos tiene usted bajo su custodia?

—Por el momento no tenemos más que diez, en total.

—¿Principalmente mujeres, supongo?

—¡Oh, no! Son todos ellos hombres, y mozos fuertes, se lo aseguro.

—¿De veras? Había creído yo entender que la mayoría de esos locos eran del sexo débil.

—Y así es en general, pero no siempre. No hace mucho hemos tenido aquí alrededor de veintisiete pacientes, y en ese número, lo menos dieciocho eran mujeres; pero últimamente la cosa ha cambiado mucho como usted ve.

—Sí..., ha cambiado mucho, como usted ve —interrumpió aquí el caballero que le había destrozado las espinillas a ma'm'selle Laplace.

—¡Sí..., ha cambiado mucho, como usted ve! —campanearon a coro los allí reunidos.

—¡Retengan sus lenguas todos! —dijo mi anfitrión, con gran furia.

Después de lo cual, todos los comensales guardaron un silencio mortal durante casi un minuto. Hubo incluso una señora que obedeció al pie de la letra a monsieur Maillard, y sacando su lengua, que era sumamente larga, la cogió a dos manos, con gesto resignado, hasta el final del convite.

—Y esa buena señora —dije a monsieur Maillard, inclinándome hacia él y en un murmullo—, esa buena señora que acaba de hablar y que nos ha regalado con su kikirikí, es, supongo, inofensiva, de todo punto inofensiva, ¿verdad?

—¡Inofensiva! —exclamó él con sincera sorpresa—. ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¿Está sólo un poco tocada? —dije, barrenándome la sien con el índice—. Me figuro que no está especialmente, que no está peligrosamente atacada, ¿eh?

—Mon Dieu! ¿Qué se figura usted? Esa señora es una antigua e íntima amiga mía. Madame Joyeuse está tan cuerda en absoluto como yo. Tiene sus pequeñas excentricidades, con seguridad; pero ya sabe usted que todas las mujeres viejas, todas las mujeres muy viejas, son más o menos excéntricas.

—Seguramente —dije—, seguramente... Y entonces, el resto de esas señoras y de esos caballeros...

—Son mis amigos y mis guardianes —interrumpió monsieur Maillard, irguiéndose con hauteur—, mis buenos amigos y ayudantes.

—¡Cómo! ¿Todos ellos, todas las mujeres?

—Pues claro —dijo él—; no se podría hacer nada sin las mujeres: son las mejores enfermeras de locos que hay en el mundo. Tienen su manera propia, ¿sabe usted? Sus ojos brillantes poseen un maravilloso efecto..., algo así como la fascinación de la serpiente, ¿sabe?

—Sin duda —dije—, ¡sin duda! Tienen algo raro, ¿verdad? Algo un poco estrambótico, ¿eh? ¿No cree usted?

—¡Raro..., estrambótico! ¿Qué quiere usted insinuar ahora? No somos muy remilgados, ciertamente, aquí en el sur... Hacemos lo que nos parece... Llevamos una vida alegre, y toda esa clase de cosas, ¿sabe?...

—Con seguridad —dije—, con seguridad.

—Y también quizá este Clos de Vougeot es un poquito pesado, ¿sabe?... Un poquito fuerte..., ¿comprende?

—¡Por supuesto —dije—, por supuesto! Y a propósito, monsieur, he creído oírle decir que el método que había usted adoptado en sustitución del famoso «método calmante» era un método muy severo.

—Ni por asomo. Nuestro confinamiento es necesariamente total; pero el tratamiento, el tratamiento médico, quiero decir, es más bien agradable para los pacientes que otra cosa.

—¿Y ese nuevo método es invención suya?

—No del todo. Algunas de sus partes se deben al profesor Alquitrán, de quien habrá usted oído hablar, de fijo; y, además, existen modificaciones en mi plan que me complazco en reconocer pertenecen por derecho propio al célebre Trapaza, con quien, si no me equivoco, tuvo usted el honor de entablar una íntima amistad.

—Me avergüenza confesar —contesté— que no he oído nunca hasta ahora los nombres de ninguno de esos dos caballeros.

—¡Dios mío! —exclamó mi anfitrión, haciendo retroceder su silla bruscamente y alzando las manos—. ¡No he entendido bien, por lo visto! ¿No intentará usted decir que no ha oído nunca hablar del sabio doctor Alquitrán o del famoso profesor Trapaza?

—Me veo obligado a reconocer mi ignorancia —insistí—; pero la verdad debe ser respetada por encima de todo. No obstante, me siento humillado hasta el polvo de no conocer las obras de esos hombres, a no dudar, extraordinarios. Voy a buscar sus libros sin tardanza, y los leeré con mi más atento cuidado. Monsieur Maillard, me ha hecho usted realmente, debo confesarlo, ¡me ha hecho avergonzarme de mí mismo!

Y era la pura verdad.

—No hablemos más de ello, mi joven y buen amigo —dijo él amablemente, estrechándome la mano—. Beba usted ahora conmigo una copa de Sauterne.

Bebimos. Los comensales siguieron nuestro ejemplo sin moderación. Charlaban, bromeaban, reían, hacían mil locuras; rechinaban los violines, redoblaba el tambor, mugían los trombones como los toros de bronce de Falaris, y la escena entera, que se ponía cada vez peor a medida que el vino aumentaba su ascendiente, llegó a convertirse, por último, en una especie de pandemónium, in petto. Entretanto, monsieur Maillard y yo, con muchas botellas de Sauterne y de Vougeot entre los dos, proseguíamos nuestra conversación con voces desahoradas. Una palabra pronunciada en el tono ordinario tenía la misma probabilidad de ser oída allí que el grito de un pez en el fondo del Niágara.

—Dígame, caballero —indagué vociferando en su oído—: ha aludido usted antes al peligro que entrañaba el antiguo «método calmante». ¿Cuál es ese peligro?

—Sí —contestó él—, había, por cierto, a veces, un grandísimo peligro. No se pueden prever los caprichos de los locos, y en mi opinión, que es también la del doctor Alquitrán y la del profesor Trapaza, no es nunca prudente permitirles ir de un lado para otro solos. Un demente puede estar en período de «calma», como se dice, durante determinado tiempo; pero al final es muy propenso a volverse furioso. Además, su astucia es grande y proverbial. Cuando tiene un plan en la cabeza, disimula sus propósitos con una listeza maravillosa, y la habilidad con que imita la cordura ofrece para el psicólogo uno de los problemas más singulares en el estudio de la mentalidad humana. Cuando un loco parece completamente cuerdo, es el momento indicado de

ponerle la camisa de fuerza.

—Pero el peligro, mi querido director, de que hablaba usted (según su propia experiencia desde que dirige esta casa), ¿le ha proporcionado alguna razón positiva para creer que la libertad es peligrosa en el caso de un loco?

—¿Aquí..., mi experiencia propia? Pues bien: puedo decir que sí. Por ejemplo, no hace mucho tiempo ocurrió un singular incidente en esta misma casa. El «método calmante», como usted sabe, estaba entonces en vigor, y los pacientes andaban sueltos. Se comportaban notablemente bien, tan bien, que una persona cuerda hubiese comprendido que estaba tramándose algún plan diabólico, por el hecho especial de comportarse los muchachos tan notablemente bien. En efecto, una buena mañana, los guardianes se encontraron atados de pies y manos, encerrados en las celdas, y vigilados, como si estuviesen locos, por los propios dementes, que habían usurpado el oficio de guardianes.

—¡Calle usted! ¡No he oído nada tan absurdo en mi vida!

—Es un hecho. Todo ello fue por culpa de un estúpido sujeto, un loco, a quien, no sé por qué, se le metió en la cabeza que había inventado el método mejor de que se había oído hablar jamás antes, un método de loco, se sobrentiende. Quería poner en práctica su invención, supongo, y convenció al resto de los pacientes de que se uniesen a él en una conspiración para derribar los poderes reinantes.

—¿Y lo consiguió, efectivamente?

—Ya lo creo. Los guardianes y los guardados cambiaron de puesto. Aunque no sucedió así al pie de la letra, pues los locos habían estado en libertad; pero los guardianes fueron al momento encerrados en sus celdas, y tratados, siento decirlo, de una manera demasiado caballerosa.

—Pero supongo que habría una contrarrevolución enseguida. Ese estado de cosas no podía durar mucho tiempo. La gente de las cercanías, los visitantes que viniesen a ver el establecimiento, darían la voz de alarma.

—No acierta usted. El cabecilla de la sublevación era demasiado astuto para eso. A partir de entonces no admitió un visitante más, a excepción, un día, de un caballere de aspecto muy estúpido, de quien no tenía por qué temer. Le dejó visitar la casa, con objeto de variar, de divertirse un poco a costa suya. Y una vez que se burló de él lo suficiente, le dejó marchar y volver a sus asuntos.

—¿Y cuánto duró el reinado de los locos?

—¡Oh! Duró mucho tiempo, en realidad un mes, cuando menos, o mucho más; no podría decirlo con exactitud. Entretanto, los locos se dieron una buena temporada, puede usted creerme. Se quitaron sus ropas muy deterioradas y

usaron con entera libertad del guardarropa y de las joyas de familia. Las bodegas del château estaban bien surtidas de vinos, y los locos son los demonios que mejor entienden de bebidas. Vivieron bien, se lo aseguro.

—¿Y el tratamiento, cuál era el tratamiento especial que aplicaba el jefe de los rebeldes?

—En cuanto a eso, un loco no es forzosamente tonto, como ya he dicho; y en mi honrada opinión, su tratamiento era mucho mejor que el empleado antes. Era un método magnífico, en verdad... sencillo..., limpio..., nada molesto..., en suma, delicioso... Era...

Y aquí las observaciones de mi anfitrión fueron interrumpidas por otra serie de aullidos del mismo carácter de los que ya nos habían desconcertado. Esta vez, sin embargo, parecía venir de personas que se acercaban rápidamente.

—¡Santo Dios! —exclamé—, los locos han debido, sin duda alguna, de evadirse...

—Mucho me temo que así sea —corroboró monsieur Maillard, poniéndose ahora muy pálido.

Apenas había terminado su frase, cuando unos gritos penetrantes resonaron bajo las ventanas, y acto seguido fue evidente que unas personas se esforzaban desde fuera por penetrar en la habitación. Aporreaban la puerta con algo que debía de ser un martillo, y las maderas eran arrancadas y sacudidas con prodigiosa violencia.

A continuación tuvo lugar una escena de terrible confusión. Monsieur Maillard, ante mi enorme asombro, se precipitó debajo del aparador. Hubiera yo esperado más decisión por parte suya. Los componentes de la orquesta, quien durante los últimos quince minutos parecían de tal modo borrachos, que no cumplían su misión, al presente saltaron todos de pronto sobre sus pies y sobre sus instrumentos, subiéndose a la mesa, y atacaron al unísono el Yankee Doodle, la marcha nacional americana, que ejecutaron, si no en el tono exacto, al menos con una energía sobrehumana, en tanto que duró el tumulto.

A todo esto, sobre la mesa del banquete, entre las botellas y las copas, saltaba el señor a quien con mucho trabajo se le había impedido hacerlo antes. No bien estuvo cómodamente instalado allí, comenzó un discurso que, sin duda, debía de ser muy importante, con sólo que se hubiese podido oír. En el mismo momento, el hombre que sentía predilección por la perinola, se puso a dar vueltas alrededor de la estancia, con una energía enorme, estirando los brazos en ángulo recto con su cuerpo, de tal modo, que parecía una auténtica perinola, y chocando y derribando cuanto encontraba en su camino. Y luego también, cuando oía yo una serie increíble de «¡pum!» y «¡fiss!» del

champagne descorchado, descubrí al cabo que provenían del individuo que había desempeñado con tanta delicadeza el papel de una botella durante la cena.

Y, mientras, el hombre-rana croaba como si dependiese la salvación de su alma de cada nota que lanzaba. Y en medio de aquello, un continuo rebuzno lo dominaba todo. Por lo que atañe a mi vieja amiga madame Joyeuse, parecía tan terriblemente perpleja, que me dieron verdaderas ganas de llorar por la pobre señora. Permanecía, con todo, erguida en un rincón junto a la chimenea y cantaba sin cesar con su voz más fuerte: «¡Kikirikí, kikirikiiiiii!».

Y entonces llegó el colmo, la catástrofe del drama. Como la resistencia se limitaba a gritos, aullidos y cacareos, sin otros excesos en los de fuera, las diez ventanas fueron rápida y casi simultáneamente hundidas. Pero no podré olvidar nunca mis emociones de asombro y horror cuando vi que, escalando las ventanas y cayendo sobre nosotras en mezcolanza, luchando, pataleando, arañando y aullando, se precipitó allí una perfecta cuadrilla que me pareció ser de chimpancés, orangutanes o enormes mandriles negros del Cabo de Buena Esperanza.

Recibí un terrible golpe que me hizo rodar debajo de un sofá, donde me quedé quieto. A la postre, después de haber permanecido allí unos quince minutos, durante los cuales escuché con todos mis oídos lo que ocurría en la habitación, tuvo para mí un satisfactorio dénouement o desenlace aquella tragedia. Monsieur Maillard, según parece, al contarme lo del loco que había excitado a sus compañeros a la rebelión, había relatado ni más ni menos que sus propias hazañas. Este señor había sido, en efecto, algunos años antes, director de aquel establecimiento; pero se volvió loco él también, pasando a ser un paciente más. Este hecho era desconocido por mi compañero de viaje al introducirme allí. Los guardianes, en número de diez, fueron repentinamente atacados primero, bien embreados luego, cuidadosamente emplumados después, y, por último, encerrados en las celdas subterráneas. Habían estado allí enclaustrados más de un mes, durante el cual monsieur Maillard les había dado con generosidad no sólo brea y plumas (que constituían su «método»), sino alimentos y agua en abundancia. Esta última la sacaban a diario con una bomba. Por último, uno de ellos escapó por una alcantarilla y puso en libertad a todos los demás.

El «método calmante», con serias modificaciones, ha sido puesto en vigor de nuevo en el château; sin embargo, no puedo dejar de coincidir con monsieur Maillard en que su «tratamiento» era el más magnífico de todos los de ese género. Como observaba él con justicia, era sencillo, claro y no molestaba en absoluto; era el que menos molestaba.

Me resta sólo añadir que, a pesar de haber buscado por todas las librerías

de Europa las obras del doctor Alquitrán y del profesor Trapaza, han fracasado hasta el día mis esfuerzos por conseguir un ejemplar de ellas.

UNA HISTORIA DE LAS MONTAÑAS RAGGED

A finales del año 1827, cuando residía yo cerca de Charlottesville (Virginia), trabé conocimiento por casualidad con el señor Augusto Bedloe. Este joven gentleman era notable bajo todos los aspectos y provocaba en mí un interés y una curiosidad profundos. Juzgué imposible comprender su persona tanto moral como física. De su familia no conseguí obtener ningún informe positivo. Nunca pude averiguar de dónde venía. Hasta en su edad — aunque le he llamado joven gentleman— había algo que me dejaba perplejo en alto grado. Parecía, por cierto, joven —y se daba importancia hablando de su juventud—, si bien había momentos en que no hubiese yo tenido el menor inconveniente en imaginar que tenía cien años. Pero nada tan peculiar como su aspecto exterior. Era singularmente alto y delgado. Iba muy encorvado. Tenía unos miembros con exceso largos y descarnados. La frente, ancha y baja. Una complexión exangüe por completo. La boca, grande y flexible, y los dientes, aunque sanos, tan atrozmente desiguales como no los he visto nunca en una boca humana. La expresión de su sonrisa, sin embargo, no era nada desagradable, como pudiera suponerse; pero carecía de toda variación. Mostraba una profunda melancolía, una tristeza sin fases e incesante. Sus ojos eran, por lo general, grandes y redondos como los de un gato. Las pupilas, además, sufrían una contracción o una dilatación ante cualquier aumento o disminución de luz, ni más ni menos que las que se observan en la familia de los felinos. En los momentos de excitación los ojos adquirían un brillo casi inconcebible, y parecían emitir rayos de un fulgor no reflejado, sino interno; con todo, en su estado ordinario aparecían tan en absoluto apagados, nebulosos e inertes, que daban la sensación de los ojos de un cadáver enterrado desde hacía largo tiempo.

Estas particularidades personales parecían causarle un gran fastidio, y siempre aludía a ellas en una especie de esfuerzo semiexplicativo, semijustificativo, que al oírlo por primera vez, me impresionó de modo muy penoso. No obstante, pronto me acostumbré, y desapareció mi malestar. Aparentaba él tener más bien el propósito de insinuar que de afirmar de un modo terminante que físicamente no siempre había sido lo que era, que una larga serie de ataques neurálgicos le habían reducido de un estado de apostura personal nada corriente al que veía yo. Desde hacía varios años le prestaba asistencia un médico llamado Templeton, un señor viejo que tendría quizá setenta años, a quien había conocido en Saratoga, y en cuyos cuidados había

encontrado o creído encontrar un gran beneficio. El resultado fuese que Bedloe, que era rico, concertó un arreglo con el doctor Templeton, por el cual este último, a cambio de una generosa remuneración anual, consintió en dedicar su tiempo y su experiencia exclusivamente al cuidado del enfermo.

El doctor Templeton había viajado mucho en su juventud, y en París se convirtió con gran ardor en un adepto de la doctrina de Mesmer. Únicamente por medio de remedios magnéticos había conseguido aliviar los agudos dolores de su paciente, y este éxito había inspirado, por supuesto, al último cierto grado de confianza en las opiniones que daban origen a aquellos remedios. El doctor, entretanto, como todos los entusiastas, se esforzó por hacer un prosélito completo, de su pupilo, y al cabo lo consiguió hasta el punto de inducirle a que se sometiese a numerosos experimentos. Repitiendo éstos con frecuencia, produjeron resultados que desde hace largo tiempo se han hecho tan vulgares, que atraen muy poca o ninguna atención, pero que en la época en que escribo eran apenas conocidos en América. Quiero decir que entre el doctor Templeton y Bedloe se había creado poco a poco una clara, poderosa y marcada afinidad o relación magnética. No sostengo, empero, la afirmación de que esa afinidad se extendiese más allá de los límites del simple poder productor del sueño; pero este poder mismo había alcanzado una gran intensidad. En la primera tentativa para producir el sueño magnético, el mesmeriano fracasó de lleno. A la quinta o sexta, no triunfó sino muy parcialmente y después de un prolongado esfuerzo. Hasta la duodécima no logró un éxito rotundo. Después de ésta, la voluntad del paciente sucumbió con rapidez a la del médico de tal modo, que cuando conocí a ambos el sueño sobrevenía casi al instante por la simple volición del operador, hasta cuando el enfermo no se daba cuenta de su presencia. Y sólo ahora, en el año de 1845, cuando tales milagros son atestiguados a diario por miles de hombres, me atrevo a citar esa aparente imposibilidad como un acto serio.

El temperamento de Bedloe era en el más alto grado sensitivo, excitable y entusiasta. Su imaginación, de lo más vigorosa y creadora, y sin duda, extraía una fuerza adicional del uso habitual de la morfina, que consumía en gran cantidad y sin la cual le hubiera sido imposible vivir. Tenía la costumbre de ingerir una amplia dosis a raíz del desayuno, o más bien a raíz de una taza de café cargado, pues él no tomaba nada al mediodía, y entonces se marchaba solo, o acompañado nada más de un perro, a dar un largo paseo por la cadena de las selváticas y tristes montañas que se extienden al oeste y al sur de Charlottesville, y que están dignificadas allí con el nombre de Ragged Mountains.

En un día sombrío, cálido y brumoso, hacia finales de noviembre, y durante el extraño interregnum de estaciones que en América se llama el «verano indio», el señor Bedloe partió, como de costumbre, hacia las alturas.

Pasó el día y él no volvió.

Hacia las ocho de la noche, bastante alarmados por su prolongada ausencia, íbamos a salir en su busca, cuando apareció inesperadamente en el mismo estado de salud que de costumbre y más animado que de ordinario. El relato que nos hizo de su excursión y de los sucesos que le habían retenido, fue extraño en verdad.

—Recordarán ustedes —dijo— que eran cerca de las nueve de la mañana cuando salí de Charlottesville. Dirigí desde luego mis pasos a las montañas, y alrededor de las diez, entré en un desfiladero que era de todo punto nuevo para mí. Seguí las revueltas de aquel paso con mucho interés. El escenario que se presentaba por todos lados, aunque no podría uno llamarle grandioso, tenía un aspecto indescriptible, y para mí delicioso; de triste desolación. La soledad parecía absolutamente virgen. No podía yo impedirme de creer que los verdes céspedes y las rocas grises que pisaba no habían sido holladas nunca antes por un pie humano. La entrada del barranco está tan apartada, y es, en realidad, tan inaccesible, excepto a través de una serie de accidentes, que no parecía imposible que fuese yo, en suma, el primer aventurero, el primero y el único, que hubiese penetrado nunca en aquellos lugares recónditos.

»La densa y peculiar niebla o humo que distingue el verano indio, y que envolvía ahora pesadamente todos los objetos, servía, sin duda, para ahondar las vagas impresiones que aquellos objetos creaban en mí. Tan espesa era aquella grata niebla, que no podía yo ver a más de una docena de yardas el camino ante mí. Este camino era muy sinuoso, y como resultaba imposible ver el sol, pronto perdí toda idea de la dirección en que avanzaba. Entretanto, la morfina había producido su acostumbrado efecto, que es revestir todo el mundo exterior de un intenso interés. En el temblor de una hoja, en el matiz de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el soplo del viento, en los suaves olores que venían de la selva, se formaba un mundo entero de sugestión, una serie de alegres y abigarrados pensamientos rapsódicos y desordenados.

»Preocupado por ellos, caminé varias horas, durante las cuales la niebla se espesaba a mi alrededor con tal extensión, que al final me vi obligado a buscar a tientas el camino. Y entonces, un indescriptible malestar se apoderó de mí, una especie de nerviosa vacilación y de temblor. Temí seguir andando por temor de precipitarme en alguna sima. Recordé también extrañas historias oídas acerca de aquellas Ragged Hills o altura melladas, escabrosas, y de razas primitivas y feroces de hombres que habitaban en sus bosques y cavernas. Me oprimían y desconcertaban mil vagas fantasías, pensamientos más penosos aún por su vaguedad. De repente se detuvo mi atención ante un fuerte redoble de tambor.

»Mi asombro fue, naturalmente, extraordinario. Un tambor en aquellas alturas era cosa desconocida. No me hubiera dejado más sorprendido el sonido de la trompeta del arcángel. Pero surgió una nueva y más pasmosa causa de interés y de perplejidad. Oía yo acercarse un salvaje cascabeleo o tintineo, como si chocasen grandes llaves de un manojo, y en el mismo instante un hombre de atezado rostro y medio desnudo pasó presuroso ante mí con un grito. Llegó a estar tan cerca de mi persona, que sentí su cálido aliento sobre mi cara. Llevaba en una mano un instrumento compuesto de una serie de anillos de hierro y los sacudía vigorosamente al correr. Apenas había desaparecido en la niebla, cuando jadeando detrás de él, con la boca abierta y los ojos centelleantes, se precipitó un enorme animal. No podía equivocarme sobre su especie. Era una hiena.

»La vista de aquel monstruo alivió más que aumentó mis terrores, pues estaba yo ahora seguro de que soñaba, y me esforcé, me excité a mí mismo para despertar mi conciencia. Caminé audaz y rápidamente hacia delante. Me froté los ojos. Llamé con fuerza. Me pellizqué los miembros. Un pequeño arroyo se presentó ante mi vista, y allí me detuve. Me lavé las manos, la cabeza y el cuello. Esto pareció disipar las sensaciones equívocas que me habían inquietado hasta entonces. Me pareció ser, al levantarme, un nuevo hombre, y proseguí con firmeza y complacencia mi camino desconocido.

»A la postre, todo rendido por el esfuerzo, y por cierta pesadez atmosférica, me senté debajo de un árbol. En aquel momento apareció un débil rayo de sol, y la sombra del follaje cayó sobre la hierba, leve, pero claramente definida. Miré con fijeza aquella sombra durante unos minutos. Su forma me dejó estupefacto. Miré hacia arriba. Era una palmera.

»Me levanté entonces deprisa y en un estado de terrible agitación, pues ya no era suficiente el imaginar que soñaba. Vi, sentí que poseía un perfecto dominio de mis sentidos, y éstos traían ahora a mi alma un mundo de sensaciones nuevas y raras. El calor se hizo de pronto intolerable. Un extraño olor adensaba la brisa. Un murmullo profundo y continuo, semejante al que se eleva de un río crecido, pero que corre suavemente, llegó a mis oídos, mezclado con el zumbido peculiar de una multitud de voces humanas.

»Mientras escuchaba en el colmo de un asombro que no necesito describir, una fuerte y leve racha de viento se llevó la niebla como con la varita de un mago.

»Me encontré al pie de una alta montaña, dominando una amplia llanura por la cual corría un majestuoso río. A la orilla de aquel río se elevaba una ciudad de aspecto oriental, tal como esas a que se refieren los cuentos árabes, pero de un carácter todavía más singular que el de ninguna de las que allí se describen. Desde mi sitio, que estaba sobre el nivel de la ciudad, podía yo

divisar todos sus rincones y ángulos, como si estuviesen dibujados sobre un plano. Las calles parecían innumerables y se cruzaban con irregularidad en todas direcciones; pero eran más bien avenidas tortuosas que calles, y hormigueaban materialmente de gentes. Las casas eran extrañas y pintorescas. A cada lado había una profusión de balcones, de galerías, de minaretes, de hornacinas y de miradores esculpidos de manera fantástica. Abundaban los bazares, y en ellos se desplegaban ricos objetos en infinita variedad y abundancia: sedas, muselinas, la más deslumbradora cuchillería, o las joyas y las gemas más magníficas. Junto a aquellas cosas se veían por todos sitios, estandartes y palanquines, literas en que estaban mujeres veladas, elefantes fastuosamente engualdrapados, ídolos grotescamente tallados, tambores, banderas, batintines, lanzas, mazas plateadas y doradas. Y en medio de la multitud del clamor, de la mezcolanza y la confusión generales, entre el millón de hombres negros y amarillos, enturbantados y con túnica, con las barbas flotantes, circulaba una multitud innumerable de bueyes sagrados, adornados de cintas, mientras nutridas legiones de monos sucios, pero sagrados también, trepaban, hablando y chillando, por las cornisas de las mezquitas, o se colgaban de los minaretes y de los miradores. Desde las calles hormigueantes a las orillas del río descendían innumerables escaleras que conducían a los baños, mientras el río mismo parecía un paso a través de las nutridas flotas de barcos muy cargados que se apretaban a lo lejos sobre su superficie. Más allá de los límites de la ciudad, se elevaban a menudo en grupos majestuosos la palmera y el cocotero, con otros árboles añosos, gigantescos y misteriosos; aquí y allá podían verse un arrozal, la cabaña de bálago de un campesino, una cisterna, un templo perdido, un campamento de gitanos, o una doncella solitaria y graciosa que emprendía su camino, con un cántaro sobre su cabeza, hacia las orillas del magnífico río.

»Dirán ustedes ahora, claro está, que yo soñaba; pero no era así. Lo que veía, lo que oía, lo que sentía, lo que pensaba, no tenía nada de la inequívoca idiosincrasia del sueño. Todo era rigurosamente consistente por sí propio. Al principio, dudando de que estuviese despierto de veras, me sometí a una serie de pruebas que me convencieron pronto de que lo estaba en efecto. Ahora bien: cuando alguien sueña y en su sueño sospecha que sueña, esta sospecha no deja nunca de confirmarse, y el durmiente se despierta casi enseguida. Por eso Novalis no yerra al decir que «estamos próximos al despertar cuando soñamos que soñamos». Si la visión se me hubiese aparecido conforme describo ese sueño, habría podido ser un completo sueño; pero al presentarse tal como he dicho, y sospechada y comprobada tal como fue, me veo obligado a clasificarla entre otros fenómenos.

—En eso no estoy seguro de que se hallara usted equivocado —observó el doctor Templeton—; pero continúe. Se levantó usted y bajó a la ciudad.

—Me levanté —prosiguió Bedloe, mirando al doctor con un aire de profundo asombro—, me levanté, como usted dice, y bajé a la ciudad. En mi camino caí entre un inmenso populacho que obstruía todas las avenidas en un mismo sentido y mostrando en todos sus actos una ardiente excitación. De súbito, y por un inexplicable impulso, me sentí profundamente penetrado de un interés por lo que iba a suceder. Parecíame presentir que tenía yo un importante papel que desempeñar, sin comprender con precisión cuál era. Contra la multitud que me rodeaba experimentaba yo, sin embargo, un hondo sentimiento de animosidad. Me arranqué de entre ella, y rápido, por un sendero circular, llegué a la ciudad, y entré. Todo era allí tumulto y contienda. Un pequeño grupo de hombres, vestidos con ropas medio indias, medio europeas, y mandados por unos gentlemen con uniforme en parte inglés, luchaban en condiciones de gran desigualdad con el hormigueante populacho de las avenidas. Me uní a aquel débil grupo, cogiendo las armas de un oficial que había caído, y peleé, sin saber contra quién, con la nerviosa ferocidad de la desesperación. Pronto fuimos vencidos por el número y obligados a buscar refugio en una especie de quiosco. Allí nos atrincheramos, y de momento estuvimos seguros. Por una tronera cercana al remate del quiosco divisé una amplia multitud, furiosamente agitada, rodeando y asaltando un alegre palacio que dominaba el río. Entonces desde una ventana alta de aquel palacio descendió un individuo de afeminado aspecto, por medio de una cuerda hecha con los turbantes de sus criados. En la orilla había un barco, en el que escapó él hacia la orilla opuesta.

»Y entonces una nueva decisión se apoderó de mi alma. Dirigí a mis compañeros unas breves, pero enérgicas palabras, y habiendo logrado atraer a unos cuantos a mi propósito, hice una salida frenética del quiosco. Nos precipitamos entre la multitud que nos rodeaba. Ellos se retiraron al principio ante nosotros. Se reagruparon, después combatieron frenéticamente, y volvieron a retirarse. Entretanto, habíamos sido arrastrados lejos del quiosco, y estábamos perdidos y embrollados en las estrechas calles de altas y sobresalientes casas, en cuyos recovecos no había penetrado nunca la luz del sol. La chusma se apretaba, impetuosa, sobre nosotros, hostigándonos con sus lanzas y abrumándonos con sus bandadas de flechas. Estas últimas eran muy notables y se parecían en ciertos aspectos al cris retorcido de los malayos. Querían imitar el cuerpo de una serpiente arrastrándose, y eran largas y negras, con la punta envenenada. Una de ellas me dio en la sien derecha. Me tambaleé y caí. Un vértigo instantáneo y terrible se apoderó de mí. Luché, emití unos estertores y fenecí.

—¿No querrá usted insistir ahora —dije sonriendo— en que toda su aventura no es un sueño? ¿Está usted dispuesto a sostener que ha muerto?

Cuando hube pronunciado estas palabras, esperé, naturalmente, alguna

ingeniosa réplica de Bedloe; pero ante mi estupefacción, él vaciló, tembló, se puso pálido hasta la lividez y permaneció callado. Miré a Templeton. Estaba tieso y rígido en su silla, le castañeteaban los dientes, y los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Continúe usted! —dijo, por último, el doctor Templeton con voz ronca.

—Durante varios minutos —prosiguió éste— mi única impresión, mi sola sensación fue la de la oscuridad y la nada, con la conciencia de la muerte. Por fin, me pareció que una violenta y repentina sacudida atravesaba mi alma como la electricidad. Con ella vino el sentido de la elasticidad y de la luz. Esta última la sentí, no la vi. En un instante me pareció que me elevaba sobre la tierra. Pero no poseía presencia visible, audible o palpable. La multitud se había marchado y cesado el tumulto. La ciudad estaba en un relativo reposo. Debajo de mí yacía mi cadáver, con la flecha en la sien, y la cabeza muy hinchada y desfigurada. Pero todas aquellas cosas yo las sentía, no las veía. No tenía interés por nada. Hasta el cadáver se me figuraba un objeto que no me concernía... No tenía voluntad alguna; pero me pareció que me ponía en movimiento y que volaba ligeramente fuera de la ciudad, rehaciendo el camino sinuoso por el cual había entrado en ella. Cuando alcancé el punto, en el barranco de las montañas, donde me había encontrado a la hiena, sentí de nuevo una sacudida como si me aplicasen una pila galvánica; el sentido de la pesadez, de la volición, de la materia, volvió a mí. Fui otra vez mi propio ser original, y dirigí, presuroso, mis pasos hacia mi casa; pero el pasado no había perdido la fuerza de la realidad, y ahora no puedo obligar a mi inteligencia ni por un segundo a considerar esto como un sueño.

—No lo era —dijo Templeton, con un aire de profunda serenidad—, y, a pesar de todo, sería difícil decir cómo podría llamarse de otra manera. Supongamos simplemente que el alma del hombre de hoy está al borde de algunos estupendos descubrimientos psíquicos. Contentémonos con esta suposición. En cuanto al resto, he de dar cierta explicación. He aquí una pintura a la acuarela que les hubiese enseñado antes si un inexplicable sentimiento de espanto no me hubiera impedido hacerlo.

Miramos la pintura que nos mostraba. No vi en ella nada que tuviese un carácter extraordinario; pero su efecto sobre Bedloe fue prodigioso. Al verla, estuvo a punto de desmayarse. Y, en resumen, no era sino un retrato en miniatura —maravillosamente parecido, eso sí— de su propia fisonomía, tan notable. Al menos éste fue mi pensamiento al examinarla.

—Observen ustedes —dijo Templeton— la fecha de esta pintura; está aquí, apenas visible, en este canto: mil setecientos ochenta. En ese año fue pintado este retrato. Es el de un amigo muerto, un señor Oldeb, con quien estuve muy unido en Calcuta durante el gobierno de Warren Hastings. No tenía yo

entonces más que veinte años. Cuando le vi a usted por primera vez, señor Bedloe, en Saratoga, fue la milagrosa semejanza que existía entre usted y la miniatura la que me indujo a abordarle, a buscar su amistad y a concertar estos arreglos gracias a los cuales llegué a ser su compañero constante. A obrar así me impulsaba en parte, y acaso principalmente, la añorada memoria del difunto; pero también en parte una curiosidad inquieta y no del todo desprovista de horror respecto a usted mismo.

»En su relato de la visión que se le presentó en las montañas ha descrito usted con la más minuciosa exactitud la ciudad india de Benarés, junto al río sagrado. Los tumultos, el combate, la matanza eran los sucesos reales de la insurrección de Cheyte Sing, que tuvo lugar en mil setecientos ochenta, cuando la vida de Hastings estuvo en inminente peligro. El hombre que escapó por la cuerda de turbantes era el propio Cheyte Sing. El grupo del quiosco estaba compuesto de soldados y oficiales británicos, capitaneados por Hastings. Formaba yo parte de ese grupo, e hice cuanto pude por impedir aquella temeraria y fatal salida del oficial que cayó en las avenidas atestadas, herido mortalmente por la flecha envenenada de un bengalí. Aquel oficial era mi más querido amigo. Era Oldeb. Verá usted por este manuscrito —y aquí el narrador mostró un cuaderno de notas, algunas de cuyas páginas parecían escritas recientemente— que, en el período en que imaginaba usted estas cosas en las montañas, estaba yo dedicado, aquí en casa, a detallarlas sobre el papel.

A cosa de una semana después de esta conversación apareció el siguiente comunicado en un periódico de Charlottesville:

«Es para nosotros un doloroso deber anunciar la muerte del señor Augustus Bedlo, un gentleman, quien por sus afables maneras y sus numerosas virtudes se había hecho querer de los ciudadanos de Charlottesville.

»El señor Bedlo desde hace varios años padecía una neuralgia que amenazaba a menudo con tener un fin fatal; pero esto no puede considerarse más que como la causa indirecta de su muerte. La causa directa ha sido de una especial singularidad. En una excursión a las Mountain Ragged, hace unos días, contrajo el señor Bedlo un ligero enfriamiento, acompañado de fiebre, que le produjo una congestión a la cabeza. Para combatir ésta, el doctor Templeton recurrió a la sangría local. Le fueron aplicadas sanguijuelas en las sienes. En un plazo atrozmente breve el paciente falleció, viéndose entonces que en el frasco que contenían las sanguijuelas había sido introducida por casualidad una de las más venenosas sanguijuelas vermiculares que se encuentran de cuando en cuando en las charcas de los alrededores. Este anélido se adhirió a una pequeña arteria de la sien derecha. Su absoluta semejanza con las sanguijuelas usadas en medicina fue causa del error, descubierto demasiado tarde.

»N. B. —La sanguijuela venenosa de Charlottesville puede distinguirse siempre de la sanguijuela medicinal por su negrura y especialmente por sus contorsiones o movimientos vermiculares, que se parecen mucho a los de una serpiente».

Estaba yo hablando con el director del periódico en cuestión de este notable accidente, cuando se me ocurrió preguntarle cómo era que había aparecido el nombre del difunto escrito Bedlo.

—Supongo —dije— que tendrá alguna razón para emplear esa ortografía; pero yo creí siempre que ese apellido se escribía con una e final.

—¿Razón? Ninguna —contestó él—. Ha sido una simple errata tipográfica. El apellido es Bedloe, con esa e final; todo el mundo lo sabe, y nunca en mi vida lo he visto escrito de otra manera.

—Entonces —dije entre dientes, mientras giraba sobre mis talones—, entonces, ¿es posible que una verdad sea más extraña que todas las ficciones, pues Bedlo, sin la e, no es sino Oldeb al revés! ¡Y dice ese hombre que es una errata tipográfica!

EL ENTERRAMIENTO PREMATURO

Hay ciertos temas cuyo interés es de lo más absorbente, pero que son demasiado horribles en su integridad para la legítima finalidad de la obra de ficción. Deben evitar estos temas los simples novelistas si no quieren desagradar o causar repulsión. Sólo pueden ser manejados adecuadamente cuando la severidad y la majestad de la verdad los santifica y sustenta. Nos estremecemos, por ejemplo, sintiendo la más intensa de las «voluptuosidades dolorosas», con los relatos del paso de la Beresina, del terremoto de Lisboa, de la peste de Londres, de la matanza de la noche de San Bartolomé, o con la muerte por asfixia de los ciento veintitrés prisioneros en la Caverna Negra de Calcuta. Pero en esos relatos es el hecho —la realidad—, la historia, lo que nos excita. Como invenciones, los consideraríamos con una simple aversión.

He citado algunas de las más salientes y augustas calamidades registradas; pero en esos ejemplos es la extensión no menos que el carácter de la catástrofe lo que impresiona tan vivamente la imaginación. No necesito recordar al lector que en la larga y horripilante lista de las miserias humanas tendría yo que seleccionar muchos casos individuales más henchidos de sufrimientos esenciales que la mayor parte de esos desastres colectivos. La verdadera desgracia —el colmo de las calamidades— personal y no general. ¡Que las angustias postreras de la agonía sean soportadas por el hombre solo, y nunca

por el hombre en masa, es algo por lo que deben darse gracias a la misericordia de Dios!

Ser enterrado vivo es, indiscutiblemente, la más terrorífica de las agonías que puede sufrir el hombre por el hecho de ser mortal. No puede negar ninguna persona reflexiva que resulte eso frecuente, muy frecuente. Los límites que separan la Vida de la Muerte son muy tenebrosos y vagos. ¿Quién puede decir dónde termina la una y dónde comienza la otra? Sabemos que hay enfermedades en las que sobreviene una total cesación de todas las funciones aparentes de la vitalidad, y en ellas no supone, sin embargo, esa cesación, sino una simple suspensión, debiendo llamarse así con propiedad. Es únicamente una pausa pasajera en el incomprensible mecanismo. Transcurre cierto tiempo, y un misterioso e invisible principio pone en movimiento los piñones y los engranajes mágicos. La cuerda de plata no estaba desatada para siempre, ni el vaso dorado irreparablemente roto. Pero, entretanto, ¿dónde estaba el alma?

Aparte, empero, de la inevitable conclusión a priori de que tales causas deben producir tales efectos —y que, al ocurrir tales casos, bien conocidos, de suspensión de la vida, deben ocasionar, por supuesto, de cuando en cuando, enterramientos prematuros—, aparte de esta consideración, tenemos el testimonio directo de experiencias médicas y ordinarias que prueban cómo tienen lugar en la actualidad un gran número de esos enterramientos. Puedo referir enseguida, si es necesario, cien ejemplos de éstos, perfectamente comprobados. Hay uno de un carácter muy notable, y cuyas circunstancias pueden estar aún frescas en la memoria de algunos de mis lectores, acaecido no hace mucho tiempo en la cercana ciudad de Baltimore, donde ocasionó una agitación penosa, intensa y propagada con amplitud. La esposa de uno de los más respetables ciudadanos —abogado eminente y miembro del Congreso— fue atacada por una repentina e inexplicable enfermedad que desconcertó por completo la pericia de sus médicos. Después de grandes sufrimientos, falleció o se supuso que había fallecido. Nadie, en verdad, sospechó o tuvo motivos para sospechar que no hubiese ella muerto todavía. Presentaba todas las apariencias habituales de la muerte. La cara mostraba el contorno contraído y hundido, acostumbrado. Los labios tenían la palidez marmórea usual. Los ojos carecían de brillo. Había desaparecido todo calor. El pulso estaba paralizado. Durante tres días dejaron el cuerpo sin enterrar, adquirió éste una rigidez pétrea. En resumen, se apresuró el funeral a causa del rápido progreso de lo que se suponía ser la descomposición.

La señora fue depositada en el panteón de familia, que durante tres años consecutivos nadie visitó. Al expirar este plazo, fue abierto para acoger un sarcófago; pero ¡ay cuán espantosa impresión esperaba al marido, quien vino en persona a abrir la puerta! Al tirar de la hoja de aquella puerta, algo vestido de blanco cayó en sus brazos. Era el esqueleto de su mujer en su sudario

intacto.

Una minuciosa investigación probó de modo evidente que había ella vuelto a la vida en los dos días siguientes al del enterramiento, y que en su lucha dentro del ataúd había caído con éste sobre el suelo, donde se había roto, lo cual le permitió escapar. Encontraron vacía una lámpara que dejaron por casualidad, llena de aceite, en el sepulcro, y pudo haberse agotado por evaporación. Sobre el escalón más alto de los que bajaban hacia la cámara mortuoria había una ancha madera del féretro, con la cual, al parecer, habíase ella esforzado por atraer la atención golpeando sobre la puerta de hierro. Mientras estaba ocupada en eso, se desmayaría pronto, o posiblemente murió, invadida por el terror, y cuando iba a desplomarse, su sudario se enganchó en algún saliente férreo del interior. Así permaneció, y así se descompuso en pie.

En el año 1810 ocurrió en Francia un caso de inhumación acompañado de circunstancias que constituyen una garantía de esa afirmación de que la verdad es más extraña que la ficción. La heroína de la historia fue una mademoiselle Victorine Lafourcade, una joven de ilustre familia, dueña de una fortuna y de una gran belleza personal. Entre sus numerosos cortejadores se contaba Julien Bossuet, un pobre littérateur o periodista de París. Su talento y su general afabilidad le recomendaban a la atención de la heredera, por quien parecía él sentir un sincero enamoramiento; pero su orgullo de cuna la decidió a rechazarle y a casarse con monsieur Renelle, un banquero y diplomático de cierta valía. Después de casados, no obstante, aquel caballero la fue apartando de él y llegó quizá a maltratarla. Tras de unos dolorosos años de convivencia murió ella, o al menos, su estado se parecía de tal modo a la muerte, que engañó a cuantos la vieron. Fue enterrada no en una cripta, sino en una tumba ordinaria, en el cementerio de su pueblo natal. Lleno de desesperación e inflamado aún por el recuerdo de su profundo sentimiento, el enamorado abandonó la capital, marchando a la alejada provincia en que estaba situado aquel pueblo, con el romántico propósito de desenterrar el cadáver para adueñarse de sus espléndidas trenzas. Se encaminó a la tumba. A medianoche desenterró el ataúd, lo abrió, y en el momento de ir a despojarla del cabello se interrumpió al ver que se abrían los ojos de su amada. En efecto, la joven había sido enterrada viva. No la había abandonado por completo la vitalidad, y las caricias de su adorador la sacaron del letargo que había sido confundido con la muerte. La llevó, frenético, a su morada del pueblo. Empleó ciertos poderosos revulsivos que le sugirieron sus grandes conocimientos médicos. Al fin revivió ella. Reconoció entonces a su salvador y permaneció junto a él hasta que poco a poco, por grados, recobró totalmente la salud. Su corazón de mujer no era de diamante, y aquella suprema lección de amor bastó para ablandarlo. Se lo concedió a Bossuet. Lejos de volver con su marido, ocultó su resurrección y huyó a América con su amante. Veinte años después volvieron los dos a Francia, persuadidos de que el tiempo había modificado lo suficiente

la fisonomía de la dama para que sus amigos no pudieran reconocerla. Aun así, se equivocó, pues en el primer encuentro monsieur Renelle reconoció y reclamó a su esposa. Se resistió ella a semejante demanda, y el fallo del tribunal la confirmó en su resistencia, decidiendo que la singularidad de las circunstancias y el largo número de años transcurrido, habían hecho prescribir, no sólo por equidad, sino legalmente, la autoridad del marido.

El Diario de Cirugía, de Leipzig, una publicación de alta autoridad y mérito, y que debería ser traducido y reeditado por algún editor americano, recoge en uno de sus últimos números un suceso muy impresionante de esas mismas características.

Un oficial de artillería, hombre de estatura gigantesca y de salud robusta, fue despedido de la silla por un caballo de poca doma y sufrió una grave herida en la cabeza que le dejó insensible de repente; el cráneo estaba ligeramente fracturado, pero no se temía un inmediato peligro. Efectuaron la trepanación con todo éxito. El herido fue sangrado, y se emplearon otros medios ordinarios para reanimarle. Sin embargo, cayó él poco a poco en un estado de embotamiento cada vez más desesperado, y por fin se creyó que había fallecido.

Como el tiempo era caluroso, lo enterraron con una indecorosa precipitación en uno de los cementerios públicos. Se celebraron los funerales en jueves. Al domingo siguiente, el recinto del cementerio estuvo, como de costumbre, atestado de visitantes, y alrededor del mediodía, suscitó una intensa emoción la declaración de un hombre del país diciendo que, cuando estaba sentado sobre la tumba del oficial, había percibido con claridad una conmoción en la tierra, como si alguien luchase allí debajo. Al principio se prestó poco crédito a la declaración de aquel hombre; pero su visible terror y la obstinación furiosa con que persistía en su relato produjeron al cabo su natural efecto en la multitud. Fueron traídos a toda prisa unos azadones, y la tumba, de una profundidad vergonzosamente pequeña, fue vaciada en unos minutos, dejando enseguida aparecer la cabeza de su ocupante. Tenía éste entonces todo el aspecto de un muerto; pero estaba casi de pie en la caja, cuya tapa había levantado en parte. Fue transportado desde luego al hospital más próximo, donde declararon que vivía aún, aunque en estado de asfixia. Algunas horas después volvió a la vida, y con palabras entrecortadas refirió su agonía en el fondo de la tumba.

Según su relato, aparece evidente que antes de caer en la insensibilidad tuvo, mientras le enterraban, que permanecer consciente de que vivía más de una hora. Habían llenado con descuido la tumba de una tierra que resultó ser sumamente permeable, gracias a lo cual pudo infiltrarse por ella un poco de aire. Oyó pasos sobre su cabeza y se esforzó por hacerse oír a su vez. Según él, el ruido de la multitud sobre el suelo del cementerio fue el que le despertó

de su profundo letargo. Pero, no bien estuvo despierto, se dio plena cuenta del espantoso horror de su situación.

Habiendo mejorado su estado, según dicen, el enfermo parecía en vías de completa curación, cuando sucumbió víctima del charlatanismo de un experimento médico. Le fue aplicada una batería eléctrica y expiró de repente en uno de esos paroxismos estáticos que ocasiona a veces ese procedimiento.

Al mencionar la batería eléctrica, vuelve a mi memoria un caso muy conocido y realmente extraordinario, en que su acción demostró eficacia haciendo volver a la vida a un joven procurador de Londres, enterrado desde hacía dos días. Ocurrió esto en 1831 y produjo en aquella época una gran sensación en todos los sitios donde se habló del asunto.

El paciente, mister Edward Stapleton, murió aparentemente de fiebre tifoidea, acompañada de ciertos síntomas anormales que despertaron la curiosidad de los médicos que le atendían. Cuando le creyeron muerto, rogaron a los amigos del difunto que autorizasen un examen post mórtem; pero les fue negado. Como sucede con frecuencia cuando se reciben tales negativas, los profesionales decidieron exhumar el cuerpo y practicar la autopsia despacio y en privado. Se llegó a un acuerdo fácilmente con una de esas numerosas empresas dedicadas a tal género de trabajos que abundan en Londres y la tercera noche después del funeral, el supuesto cadáver fue desenterrado de una tumba de ocho pies de profundidad y depositado en la sala de operaciones de un hospital particular.

Acababan de practicar una incisión de cierta extensión en el abdomen, cuando el aspecto fresco e inalterable del sujeto sugirió la idea de una aplicación de la batería. Los experimentos se sucedieron, produciéndose los efectos habituales, sin ocurrir nada característico bajo ningún concepto, excepto en una o dos ocasiones en grado mayor de apariencia de vida que de ordinario en la acción convulsiva.

Se hacía tarde. Despuntaba el día, y había que pensar, por último, en algún medio para realizar al punto la disección. A todo esto, un estudiante se mostraba deseoso en sumo grado de comprobar una teoría suya, e insistió en aplicar la batería a uno de los músculos pectorales. Se hizo una gran incisión previa y colocaron enseguida un alambre en contacto con ella; entonces el paciente, con un rápido, aunque nada convulsivo movimiento, se levantó de la mesa, dio unos pasos por en medio de la estancia, miró a su alrededor, desasosegado, durante unos segundos, y luego habló. Lo que dijo era ininteligible; pero pronunció unas palabras: silabeaba con precisión. Después de haber hablado, se desplomó pesadamente sobre el suelo.

Durante algunos instantes permanecieron todos paralizados de terror; pero la urgencia del caso los hizo recobrar pronto su presencia de ánimo. Se vio que

mister Stapleton estaba vivo, aunque desmayado. Le dieron éter a oler, y revivió, recobrando rápidamente la salud y siendo devuelto a la compañía de sus amigos, quienes no tuvieron conocimiento de su resurrección hasta quedar descartado todo temor de una recaída. Puede imaginarse su asombro, su arrebatada estupefacción al saberlo.

La más emocionante particularidad de este suceso, sin embargo, va unida a las afirmaciones del propio mister Stapleton. Declaró que en ningún momento había estado completamente insensible, y que, de un modo sordo y confuso, se dio cuenta de cuanto le sucedió, desde el instante en que los médicos pronunciaron la palabra muerto hasta que cayó desmayado sobre el suelo del hospital. «Estoy vivo», eran las palabras incomprendidas que, al reconocer la sala de disección, procuró emitir, angustiado.

Sería cosa fácil multiplicar relatos como éstos; pero me abstengo de hacerlo, pues en realidad no es necesario para afirmar el hecho de que ocurren tales enterramientos prematuros. Cuando pensamos lo raro que es, debido a la naturaleza de los casos, que esté en nuestro poder descubrirlos, debemos admitir que pueden suceder con mayor frecuencia sin conocimiento nuestro. Entre los cementerios cuya monda se realiza con algún fin, y en bastante extensión, hay en verdad muy pocos donde no se encuentren esqueletos en posturas que sugieren las más espantosas sospechas.

¡Espantosa es, por cierto, la sospecha; pero es más espantosa aún esa sentencia de muerte! Puede afirmarse sin vacilación que no existe hecho tan apropiado para inspirar la suprema angustia corporal y mental como el de un enterramiento en vida. La insoportable opresión de los pulmones, los vapores sofocantes de la tierra húmeda, lo ajustado del sudario, el rígido abrazo de la estrecha morada, las tinieblas de la Noche absoluta, el silencio parecido a un mar arrollador, la invisible, pero palpable presencia del Gusano Triunfante, estas cosas, con el pensamiento del aire y de la hierba de encima, unido al recuerdo de los amigos queridos que volarían a salvarnos si tuviesen noticia de nuestro destino; la conciencia de que ese destino no podrán conocerlo nunca, y de que nuestra fatalidad sin esperanza es la muerte efectiva; estas consideraciones, digo, aportan al corazón, que todavía late, un horror tan espantoso e insufrible, que la más intrépida imaginación tiene que retroceder ante él. No conocemos nada tan angustioso sobre la Tierra, ni podemos soñar nada que sea la mitad de horrendo en las regiones más profundas del Infierno. Y por eso todos los relatos acerca de dicho tema tienen un hondo interés, un interés que, aun así, a través del sagrado terror del tema mismo, proviene de un modo propio y peculiar de nuestra convicción respecto a la verdad del tema relatado. Lo que voy ahora a contar está tomado de mi propio conocimiento, de mi experiencia positiva y personal.

Durante varios años he sufrido ataques de ese trastorno singular que los

médicos coinciden en denominar catalepsia, a falta de un nombre más concreto. Aunque las causas inmediatas y preparatorias, y hasta el actual diagnóstico de esa dolencia, sean misteriosos, todavía su claro y manifiesto carácter es lo bastante conocido. Sus variaciones parecen ser sobre todo de intensidad. A veces el paciente permanece durante un solo día o hasta un lapso de tiempo más breve aún, en una especie de letargo exagerado. Está en apariencia insensible e inmóvil; pero el latido del corazón es todavía débilmente perceptible, quedan vestigios de calor, un leve color perdura en el centro de las mejillas, y la leve aplicación de un espejo sobre los labios puede revelarnos un funcionamiento embotado, desigual y vacilante de los pulmones. Otras veces la duración del trance es de unas semanas, hasta de unos meses; durante ese tiempo el más atento examen, las más rigurosas pruebas médicas no podrían determinar ninguna diferencia material entre el estado del paciente y lo que concebimos como muerte absoluta. Muy a menudo el enfermo se salva de ese enterramiento prematuro no más que porque sus amigos saben que ha estado sujeto antes a la catalepsia, a consecuencia de lo cual se suscitan sus sospechas, y sobre todo ante la ausencia de descomposición. Los progresos de la enfermedad son, por fortuna, graduales. Las primeras manifestaciones, siquiera notables, son inequívocas. El ataque va haciéndose paulatinamente más claro, y dura cada vez más que el anterior. En esto reside para el paciente la principal seguridad de librarse de la inhumación. El infortunado cuyo primer ataque presentase ese carácter extremo que a veces tiene, estaría, casi sin remedio, condenado a ser enterrado vivo.

Mi propio caso no diferencia en ningún detalle importante de los mencionados en las obras de medicina. En ocasiones, sin ninguna causa aparente, me sumía poco a poco en un estado de semidesmayo o de semisíncope, y permanecía en ese estado, sin dolor, sin poder moverme, o para hablar con exactitud, sin poder pensar, pero con una embotada y letárgica conciencia de la vida y de la presencia de los que rodeaban mi lecho, hasta que, al hacer crisis la enfermedad, recobraba de repente mi sensibilidad perfecta. Otras veces la dolencia me atacaba rápida e impetuosamente. Me daba un vértigo, sentíame entumecido, helado, privado de conocimiento y me desplomaba acto seguido. Entonces, durante semanas, todo era vacío, tiniebla, silencio, y la Nada se convertía en el universo. El aniquilamiento total no podía ser mayor. De esos ataques me despertaba de un modo lentamente gradual que estaba en proporción con lo repentino del acceso. Ni más ni menos que despunta el alba para el mendigo sin amigos ni hogar, errante por las calles en la larga desolación de una noche invernal, con la misma lentitud y el mismo cansancio, con idéntico júbilo volvía a mí la luz del Alma.

Por lo demás, aparte de esa tendencia a la catalepsia, mi salud general parecía ser excelente; no podía yo percibir que estaba toda ella afectada por una dolencia predominante, a no ser, realmente, que una idiosincrasia en mi

sueño ordinario pueda ser considerada como promotora de aquélla. Al despertar de un sueño normal, no podía yo nunca recobrar en el acto la completa posesión de mis sentidos, y permanecía siempre durante varios minutos en un aturdimiento y una perplejidad grandes, con las facultades mentales en general, pero en particular la memoria, interrumpidas por completo.

En todo lo que experimentaba no había sufrimiento físico, sino una infinita angustia moral. Mi imaginación tendía a lo fúnebre. Hablaba yo de «gusanos, de tumbas, de epitafios». Me perdía en sueños de muerte, y la idea de un enterramiento prematuro se adueñaba sin cesar de mi espíritu. El horrible Peligro a que estaba expuesto me alucinaba día y noche. Durante el primero, la tortura de esa idea era excesiva; durante la última, suprema. Cuando la horrenda Oscuridad se difundía sobre la Tierra, entonces, con un total horror de pensamiento, me estremecía, me estremecía como tiemblan los penachos de plumas sobre la carroza fúnebre. Cuando la Naturaleza no podía soportar el estar despierta más tiempo, consentía yo, no sin lucha, en dormir, pues temblaba pensando que, al despertarme, podía encontrarme ocupando una tumba. Y cuando, por último, me hundía en el sueño, era únicamente para precipitarme en un mundo de fantasmas por encima del cual, con amplias, tenebrosas y sombrías alas, se cernía predominante, la Idea única y sepulcral.

Entre las innumerables imágenes lúgubres que me oprimían así en sueños, escogeré para mi relato una sola visión. Me parecía estar sumido en un trance cataléptico de mayor duración y profundidad que de costumbre. De pronto, una mano helada se posaba sobre mi frente, y una voz impaciente y entrecortada murmuraba la palabra «¡Levántate!» en mi oído.

Me incorporé. La oscuridad era total. No podía yo ver la figura de quien me había hecho levantar. No podía recordar el momento en que había caído en trance, ni el lugar donde me hallaba entonces. Mientras permanecía inmóvil, esforzándome por coordinar mis pensamientos, la mano helada me cogió brutalmente de la muñeca, sacudiéndola con aspereza, en tanto que la voz entrecortada volvía a decir:

—¡Levántate! ¿No te he dicho ya que te levantes?

—¿Y quién eres tú? —pregunté.

—No tengo nombre en las regiones donde habito —replicó la voz lúgubrementemente—. Fui mortal, pero ahora soy un demonio. Fui inexorable, pero ahora soy compasivo. Debes de sentir cómo tiemblo. Mis dientes castañetean cuando hablo, y sin embargo, no es por el frío de la noche, de la noche interminable. Pero este horror es insufrible. ¿Cómo puedes tú dormir tranquilamente? El grito de esas infinitas angustias me impide reposar. No puedo soportar más esa visión. ¡Levántate! Ven conmigo fuera a la Noche, y

déjame descubrirte las tumbas. ¿No es un espectáculo doloroso? ¡Mira!

Miré, y la figura invisible que me asía aún de la muñeca, hacía que se abriesen las tumbas de toda la Humanidad, y de cada una de ellas emanaba la débil irradiación fosforescente de la podredumbre; de tal modo que pude sondear los más recónditos escondrijos, y he aquí que vislumbré los cuerpos enterrados en su sombrío y solemne sueño, con el gusano. Pero, ¡ay!, los verdaderos durmientes eran muchos menos, muchos millones menos, que los que no dormían en absoluto; y había allí una débil lucha, y había allí una inquietud general y triste, y desde el fondo de las innumerables fosas subía el melancólico estrujamiento de los sudarios. Y entre los que parecían reposar tranquilamente, vi que un gran número de ellos habían cambiado, más o menos, de la rígida e incómoda postura que tenían al ser enterrados. Y la voz me dijo, cuando yo miraba:

—¿No es ésta, no es, di, una visión lamentable?

Pero, antes de que pudiese yo encontrar palabras que contestar, la figura cesó de aferrar mi muñeca, la luz fosforescente se extinguió y las tumbas se cerraron con violencia repentina, mientras de ellas se elevaba un tumulto de gritos desesperados, diciendo de nuevo: «¿No es, ¡oh Dios!, no es una visión lamentable?».

Fantasías como éstas, presentándose por la noche, extendían su terrorífica influencia hasta a mis horas de vigilia. Mis nervios llegaron a estar de todo punto trastornados, y era yo presa de un horror perpetuo. Vacilaba en montar a caballo, en pasear o en realizar un ejercicio cualquiera que me obligase a salir de mi casa. En realidad, no me atrevía a arriesgarme a ir a ninguna parte lejos de la presencia inmediata de los que conocían mi propensión cataléptica, por temor a caer en uno de mis habituales accesos y a ser enterrado antes de que se pudiesen dar cuenta de mi verdadero estado. Dudaba de los cuidados, de la fidelidad de mis amigos más queridos. Temía que, en algún ataque de mayor duración que la acostumbrada, se persuadiesen de que debían considerarme como irremediabilmente perdido. Llegaba yo incluso a temer que, como les ocasionase mucho trastorno, podían ellos alegrarse de considerar algún ataque prolongado como cumplida disculpa para desembarazarse de mí ad perpetuum. En vano intentaban ellos tranquilizarme con las promesas más solemnes. Les exigí los más sagrados juramentos de que en ninguna circunstancia me enterrasen hasta que la descomposición material estuviera tan avanzada, que hiciese imposible toda conservación ulterior. Y aun entonces mis terrores mortales no atendieron a mi razón ni quisieron admitir consuelo. Ideé una serie de precauciones meditadas. Entre otras cosas, hice reformar el panteón de familia para que pudiera ser abierto con facilidad desde dentro. La menor presión sobre una larga palanca que se prolongaba hasta dentro de la tumba debía hacer girar las puertas de hierro. Mandé hacer también ciertas

reparaciones para la libre entrada del aire y de la luz, y colocar unos recipientes apropiados para el alimento y el agua en la inmediata proximidad del féretro preparado para recibirme. Este féretro estaba cálida y muellemente guateado, y provisto de una tapa, confeccionada según el sistema de la puerta de la cripta, con la añadidura de unos resortes dispuestos de tal modo, que el más débil movimiento del cuerpo bastase para dejarme en libertad. Además de todo esto, hice colgar del techo del panteón una gran campana, cuya cuerda, según había ideado, pasaría por un orificio hecho en la caja, y que estaría atada a una de las manos del cadáver. Pero ¡ay! ¿De qué puede servir la vigilancia del hombre contra su destino? ¡Todas aquellas precauciones tan bien pensadas serían insuficientes para salvar de las supremas angustias de un enterramiento en vida a un infeliz predestinado a esas angustias!

Llegó una vez —como había ocurrido antes tantas otras en que me encontré saliendo de una inconsciencia total con un primer sentimiento débil e indefinido de mi existencia. Lentamente —a paso de tortuga— se acercó la tímida aurora del día psíquico. Un torpe malestar, un sufrimiento apático de sordo dolor. Ni inquietud, ni esperanza, ni esfuerzo. Tras de un largo intervalo, un zumbido en los oídos; tras de un lapso mayor aún, una punzante u hormigueante sensación en las extremidades; después, un período que me pareció eterno de plácida quietud, durante el cual los sentimientos se despiertan y luchan por transformarse en pensamiento; luego, una breve y nueva zambullida en la nada; después, una repentina vuelta a la vida. Por último, un ligero temblor de los párpados, y sin tardanza, una conmoción eléctrica de horror, espantosa e indefinida, que hace refluir la sangre a torrentes desde las sienes al corazón. Y entonces, el primer esfuerzo positivo por pensar. Y entonces, un éxito parcial y desvanecedor. Y entonces, la memoria que ha recobrado su dominio para que, en cierta medida, tenga yo conciencia de mi estado. Siento que no me despierto de un sueño ordinario. Recuerdo que soy propenso a la catalepsia. Y a la postre, como por el oleaje de un océano, mi espíritu estremecido es arrollado por el horrendo Peligro, por la única, espectral y predominante Idea.

Durante algunos minutos después de que esta fantasía se adueñaba de mí, permanecía sin movimiento. ¿Y por qué? No podía acopiar valor para moverme. No me atrevía a hacer un esfuerzo para darme cuenta de mi suerte, y aun así, había algo en mi corazón que me murmuraba que era seguro. Una desesperación —como no existe en ninguna clase de infortunio ni ha podido recordarse nunca— me apremiaba, después de larga vacilación, para que levantase las pesadas cortinas de mis ojos. Estaba todo oscuro. Supe entonces que la crisis había pasado. Supe que aquella crisis de mi dolencia había cesado hacía largo tiempo. Supe que había recobrado ahora en absoluto el uso de mis facultades visuales, y no obstante, que todo estaba oscuro, que era la Noche intensa y totalmente desprovista de rayos que durará siempre.

Intenté gritar, y mis labios y mi lengua, resecos, se agitaban convulsivamente en la tentativa; pero ninguna voz brotaba de mis pulmones cavernosos, que, oprimidos como por el peso aplastante de una montaña, jadeaban y palpitaban, lo mismo que mi corazón, a cada penosa y dificultosa inspiración.

El movimiento de mis mandíbulas, en el esfuerzo para gritar con fuerza, me probó que las tenía atadas, como se suele hacer con los muertos. Sentí también que estaba tendido sobre alguna materia dura, y que mis costados estaban asimismo fuertemente comprimidos por algo semejante. Hasta entonces no me había arriesgado aún a mover mis miembros; pero ahora alcé con violencia mis brazos, estirados a lo largo de mi cuerpo, con las muñecas cruzadas. Chocaron contra un sólido obstáculo de madera que se extendía por encima de mi persona a sólo unas seis pulgadas de mi cara. Ya no podía dudar por más tiempo de que reposaba dentro de un ataúd para la eternidad.

Y a la sazón, en medio de mis infinitas miserias, se me apareció el querubín Esperanza, al pensar en mis precauciones. Me retorcí e hice esfuerzos espasmódicos para abrir la tapa: no se movió. Palpé mis muñecas para asir la cuerda de la campana: no la encontré. Y luego voló el Consuelo sin retorno, y una Desesperación más cruel aún reinó, triunfante, pues noté la falta del guateado que preparara yo tan cuidadosamente, y además, llegó de repente hasta mi nariz el fuerte olor peculiar de la tierra húmeda. La conclusión era irresistible. Yo no estaba dentro de la cripta. Debía de haber caído en trance cataléptico fuera de mi casa, entre extraños —no podía recordar cuándo ni cómo—, y éstos me habían enterrado como a un perro, clavándome en un ataúd vulgar y metiéndome hondo, hondo, para siempre, en una tumba ordinaria y común.

Cuando esta convicción espantosa irrumpió así en la cámara más recóndita de mi alma, me esforcé de nuevo por gritar. Y en este segundo esfuerzo tuve éxito. Un largo, salvaje y continuo grito o más bien un aullido de agonía, resonó a través de los reinos de la Noche subterránea.

—¡Hola, hola! ¿Qué es esto? —dijo una voz áspera, en respuesta.

—¿Qué diablos pasa ahora? —dijo una segunda voz.

—¡Sal de ahí! —dijo una tercera.

—¿Qué quiere usted significar con unos alaridos de ese estilo, que parecen los de una gata en enero? —dijo una cuarta voz.

Y en este momento fui agarrado y sacudido sin consideraciones durante varios minutos por una cuadrilla de individuos de aspecto muy ordinario. No me despertaron de mi sueño, pues estaba bien despierto cuando grité; pero me hicieron recobrar la posesión completa de mi memoria.

Esta aventura sucedió cerca de Richmond, en Virginia. Acompañado de un amigo, había yo caminado, durante una excursión de caza, algunas millas a lo largo de las orillas del río James. Se acercaba la noche, y fuimos sorprendidos por una tormenta. El camarote de una pequeña chalupa anclada en la corriente, y que estaba cargada de mantillo, nos proporcionó el único refugio aprovechable. Nos acomodamos lo mejor que pudimos y pasamos la noche a bordo. Dormí en una de las dos únicas literas del barco, y las literas de una chalupa de sesenta o setenta toneladas no necesitan descripción. La que yo ocupaba carecía de ropa de cama. Tenía una anchura máxima de dieciocho pulgadas. Y había exactamente la misma distancia entre su fondo y la cubierta encima de mi cabeza. Luché con las mayores dificultades para comprimirme allí dentro. A pesar de lo cual me dormí a pierna suelta, y mi visión entera — pues no era aquello un sueño ni una pesadilla— surge con naturalidad de las circunstancias de mi postura, de la predisposición habitual de mi pensamiento y de la dificultad, a que he aludido, de concentrar mis sentidos y sobre todo de recobrar mi memoria largo rato después de despertar del sueño. Los hombres que me sacudieron formaban la tripulación de aquella chalupa, con algunos otros trabajadores contratados para la descarga. Del propio cargamento venía aquel olor a tierra húmeda. El vendaje alrededor de las mandíbulas era un pañuelo de seda que me había yo atado alrededor de la cabeza, a falta de mi acostumbrado gorro de dormir.

Sin embargo, las torturas sufridas eran indudable y completamente iguales, salvo en su duración, a las del enterramiento auténtico. Fueron espantosas, de un horror inconcebible; pero Dios actúa por medio del Diablo, pues en su exceso provocaron una inevitable reacción de mi espíritu. Mi alma se tonificó, adquirió temple. Me marché fuera del país. Hice vigorosos ejercicios. Respiré al aire libre del cielo. Pensé en temas diferentes que el de la Muerte. Dejé a un lado mis obras de medicina. No me quemé las cejas sobre el libro de Buchan. No releí las Noches de Meditación, ni esos libros pavorosos sobre los cementerios, ni más historias amedrentadoras como éstas. Desde esa memorable noche deseché mis preocupaciones sepulcrales, y con ellas desaparecieron mis trastornos catalépticos, de los que habían sido aquéllas menos la consecuencia que la causa.

Hay momentos en que hasta para la serena mirada de la Razón, el mundo de nuestra triste Humanidad puede parecer un infierno; pero la imaginación del hombre no es Carathis, para explorar con impunidad sus cavernas. ¡Ay! La triste legión de terrores sepulcrales puede ser considerada como enteramente fantástica; pero, semejante a los demonios en compañía de los cuales hizo Afrasiab su viaje bajando por el Oxus, deben ellos dormir o devorarnos, deben soportarse como un sueño, porque, si no, nos harán perecer.

LIGEIA

No puedo, por mi alma, recordar ahora cómo, cuándo, ni exactamente dónde trabé por primera vez conocimiento con lady Ligeia. Largos años han transcurrido desde entonces, y mi memoria es débil porque ha sufrido mucho. O quizá no puedo ahora recordar aquellos extremos porque, en verdad, el carácter de mi amada, su raro saber, la singular aunque plácida clase de su belleza, y la conmovedora y dominante elocuencia de su hondo lenguaje musical se han abierto camino en mi corazón con paso tan constante y cautelosamente progresivo, que ha sido inadvertido y desconocido. Creo, sin embargo, que la encontré por vez primera, y luego con mayor frecuencia, en una vieja y ruinoso ciudad cercana al Rin. De seguro, le he oído hablar de su familia. Está fuera de duda que provenía de una fecha muy remota. ¡Ligeia, Ligeia! Sumido en estudios que por su naturaleza se adaptan más que cualesquiera otros a amortiguar las impresiones del mundo exterior, me bastó este dulce nombre —Ligeia— para evocar ante mis ojos, en mi fantasía, la imagen de la que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, ese recuerdo centellea sobre mí, que no he sabido nunca el apellido paterno de la que fue mi amiga y mi prometida, que llegó a ser mi compañera de estudios y al fin, la esposa de mi corazón. ¿Fue aquello una orden mimosa por parte de mi Ligeia? ¿O fue una prueba de la fuerza de mi afecto lo que me llevó a no hacer investigaciones sobre ese punto? ¿O fue más bien un capricho mío, una vehemente y romántica ofrenda sobre el altar de la más apasionada devoción? Si sólo recuerdo el hecho de un modo confuso, ¿cómo asombrarse de que haya olvidado tan por completo las circunstancias que le originaron o le acompañaron? Y en realidad, si alguna vez el espíritu que llaman novelesco, si alguna vez la brumosa y alada Ashtophet del idólatra Egipto, preside, según dicen los matrimonios fatídicamente adversos, con toda seguridad presidió el mío.

Hay un tema dilecto, empero, sobre el cual no falla mi memoria. Es éste la persona de Ligeia. Era de alta estatura, algo delgada, e incluso en los últimos días muy demacrada. Intentaría yo en vano describir la majestad, la tranquila soltura de su porte o la incomprensible ligereza y flexibilidad de su paso. Llegaba y partía como una sombra. No me daba cuenta jamás de su entrada en mi cuarto de estudio, salvo por la amada música de su apagada y dulce voz, cuando posaba ella su marmórea mano sobre mi hombro. En cuanto a la belleza de su faz, ninguna doncella la ha igualado nunca. Era el esplendor de un sueño de opio, una visión aérea y encantadora, más ardorosamente divina que las fantasías que revuelan alrededor de las almas dormidas de las hijas de Delos. Con todo, sus rasgos no poseían ese modelado regular que nos han

enseñado falsamente a reverenciar en las obras clásicas del paganismo. «No hay belleza exquisita —dice Bacon, lord Verulam—, hablando con certidumbre de todas las formas y genera de belleza, sin algo extraño en la proporción». No obstante, aunque yo veía que los rasgos de Ligeia no poseían una regularidad clásica, aunque notaba que su belleza era realmente «exquisita», y sentía que había en ella mucho de «extraño», me esforzaba en vano por descubrir la irregularidad y por perseguir los indicios de mi propia percepción de «lo extraño». Examinaba el contorno de la frente alta y pálida —una frente irreprochable: ¡cuán fría es, en verdad, esta palabra cuando se aplica a una majestad tan divina!—, la piel que competía con el más puro marfil, la amplitud imponente, la serenidad, la graciosa prominencia de las regiones que dominaban las sienes; y luego aquella cabellera de un color negro como plumaje de cuervo, brillante, profusa, naturalmente rizada, y que demostraba toda la potencia del epíteto homérico, «¡jacintina!». Miraba yo las líneas delicadas de la nariz, y en ninguna parte más que en los graciosos medallones hebraicos había contemplado una perfección semejante. Era la misma tersura de superficie, la misma tendencia casi imperceptible a lo aguileño, las mismas aletas curvadas con armonía que revelaban un espíritu libre. Contemplaba yo la dulce boca. Encerraba el triunfo de todas las cosas celestiales: la curva magnífica del labio superior, un poco corto, el aire suave y voluptuosamente reposado del interior, los hoyuelos que se marcaban y el color que hablaba, los dientes reflejando en una especie de relámpago cada rayo de luz bendita que caía sobre ellos en sus sonrisas serenas y plácidas, pero siempre radiantes y triunfadoras. Analizaba la forma del mentón, y allí también encontraba la gracia, la anchura, la dulzura, la majestad, la plenitud y la espiritualidad griegas, ese contorno que el dios Apolo reveló sólo en sueños a Cleómenes, el hijo del ateniense. Y luego miraba yo los grandes ojos de Ligeia.

Para los ojos no encuentro modelos en la más remota antigüedad. Acaso era en aquellos ojos de mi amada donde residía el secreto al que lord Verulam alude. Eran, creo yo, más grandes que los ojos ordinarios de nuestra propia raza. Más grandes que los ojos de la gacela de la tribu del valle de Nourjahad. Aun así, a ratos era —en los momentos de intensa excitación— cuando esa particularidad se hacía más notablemente impresionante en Ligeia. En tales momentos su belleza era —al menos, así parecía quizá a mi imaginación inflamada— la belleza de las fabulosas huríes de los turcos. Las pupilas eran del negro más brillante y bordeadas de pestañas de azabache muy largas; sus cejas, de un dibujo ligeramente irregular, tenían ese mismo tono. Sin embargo, lo extraño que encontraba yo en los ojos era independiente de su forma, de su color y de su brillo, y debía atribuirse, en suma, a la expresión. ¡Ah, palabra sin sentido, puro sonido, vasta latitud en que se atrinchera nuestra ignorancia de lo espiritual! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas largas horas he

meditado en ello; cuántas veces, durante una noche entera de verano, me he esforzado en sondearlo! ¿Qué era aquello, aquel lago más profundo que el pozo de Demócrito que yacía en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era aquello? Se adueñaba de mí la pasión de descubrirlo. ¡Aquellos ojos! ¡Aquellas grandes, aquellas brillantes, aquellas divinas pupilas! Habían llegado a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y era yo para ellas el más devoto de los astrólogos.

No existe hecho, entre las muchas incomprensibles anomalías de la ciencia psicológica, que sea más sobrecogedoramente emocionante que el hecho — nunca señalado, según creo, en las escuelas— de que, en nuestros esfuerzos por traer a la memoria una cosa olvidada desde hace largo tiempo, nos encontremos con frecuencia al borde mismo del recuerdo, sin ser al fin capaces de recordar. Y así, ¡cuántas veces, en mi ardiente análisis de los ojos de Ligeia, he sentido acercarse el conocimiento pleno de su expresión! ¡Lo he sentido acercarse, y a pesar de ello, no lo he poseído del todo, y por último, ha desaparecido en absoluto! Y (¡extraño, oh, el más extraño de todos los misterios!) he encontrado en los objetos más vulgares del mundo una serie de analogías con esa expresión. Quiero decir que, después del período en que la belleza de Ligeia pasó por mi espíritu y quedó allí como en un altar, extraje de varios seres del mundo material una sensación análoga a la que se difundía sobre mí, en mí, bajo la influencia de sus grandes y luminosas pupilas. Por otra parte, no soy menos incapaz de definir aquel sentimiento, de analizarlo o incluso de tener una clara percepción de él. Lo he reconocido, repito, algunas veces en el aspecto de una viña crecida deprisa, en la contemplación de una falena, de una mariposa, de una crisálida, de una corriente de agua presurosa. Lo he encontrado en el océano, en la caída de un meteoro. Lo he sentido en las miradas de algunas personas de edad desusada. Hay en el cielo una o dos estrellas (en particular, una estrella de sexta magnitud, doble y cambiante, que se puede encontrar junto a la gran estrella de la Lira) que, vistas con telescopio, me han producido un sentimiento análogo. Me he sentido henchido de él con los sonidos de ciertos instrumentos de cuerda, y a menudo en algunos pasajes de libros. Entre otros innumerables ejemplos, recuerdo muy bien algo en un volumen de Joseph Glanvill que (tal vez sea simplemente por su exquisito arcaísmo, ¿quién podría decirlo?) no ha dejado nunca de inspirarme el mismo sentimiento: «Y allí se encuentra la voluntad que no fenece. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, y su vigor? Pues Dios es una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su atención. El hombre no se rinde a los ángeles ni por entero a la muerte, salvo únicamente por la flaqueza de su débil voluntad».

Durante el transcurso de los años, y por una sucesiva reflexión, he logrado trazar, en efecto, alguna remota relación entre ese pasaje del moralista inglés y una parte del carácter de Ligeia. Una intensidad de pensamiento, de acción, de

palabra era quizá el resultado, o por lo menos, el indicio de una gigantesca volición que, durante nuestras largas relaciones, hubiese podido dar otras y más inmediatas pruebas de su existencia. De todas las mujeres que he conocido, ella, la tranquila al exterior, la siempre plácida Ligeia, era la presa más desgarrada por los tumultuosos buitres de la cruel pasión. Y no podía yo evaluar aquella pasión, sino por la milagrosa expansión de aquellos ojos que me deleitaban y me espantaban al mismo tiempo, por la melodía casi mágica, por la modulación, la claridad y la placidez de su voz muy profunda, y por la fiera energía (que hacía el doble de efectivo el contraste con su manera de pronunciar) de las vehementes palabras que profería ella habitualmente.

He hablado del saber de Ligeia: era inmenso, tal como no lo he conocido nunca en una mujer. Sabía a fondo las lenguas clásicas, y hasta donde podía apreciarlo mi propio conocimiento, los dialectos modernos europeos, en los cuales no la he sorprendido nunca en falta. Bien mirado, sobre cualquier tema de la erudición académica tan alabada, sólo por ser más abstrusa, ¿he sorprendido en falta nunca a Ligeia? ¡Cuán singularmente, cuán emocionantemente, había impresionado mi atención en este último período sólo aquel rasgo en el carácter de mi esposa! He dicho que su cultura superaba la de toda mujer que he conocido; pero ¿dónde está el hombre que haya atravesado con éxito todo el amplio campo de las ciencias morales, físicas y matemáticas? No vi entonces lo que ahora percibo con claridad; que los conocimientos de Ligeia eran gigantescos, pasmosos; por mi parte, me daba la suficiente cuenta de su infinita superioridad para resignarme, con la confianza de un colegial, a dejarme guiar por ella a través del mundo caótico de las investigaciones metafísicas, del que me ocupé con ardor durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué vasto triunfo, con qué vivas delicias, con qué esperanza etérea la sentía inclinada sobre mí en medio de estudios tan poco explorados, tan poco conocidos. Y veía ensancharse en lenta graduación aquella deliciosa perspectiva ante mí, aquella larga avenida, espléndida y virgen, a lo largo de la cual debía yo alcanzar al cabo la meta de una sabiduría harto divinamente preciosa para no estar prohibida!

Por eso, ¡con qué angustioso pesar vi, después de algunos años, mis esperanzas tan bien fundadas abrir las alas juntas y volar lejos! Sin Ligeia, era yo nada más que un niño a tientas en la noche. Sólo su presencia, sus lecturas podían hacer vivamente luminosos los múltiples misterios del trascendentalismo en el cual estábamos sumidos. Privado del radiante esplendor de sus ojos, toda aquella literatura alígera y dorada, volvíase insulsa, de una plúmbea tristeza. Y ahora aquellos ojos iluminaban cada vez con menos frecuencia las páginas que yo estudiaba al detalle. Ligeia cayó enferma. Los ardientes ojos refulgieron con un brillo demasiado glorioso; los pálidos dedos tomaron el tono de la cera, y las azules venas de su ancha frente latieron impetuosamente vibrantes en la más dulce emoción. Vi que debía ella morir, y

luché desesperado en espíritu contra el horrendo Azrael. Y los esfuerzos de aquella apasionada esposa fueron, con asombro mío, aún más enérgicos que los míos. Había mucho en su firme naturaleza que me impresionaba y hacía creer que para ella llegaría la muerte sin sus terrores; pero no fue así. Las palabras son impotentes para dar una idea de la ferocidad de resistencia que ella mostró en su lucha con la Sombra. Gemía yo de angustia ante aquel deplorable espectáculo. Hubiese querido calmarla, hubiera querido razonar; pero en la intensidad de su salvaje deseo de vivir —de vivir; sólo de vivir—, todo consuelo y todo razonamiento habrían sido el colmo de la locura. Sin embargo, hasta el último instante, en medio de las torturas y de las convulsiones de su firme espíritu, no flaqueó la placidez exterior de su conducta. Su voz se tornaba más dulce —más profunda—, ¡pero yo no quería insistir en el vehemente sentido de aquellas palabras proferidas con tanta calma! Mi cerebro daba vueltas cuando prestaba oído a aquella melodía sobrehumana y a aquellas arrogantes aspiraciones que la Humanidad no había conocido nunca antes.

No podía dudar de que me amaba, y érame fácil saber que en un pecho como el suyo el amor no debía de reinar como una pasión ordinaria. Pero sólo en la muerte comprendí toda la fuerza de su afecto. Durante largas horas, reteniendo mi mano, desplegaba ante mí su corazón rebosante, cuya devoción más que apasionada llegaba a la idolatría. ¿Cómo podía yo merecer la beatitud de tales confesiones? ¿Cómo podía yo merecer estar condenado hasta el punto de que mi amada me fuese arrebatada en la hora de mayor felicidad? Pero no puedo extenderme sobre este tema. Diré únicamente que en la entrega más que femenina de Ligeia a un amor, ¡ay!, no merecido, otorgado a un hombre indigno de él, reconocí por fin el principio de su ardiente, de su vehemente y serio deseo de vivir aquella vida que huía ahora con tal rapidez. Y es ese ardor desordenado, esa vehemencia en su deseo de vivir —sólo de vivir—, lo que no tengo vigor para describir, lo que me siento por completo incapaz de expresar.

A una hora avanzada de la noche en que ella murió, me llamó perentoriamente a su lado, y me hizo repetir ciertos versos compuestos por ella pocos días antes. La obedecí. Son los siguientes:

¡Mirad! ¡Ésta es noche de gala
después de los postreros años tristes!
Una multitud de ángeles alígeros, ornados
de velos, y anegados en lágrimas,
siéntase en un teatro, para ver
un drama de miedos y esperanzas,

mientras la orquesta exhala, a ratos,
la música de los astros.

Mimos, a semejanza del Altísimo,
murmuran y rezongan quedamente,
volando de un lado para otro;
meros muñecos que van y vienen
a la orden de grandes seres informes
que trasladan la escena aquí y allá,
¡sacudiendo con sus alas de cóndor
el Dolor invisible!

¡Qué abigarrado drama! ¡Oh, sin duda,
jamás será olvidado!

Con su Fantasma, sin cesar acosado,
por un gentío que apresarle no puede,
en un círculo que gira eternamente
sobre sí propio y en el mismo sitio;
¡mucho Locura, más Pecado aún
y el Horror, son alma de la trama!

Pero mirad: ¡entre la chusma mímica
una forma rastrera se entremete!

¡Una cosa roja de sangre que llega retorciéndose
de la soledad escénica!

¡Se retuerce y retuerce! Con jadeos mortales
los mimos son ahora su pasto,
los serafines lloran viendo los dientes del gusano
chorrear sangre humana.

¡Fuera, fuera todas las luces!

Y sobre cada forma trémula,
el telón cual paño fúnebre,
baja con tempestuoso ímpetu...

Los ángeles, pálidos todos, lívidos,
se levantan, descúbrense, afirma
que la obra es la tragedia Hombre,
y su héroe, el Gusano triunfante.

—¡Oh, Dios mío! —gritó casi Ligeia, alzándose de puntillas y extendiendo sus brazos hacia lo alto con un movimiento espasmódico, cuando acabé de recitar estos versos—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Padre Divino! ¿Sucederán estas cosas irremisiblemente? ¿No será nunca vencido ese conquistador? ¿No somos nosotros una parte y una parcela de Ti? ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su vigor? El hombre no se rinde a los ángeles ni a la muerte por completo, salvo por la flaqueza de su débil voluntad.

Y entonces, como agotada por la emoción, dejó caer sus blancos brazos con resignación, y volvió solemnemente a su lecho de muerte. Y cuando exhalaba sus postreros suspiros se mezcló a ellos desde sus labios un murmullo confuso. Agucé el oído y distinguí de nuevo las terminantes palabras del pasaje de Glanvill: «El hombre no se rinde a los ángeles ni por entero a la muerte, salvo por la flaqueza de su débil voluntad».

Ella murió: y yo, pulverizado por el dolor, no pude soportar más tiempo la solitaria desolación de mi casa en la sombría y ruinosa ciudad junto al Rin. No carecía yo de eso que el mundo llama riqueza. Ligeia me había aportado más; mucho más de lo que corresponde comúnmente a la suerte de los mortales. Por eso, después de unos meses perdidos en vagabundeos sin objeto, adquirí y me encerré en una especie de retiro, una abadía cuyo nombré no diré, en una de las regiones más selváticas y menos frecuentadas de la bella Inglaterra.

La sombría y triste grandeza del edificio, el aspecto casi salvaje de la posesión, los melancólicos y venerables recuerdos que con ella se relacionaban, estaban, en verdad, al unísono con el sentimiento de total abandono que me había desterrado a aquella distante y solitaria región del país. Sin embargo, aunque dejando a la parte exterior de la abadía su carácter primitivo y la verdeante vetustez que tapizaba sus muros, me dediqué con una perversidad infantil, y quizá con la débil esperanza de aliviar mis penas, a desplegar por dentro magnificencias más que regias. Desde la infancia sentía yo una gran inclinación por tales locuras, y ahora volvían a mí como en una chochez del dolor. ¡Ay, siento que se hubiera podido descubrir un comienzo de locura en aquellos suntuosos y fantásticos cortinajes, en aquellas solemnes esculturas egipcias, en aquellas cornisas y muebles raros, en los extravagantes ejemplares de aquellos tapices granjeados de oro! Me había convertido en un esclavo forzado de las ataduras del opio, y todos mis trabajos y mis planes habían tomado el color de mis sueños. Pero no me detendré en detallar

aquellos absurdos. Hablaré sólo de aquella estancia maldita para siempre, donde en un momento de enajenación mental conduje al altar y tomé por esposa —como sucesora de la inolvidable Ligeia— a lady Róvena Trevanion de Tremaine, de rubios cabellos y ojos azules.

No hay una sola parte de la arquitectura y del decorado de aquella estancia nupcial que no aparezca ahora visible ante mí. ¿Dónde tenía la cabeza la altiva familia de la prometida para permitir, impulsada por la sed de oro, a una joven tan querida que franqueara el umbral de una estancia adornada así? Ya he dicho que recuerdo minuciosamente los detalles de aquella estancia, aunque olvide tantas otras cosas de aquel extraño período; y el caso es que no había, en aquel lujo fantástico, sistema que pudiera imponerse a la memoria. La habitación estaba situada en una alta torre de aquella abadía, construida como un castillo; era de forma pentagonal y muy espaciosa. Todo el lado sur del pentágono estaba ocupado por una sola ventana —una inmensa superficie hecha de una luna entera de Venecia, de un tono oscuro—, de modo que los rayos del sol o de la luna que la atravesaban proyectaban sobre los objetos interiores una luz lúgubre. Por encima de aquella enorme ventana se extendía el enrejado de una añosa parra que trepaba por los muros macizos de la torre. El techo, de roble que parecía negro, era excesivamente alto, abovedado y curiosamente labrado con las más extrañas y grotescas muestras de un estilo semigótico y semidruídico. En la parte central más escondida de aquella melancólica bóveda colgaba, a modo de lámpara de una sola cadena de oro con largos anillos, un gran incensario del mismo metal, de estilo árabe, y con muchos calados caprichosos, a través de los cuales corrían y se retorcían con la vitalidad de una serpiente una serie continua de luces policromas.

Unas otomanas y algunos candelabros dorados, de forma oriental, se hallaban diseminados alrededor; y estaba también el lecho —el lecho nupcial— de estilo indio, bajo y labrado en recio ébano, coronado por un dosel parecido a un paño fúnebre. En cada uno de los ángulos de la estancia se alzaba un gigantesco sarcófago de granito negro, copiado de las tumbas de los reyes frente a Luxor, con su antigua tapa cubierta toda de relieves inmemoriales. Pero era en el tapizado de la estancia, ¡ay!, donde se desplegaba la mayor fantasía. Los muros, altísimos —de una altura gigantesca, más allá de toda proporción—, estaban tendidos de arriba abajo de un tapiz de aspecto pesado y macizo, tapiz hecho de la misma materia que la alfombra del suelo, y de la que se veía en las otomanas, en el lecho de ébano, en el dosel de éste y en las suntuosas cortinas que ocultaban parcialmente la ventana. Aquella materia era un tejido de oro de los más ricos. Estaba moteado, en espacios irregulares, de figuras arabescas, de un pie de diámetro, aproximadamente, que hacían resaltar sobre el fondo sus dibujos de un negro de azabache. Pero aquellas figuras no participaban del verdadero carácter del arabesco más que cuando se las examinaba desde un solo punto de vista. Por un procedimiento

hoy muy corriente, y cuyos indicios se encuentran en la más remota antigüedad, estaban hechas de manera que cambiaban de aspecto. Para quien entrase en la estancia, tomaban la apariencia de simples monstruosidades; pero, cuando se avanzaba después, aquella apariencia desaparecía gradualmente, y paso a paso el visitante, variando de sitio en la habitación, se veía rodeado de una procesión continua de formas espantosas, como las nacidas de la superstición de los normandos o como las que se alzan en los sueños pecadores de los frailes. El efecto fantasmagórico aumentaba en gran parte por la introducción artificial de una fuerte corriente de aire detrás de los tapices, que daba al conjunto una horrenda e inquietante animación.

Tal era la mansión, tal era la estancia nupcial en donde pasé, con la dama de Tremaine, las horas impías del primer mes de nuestro casamiento, y las pasé con una leve inquietud. Que mi esposa temiese las furiosas extravagancias de mi carácter, que me huyese y me amase apenas, no podía yo dejar de notarlo; pero aquello casi me complacía. La odiaba con un odio más propio del demonio que del hombre. Mi memoria se volvía (¡oh, con qué intensidad de dolor!) hacia Ligeia, la amada, la augusta, la bella, la sepultada. Gozaba recordando su pureza, su sabiduría, su elevada y etérea naturaleza, su apasionado e idólatra amor. Ahora mi espíritu ardía plena y libremente con una llama más ardiente que la suya propia. Con la excitación de mis sueños de opio (pues estaba apresado de ordinario por las cadenas de la droga), gritaba su nombre en el silencio de la noche, o durante el día en los retiros escondidos de los valles, como si con la energía salvaje, la pasión solemne, el ardor devorador de mi ansia por la desaparecida, pudiese yo volverla a los caminos de esta tierra que había ella abandonado —¡ah!, ¿era posible?— para siempre.

A principios del segundo mes de matrimonio, lady Róvena fue atacada de una dolencia repentina, de la que se repuso lentamente. La fiebre que la consumía hacía sus noches penosas, y en la inquietud de un semisopor, hablaba de ruidos y de movimientos que se producían en un lado y en otro de la torre, y que atribuía yo al trastorno de su imaginación o acaso a las influencias fantasmagóricas de la propia estancia. Al cabo entró en convalecencia, y por último, se restableció. Aun así, no había transcurrido más que un breve período de tiempo, cuando un segundo y más violento ataque la volvió a llevar al lecho del dolor, y de aquel ataque no se restableció nunca del todo su constitución, que había sido siempre débil. Su dolencia tuvo desde esa época un carácter alarmante y unas recaídas más alarmantes aún que desafiaban toda ciencia y los denodados esfuerzos de sus médicos. A medida que se agravaba aquel mal crónico, que desde entonces, sin duda, se había apoderado por demás de su constitución para ser factible que lo arrancasen medios humanos, no pude impedirme de observar una irritación nerviosa creciente y una excitabilidad en su temperamento por las causas más triviales de miedo. Volvió ella a hablar, y ahora, con mayor frecuencia e insistencia, de

ruidos —de ligeros ruidos— y de movimientos insólitos en los tapices, a los que había ya aludido.

Una noche, hacia finales de septiembre, me llamó la atención sobre aquel tema angustioso en un tono más desusado que de costumbre. Acababa ella de despertarse de un sueño inquieto, y había yo espiado, con un sentimiento medio de ansiedad, medio de vago terror, las muecas de su demacrado rostro. Hallábame sentado junto al lecho de ébano en una de las otomanas indias. Se incorporó ella a medias y habló en un excitado murmullo de ruidos que entonces oía, pero que yo no podía oír, y de movimientos que entonces veía, aunque yo no los percibiese. El viento corría veloz por detrás de los tapices, y me dediqué a demostrarle (lo cual debo confesar que no podía yo creerlo del todo) que aquellos rumores apenas articulados y aquellos cambios casi imperceptibles en las figuras de la pared eran tan sólo los efectos naturales de la corriente de aire habitual. Pero una palidez mortal que se difundió por su cara probó que mis esfuerzos por tranquilizarla eran inútiles. Pareció desmayarse, y no tenía yo cerca criados a quienes llamar. Recordé el sitio donde estaba colocada una botella de un vino suave, recetado por los médicos, y crucé, presuroso, por la estancia para cogerla. Pero al pasar bajo la luz del incensario, dos detalles de una naturaleza impresionante atrajeron mi atención. Había yo sentido algo palpable, aunque invisible, que pasaba cerca de mi persona, y vi sobre el tapiz de oro, en el centro mismo de la viva luz que proyectaba el incensario, una sombra, una débil e indefinida sombra de angelical aspecto, tal como se puede imaginar la sombra de una forma. Pero como estaba yo vivamente excitado por una dosis excesiva de opio, no concedí más que una leve importancia a aquellas cosas ni hablé de ellas a Róvena. Encontré el vino, crucé de nuevo la habitación y llené un vaso que acerqué a los labios de mi desmayada mujer. Entretanto; se había repuesto en parte, y cogió ella misma el vaso, mientras me dejaba yo caer sobre una otomana cerca del lecho, con los ojos fijos en su persona. Fue entonces cuando oí claramente un ligero rumor de pasos sobre la alfombra junto al lecho, y un segundo después, cuando Róvena hacía ademán de alzar el vino hasta sus labios, vi o pude haber soñado que veía caer dentro del vaso, como de alguna fuente invisible que estuviera en el aire de la estancia, tres o cuatro anchas gotas de un líquido brillante color rubí. Si yo lo vi, Róvena no lo vio. Bebió el vino sin vacilar, y me guardé bien de hablarle de aquel incidente que tenía yo que considerar, después de todo, como sugerido por una imaginación sobreexcitada a la que hacían morbosamente activa el terror de mi mujer, el opio y la hora.

A pesar de todo, no pude ocultar a mi propia percepción que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, un rápido cambio —pero a un estado peor— tuvo lugar en la enfermedad de mi esposa; de tal modo, que a la tercera noche, las manos de sus servidores la preparaban para

la tumba, y la cuarta estaba yo sentado solo, ante el cuerpo de ella envuelto en un sudario, en aquella fantástica estancia que la había recibido como a mi esposa. Extrañas visiones, engendradas por el opio, revoloteaban como sombras ante mí. Miraba con ojos inquietos los sarcófagos en los ángulos de la estancia, las figuras cambiantes de los tapices y las luces serpentinas y policromas del incensario, sobre mi cabeza. Mis ojos cayeron entonces, cuando intentaba recordar los incidentes de la noche anterior, en aquel sitio, bajo la claridad del incensario, donde había yo visto las huellas ligeras de la sombra. Sin embargo, ya no estaba allí, y respirando con gran alivio, volví la mirada a la pálida y rígida figura tendida sobre el lecho. Entonces se precipitaron sobre mí los mil recuerdos de Ligeia, y luego reflujo hacia mi corazón con la violenta turbulencia de un oleaje todo aquel indecible dolor con que la había contemplado amortajada. La noche iba pasando, y siempre con el pecho henchido de amargos pensamientos de ella, de mi solo y único amor, permanecí con los ojos fijos en el cuerpo de Róvena.

Sería medianoche o tal vez más temprano, pues no había tenido yo en cuenta el tiempo, cuando un sollozo quedo, ligero, pero muy claro, me despertó, sobresaltado, de mi ensueño. Sentí que venía del lecho de ébano, el lecho de muerte. Escuché con la angustia de un terror supersticioso, pero no se repitió aquel ruido. Forcé mi vista para descubrir un movimiento cualquiera en el cadáver, pero no se oyó nada. Con todo, no podía haberme equivocado. Había yo oído el ruido, siquiera ligero, y mi alma estaba muy despierta en mí. Mantuve resuelta y tenazmente concentrada mi atención sobre el cuerpo. Pasaron varios minutos antes de que ocurriese algún incidente que proyectase luz sobre el misterio. Por último resultó evidente que una coloración leve y muy débil, apenas perceptible, teñía de rosa y se difundía por las mejillas y por las sutiles venas de sus párpados. Aniquilado por una especie de terror y de horror indecibles, para los cuales no posee el lenguaje humano una expresión lo suficientemente enérgica, sentí que mi corazón se paralizaba y que mis miembros se ponían rígidos sobre mi asiento. No obstante, el sentimiento del deber me devolvió, por último, el dominio de mí mismo. No podía dudar ya por más tiempo que habíamos efectuado prematuros preparativos fúnebres, ya que Róvena vivía aún. Era necesario realizar desde luego alguna tentativa; pero la torre estaba completamente separada del ala de la abadía ocupada por la servidumbre, no había cerca ningún criado al que pudiera llamar ni tenía yo manera de pedir auxilio, como no abandonase la estancia durante unos minutos, a lo cual no podía arriesgarme. Luché, pues, solo, haciendo esfuerzos por reanimar aquel espíritu todavía en suspenso. A la postre, en un breve lapso de tiempo, hubo una recaída evidente; desapareció el color de los párpados y de las mejillas, dejando una palidez más que marmórea; los labios se apretaron con doble fuerza y se contrajeron con la expresión lívida de la muerte; una frialdad y una viscosidad repulsiva cubrieron enseguida la superficie del

cuerpo, y la habitual rigidez cadavérica sobrevino al punto. Me dejé caer, trémulo, sobre el canapé del que había sido arrancado tan de súbito, y me abandoné de nuevo, trasoñando, a mis apasionadas visiones de Ligeia.

Una hora transcurrió así, cuando (¿sería posible?) percibí por segunda vez un ruido vago que venía de la parte del lecho. Escuché, en el colmo del horror. El ruido se repitió; era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi —vi con toda claridad— un temblor sobre los labios. Un minuto después se abrieron, descubriendo una brillante hilera de dientes perlinos. El asombro luchó entonces en mi pecho con el profundo terror que hasta ahora lo había dominado. Sentí que mi vista se oscurecía, que mi razón se extraviaba, y gracias únicamente a un violento esfuerzo, recobré al fin valor para cumplir la tarea que el deber volvía a imponerme. Había ahora un color cálido sobre la frente, sobre las mejillas y sobre la garganta; un calor perceptible invadía todo el cuerpo, e incluso el corazón tenía un leve latido. Mi mujer vivía. Con un ardor redoblado, me dediqué a la tarea de resucitarla; froté y golpeé las sienes y las manos, y utilicé todos los procedimientos que me sugirieron la experiencia y numerosas lecturas médicas. Pero fue en vano. De repente el color desapareció, cesaron los latidos, los labios volvieron a adquirir la expresión de la muerte, y un instante después, el cuerpo entero recobró su frialdad de hielo, aquel tono lívido, su intensa rigidez, su contorno hundido, y todas las horrendas peculiaridades de lo que ha permanecido durante varios días en la tumba.

Y me sumí otra vez en las visiones de Ligeia, y otra vez (¿cómo asombrarse de que me estremezca mientras escribo?), otra vez llegó a mis oídos un sollozo sofocado desde el lecho de ébano. Pero ¿para qué detallar con minuciosidad los horrores indecibles de aquella noche? ¿Para qué detenerme en relatar ahora cómo, una vez tras otra, casi hasta que despuntó el alba, el horrible drama de la resurrección se repitió; cómo cada aterradora recaída se transformaba tan sólo en una muerte más rígida y más irremediable, cómo cada angustia tomaba el aspecto de una lucha con un adversario invisible, y cómo ahora cada lucha era seguida por no sé qué extraña alteración en la apariencia del cadáver? Me apresuraré a terminar.

La mayor parte de la espantosa noche había pasado, y la que estaba muerta se movió de nuevo, al presente con más vigor que nunca, aunque despertándose de una disolución más aterradora y más totalmente irreparable que ninguna. Había yo, desde hacía largo rato, interrumpido la lucha y el movimiento y permanecía sentado rígido sobre la otomana, presa impotente de un torbellino de violentas emociones, de las cuales la menos terrible quizá, la menos aniquilante, constituía un supremo espanto. El cadáver, repito, se movía, y al presente con más vigor que antes. Los colores de la vida se difundían con una inusitada energía por la cara, se distendían los miembros, y

salvo que los párpados seguían apretados fuertemente, y que los vendajes y los tapices comunicaban aún a la figura su carácter sepulcral, habría yo soñado que Róvena se libertaba por completo de las cadenas de la Muerte. Pero si no acepté esta idea por entero, desde entonces no pude ya dudar por más tiempo, cuando, levantándose del lecho, vacilante, con débiles pasos, a la manera de una persona aturdida por un sueño, la forma que estaba amortajada avanzó osada y palpablemente hasta el centro de la estancia.

No temblé, no me moví, pues una multitud de fantasías indecibles, relacionadas con el aire, la estatura, el porte de la figura, se precipitaron velozmente en mi cerebro, me paralizaron, me petrificaron. No me movía, sino que contemplaba con fijeza la aparición. Había en mis pensamientos un desorden loco, un tumulto inaplacable. ¿Podía ser de veras la Róvena viva quien estaba frente a mí? ¿Podía ser de veras Róvena en absoluto, la de los cabellos rubios y los ojos azules, lady Róvena Trevanion de Tremaine? ¿Por qué, sí, por qué lo dudaba yo? El vendaje apretaba mucho la boca; pero ¿entonces podía no ser aquélla la boca respirante de lady de Tremaine? Y las mejillas eran las mejillas rosadas como en el mediodía de su vida; sí, aquéllas eran de veras las lindas mejillas de lady de Tremaine, viva. Y el mentón, con sus hoyuelos de salud, ¿podían no ser los suyos? Pero ¿había ella crecido desde su enfermedad? ¿Qué inexpresable demencia se apoderó de mí ante este pensamiento? ¡De un salto estuve a sus pies! Evitando mi contacto, sacudió ella su cabeza, aflojó la tiesa mortaja en que estaba envuelta, y entonces se desbordó por el aire agitado de la estancia una masa enorme de largos y despeinados cabellos; ¡eran más negros que las alas del cuervo de medianoche! Y entonces, la figura que se alzaba ante mí abrió lentamente los ojos.

—¡Por fin los veo! —grité con fuerza—. ¿Cómo podía yo nunca haberme equivocado? ¡Éstos son los grandes, los negros, los ardientes ojos, de mi amor perdido, de lady, de Lady Ligeia!

EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

No pretenderé, naturalmente, opinar que no exista motivo alguno para asombrarse de que el caso extraordinario del señor Valdemar haya promovido una discusión. Sería un milagro que no hubiera sucedido así, especialmente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas es mantener el asunto oculto al público, al menos hasta el presente o hasta que haya alguna oportunidad ulterior para otra investigación, y nuestros esfuerzos a ese efecto han dado lugar a un relato mutilado o exagerado que se ha abierto camino

entre la gente, y que llegará a ser el origen de muchas falsedades desagradables, y, como es natural, de un gran descrédito.

Se ha hecho hoy necesario que exponga los hechos, hasta donde los comprendo yo mismo. Helos sucintamente aquí:

Durante estos tres últimos años ha sido repetidamente atraída mi atención por el tema del mesmerismo o magnetismo animal, y hace nueve meses, aproximadamente, se me ocurrió de pronto que en la serie de experimentos efectuados hasta ahora existía una muy notable y muy inexplicable omisión: nadie había sido aún magnetizado in articulo mortis. Quedaba por ver, primero, si en semejante estado existía en el paciente alguna sensibilidad a la influencia magnética; en segundo lugar, si, en caso afirmativo, estaba atenuada o aumentada por ese estado; en tercer lugar, cuál es la extensión y por qué período de tiempo pueden ser detenidas las intrusiones de la muerte con ese procedimiento. Había otros puntos que determinar; pero eran éstos los que más excitaban mi curiosidad; el último en particular, dado el carácter enormemente importante de sus consecuencias.

Buscando a mi alrededor algún sujeto por medio del cual pudiese comprobar esas particularidades, acabé por pensar en mi amigo el señor Ernesto Valdemar, compilador muy conocido de la Biblioteca Forensica y autor (bajo el nom de plume de Issachar Marx) de las traducciones polacas de Wallenstein y de Gargantúa. El señor Valdemar, que había residido principalmente en Harlem, N. Y., desde el año de 1839, es (o era) notable sobre todo por la excesiva delgadez de su persona —sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolph— y también por la blancura de sus cabellos, que, a causa de esa blancura, se confundían de ordinario con una peluca. De marcado temperamento nervioso, esto le hacía ser un buen sujeto para las experiencias magnéticas. En dos o tres ocasiones le había yo dormido sin dificultad; pero me sentí defraudado en cuanto a otros resultados que su peculiar constitución me había hecho, por supuesto, esperar. Su voluntad no quedaba bajo mi influencia, y respecto a la clairvoyance, no pude realizar con él nada digno de mención. Había yo atribuido siempre mi fracaso a esas cuestiones relacionadas con la alteración de su salud. Algunos meses antes de conocerle, sus médicos le habían diagnosticado una tisis comprobada. Era, en realidad, costumbre suya hablar con toda tranquilidad de su cercano fin como de una cuestión que no podía ni evitarse ni lamentarse.

Respecto a esas ideas a que he aludido antes, cuando se me ocurrieron por primera vez, pensé, como era natural, en el señor Valdemar. Conocía yo la firme filosofía de aquel hombre para temer cualquier clase de escrúpulos por su parte, y no tenía él parientes en América que pudiesen, probablemente, intervenir. Le hablé con toda franqueza del asunto, y ante mi sorpresa, su interés pareció muy excitado. Digo ante mi sorpresa, pues aunque hubiese él

cedido siempre su persona por libre albedrío para mis experimentos, no había demostrado nunca hasta entonces simpatía por mis trabajos. Su enfermedad era de las que no admiten un cálculo exacto con respecto a la época de su término mortal. Quedó, por último, convenido entre nosotros que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del período anunciado por sus médicos como el de su muerte.

Hace más de siete meses que recibí la siguiente esquila del propio señor Valdemar:

«Mi querido P***:

»Puede usted venir ahora. D*** y F*** están de acuerdo en que no llegaré a las doce de la noche de mañana y creo que han acertado con el plazo exacto o poco menos.

VALDEMAR»

Recibí esta esquila una media hora después de haber sido escrita, y a los quince minutos todo lo más, me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto en diez días, y me quedé aterrado de la espantosa alteración que en tan breve lapso se había producido en él. Su cara tenía un color plomizo, sus ojos estaban completamente apagados, y su delgadez era tan extremada, que los pómulos habían perforado la piel. Su expectoración era excesiva. El pulso, apenas perceptible. Conservaba, sin embargo, de una manera muy notable sus facultades mentales y alguna fuerza física. Hablaba con claridad, tomaba algunas medicinas calmantes sin ayuda de nadie, y cuando entré en la habitación, se ocupaba en escribir a lápiz unas notas en un cuadernillo de bolsillo. Estaba incorporado en la cama gracias a unas almohadas. Los doctores D*** y F*** le prestaban asistencia.

Después de haber estrechado la mano del señor Valdemar, llevé a aquellos caballeros aparte y obtuve un minucioso informe del estado del paciente. El pulmón izquierdo se hallaba desde hacía ocho meses en un estado semióseo o cartilaginoso y era, por consiguiente, de todo punto inútil para cualquier función vital. El derecho, en su parte superior, estaba también parcial, si no totalmente osificado, mientras la región inferior era sólo una masa de tubérculos purulentos, conglomerados. Existían varias perforaciones extensivas, y en cierto punto había una adherencia permanente de las costillas. Estas manifestaciones en el lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación había avanzado con una inusitada rapidez; no se había descubierto ningún signo un mes antes, y la adherencia no había sido observada hasta tres días antes. Con independencia de la tisis, se sospechaba un aneurisma de la aorta, en el paciente; pero sobre este punto, los síntomas de osificación hacían imposible un diagnóstico exacto. En opinión de los dos médicos, el señor Valdemar moriría alrededor de medianoche del día siguiente

(domingo). Eran entonces las siete de la noche del sábado.

Al separarse de la cabecera del doliente para hablar conmigo, los doctores D*** y F*** le dieron un supremo adiós. No tenían intención de volver; pero, a requerimiento mío, consintieron en venir a visitar de nuevo al paciente hacia las diez de la noche inmediata.

Cuando se marcharon hablé libremente con el señor Valdemar sobre su cercana muerte, así como en especial del experimento proyectado. Se mostró decidido a ello con la mejor voluntad, ansioso de efectuarlo, y me apremió para que comenzase enseguida. Estaban allí para asistirle un criado y una sirvienta; pero no me sentí bastante autorizado para comprometerme en una tarea de aquel carácter sin otros testimonios de mayor confianza que el que pudiesen aportar aquellas personas en caso de accidente repentino. Iba a aplazar, pues, la operación hasta las ocho de la noche siguiente, cuando la llegada de un estudiante de Medicina, con quien tenía yo cierta amistad (el señor Teodoro L***), me sacó por completo de apuros. Mi primera intención fue esperar a los médicos; pero me indujeron a obrar enseguida, en primer lugar, los apremiantes ruegos del señor Valdemar, y en segundo lugar, mi convicción de que no podía perder un momento, pues aquel hombre se iba por la posta.

El señor L*** fue tan amable, que accedió a mi deseo de que tomase notas de todo cuanto ocurriese, y gracias a su memorándum puedo ahora relatarlo en su mayor parte, condensando o copiando al pie de la letra.

Faltarían unos cinco minutos para las ocho, cuando cogiendo la mano del paciente, le rogué que manifestase al señor L***, lo más claramente que le permitiera su estado, que él (el señor Valdemar) tenía un firme deseo de que realizara yo el experimento de magnetización sobre su persona en aquel estado.

Replicó él, débilmente, pero de un modo muy audible:

—Sí, deseo ser magnetizado —añadiendo al punto—: Temo que lo haya usted diferido demasiado.

Mientras hablaba así, comencé a dar los pases que sabía ya eran los más eficaces para dominarle. Estaba él, sin duda, influido por el primer pase lateral de mi mano de parte a parte de su cabeza; pero, aunque ejercité todo mi poder, no se manifestó ningún efecto hasta unos minutos después de las diez, en que los doctores D*** y F*** llegaron, de acuerdo con la cita. Les expliqué en pocas palabras lo que me proponía hacer, y como ellos no opusieron ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía, proseguí, sin vacilación, cambiando, no obstante, los pases laterales por otros hacia abajo, dirigiendo exclusivamente mi mirada a los ojos del paciente.

Durante ese rato era imperceptible su pulso, y su respiración estertorosa y con intervalos de medio minuto.

Aquel estado continuó inalterable casi durante un cuarto de hora. Al terminar este tiempo, empero, se escapó del pecho del moribundo un suspiro natural, aunque muy hondo, y cesó la respiración estertorosa, es decir, no fue ya sensible aquel estertor; no disminuían los intervalos. Las extremidades del paciente estaban frías como el hielo.

A las once menos cinco percibí signos inequívocos de la influencia magnética. El movimiento giratorio de los ojos vidriosos se convirtió en esa expresión de desasosegado examen interno que no se ve nunca más que en los casos de sonambulismo, y que no se puede confundir. Con unos pocos pases laterales rápidos hice estremecerse los párpados, como en un sueño incipiente, y con otros cuantos más se los hice cerrar. No estaba yo satisfecho con esto, a pesar de todo, por lo que proseguí mis manipulaciones de manera enérgica y con el más pleno esfuerzo de voluntad, hasta que hubé dejado bien rígidos los miembros del durmiente, después de colocarlos en una postura cómoda, al parecer. Las piernas estaban estiradas por entero; los brazos, casi lo mismo, descansando sobre el lecho a una distancia media de los riñones. La cabeza estaba ligeramente levantada.

Cuando hubé realizado esto eran las doce dadas, y rogué a los caballeros allí presentes que examinasen el estado del señor Valdemar. Después de varias pruebas, reconocieron que se hallaba en un inusitado y perfecto estado de trance magnético. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El doctor D*** decidió enseguida permanecer con el paciente toda la noche, mientras el doctor F*** se despidió, prometiendo volver al despuntar el día. El señor L*** y los criados se quedaron allí.

Dejamos al señor Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué a él, y le encontré en el mismo estado que cuando el doctor F*** se marchó, es decir, tendido en la misma posición. Su pulso era imperceptible; la respiración, suave (apenas sensible, excepto al aplicarle un espejo sobre la boca); los ojos estaban cerrados con naturalidad, y los miembros, tan rígidos y fríos como el mármol. A pesar de todo, el aspecto general no era en modo alguno el de la muerte.

Al acercarme al señor Valdemar hice una especie de semiesfuerzo para que su brazo derecho siguiese el mío durante los movimientos que éste ejecutaba sobre uno y otro lado de su persona. En experimentos semejantes con el paciente no había tenido nunca un éxito absoluto, y de seguro no pensaba tenerlo ahora tampoco; pero, para sorpresa mía, su brazo siguió con la mayor facilidad, aunque débilmente, todas las direcciones que le indicaba yo con el mío. Decidí arriesgar unas cuantas palabras de conversación.

—Señor Valdemar —dije—, ¿duerme usted?

No respondió, pero percibí un temblor en sus labios, y eso me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. A la tercera, todo su ser se agitó con un ligero estremecimiento; los párpados se levantaron por sí mismos hasta descubrir una línea blanca del globo; los labios se movieron perezosamente, y por ellos, en un murmullo apenas audible, salieron estas palabras:

—Sí, duermo ahora. ¡No me despierte!... ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros y los encontré más rígidos que nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano... Pregunté al sonámbulo de nuevo:

—¿Sigue usted sintiendo dolor en el pecho, señor Valdemar?

La respuesta fue ahora inmediata, pero menos audible que antes:

—No siento dolor... ¡Estoy muriendo!

No creí conveniente molestarle más, por el momento, y no se dijo ni se hizo ya nada hasta la llegada del doctor F***, que precedió un poco a la salida del sol; manifestó su asombro sin límites al encontrar al paciente todavía vivo. Después de tomarle el pulso y de aplicar un espejo a sus labios, me rogó que hablase de nuevo al sonámbulo. Así lo hice, diciendo:

—Señor Valdemar, ¿sigue usted dormido?

Como antes, pasaron algunos minutos hasta que llegó la respuesta, y durante ese intervalo el yacente pareció reunir sus energías para hablar. Al repetirle por cuarta vez la pregunta, dijo él muy débilmente, de un modo casi ininteligible:

—Sí, duermo aún... Muero.

Fue entonces opinión o más bien deseo de los médicos que se dejase al señor Valdemar permanecer sin molestarle en su actual y, al parecer, tranquilo estado, hasta que sobreviniese la muerte, lo cual debía de tener lugar, a juicio unánime de ambos, dentro de escasos minutos. Decidí, con todo, hablarle una vez más, repitiéndole simplemente mi pregunta anterior.

Cuando lo estaba haciendo se produjo un marcado cambio en la cara del sonámbulo. Los ojos giraron en sus órbitas despacio, las pupilas desaparecieron hacia arriba, la piel tomó un tinte general cadavérico, pareciendo no tanto un pergamino como un papel blanco, y las manchas héticas circulares, que antes estaban muy marcadas en el centro de cada mejilla, se disiparon de súbito. Empleo esta expresión porque lo repentino de su desaparición me hizo pensar en una vela apagada de un soplo. El labio superior al mismo tiempo se retorció, alzándose sobre los dientes, que hacía un

instante cubría por entero, mientras la mandíbula inferior cayó con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta por completo y al descubierto, a simple vista, la lengua hinchada y negruzca. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuario; pero el aspecto del señor Valdemar era en aquel momento tan espantoso y tan fuera de lo imaginable, que hubo un retroceso general alrededor del lecho.

Noto ahora que he llegado a un punto de este relato en que todo lector, sobrecogido, me negará crédito. Es mi tarea, no obstante, proseguir haciéndolo.

No había ya en el señor Valdemar el menor signo de vitalidad, y llegando a la conclusión de que había muerto, le dejábamos a cargo de los criados, cuando observamos un fuerte movimiento vibratorio en la lengua. Duró esto quizá un minuto. Al transcurrir, de las separadas e inmóviles mandíbulas salió una voz tal, que sería locura intentar describirla. Hay, en puridad, dos o tres epítetos que podrían serle aplicados en cierto modo: puedo decir, por ejemplo, que aquel sonido era áspero, desgarrado y hueco; pero el espantoso conjunto era indescriptible, por la sencilla razón de que sonidos análogos no han hecho vibrar nunca el oído de la Humanidad. Había, sin embargo, dos particularidades que —así lo pensé entonces, y lo sigo pensando— pueden ser tomadas justamente como características de la entonación, como apropiadas para dar una idea de su espantosa peculiaridad. En primer lugar la voz parecía llegar a nuestros oídos —por lo menos, a los míos— desde una gran distancia o desde alguna profunda caverna subterránea. En segundo lugar, me impresionó (temo realmente que me sea imposible hacerme comprender) como las materias gelatinosas o viscosas impresionan el sentido del tacto.

He hablado a la vez de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido era de un silabeo claro, o aún más, asombrosa, espeluznantemente claro. El señor Valdemar hablaba, sin duda, respondiendo a la pregunta que le había yo hecho minutos antes. Le había preguntado, como se recordará, si seguía dormido. Y él dijo ahora:

—Sí, no; he dormido..., y ahora, ahora estoy muerto.

Ninguno de los presentes fingió nunca negar o intentó reprimir el indescriptible y estremecido horror que esas pocas palabras, así proferidas, tan bien calculadas, le produjeron. El señor L***l (el estudiante) se desmayó. Los criados huyeron inmediatamente de la habitación, y no pudimos inducirles a volver a ella. No pretendo hacer inteligibles para el lector mis propias impresiones. Durante una hora casi nos afanamos juntos, en silencio —sin pronunciar una palabra— nos esforzamos en hacer revivir al señor L***l. Cuando volvió en sí proseguimos juntos de nuevo el examen del estado del señor Valdemar.

Seguía bajo todos los aspectos tal como he descrito últimamente, a excepción de que el espejo no recogía ya señal de respiración. Una tentativa de sangría en el brazo falló. Debo mencionar también que ese miembro no estaba ya sujeto a mi voluntad. Me esforcé en balde por que siguiera la dirección de mi mano. La única señal real de influencia magnética se manifestaba ahora en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que dirigía yo una pregunta al señor Valdemar. Parecía él hacer un esfuerzo para contestar, pero no tenía ya la suficiente voluntad. A las preguntas que le hacía cualquier otra persona que no fuese yo, parecía absolutamente insensible, aunque procuré poner a cada miembro de aquella reunión en relación magnética con él. Creo que he relatado cuanto es necesario para hacer comprender el estado del sonámbulo en aquel período. Buscamos otros enfermeros, y a las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y del señor L***l.

Por la tarde volvimos todos a ver al paciente. Su estado seguía siendo exactamente el mismo. Tuvimos entonces una discusión sobre la conveniencia y la posibilidad de despertarle, pero nos costó poco trabajo ponernos de acuerdo en que no serviría de nada hacerlo. Era evidente que, hasta entonces, la muerte (o lo que suele designarse con el nombre de muerte) había sido detenida por la operación magnética. Nos pareció claro a todos que el despertar al señor Valdemar sería, sencillamente, asegurar su instantáneo o, por lo menos, su rápido fin.

Desde ese período hasta la terminación de la semana última —en un intervalo de casi siete meses— seguimos reuniéndonos todos los días en casa del señor Valdemar, de cuando en cuando acompañados de médicos y otros amigos. Durante todo ese tiempo, el sonámbulo seguía estando exactamente tal como he descrito ya. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fue el viernes último cuando decidimos, por fin, efectuar el experimento de despertarle, o de intentar despertarle, y es acaso el deplorable resultado de este último experimento el que ha dado origen a tantas discusiones en los círculos privados, en muchas de las cuales no puedo por menos de ver una credulidad popular injustificable.

A fin de sacar al señor Valdemar del estado de trance magnético, empleé los acostumbrados pases. Durante un rato resultaron infructuosos. La primera señal de su vuelta a la vida se manifestó por un descenso parcial del iris. Observamos como algo especialmente notable que ese descenso de la pupila iba acompañado de un derrame abundante de un licor amarillento (por debajo de los párpados) con un olor acre muy desagradable.

Me sugirieron entonces que intentase influir sobre el brazo del paciente, como en los pasados días. Lo intenté y fracasé. El doctor F*** expresó su deseo de que le dirigiese una pregunta. Lo hice del modo siguiente:

—Señor Valdemar, ¿puede usted explicarnos cuáles son ahora sus sensaciones o deseos?

Hubo una reaparición instantánea de los círculos héticos sobre sus mejillas; la lengua se estremeció, o más bien se enrolló violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron tan rígidos como antes), y, por último, la misma horrenda voz que ya he descrito antes prorrumpió:

—¡Por amor de Dios!... Deprisa..., deprisa..., hágame dormir o despiérteme deprisa..., ¡deprisa!... ¡Le digo que estoy muerto!

Estaba yo acobardado a más no poder, y durante un momento permanecí indeciso sobre lo que debía hacer. Intenté primero un esfuerzo para calmar al paciente, pero al fracasar, en vista de aquella total suspensión de la voluntad, cambié de sistema, y luché denodadamente por despertarle. Pronto vi que esta tentativa iba a tener un éxito completo, o, al menos, me imaginé que sería completo mi éxito, y estoy seguro de que todos los que permanecían en la habitación se preparaban a ver despertar al paciente.

Sin embargo, es de todo punto imposible que ningún ser humano estuviera preparado para lo que ocurrió en la realidad.

Cuando efectuaba yo los pases magnéticos, entre gritos de «¡Muerto, muerto!», que hacían por completo explosión sobre la lengua, y no sobre los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto, en el espacio de un solo minuto, o incluso en menos tiempo, se contrajo, se desmenuzó, se pudrió terminantemente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante, de aborrecible podredumbre.

BREVE CHARLA CON UNA MOMIA

El symposium de la noche anterior había fatigado un poco mis nervios. Tenía un atroz dolor de cabeza y estaba desesperadamente soñoliento. Por eso, en vez de pasar fuera la noche, como tenía intención, se me ocurrió que no podía hacer nada más sensato que tomar cualquier cosa de cena y meterme al punto en la cama.

Una cena ligera, naturalmente. Soy aficionado con exceso a las tostadas untadas de queso derretido, con cerveza. Comer más de una libra de una vez puede no ser, empero, del todo aconsejable. Aunque no cabe hacer objeción material a la cifra dos. Y, en realidad, entre dos y tres hay, en suma, una sola unidad de diferencia. Me arriesgué, quizá, hasta engullir cuatro. Mi mujer sostiene que fueron cinco; pero, a no dudar, ha confundido ella dos cuestiones muy distintas. El número abstracto cinco estoy dispuesto a admitirlo; pero,

concretamente, ella se refiere a las botellas de Brown Stout, sin las cuales, en materia de condimento, hay que huir de las tostadas de queso.

Habiendo así despachado una comida frugal, y ya puesto el gorro de dormir, abrigando la sincera esperanza de gozar de él hasta las doce del día siguiente, apoyé mi cabeza sobre la almohada, y con la ayuda de una conciencia excelente me sumí en un profundo sueño desde luego.

Pero ¿cuándo se realizan por completo las esperanzas de la Humanidad? Apenas había acabado mi tercer ronquido, sonaron unos furiosos campanillazos en la puerta de la calle, y luego, unos aldabonazos impacientes que me despertaron enseguida. Un minuto después, y mientras me restregaba todavía los ojos, mi mujer me metió en la cara una esquela de mi viejo amigo el doctor Ponnonner. Rezaba así:

«Venga a casa sin falta, mi querido y buen amigo, tan pronto como reciba ésta. Venga a compartir mi alegría. Al fin, merced a una perseverante diplomacia, he obtenido el consentimiento de los directores del Museo de la ciudad para que examine la momia, y ya sabe usted a cuál me refiero. Tengo permiso para desfajarla y abrirla, si quiero. Sólo unos cuantos amigos estarán presentes, usted entre ellos, por supuesto. La momia se encuentra ahora en mi casa, y comenzaremos a desfajarla a las nueve de la noche.

»Siempre suyo,

PONNONNER».

Antes de llegar al PONNONNER me convencí de que estaba tan despierto como un hombre necesita estarlo. Salté del lecho, extasiado, derribando todo en mi camino; me vestí con una rapidez verdaderamente maravillosa, y saliendo a la calle me dirigí a toda velocidad hacia la casa del doctor.

Encontré allí una reunión muy agitada. Me habían esperado con mucha impaciencia. La momia estaba tendida sobre la mesa del comedor; en el momento de entrar habían comenzado su examen.

Aquella momia era una de las dos traídas unos años antes por el capitán Arturo Sabretash, un primo de Ponnonner, de una tumba cercana a Eleithias, en las montañas libias, a una distancia considerable, más arriba de Tebas, junto al Nilo. Los sepulcros, en ese lugar, aunque menos magníficos que los tebanos, son de mayor interés, pues ofrecen numerosas ilustraciones de la vida privada de los egipcios. La cámara, de donde había sido cogido nuestro ejemplar era, según decían, muy rica en tales ilustraciones: los muros estaban completamente cubiertos de pinturas al fresco y de bajorrelieves; a trechos, estatuas, vasos y una obra de mosaico de excelente modelo atestiguaban la crecida fortuna de los difuntos.

El tesoro fue depositado en el Museo, precisamente en el mismo estado en que el capitán Sabretash lo había encontrado, es decir, con el féretro intacto. Durante ocho años permaneció allí expuesta, sometida sólo en su exterior a las miradas públicas. Teníamos, por tanto, ahora, la momia completa a nuestra disposición, y a los que saben cuán raro es que lleguen a nuestras costas antigüedades sin saquear les resultará evidente enseguida que teníamos muchas razones para congratularnos de nuestra buena suerte.

Al acercarme a la mesa vi sobre ella un cajón o arca de cerca de siete pies de largo y quizá de tres pies de ancho por dos pies y medio de profundidad. Era oblongo, no en forma de ataúd. Al principio supusimos que la materia de que estaba hecho era madera de sicomoro (*Acer pseudoplatanus*); pero al cortarla nos encontramos con que era cartón, o, con más propiedad, papier mâché, compuesto de papiro. Estaba toscamente adornado de pinturas representando escenas funerarias y otros temas lúgubres, con las cuales se entremezclaban en todos sentidos ciertas series de caracteres jeroglíficos que significaban, sin duda, el nombre del difunto. Por fortuna, mister Gliddon formaba parte de la reunión, y no tuvo dificultad en traducirnos las letras, que eran sólo fonéticas y componían la palabra «Allamistakeo».

Nos costó algún trabajo abrir el arca sin estropearla; pero, efectuada al cabo la tarea, encontramos una segunda, ésta en forma de ataúd y de un tamaño mucho menor que la externa, aunque parecida a aquélla con exactitud en todo lo demás. El espacio entre las dos estaba relleno de resina, que había, hasta cierto punto, deteriorado los colores de la caja interna.

Después de haber abierto ésta (lo cual nos fue muy fácil), llegamos a una tercera caja, también en forma de ataúd y que no se diferenciaba de la segunda en ningún detalle, salvo en su materia, que era cedro, y, desprendía aún el peculiar y altamente aromático olor de esa madera. Entre la segunda y la tercera caja no quedaba espacio alguno.

Al sacar la tercera caja descubrimos y sacamos el propio cuerpo. Esperábamos encontrarlo, como es costumbre, envuelto en numerosas tiras o vendas de lino; pero en lugar de ello hallamos una especie de vaina hecha de papiro y cubierta de una capa de yeso burdamente pintada y dorada. Las pinturas representaban temas relacionados con los diversos supuestos deberes del alma y su presentación a las diferentes divinidades, entre numerosas figuras humanas idénticas, puestas allí, con toda probabilidad, como retratos de las personas embalsamadas. De la cabeza a los pies extendíase una inscripción columnaria o perpendicular en jeroglíficos fonéticos, indicando de nuevo el nombre y los títulos del difunto y los nombres y títulos de sus parientes.

Alrededor del cuello así desfajado estaba el collar de cuentas de vidrio

cilíndricas de diversos colores y dispuesto como para formar imágenes de deidades, del escarabajo, etcétera, con el globo alado. En torno a la parte estrecha de la cintura había un collar o cinturón parecido.

Habiendo quitado el papiro, encontramos la carne en excelente conservación, sin ningún olor perceptible. El color era rojizo. La piel, dura, lisa y satinada. Los dientes y los cabellos se hallaban en buen estado. Los ojos (al parecer) habían sido arrancados, sustituyéndolos con otros de vidrio, muy bellos, que imitaban a maravilla la vida, salvo en su fijeza, demasiado acentuada. Los dedos y las uñas estaban brillantemente dorados.

Mister Gliddon opinaba, dada la rojez de la epidermis, que el embalsamamiento había sido efectuado enteramente con asfalto; pero al raspar la superficie con un instrumento de acero, y habiendo echado al fuego un poco del polvo así obtenido se hizo evidente el olor de alcanfor y de otras gomas aromáticas.

Examinamos el cadáver con sumo cuidado para descubrir las incisiones acostumbradas, por las cuales eran extraídas las entrañas; pero, para sorpresa nuestra, no encontramos una sola. Ningún miembro de la reunión sabía en aquel momento que es frecuente encontrar momias enteras o sin incisiones. El cerebro solía vaciarse por la nariz; los intestinos; por una incisión en el costado. El cuerpo era entonces afeitado, lavado y salado; luego lo dejaban reposar aparte durante varias semanas, y después comenzaba la operación del embalsamamiento propiamente dicho.

Como no se podía encontrar ninguna huella de incisión, el doctor Ponnonner preparaba sus instrumentos de disección cuando hice notar que eran ya, las dos dadas. Al llegar aquí se acordó aplazar el examen interno hasta la noche próxima, y cuando íbamos a separarnos, alguien sugirió la idea de un experimento o dos con la pila de Volta.

La aplicación de la electricidad a una momia que tendría tres o cuatro mil años era una idea, si no muy sensata, al menos bastante original, y todos la cogimos al vuelo. Con una décima parte de seriedad y nueve décimas partes de broma dispusimos una batería en el gabinete del doctor, y transportamos allí al egipcio.

Sólo después de mucho trabajo conseguimos descubrir un trozo del músculo temporal que parecía presentar menor rigidez pétreo que las otras partes del cuerpo, pero que, como esperábamos, no dio, claro está, señal de susceptibilidad galvánica al ponerlo en contacto con el alambre. Al tercer ensayo nos pareció decisivo esto, y riéndonos con ganas de nuestro propio desatino, nos deseábamos las buenas noches mutuamente cuando mis ojos, cayendo por casualidad sobre los de la momia, se quedaron allí clavados de asombro. Aquel breve vistazo me bastó, en realidad, para tener la completa

certeza de que los globos que todos habíamos supuesto eran de vidrio, y que al principio se distinguían por una extraña fijeza, estaban ahora tan bien cubiertos por los párpados, que sólo era visible una pequeña porción de la túnica albugínea.

Llamé la atención con un grito sobre aquel hecho, que fue enseguida evidente para todos.

No diré que me sentí alarmado por el fenómeno, porque «alarmado» no es, en mi caso, la palabra exacta. Es posible, sin embargo, que, a causa del Brown Stout, estuviese un poco nervioso. En cuanto al resto de los reunidos, no intentaron, por cierto, ocultar el claro miedo que los invadía. El doctor Ponnonner era un hombre que daba lástima. Mister Gliddon, por algún procedimiento especial, se hizo invisible. E imagino que mister Silk Buckingham no tendrá la osadía de negar que se metió a cuatro patas debajo de la mesa.

Pasada la primera conmoción de estupor, decidimos, empero, ni qué decir tiene, efectuar inmediatamente otro experimento. Nuestras operaciones se dirigieron ahora contra el dedo pulgar del pie derecho. Hicimos una incisión en la parte externa del os sesamoideum pollicis pedis y llegamos así a la raíz del músculo abductor. Adaptando de nuevo la batería, aplicamos ahora el fluido a los nervios bisectores, cuando, con un movimiento que superaba al de la vida natural, la momia levantó la rodilla derecha como para ponerla en estrecho contacto con el abdomen, y luego, enderezando aquel miembro con una fuerza inconcebible, largó un puntapié al doctor Ponnonner, que tuvo por efecto disparar a dicho gentleman como el proyectil de una catapulta y lanzarle a la calle por una ventana.

Nos precipitamos fuera en masse para recoger los destrozados restos de la víctima; pero tuvimos la dicha de encontrárnoslo en la escalera que subía con una inexplicable celeridad, henchido de la más ardiente filosofía y más convencido que nunca de la necesidad de proseguir nuestro experimento con vigor y celo.

Por consejo suyo, en efecto, hicimos, acto seguido, una profunda incisión en la punta de la nariz del paciente mientras el propio doctor, cogiéndola con ímpetu, la puso en violento contacto con el alambre.

Moral y físicamente —metafórica y literalmente— el efecto fue eléctrico. Primero el cadáver abrió los ojos y parpadeó muy deprisa durante unos minutos, como hace mister Barnes en su pantomima; en segundo lugar, estornudó; en tercer lugar, se incorporó, quedando sentado; en cuarto, colocó su puño ante la cara del doctor Ponnonner, y en quinto lugar, volviéndose hacia los señores Giddon y Buckingham, se dirigió a ellos, en el egipcio más puro, de este modo:

—Debo decirles, caballeros, que estoy tan sorprendido como mortificado por su conducta. Del doctor Ponnonner no podía esperarse otra cosa. Es un desdichado y gordo mentecatuelo que no sabría hacer nada mejor. Le compadezco y le perdono. Pero usted, mister Gliddon, y usted, Silk, que han viajado y residido en Egipto hasta el punto de que podría imaginarse que han nacido en aquellas tierras; usted, digo, que ha vivido tanto tiempo entre nosotros, que habla el egipcio tan bien, creo, como escribe su lengua materna; de usted, a quien había yo considerado siempre como el más fiel amigo de las momias, esperaba realmente un comportamiento más caballeroso. ¿Qué debo pensar de su actitud impasible al verme tratado de un modo tan brutal? ¿Qué debo suponer cuando permite a Juan y a Pedro que me despojen de mi féretro y de mis ropas en este clima detestablemente frío? ¿Desde qué punto de vista (para terminar) debo considerar su ayuda y complicidad a ese miserable y pequeño bellaco del doctor Ponnonner al tirarme de la nariz?

Se supondrá, de fijo, que después de oír aquel discurso en tales circunstancias salimos todos por la puerta, o caímos presa de violentos ataques de nervios, o sufrimos un desmayo general. Una de estas tres cosas era, digo yo, de esperar. Al fin y al cabo, cada una de esas tres líneas de conducta pudo haber sido seguida muy plausiblemente. Y, bajo palabra, no he logrado saber cómo o por qué no seguimos ninguna de las tres. Aunque acaso haya que buscar la verdadera razón en el espíritu de este tiempo, que actúa siempre conforme a la regla de los contrarios, la cual se admite ahora como solución de lo que sea por medio de paradojas e imposibles. O tal vez, después de todo, era tan sólo el aire hartado natural y familiar de la momia lo que quitaba a sus palabras todo sentido terrorífico. Comoquiera que fuese, los hechos son evidentes, y ningún miembro de nuestra reunión reveló un azaramiento especial o pareció creer que había ocurrido algo del orden más irregular.

Por mi parte, estaba convencido de que todo era natural, y me situé simplemente a un lado, fuera del alcance del puño del egipcio. El doctor Ponnonner se metió las manos en los bolsillos, miró, iracundo, a la momia y se puso muy colorado. Mister Gliddon se acariciaba las patillas y estiraba el cuello de su camisa. Mister Buckingham bajó la cabeza y se metió el pulgar derecho en la comisura izquierda de la boca.

El egipcio le miró con cara severa durante unos minutos, y por último dijo con un gesto despreciativo:

—¿Por qué no habla, mister Buckingham? ¿Ha oído usted, o no, lo que le he preguntado? ¿Quiere quitarse de la boca ese dedo?

Mister Buckingham, al oír esto, tuvo un ligero sobresalto, se sacó el pulgar derecho de la comisura izquierda de la boca y, a modo de compensación, introdujo su pulgar izquierdo en la comisura derecha de la abertura antes

mencionada.

No pudiendo obtener una respuesta de mister B***, la momia se volvió, malhumorada, hacia mister Gliddon, y en tono perentorio le pidió que explicase en términos generales qué era lo que deseábamos todos.

Mister Gliddon respondió extensamente en fonética, y de no ser por la insuficiencia de tipos jeroglíficos en las imprentas americanas, tendría yo mucho gusto en transcribir aquí, en el original, su excelente discurso.

Aprovecharé esta ocasión para hacer notar que toda la conversación subsiguiente, en que tomó parte la momia, tuvo lugar en egipcio primitivo, por mediación (en lo que respecta a mí mismo y a los otros miembros de la reunión que no habían viajado), por mediación, repito, de los señores Gliddon y Buckingham como intérpretes. Estos caballeros hablaban la lengua materna de la momia con fluidez y gracia inimitables; pero no podía yo dejar de observar que (a causa, sin duda, de la introducción de imágenes enteramente modernas y, por contado, enteramente nuevas para el extranjero) los dos viajeros se vieron a veces precisados a emplear formas sensibles, a fin de darles un sentido especial. Hubo un momento, por ejemplo, en que mister Gliddon no pudo hacer comprender al egipcio el vocablo «política» hasta que trazó sobre la pared, con un trozo de carbón, un caballere de nariz granujienta, con los codos al aire, erguido hacia atrás, el brazo derecho proyectado hacia delante, el puño cerrado, los ojos alzados hacia el cielo, y la boca abierta en un ángulo de noventa grados. De igual modo, mister Buckingham no conseguía hacerle entender la idea, por completo moderna, de whig, hasta que (por indicación del doctor Ponnonner), palideciendo a fondo, accedió a quitarse la suya.

Era, en verdad, muy comprensible que el discurso de mister Gliddon versara principalmente sobre los grandes beneficios que la ciencia podía obtener del desfajamiento y desentrañamiento de las momias, disculpando a este respecto cualquier molestia que le hubieran podido causar a él en particular, a la momia llamada Allamistakeo; terminó con la simple insinuación (pues apenas fue más) de que como aquellas pequeñas cuestiones estaban ahora ya explicadas, podíase en el acto proseguir la investigación proyectada. Al llegar aquí, el doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

Con relación a las últimas sugerencias del orador, parece ser que Allamistakeo sintió ciertos escrúpulos de conciencia, sobre la naturaleza de los cuales no he sido claramente informado, pero se mostró satisfecho de las disculpas ofrecidas, y bajándose de la mesa dio la mano a toda la reunión a la redonda.

Cuando hubo terminado esta ceremonia nos ocupamos sin demora de reparar los daños que el escalpelo había causado al paciente. Cosimos la

herida de su sien, le vendamos el pie y aplicamos una pulgada de tafetán negro sobre la punta de su nariz.

Observamos entonces que el conde (éste era el título, al parecer, de Allamistakeo) sentía un ligero temblor, motivado por el frío, de seguro. El doctor fue acto seguido a su guardarropa y volvió a muy poco con un frac negro del mejor corte hecho por Jennings, un pantalón de tartán azul cielo con trabillas, una chemisse de guinga rosada, un chaleco de brocado con solapas, un gabán saco claro, un bastón de cayada, un sombrero sin alas, unas botas de charol, unos guantes de gamuza color paja, unas antiparras y una corbata de plastrón. A causa de la diferencia de talla entre el conde y el doctor (la proporción era como de dos a uno), costó cierto trabajo adaptar aquellas prendas a la persona del egipcio; pero cuando todo estuvo arreglado podía él decir, por lo menos, que estaba bien vestido. Mister Gliddon, pues, le dio el brazo y le condujo hacia un cómodo sillón junto al fuego, mientras el doctor tocó la campanilla, presuroso, y mandó que trajesen cigarros y vino.

Se animó la conversación muy pronto. Existía, naturalmente, mucha curiosidad con respecto al hecho, bastante notable, de que Allamistakeo estuviera vivo.

—Yo hubiera pensado —observó mister Buckingham— que hacía ya mucho tiempo que había usted muerto.

—¡Cómo —replicó el conde, muy asombrado—. ¡Si no tengo más que setecientos años! Mi padre vivió mil, y no chocheaba en absoluto cuando murió.

Siguió a esto una serie de preguntas y de cálculos, por medio de los cuales resultó patente que la antigüedad de la momia había sido muy torpemente evaluada. Hacía cinco mil cincuenta años y unos meses que había sido depositada en las catacumbas de Eleithias.

—Pero mi observación —prosiguió mister Buckingham— se refería a su edad en la época de su entierro (no deseo, de todas veras, sino reconocer que aún es usted joven); yo aludía a la inmensidad de tiempo durante el cual, según su propia manifestación, debe usted de haber estado envuelto en asfalto.

—¿En qué? —preguntó el conde.

—En asfalto —insistió mister Buckingham.

—¡Ah, sí! Tengo una vaga noción de lo que quiere usted decir; eso puede servir, aunque en mi tiempo no empleábamos apenas más que el bicloruro de mercurio.

—Pero lo que nos resulta más difícil de comprender —dijo el doctor Ponnonner— es cómo puede ocurrir que, habiendo usted muerto y sido

enterrado en Egipto hace cinco mil años, esté aquí hoy perfectamente vivo y con un aspecto tan deliciosamente saludable.

—Si yo hubiese, como usted dice, muerto —replicó el conde—, es muy probable que muerto seguiría, pues noto que están ustedes aún en la infancia del galvanismo y que no pueden realizar con él lo que era cosa corriente entre nosotros en los antiguos días. Pero el hecho es que sufrí un ataque de catalepsia y que mis mejores amigos creyeron que estaba muerto o que debía estarlo, y decidieron embalsamarme enseguida. Supongo que conocerán ustedes el principio capital del método de embalsamamiento.

—¡Cómo! Ni una palabra.

—¡Ah, ya lo veo! ¡Deplorable estado de ignorancia! Bien; no puedo entrar en detalles, por ahora; pero es necesario explicarles que, en Egipto, embalsamar (hablando con propiedad) era suspender por tiempo indefinido todas las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Empleo la palabra «animal» en su sentido más amplio abarcando el ser tanto moral como vital. Repito que el principio capital del embalsamamiento consistía entre nosotros en paralizar inmediatamente y en mantener perpetuamente en suspenso todas las funciones animales sometidas a ese procedimiento. Para ser breve, cualquiera que fuese el estado en que se encontrara el individuo en el período de embalsamamiento, en ese mismo estado permanecía. Ahora bien: como tenía yo la buena suerte de ser de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado vivo, tal como me ven ustedes actualmente.

—¡La sangre del Escarabajo! —exclamó el doctor Ponnonner.

—Sí. El Escarabajo era la insignium, las «armas» de una familia noble muy distinguida y muy poco numerosa. Ser «de la sangre del Escarabajo» significa, en fin, ser uno de los miembros de esa familia que tenían el Escarabajo como emblema. Hablo en sentido figurado.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con que esté usted vivo ahora?

—Pues verán ustedes: era costumbre general en Egipto quitar al cadáver, antes del embalsamamiento, los intestinos y el cerebro; sólo la estirpe de los Escarabajos no estaba sujeta a esa costumbre. Por tanto, de no haber sido yo un Escarabajo, me hubiera quedado sin intestinos y sin cerebro, y resulta bastante incómodo vivir sin esas dos cosas.

—Lo comprendo —dijo mister Buckingham—, y supongo que todas las momias enteras que llegan a nuestras manos son de la raza de los Escarabajos.

—Sin ningún género de duda.

—Yo creía —dijo mister Gliddon con mucha humildad que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.

—¿Uno de los qué egipcios? —exclamó la momia, poniéndose en pie de un salto.

—¡Dioses! —repitió el viajero.

—Mister Gliddon, estoy muy asombrado de oírle hablar de ese modo —dijo el conde, sentándose de nuevo—. Ninguna nación sobre la faz de la tierra ha reconocido nunca más que un dios. El Escarabajo, el Ibis, etcétera, eran para nosotros (lo mismo que unas criaturas semejantes lo han sido para otros) los símbolos, o media, o intermediarios, con ayuda de los cuales ofrendamos culto al Creador, demasiado augusto para que nos acerquemos a Él directamente.

Hubo aquí una pausa. Al fin reanudó el coloquio el doctor Ponnonner.

—No es, pues, improbable, por lo que usted ha explicado —dijo—, que en las catacumbas próximas al Nilo puedan existir otras momias de la raza del Escarabajo en condiciones de vitalidad.

—Eso es incuestionable —confirmó el conde—; todos los Escarabajos embalsamados accidentalmente estando vivos, vivos siguen. Incluso algunos de los embalsamados deliberadamente así, pueden haber sido olvidados por sus albaceas testamentarios, y permanecer aún en la tumba.

—¿Tendría usted la bondad de explicar —dije— qué entiende usted por «embalsamados deliberadamente así»?

—Con mucho gusto —respondió la momia, después de examinarme despacio a través de sus antiparras, pues era la primera vez que me atrevía a hacerle una pregunta directa—. Con mucho gusto —repitió—. La duración ordinaria de la vida del hombre en mi tiempo era de ochocientos años, aproximadamente. Pocos hombres morían, salvo a consecuencia de un accidente extraordinario, antes de los seiscientos, y pocos vivían más de diez siglos; pero ocho siglos eran considerados como el término natural. Después de descubrirse el principio de embalsamamiento, como ya se lo he descrito antes, se les ocurrió a nuestros filósofos que se podría satisfacer una laudable curiosidad, y al mismo tiempo hacer progresar en grande los intereses de la ciencia, viviendo ese término natural en plazos. Por lo que atañe a la Historia, la experiencia ha demostrado a las claras cuán indispensable sería algo así. Un historiador, por ejemplo, habiendo alcanzado la edad de quinientos años, escribiría un libro después de una ímproba labor, y luego sería embalsamado con esmero, dejando el encargo a sus albaceas pro tempore de que le hicieran resucitar pasado cierto lapso de tiempo: pongamos quinientos o seiscientos años. Cuando volviera a la vida al expirar ese plazo, encontraría indefectiblemente su gran obra convertida en una especie de cuaderno de notas escritas al azar, es decir en una especie de liza literaria abierta a las conjeturas

antagónicas, a los enigmas y disputas personales de toda la chusma de exasperados comentadores. Esas conjeturas, etcétera, pasando bajo el nombre de anotaciones o enmiendas, habrían envuelto, deformado y aniquilado el texto, hasta el punto de que el autor tendría que ir dando vueltas con una linterna para descubrir su propio libro. Cuando lo descubriese no merecería la pena que se hubiera tomado ninguna molestia en buscarlo. Después de reescribirlo desde el principio hasta el fin, consideraría el historiador un deber ineludible ponerse sin tardanza a corregir, conforme a su ciencia y experiencia propias, las tradiciones actuales referentes a la época en que hubiera él vivido antes. Ahora bien: este procedimiento de reescritura y de rectificación personales, proseguido de cuando en cuando por diferentes sabios, tendría como efecto impedir que nuestra historia degenerase en una completa fábula.

—Le pido que me perdone —dijo el doctor Ponnonner en este momento, poniendo suavemente su mano sobre el brazo del egipcio—, le pido que me perdone, conde; pero, ¿me permite que le interrumpa un momento?

—Sin duda alguna, caballero —accedió el conde, retirando el brazo.

—Quisiera nada más que hacerle una pregunta —repuso el doctor—. Ha aludido usted a correcciones personales del historiador de tradiciones relativas a su época. Como promedio, se lo ruego, ¿en qué proporción se encontraba generalmente mezclada la verdad a esa cábala?

—La cábala, como usted la llama apropiadamente, caballero, estaba, por regla general, a la par con los hechos registrados en la historia misma no reescrita; es decir, que no se conoció nunca ni una simple tilde de la una o de la otra, en ninguna circunstancia, que no fuese total y radicalmente falsa.

—Pero ya que resulta absolutamente claro —prosiguió el doctor— que han transcurrido lo menos cinco mil años desde su entierro, doy por supuesto que su historia, si no sus tradiciones, en ese período, era lo bastante explícita sobre un tema de interés universal, la creación, que tuvo lugar, como sabe usted, sin duda, sólo unos diez siglos antes.

—¡Caballero! —exclamó Allamistakeo.

El doctor repitió su observación, pero únicamente después de muchas explicaciones adicionales pudo hacer que comprendiese el extranjero. Al cabo, este último dijo, vacilando:

—Las ideas que ha indicado usted son para mí, lo confieso, totalmente nuevas. En mi tiempo no he conocido nunca a nadie que tomara en consideración una fantasía tan peregrina como la de que el universo (o este mundo, si usted lo prefiere) pueda haber tenido un comienzo. Recuerdo, que una vez, sólo una vez, oí algo vagamente insinuado por un hombre de mucha ciencia, concerniente al origen de la raza humana; y este hombre empleaba,

como usted, la palabra Adán (o Tierra Roja). La empleaba, no obstante, en un sentido genérico, refiriéndose a la generación espontánea sobre la tierra fértil (ni más ni menos que como un millar de minúsculas especies germinadas), a la generación espontánea, digo, de cinco vastas hordas de hombres, creciendo simultáneas en cinco partes distintas del globo, casi iguales.

Aquí la reunión, en general, se encogió de hombros, y uno o dos miembros se barrenaron la sien con un gesto significativo. Mister Silk Buckingham, lanzando una rápida ojeada primero sobre el occipucio y luego sobre el sincipucio de Allamistakeo, habló del siguiente modo:

—La larga duración de la vida animal en su tiempo, unida a la práctica ocasional de pasarla, como nos ha explicado usted, en plazos, debió de haber contribuido realmente a fortalecer el desarrollo general y la acumulación de la ciencia. Presumo, pues, que debemos atribuir en absoluto la marcada inferioridad de los antiguos egipcios en todas las especialidades de la ciencia, comparados con los hombres modernos y más en particular con los yanquis, al mayor espesor del cráneo egipcio.

—Confieso de nuevo —replicó el conde con mucha afabilidad— que me cuesta algún trabajo comprenderle. ¿Quiere decirme, se lo ruego, a qué partes de la ciencia alude usted?

Aquí la reunión entera, uniendo sus voces, detalló extensamente las teorías de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

Habiéndonos escuchado hasta el final, el conde se puso a contarnos algunas anécdotas, por la cuales resultó evidente que los prototipos de Gall y Spurzheim habían florecido y fenecido en Egipto hacía tanto tiempo, que estaban casi olvidados, y que los procedimientos de Mesmer eran, si bien se mira, despreciables tretas en comparación con los positivos milagros realizados por los sabios tebanos, que creaban piojos y otros muchos seres semejantes.

Pregunté al conde si su raza había sido capaz de calcular los eclipses. Sonrió con cierto desdén y dijo que sí.

Esto me azaró un poco; pero iba yo a hacerle otras preguntas referentes a su ciencia astronómica, cuando un miembro de la reunión, que no había abierto aún la boca, murmuró a mi oído que, si necesitaba una información sobre aquello, haría mejor en consultar a Tolomeo (quienquiera que fuese) y también a un tal Plutarco en su obra *De facie lunae*.

Interrogué entonces a la momia sobre los vidrios ardientes y las lentes, y en suma, acerca de la fabricación del vidrio; pero no había terminado de hacer mis preguntas, cuando aquel miembro silencioso me dio suavemente con el codo, rogándome por amor de Dios que echase una ojeada sobre Diodoro de

Sicilia. En cuanto al conde, sólo me preguntó, a manera de réplica, si nosotros los modernos teníamos microscopios que nos permitiesen tallar camafeos al estilo de los egipcios. Mientras pensaba yo cómo podría contestar aquella pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se aventuró por un camino muy extraordinario.

—¡Vea usted nuestra arquitectura! —ponderó, con gran indignación de los dos viajeros, que le pellizcaban hasta ponerle negro y morado en vano—. ¡Vea usted —gritó, entusiasmado— la Fuente Verde del juego de Bolos en Nueva York! O si ésa es una visión demasiado abrumadora, ¡contemple un monumento al Capitolio de Washington, D.C.!

Y el bueno del hombrecillo médico se puso a detallar con mucha minuciosidad las proporciones del edificio mencionado. Explicó que el pórtico sólo estaba adornado con no menos de veinticuatro columnas de cinco pies de diámetro y a diez pies de distancia unas de otras.

El conde dijo que lamentaba no poder acordarse con precisión en aquel momento de las dimensiones exactas de algunos de los principales edificios de la ciudad de Aznac, cuyos cimientos se perdían en la noche del Tiempo, pero cuyas ruinas estaban aún en pie, por la época de su entierro, en una amplia llanura de arena al oeste de Tebas. Recordaba, sin embargo (hablando de pórticos) que uno de ellos, erigido en un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Carnac, se componía de ciento cuarenta y cuatro columnas de treinta y siete pies de circunferencia y veinticinco de separación. Se llegaba a aquel pórtico desde el Nilo por una avenida de dos millas de largo, formada con esfinges, estatuas y obeliscos de veinte, sesenta y cien pies de altura. El propio palacio (hasta donde él podía recordar) tenía, en una sola dirección, dos millas de largo, y podría tener en total cerca de siete de circuito. Los muros estaban ricamente pintados todos, por fuera y por dentro, con jeroglíficos. Él no pretendía afirmar que no se hubiesen podido edificar cinco o seis de aquellos Capitolios del doctor entre sus muros; pero no estaba demostrado que doscientos o trescientos de ellos no hubiesen podido estibarse allí sin demasiado trastorno. Aquel palacio de Carnac era un pequeño, un insignificante edificio, después de todo. Él (el conde), con todo, no podía en conciencia negarse a admitir la ingeniosidad, la magnificencia y la superioridad de la Fuente Verde del juego de Bolos, tal como la describía el doctor. Nada parecido, se veía obligado a confesarlo, se había visto nunca en Egipto ni en ninguna otra parte.

Pregunté entonces al conde qué podía decir de nuestros ferrocarriles.

—Nada —replicó— de particular. Son un tanto endebles, un tanto mal ideados y toscamente ensamblados. No pueden, pues, compararse, naturalmente, con las calzadas amplias, llanas, directas, de rodadas de hierro

sobre los cuales los egipcios transportaban templos enteros y obeliscos macizos de ciento cincuenta pies de altura.

Hablé de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Convino en que sabíamos algo en ese género; pero me preguntó cómo nos compondríamos hoy para levantar las impostas sobre los dinteles del más pequeño palacio en Carnac.

Decidí dar por no oído aquello, y le pregunté si tenía alguna idea de los pozos artesianos; pero se limitó a levantar las cejas, mientras mister Gliddon me guiñaba con mucha insistencia los ojos y me decía en voz baja que los ingenieros encargados de los sondeos para buscar agua en el Gran Oasis habían descubierto uno recientemente. Mencioné entonces nuestro acero, pero el extranjero alzó la nariz y me preguntó si nuestro acero hubiera podido nunca ejecutar la talla de las figuras que se ven en los obeliscos, y que habían sido esculpidas por entero con instrumentos de filo de cobre.

Esto nos desconcertó tanto, que juzgamos prudente desviar nuestro ataque hacia la metafísica. Enviamos a buscar un ejemplar de una obra titulada el Dial, y leímos un capítulo o dos acerca de algo no muy claro que los bostonianos llaman el Gran Movimiento Progresivo.

El conde dijo simplemente que los grandes movimientos eran cosas muy corrientes en sus días, y en cuanto al Progreso, fue en una determinada época una completa calamidad, pero no progresó jamás.

Le hablamos después de la gran belleza e importancia de la Democracia, y nos costó mucho trabajo hacer comprender al conde el verdadero sentido de las ventajas que gozábamos viviendo en un país donde el sufragio era ad líbitum y no había rey.

Nos escuchó con marcado interés y, en realidad, pareció divertirse mucho. Cuando terminamos, dijo él que mucho tiempo atrás había sucedido allí algo muy parecido. Trece provincias egipcias decidieron de pronto ser libres, dando así un magnífico ejemplo al resto de la Humanidad. Reunieron a sus sabios y confeccionaron la más ingeniosa constitución que sea posible concebir. Durante algún tiempo se manejaron muy bien, sólo que su habitual fanfarronería seguía siendo prodigiosa. La cosa, no obstante, terminó con la unión de los trece Estados, a los que se agregaron algo así como otros quince o veinte, para el más odioso e insoportable despotismo de que se haya oído hablar sobre la faz de la Tierra.

Pregunté cuál era el nombre de aquel tirano usurpador.

Por lo que el conde podía recordar, se llamaba Chusma.

No sabiendo qué decir a eso, levanté la voz y deploré la ignorancia de los

egipcios sobre el vapor.

El conde me miró con gran asombro pero no contestó. Sin embargo, el caballero silencioso me dio un violento codazo en el costado, diciéndome que ya me había comprometido lo bastante una vez, y me preguntó si era yo de veras tan inculto, que ignoraba que la moderna máquina de vapor provenía del invento de Hero a través de Salomón de Caus.

Estábamos en inminente peligro de ser derrotados; pero la buena suerte hizo que el doctor Ponnonner, reanimado, acudiese en socorro nuestro y preguntase si el pueblo egipcio podía pretender seriamente competir con los modernos en el importantísimo arte de la indumentaria.

El conde, a esto, lanzó un vistazo hacia las trabillas de sus pantalones, y, luego, cogiendo por la punta uno de los faldones de su frac, lo mantuvo ante sus ojos unos minutos. Dejándolo caer, por fin, se abrió su boca gradualmente, de oreja a oreja; pero no recuerdo que dijese nada a manera de contestación.

En este momento recobramos nuestro ánimo, y el doctor, acercándose a la momia con gran dignidad, quiso que nos dijese, con sinceridad, por su honor de caballero, si los egipcios habían concebido en cualquier época la fabricación, bien de las pastillas Ponnonner o bien de las píldoras Brandreth.

Esperamos con profunda ansiedad una respuesta, aunque en vano. Aquella respuesta no llegaba. El egipcio se puso colorado y bajó la cabeza. No hubo nunca triunfo más cabal, no hubo nunca derrota sufrida con peor gracia. Realmente, no podía yo soportar el espectáculo de aquella humillación de la pobre momia. Cogí mi sombrero, me incliné con tiesura ante él y me marché.

Al volver a mi casa vi que eran las cuatro dadas, y me metí al momento en la cama. Son ahora las diez de la mañana. Estoy levantado desde las siete, escribiendo estas notas en beneficio de mi familia y de la Humanidad. A la primera no la veré más. Mi mujer es una arpía. La verdad es que estoy francamente harto de esta vida y del siglo XIX en general. Estoy convencido de que todo marcha de la peor manera. Además, siento una gran impaciencia por saber quién será presidente en el año 2045. Por eso, en cuanto me haya afeitado, y sorbido una taza de café, voy a subir a casa de Ponnonner y a hacerme embalsamar por un par de siglos.

METZENGERSTEIN

El horror y la fatalidad han aparecido libremente en público en todas las edades. ¿Para qué señalar una fecha a la historia que voy a contar? Basta con decir que en la época de que hablo existía en el interior de Hungría una

arraigada, aunque oculta, creencia en las doctrinas de la metempsicosis. De esas doctrinas mismas —esto es, de su falsedad o de su probabilidad— no diré nada. Afirmo, sin embargo, que gran parte de nuestra incredulidad (como dice La Bruyère de toda nuestra infelicidad) viét de no pouvoir être seul.

Pero había algunos puntos en la superstición húngara que tendían por completo a lo absurdo. Ellos —los húngaros— diferían muy esencialmente de sus autoridades de Oriente. Por ejemplo, el alma —dicen aquéllos y cito las palabras de un agudo e inteligente parisiense—: ne demeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux.

Las familias Berlifitzing y Metzengerstein habían estado desavenidas durante siglos. No hubo nunca antes dos casas tan ilustres agriadas mutuamente por una hostilidad tan mortal. El origen de esta enemistad parece hallarse en las palabras de una antigua profecía: «Un elevado nombre caerá con espantosa caída cuando, como el jinete sobre su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe de la inmortalidad de Berlifitzing».

Seguramente estas palabras en sí tenían escaso o nulo significado. Pero causas más triviales han dado origen —y esto sin remontarse mucho— a consecuencias igual de memorables. Además, los estados sitio contiguos habían ejercido largo tiempo una influencia rival en los asuntos de un gobierno bullicioso. Por otra parte, vecinos tan cercanos son rara vez amigos; y los moradores del castillo de Berlifitzing podían ver desde sus elevados contrafuertes hasta por dentro de las ventanas del palacio de Metzengerstein. Y no era en absoluto la magnificencia más que feudal así ostentada la que intentaba apaciguar los irritables sentimientos de los Berlifitzing, menos antiguos y menos ricos. ¿Cómo extrañarse, entonces, de que las palabras, aunque necias, de aquella predicción, pueden haber creado y mantenido la discordia entre dos familias ya predispuestas a las contiendas por todas las instigaciones de una envidia hereditaria? La profecía parecía entrañar —si es que entrañaba algo— un triunfo final del lado de la casa más poderosa ya, y que, naturalmente, vivía en la memoria de la más débil y menos influyente, con la más amarga animosidad.

Guillermo, conde de Berlifitzing, aunque de altísima estirpe, era en el tiempo de esta narración un viejo chocho y achacoso, notable tan sólo por una loca e inveterada antipatía personal hacia la familia de su rival, y con una pasión tan loca por los caballos y la caza, que ni aquella debilidad corporal ni su incapacidad mental le impedían tomar parte a diario en los peligros de la montería.

Por otro lado, Federico, barón de Metzengerstein, no era aún mayor de edad. Su padre, el ministro G***, había muerto joven. Su madre, lady María,

le siguió muy pronto. Federico tenía a la sazón dieciocho años. En una ciudad, dieciocho años no son mucho tiempo; pero en una soledad, y en una soledad tan magnífica como la de aquella vieja soberanía, el péndulo vibra con más hondo significado.

A consecuencia de algunas circunstancias especiales derivadas de la administración de su padre, el joven barón, al morir, entró inmediatamente en posesión de sus vastos dominios. Rara vez se había visto antes gozar de un patrimonio tal a un noble húngaro. Sus castillos eran innumerables. El primero en cuanto a magnificencia y extensión era el palacio de Metzengerstein. La línea fronteriza de sus dominios estaba claramente definida, pero su parque principal abarcaba un circuito de cincuenta millas.

Sobre la herencia de un propietario tan joven y de un carácter muy bien conocido, de una fortuna tan incomparable, circulaban pocos rumores en relación con su probable línea de conducta. Y realmente, en el espacio de tres días, la conducta del heredero excedió la de Herodes y superó en magnificencia la expectación de sus más entusiastas admiradores. Vergonzosos libertinajes, flagrantes felonías, atrocidades inauditas, hicieron comprender enseguida a sus temblorosos vasallos que ni la servil sumisión por parte de éstos ni los escrúpulos de conciencia por la de él, les garantizarían de allí en adelante la menor seguridad contra las garras sin remordimientos de aquel pequeño Calígula. La noche del cuarto día se descubrió que había estallado un incendio en las cuadras del castillo de Berlifitzing, y la opinión unánime del vecindario añadió el crimen del incendiario a la ya horrenda lista de delitos y enormidades del barón.

Pero durante el tumulto ocasionado por aquel accidente, el joven noble ocupaba —sumido, al parecer, en meditación— una amplia y solitaria estancia enclavada en la parte alta del palacio familiar de Metzengerstein. Los tapices ricos, aunque ajados, que colgaban de los muros con languidez, representaban las vagas y majestuosas figuras de mil ilustres antecesores. Allí, sacerdotes revestidos de rico armiño, dignatarios pontificales, sentábanse familiarmente con el autócrata y el soberano, ponían el veto a los deseos de un rey temporal o contenían con el fiat de la supremacía papal el cetro rebelde del Enemigo Malo. Allí las oscuras y altas figuras de los príncipes de Metzengerstein —sus musculosos caballos de guerra pisoteando los cadáveres de los enemigos caídos— sobrecogían los nervios más firmes con su vigorosa expresión, y allí también, las figuras voluptuosas y blancas como cisnes de las damas de los pasados días flotaban lejos, en los laberintos de una danza irreal, a los sonos de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón escuchaba o fingía escuchar el alboroto que aumentaba gradualmente en las cuadras de Berlifitzing —o meditaba quizá algún acto de audacia más nuevo o más decidido—, sus ojos se volvieron, sin

querer, hacia la figura de un enorme caballo de color innatural, representado en el tapiz como perteneciente a un sarraceno, antepasado de la familia de su rival. El caballo aparecía en el primer plano del cuadro, inmóvil como una estatua, mientras detrás, más allá, su jinete derrotado parecía bajo el puñal de un Metzengerstein.

Sobre los labios de Federico surgió una expresión diabólica, como si se diera cuenta de la dirección que había tomado su mirada inconscientemente. Con todo, no la apartó. Por el contrario, no podía dominar la ansiedad abrumadora que parecía caer sobre sus sentidos como un paño mortuario. Conciliaba a duras penas sus sueños y sus sentimientos incoherentes con la certeza de hallarse despierto. Cuanto más lo contemplaba, más absorbente era el hechizo, más imposible le parecía el poder arrancar su mirada de la fascinación del tapiz. Pero el tumulto del exterior se hizo de repente más violento, y con un esfuerzo forzado dirigió su atención hacia una explosión de luz rojiza proyectada de lleno desde las cuadras llameantes sobre las ventanas de la estancia.

El acto, empero, sólo fue momentáneo; su mirada se volvió maquinalmente hacia el muro. Ante su extremado horror y su gran asombro, la cabeza del gigantesco corcel había cambiado de posición durante aquel intervalo. El cuello del animal, al principio curvado como compasivamente sobre el abatido cuerpo de su señor, estaba ahora estirado con toda su largura en dirección al barón. Los ojos, antes invisibles, mostraban ahora una expresión enérgica y humana, y brillaban con un rojo ardiente y desusado, y los belfos separados del caballo, furioso en apariencia, dejaban ver por completo sus dientes sepulcrales y repulsivos.

Estupefacto de terror, el joven noble se dirigió, tambaleante, hacia la puerta. Cuando iba a abrirla, un relámpago de luz roja flameó dentro de la habitación, proyectando su sombra con un claro contorno sobre el agitado tapiz, y mientras vacilaba él un instante en el umbral, se estremeció al ver que la sombra tomaba la postura exacta y llenaba exactamente el contorno del implacable y triunfador matador del Berlifitzing sarraceno.

Para aliviar la depresión de su ánimo, el barón salió, presuroso, al aire libre. En la puerta principal del palacio se encontró a tres caballerizos. Con gran dificultad y un inminente peligro de sus vidas, contenían ellos los saltos convulsivos de un caballo gigantesco color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó el joven en tono pendenciero y ronco, reconociendo inmediatamente que el misterioso corcel del tapiz era la copia exacta del furioso animal que tenía ante los ojos.

—Es de vuestra pertenencia, señor —replicó uno de los caballerizos—; al

menos, no ha sido reclamado por ningún otro dueño. Lo hemos cogido cuando huía, todo humeante, espumeando de rabia, de las cuadras incendiadas del castillo de Berlifitzing. Suponiendo que pertenecía a las cuadras de caballos extranjeros del viejo conde, lo hemos traído aquí como descarriado. Pero los mozos niegan toda propiedad sobre este ejemplar, lo cual es extraño, puesto que muestra señales evidentes del fuego, que prueban que se ha librado de él de milagro.

—Las iniciales W. V. B. están también marcadas muy claras sobre su frente —interrumpió el segundo caballerizo—. He supuesto, por eso, que eran las iniciales de Wilhelm von Berlifitzing; pero todos en el castillo niegan terminantemente conocer este caballo.

—¡Es muy raro! —dijo el joven barón, con aire meditabundo, y al parecer inconsciente del sentido de sus palabras—. Como decís, se trata de un caballo notable, ¡de un caballo prodigioso!, aunque, según has hecho notar con certeza, tiene un carácter receloso e indomable. Bien; accedo a que sea mío —añadió después—: quizá un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al mismísimo diablo de las cuadras de Berlifitzing.

—Estáis en un error, monseñor; el caballo, como creo haber indicado, no pertenece a las cuadras del conde. Ya que en tal caso, sabemos muy bien cuál sería nuestro deber, para traerlo a presencia de una noble persona de vuestra familia.

—¡Es cierto! —observó el barón secamente.

En aquel momento un ayuda de cámara llegó del palacio, todo sofocado y presuroso. Musitó al oído de su señor la noticia de la repentina desaparición de un pequeño trozo del tapiz, en una pieza que señaló con el dedo, entrando al mismo tiempo en detalles de un orden minucioso y circunstancial; pero como le comunicó todo aquello en un tono de voz muy bajo, no se escapó nada que pudiera satisfacer la excitada curiosidad de los caballerizos.

El joven Federico, durante la conversación parecía agitado por muy diversas emociones. No obstante, pronto recobró su calma, y una expresión de resuelta perversidad se fijaba ya en su rostro cuando dio órdenes perentorias para que la estancia en cuestión fuese al punto cerrada, quedando la llave en su poder.

—¿Habéis sabido la muerte desgraciada del viejo cazador Berlifitzing? —dijo uno de sus vasallos al barón cuando, después de marcharse el ayuda de cámara, el enorme corcel que el noble había adoptado como suyo saltaba, haciendo corvetas con redoblado furor, mientras bajaba la larga avenida que se extendía del palacio a las cuadras de Metzengerstein.

—¡No! —dijo el barón, volviéndose bruscamente hacia el que hablaba—:

¿Que ha muerto, dices?

—Es la pura verdad, monseñor, y deseo, imagino que para un noble de vuestro nombre no sea ésta una mala noticia.

Una rápida sonrisa surgió sobre el rostro del oyente.

—¿Cómo ha muerto?

—En sus esfuerzos imprudentes por salvar la parte favorita de sus caballos de caza, ha perecido de un modo miserable entre las llamas.

—¿In... du... da... ble... mente? —exclamó el barón como impresionado de una manera lenta y premeditada por la verdad de alguna idea estremecedora.

—Indudablemente —repitió el vasallo.

—¡Espantoso! —dijo el joven, con calma, y volvió tan tranquilo al palacio.

Desde aquella fecha una marcada alteración tuvo lugar en la conducta exterior del disoluto joven barón Federico von Metzengerstein. Realmente, aquella conducta defraudaba todas las esperanzas, y estaba poco en consonancia con los manejos de más de una madre, conforme sus hábitos y maneras mostraban menos todavía que antes, una analogía con los de la aristocracia de la vecindad. No se le veía nunca allende los límites de su dominio, y en su vasto mundo social carecía en absoluto de compañero, a menos que aquel innatural e impetuoso caballo color de fuego, que montaba continuamente desde el suceso, tuviese algún derecho al título de amigo del joven.

A pesar de lo cual, le llegaban periódicamente numerosas invitaciones por parte de la vecindad, «¿Querría el barón honrar nuestra fiesta con su presencia?» «¿Querría el barón unirse a nosotros para una cacería de jabalíes?» «Metzengerstein no caza». «Metzengerstein no asistirá», eran las altivas y lacónicas respuestas.

Estos insultos repetidos no podían ser tolerados por una nobleza arrogante. Las invitaciones se hicieron menos cordiales, menos frecuentes, y, con el tiempo, cesaron por completo. Se oyó a la viuda del infortunado conde de Berlifitzing expresar su esperanza de «que el barón estuviese en su casa cuando no quisiera estar en ella, puesto que desdeñaba la compañía de sus iguales, y que estuviese montado a caballo cuando no quisiera estarlo, puesto que prefería la compañía de un caballo a la de aquéllos». Esto era, con seguridad, la necia explosión de una rencilla hereditaria, y probaba simplemente cuán faltas de sentido llegan a ser nuestras palabras cuando deseamos darles una energía inusitada.

Aun así, las gentes caritativas atribuían la alteración en la conducta del

joven noble al natural dolor de un hijo que ha perdido prematuramente a sus padres; pero olvidaban su atroz y despreocupada conducta durante el breve período que siguió de cerca a aquella sensible pérdida. Algunos insinuaron que tenía realmente una idea exagerada de su importancia y de su dignidad. Otros a su vez (entre los cuales habría que mencionar al médico de la familia) hablaron sin vacilación de una melancolía morbosa y de un mal hereditario, mientras corrían entre la multitud unas insinuaciones más tenebrosas.

En verdad, el cariño perverso del barón por su caballo de reciente adquisición —un cariño que parecía cobrar nueva fuerza a cada nueva muestra que daba el animal de sus feroces y demoníacas inclinaciones— llegó a ser a la larga, a los ojos de los hombres sensatos, un fervor horrible y contra natura. En el deslumbramiento del mediodía, en las horas muertas de la noche, enfermo o saludable, en la calma o en la borrasca, el joven Metzengerstein parecía estar clavado a la silla de aquel caballo colosal, cuyas indomables audacias armonizaban tan bien con su propio espíritu.

Había, por añadidura, circunstancias que, unidas a los últimos acontecimientos, daban un carácter sobrenatural y portentoso a la manía del jinete y a las capacidades del corcel. El espacio que franqueaba éste de un solo salto había sido cuidadosamente medido, resultando que superaba con una diferencia asombrosa los cálculos más amplios y fantásticos. El barón, además, no usaba ningún nombre especial para llamar al animal, aunque el resto de su caballeriza se distinguiera por denominaciones características. Su cuadra estaba situada también a cierta distancia de las otras, y respecto a la limpieza y a todos los servicios necesarios, nadie, excepto el propietario en persona, se hubiera arriesgado a cuidarle o a entrar siquiera en el recinto donde se encontraba su cuadra especial. Se observó asimismo que, aunque los tres mozos que le habían cogido cuando huía del incendio de Berlifitzing hubiesen logrado detener su carrera por medio de una cadena y de un lazo, ninguno de los tres podía afirmar con certeza que durante aquella peligrosa lucha o en otro momento cualquiera desde entonces, hubiesen puesto luego sus manos sobre el cuerpo del animal. Esas pruebas de una inteligencia especial en la conducta de un noble caballo lleno de ardor no habrían bastado, con seguridad, a excitar una atención tan irrazonable; pero había ciertas circunstancias que hubiesen forzado los espíritus más escépticos y flemáticos, y decíase que a veces, cuando el animal hacía retroceder de horror a la multitud curiosa ante la profunda e impresionante significación de su terrible pateo, a veces el joven Metzengerstein palidecía y escapaba ante la expresión repentina y penetrante de aquella mirada casi humana de su corcel.

Entre todo el séquito del barón, nadie dudó, sin embargo, del ardiente y extraordinario afecto que sentía el joven noble por las fogosas cualidades de su caballo; nadie, excepto tan sólo un insignificante y desdichado pajecillo, cuyas

deformidades eran absolutas y cuyas opiniones poseían muy poca importancia. Tenía él (si es que sus ideas merecen la pena de ser mencionadas) el descaro de afirmar que su señor no había saltado nunca a la silla sin un inexplicable y casi imperceptible estremecimiento, y que, al volver de cada una de sus interminables y habituales correrías a caballo, una expresión de maldad triunfante deformaba todos los músculos de su rostro.

Una noche tempestuosa, Metzengerstein, despertándose de un pesado sueño, bajó de su estancia como un loco, y montando a caballo a toda prisa, se precipitó a brincos en el laberinto de la selva. Un hecho tan corriente no llamó en particular la atención; pero su regreso fue esperado con una intensa ansiedad por parte de sus criados, cuando, después de algunas horas de ausencia, los estupendos y magníficos muros del palacio de Metzengerstein empezaron a crujir y a oscilar hasta sus cimientos bajo la acción de una masa densa y lívida de indomable fuego.

Como las llamas, cuando fueron vistas por primera vez, habían hecho ya tan terribles progresos, que todos los esfuerzos por salvar una parte cualquiera del edificio eran evidentemente inútiles, la atónita vecindad permanecía ociosa alrededor, con una estupefacción silenciosa, si no patética. Pero un nuevo y pavoroso objeto atrajo la atención de la multitud y demostró hasta qué punto es más intensa la excitación producida en los sentimientos de una multitud por la contemplación de una agonía humana que la causada por los más aterradores espectáculos de la materia inanimada.

En la larga avenida de añosos robles que formaba el comienzo de la selva, y que conducía a la entrada del palacio de Metzengerstein, apareció un corcel, llevando sobre la silla a un jinete destocado y todo trastornado, con un ímpetu que superaba al del propio Demonio de la Tempestad.

No dominaba el jinete, indiscutiblemente, aquella carrera desenfrenada. La angustia de su cara, los esfuerzos convulsivos de todo su ser, patentizaban una lucha sobrehumana; pero ningún sonido, excepto un solo grito, se escapaba de sus labios desgarrados, que se mordía de cuando en cuando entre la magnitud de su terror. Por un momento resonó el golpeteo de los cascos, agudo y penetrante, sobresaliendo del mugido de las llamas y del aullido del viento; un instante después, franqueado de un solo salto el portón y el foso, el corcel se precipitó escaleras arriba del palacio y desapareció con su jinete entre el torbellino del caótico fuego.

Cesó la furia de la tempestad acto seguido, y la sucedió una calma mortal de sombrío aspecto. Una llamarada blanca envolvía aún el edificio, como un sudario, y relampagueando a lo lejos en la atmósfera tranquila, brotó cierta luz de un brillo sobrenatural, mientras caía pesadamente sobre los muros una nube de humo bajo la forma colosal de un caballo.

LA CITA

¡Hombre infortunado y misterioso!... ¡Deslumbrado por el esplendor de tu propia imaginación, cayendo en las llamas de tu propia juventud! ¡Te veo de nuevo con el pensamiento! ¡Una vez más ha surgido tu figura ante mí! No — ¡oh, no!— tal como eres en el helado y sombrío valle, sino tal como deberías ser, derrochando una vida de magníficos soliloquios en esa ciudad de lúgubres visiones, en tu Venecia, que es la estrella amada de ese Elíseo junto al mar, y las amplias ventanas de cuyos palacios paladianos miran hacia abajo, en profundas y amargas meditaciones, los secretos de sus aguas silenciosas. ¡Sí! Lo repito, tal como deberías ser. Hay, seguramente, otros mundos además de éste, otras ideas que las de la multitud, otras especulaciones que las de los sofistas. ¿Quién, entonces, podría poner en duda tu conducta en esta cuestión, quién te reprocharía tus horas contemplativas o quién calificaría esas ocupaciones en las que gastabas el exceso de tus incansables energías disipadoras de vida?

Fue en Venecia, cerca de las arcadas cubiertas que se llaman el Ponte di Sospiri, donde me encontré por tercera o cuarta vez al personaje de quien hablo. Recuerdo confusamente las circunstancias de este encuentro. No obstante, recuerdo también —¡ah!, ¿cómo podría olvidarlo?— la medianoche profunda, el Puente de los Suspiros, la belleza de la mujer y aquel genio novelesco que se paseaba de arriba abajo sobre el estrecho canal.

Era la noche de una oscuridad desusada. El gran reloj de la Piazza había dado las cinco de la madrugada italiana. La plaza del Campanile se extendía silenciosa y desierta y estaban apagadas las luces del antiguo Palacio Ducal. Volvía a mi casa desde la Piazzetta, por el Gran Canal. Pero, cuando llegaba mi góndola frente a la desembocadura del canal de San Marcos, una voz de mujer surgió repentinamente de las profundidades de la noche en un grito salvaje, histérico y prolongado. Me sobrecogió aquel sonido, y me puse en pie de un salto, mientras el gondolero soltó su único remo, perdido en aquellas tinieblas sin esperanza de recuperación, y nos dejamos, por tanto, llevar de la corriente que se dirige desde el grande hasta el pequeño canal. Como un vasto cóndor de negro plumaje, nuestra embarcación iba despacio a la deriva hacia el Puente de los Suspiros, cuando llamearon un millar de antorchas en las ventanas y por las escaleras del Palacio Ducal, transformando aquella profunda oscuridad en una sobrenatural luz del día.

Un niño, escurriéndose de los brazos de su madre, había caído desde una de las ventanas superiores del elevado edificio en el hondo y sombrío canal.

Las quietas aguas se cerraron plácidamente sobre su víctima, y aunque mi góndola era la única a la vista, más de un decidido nadador se había arrojado ya a la corriente y buscaba en vano por la superficie el tesoro que se encontraba, ¡ay!, solo en el abismo. Sobre el ancho rellano de losas de mármol negro, en la entrada del palacio, y a pocos pies sobre el agua, se erguía una figura que ninguno de los que la hayan visto podrá nunca olvidar. Era la marquesa Afrodita, la adoración de toda Venecia, la más alegre entre las alegres, la más encantadora allí donde todas son bellas, aunque fuese la joven esposa del viejo intrigante Mentoni. Era la madre de aquel lindo niño, su primero y único hijo, hundido bajo las lóbregas aguas, aquel en cuyas dulces caricias pensaba su amargado corazón, y que consumía su delicada vida en esfuerzos para llamarla.

Está ella erguida. Sus pies pequeños y desnudos, blancos como la plata, se reflejan en el negro espejo de mármol debajo de ella. Su cabello, medio suelto para el tocado de noche al salir del salón de baile, se enrolla entre una lluvia de brillantes, circundando su clásica cabeza en rizos parecidos a los del jacinto. Un ropaje blanco como la nieve y tenue como la gasa parece ser la única envoltura de su delicado cuerpo; pero el solsticio estival y el aire de la media noche son cálidos, pesados, tranquilos, y no mueven la estatuaria forma ni agitan siquiera los pliegues de aquel ropaje, tan vaporoso, que cae alrededor de ella como ese otro pesado ropaje marmóreo cae en torno a la Níobe. Sin embargo —¡cosa extraña de decir!—, sus grandes y brillantes ojos no se vuelven hacia abajo, a la tumba en que yace sepultada su más luminosa esperanza, sino que están fijos ¡en una dirección muy singular! La prisión de la Vieja República es, creo yo, el edificio más imponente de toda Venecia; pero ¿por qué la dama lo mira tan fija, cuando debajo yace ahogado su propio hijo? Allá en la oscuridad se abre, precisamente enfrente de la ventana de su estancia, como un nicho lóbrego. ¿Qué puede haber allí, en sus ventanas, en su arquitectura, en sus cornisas solemnes y enguinaldadas de hiedra, que no haya admirado mil veces antes la marquesa de Mentoni? ¡Qué tontería! ¿Quién no recuerda que en muchas circunstancias como ésta el ojo, cual un espejo roto, multiplica las imágenes de su pena y busca a lo lejos en sitios innumerables lo que está al alcance de la mano?

Algunas gradas más arriba que la marquesa y bajo el arco de la puerta que da al desembarcadero, se alza, semejante a un sátiro, la figura del propio Mentoni. En aquel momento está ocupado en rasguear una guitarra, y parece sumamente ennuyé, mientras a ratos da consejos a los que intentan encontrar a su hijo. Asombrado y despavorido, yo mismo no tenía fuerzas para moverme de la postura envarada que había tomado al oír el primer grito, y debí de presentar a los ojos de los inquietos grupos un aspecto espectral y siniestro, cuando pasé entre ellos sobre aquella fúnebre góndola, con la cara muy pálida y los brazos rígidos.

Todas las tentativas resultaron infructuosas. Varios de los más enérgicos buscadores aflojaron sus esfuerzos, cediendo a un sombrío desaliento. Parecía no quedar más que una leve esperanza respecto al niño (¡cuánto menor para la madre!), cuando, desde el interior de aquel oscuro nicho que he mencionado antes, y que formaba parte de la vetusta prisión republicana, frente a la celosía de la marquesa, una silueta envuelta en una capa salió a la luz y, deteniéndose un instante en la orilla cortada a pico, se arrojó de cabeza al canal. Un momento después, cuando reapareció con el niño, aún vivo y respirando, sobre las losas de mármol junto a la marquesa, su capa, con el peso del agua que la empapaba, se desprendió, cayendo plegada a sus pies, y los espectadores, asombrados, descubrieron la graciosa persona de un hombre muy joven, cuyo nombre sonaba mucho en la mayor parte de Europa.

El salvador no dijo una palabra. Pero ¡la marquesa! Va ella a coger ahora a su hijo, a apretarle contra su corazón, a estrechar su pequeña forma y a ahogarle con sus caricias. ¡Ay! ¡Otros brazos le han cogido del extranjero, otros brazos inadvertidos se le han llevado lejos, dentro del palacio! ¡Y la marquesa! Sus labios, sus bellos labios tiemblan; las lágrimas afluyen a sus ojos, aquellos ojos que, como el acento de Plinio, son «suaves y casi líquidos». ¡Sí! ¡Las lágrimas afluyen a aquellos ojos, y ved! ¡La mujer entera se estremece hasta lo más hondo de su alma, y la estatua recobra vida! La marmórea palidez de su rostro, la turgencia de su pecho mórbido, la auténtica pureza de su pie de mármol, todo su ser se tiñe de repente de un rubor incontenible, y un ligero estremecimiento conmueve su delicado cuerpo, como la suave brisa de Nápoles agita los soberbios lirios plateados de la hierba.

¿Por qué ha enrojecido la dama? Esta pregunta no tiene respuesta, a no ser porque, habiendo salido, en su ansiosa prisa y en el terror de su corazón maternal de la intimidad de su boudoir, haya dejado de calzar sus menudos pies en sus chinelas y olvidado por completo echar sobre sus hombros de veneciana un ropaje conveniente. ¿Qué otra razón plausible podría tener su rubor, la mirada de sus ojos atrayentes, el desacostumbrado tumulto de su agitado pecho o la convulsiva presión de su trémula mano que deja ella, mientras Mentoni vuelve al palacio, en la mano del extranjero? ¿Qué razón puede tener el tono bajo, singularmente bajo, de estas palabras sin sentido que la dama pronuncia apresuradamente al decirle adiós?

—Tú has vencido —dice ella—, o los murmullos del agua me engañan; tú has vencido. Una hora después de salir el sol estaremos juntos. ¡Así sea!

Había cesado el tumulto, se habían alejado las luces por dentro del palacio, y el extranjero, a quien ahora reconocí, estaba en pie, solo, sobre las losas. Se estremecía con una inconcebible agitación, y sus ojos miraban alrededor en busca de una góndola.

Era el menor servicio que podía yo ofrecerle, y él lo aceptó cortésmente. Habiendo conseguido un remo en el desembarcadero, nos dirigimos juntos a su residencia, mientras él recobraba rápidamente el dominio de sí mismo. Y habló de nuestras primeras y superficiales relaciones en términos, al parecer, de gran cordialidad.

Hay algunos temas sobre los cuales me complazco, y que trato con todo detalle. La persona del extranjero —permítaseme llamar con este calificativo a quien era para todo el mundo un extranjero—, la persona del extranjero es uno de esos temas. Su estatura podría ser un poco inferior a la media, aunque tenía momentos de intensa pasión en que su talla crecía, y puede creerse esta afirmación. La simetría notable, casi insuficiente, de la figura prometía ya aquella resuelta actividad de que había él dado pruebas en el Puente de los Suspiros, más aún que el hercúleo vigor que supo emplear sin esfuerzo en ocasiones de más peligrosa necesidad. Tenía la boca y el mentón de un dios, unos ojos extraños, grandes, fluidos, cuyo tono variaba desde el puro castaño hasta el más intenso y brillante azabache, un cabello negro de rizos abundantes y una frente de anchura inusitada que mostraba a ratos el brillo luminoso del marfil; el conjunto de sus rasgos era de una regularidad clásica jamás vista, excepto acaso en el busto de mármol del emperador Cómodo. Aun así, su rostro era de esos que todos los hombres ven en algún período de sus vidas, y que no vuelven a ver ya nunca más. No poseía un carácter especial, es decir, no había en él una expresión predominante que lo fijase en la memoria; era una cara que se veía y se olvidaba en un instante, pero que se olvidaba con un vago e incesante deseo de recordarla. No era que el espíritu de cada pasión rápida se desvaneciese de cuando en cuando, mostrando su propia y clara imagen sobre el espejo de aquella cara, sino que el espejo, como tal, no conservaba ningún vestigio de la pasión una vez que la pasión había desaparecido.

Al despedirme de él la noche de nuestra aventura, me rogó de un modo que me pareció apremiante que fuese a verle a la mañana siguiente muy temprano. Poco después de despuntar el día, me dirigí, según sus deseos, a su palazzo, uno de esos inmensos edificios de una sombría suntuosidad que se elevan por encima de las aguas del Gran Canal en las proximidades del Rialto. Fui conducido, por una ancha escalera de caracol pavimentada de mosaico, a una estancia cuyo esplendor sin igual me deslumbró al abrirse la puerta, dejándome ofuscado y aturdido ante su lujo.

Sabía yo que mi nuevo amigo era rico. El rumor público hablaba de sus bienes en términos que al azar siempre calificué de ridícula exageración. Pero, cuando miré a mi alrededor, quedé persuadido de que la fortuna de una persona en Europa no podía proporcionar aquella principesca magnificencia que brillaba y lucía en torno mío.

Aunque, como ya he dicho, hubiese salido el sol, la estancia estaba todavía brillantemente iluminada. Juzgué por esta circunstancia, así como por el aspecto de extenuación de la cara de mi amigo, que no se había él acostado durante toda la noche. En la arquitectura y el ornato de la estancia se advertía un propósito evidente de deslumbrar y asombrar. Se habían preocupado muy poco en el decorado de lo que se llama técnicamente mantenimiento de la unidad o de las reglas de nacionalidad. La mirada se paseaba de un objeto a otro, sin detenerse en ninguno, ni en los grutescos de los pintores griegos, ni en las esculturas de la mejor época italiana, ni en los colosos del inculto Egipto. Ricos tapices se estremecían por todas partes en la estancia, con la vibración de una grave y melancólica música, cuya procedencia no se descubría. Los sentidos estaban oprimidos por mezclados y contradictorios perfumes que emanaban de unos incensarios extrañamente contorneados, unidos a innumerables lenguas rutilantes y fluctuantes de un fuego esmeralda y violáceo. Los rayos del sol reciente se esparcían sobre el conjunto a través de las ventanas, hechas todas de una sola lámina de vidrio teñido de rojo. Brillando por todos lados con mil reflejos, desde las cortinas que caían de lo alto de las cornisas como cataratas de plata fundida, la claridad del día se mezclaba al fin de lleno con la luz artificial y se extendía en masas suavizadas sobre un tapiz de rico oro de Chile, que parecía un mantel líquido.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —exclamó, riendo, el propietario del palacio, cuando entré, señalándome un asiento y echándose él mismo hacia atrás cuanto largo era sobre una otomana—. Veo —dijo al notar que no acababa yo de encajar la bienséance de tan singular acogida—, ¡veo que se asombra de mi estancia, de mis estatuas, de mis pinturas, de mi originalidad de concepción en lo referente a arquitectura y tapices! ¿Le emborracha por completo, eh, mi magnificencia? Pero perdóneme, mi querido señor —y aquí su tono de voz recobró un verdadero espíritu de cordialidad—, perdóneme mi risa falta de benevolencia. ¡Parecía usted tan completamente estupefacto! Además hay cosas tan en absoluto cómicas que un hombre debe reírse de ellas o morir. ¡Morir riendo es la más gloriosa de todas las muertes! Sir Tomás Moro murió riéndose, como usted recordará. También en los Absurdos, de Ravisius Textor, figura una larga lista de personajes que han tenido el mismo magnífico fin. Sabrá usted, con todo —prosiguió pensativamente—, que en Esparta (que es ahora Palaeochori), en Esparta, digo, al oeste de la ciudadela, entre un caos de ruinas apenas visible, hay una especie de zócalo sobre el cual están aún legibles las letras

ΛΑΕΜ.

Forman, indudablemente, parte de la palabra

ΓΕΛΑΕΜΑ.

»Ahora bien: en Esparta había un millar de templos y altares consagrados a las mil diferentes divinidades. ¡Cuán extraño es que ese altar de la Risa haya sobrevivido a los otros! Pero en el caso presente —repuso con una singular alteración en su voz y maneras— no tenía yo derecho a divertirme a sus expensas. Debía usted de asombrarse. Europa no podría producir nada tan admirable como mi pequeño gabinete regio. Mis otras salas no son nada por el estilo; son, en suma, ultras de la insípida moda. ¿Esto es mejor que la moda, verdad? Sin embargo, esto, si se viera, haría furor entre los que serían capaces de sacrificarle su patrimonio entero. Por eso me he puesto en guardia contra semejante profanación. Con sólo una excepción, es usted el único ser humano, aparte de mí mismo y de mi valet, que haya sido admitido en los misterios de este imperial recinto, desde que está adornado tal como lo ve.

Me incliné en señal de reconocimiento, pues la impresión abrumadora de esplendor, perfume y música, juntamente con la inesperada excentricidad de su lenguaje y maneras, me impedían expresar con palabras mi aprecio a lo que podía interpretarse como un cumplido.

—Aquí hay —prosiguió levantándose y cogiéndome del brazo para vagar alrededor de la habitación—, aquí hay cuadros desde los griegos hasta Cimabue y desde Cimabue hasta la hora actual. Muchos han sido escogidos, como usted ve, con escaso respeto a las opiniones de la Virtud. Son todos, empero, una tapicería adecuada para una estancia como ésta. Hay aquí también algunos chefs-d'œuvres del gran desconocido y hay asimismo dibujos sin terminar de artistas célebres en su día, y cuyos verdaderos nombres ha entregado la perspicacia de las Academias al silencio y a mí. ¿Qué le parece —dijo volviéndose bruscamente, mientras hablaba—, qué le parece esta Madona della Pietà?

—¡Es un auténtico Guido —exclamé con el entusiasmo propio de mi carácter, pues había ya examinado con toda atención sus incomparables bellezas—. ¡Es un auténtico Guido! ¿Cómo ha podido usted conseguirlo? Esto es, indudablemente, en la pintura lo que Venus es en la escultura.

—¡Ah! —dijo él, reflexivo—. ¿La Venus, la bella Venus, la Venus de Médicis? Tiene ella una cabeza menuda y el cabello dorado. Una parte de un brazo izquierdo —aquí su voz se hizo tan queda, que le oía yo con dificultad— y todo el derecho están restaurados, y la coquetería de ese brazo derecho es, a mi juicio, la quintaesencia de la afectación. ¡Deme usted Canova! El Apolo también es una copia (no cabe la menor duda sobre esto), y seré quizá ciego y tonto; pero no puedo ver en el Apolo la tan ponderada inspiración. No puedo dejar de preferirle, ¡compadézcame usted!, el Antínoo. ¿No ha sido Sócrates el que decía que el estatuario descubre su estatua en el bloque de mármol? Entonces, Miguel Ángel no es muy original en su dístico:

Non ha l'ottimo artista alcun concetto

Che un marmo solo in se non circunscriva.

Se ha observado, o se debería haber observado, que entre los modales del verdadero gentleman y los del hombre vulgar sabemos siempre ver la diferencia, sin que seamos capaces, no obstante, de determinar de un modo preciso en qué consiste tal diferencia. Pudiendo aplicarse esta observación en toda su potencia al porte exterior de mi amigo, sentí, durante aquella memorable mañana, que podía aplicarse más por entero aún a su temperamento moral, a su carácter. No puedo definir mejor aquella particularidad, que parecía asignarle un lugar tan esencialmente aparte de todos los demás seres humanos, que designándola como un hábito de pensamiento intenso y continuo penetrando hasta sus actos más triviales, entremetiéndose en sus momentos de retozo e interviniendo hasta en sus relámpagos de alegría, como las serpientes que brotan de los ojos de esas máscaras gesticulan esculpidas en las cornisas que hay alrededor del templo de Persépolis.

Pude, a pesar de todo, observar repetidas veces, a través del tono de ligereza y de solemnidad mezcladas en que disertaba él rápidamente sobre temas de escasa importancia, cierto aire de trepidación, un poco de fervor nervioso en sus actos y en sus palabras, una excitabilidad inquieta de maneras que me pareció a veces inexplicable, y que en algunas ocasiones me llenó de alarma. Asimismo con frecuencia se detenía en mitad de una frase cuyo principio había olvidado, al parecer, y semejaba escuchar con la más profunda atención, como si a cada momento esperase algún visitante o hubiera oído ruidos que no podían existir más que en su imaginación.

Fue durante uno de esos sueños o pausas de aparente abstracción cuando, al volver una página de la bella tragedia Orfeo, del poeta y erudito político (la primera tragedia italiana nativa), que encontré junto a mí sobre una otomana, descubrí un pasaje subrayado con lápiz. Se encuentra este pasaje hacia el final del acto tercero; un pasaje de la mayor excitación pasional, un pasaje que, aunque manchado de impureza, no puede leer ningún hombre sin sentir una nueva emoción y ninguna mujer sin un suspiro.

La página entera estaba húmeda de lágrimas recientes y entre las hojas habían intercalado los siguientes versos, escritos con una letra tan diferente a la peculiar de mi amigo, que me costó algún trabajo reconocer que era la suya:

Fuiste para mí, amor mío,

todo cuanto mi alma ansiaba...

Una isla verde en el mar, amada,

una fuente y un altar,
adornados de frutos y de flores mágicos;
y todas las flores eran mías.
¡Ah, sueño harto brillante para durar!
¡Ah, rutilante Esperanza que no ha surgido
sino para nublarse!
Una voz desde el Futuro grita:
«¡Adelante!», pero sobre el Pasado
(¡sombrió abismo!) mi espíritu planea,
¡mudo, inmóvil, aterrado!
Pues ¡ay, ay de mí! Ya está
la luz de la vida apagada.
«Nunca más..., nunca más..., nunca más
—así habla el solemne océano
a las arenas de la orilla
el árbol fulminado florecerá,
ni el águila abatida remontará su vuelo».
Ahora todas mis horas son un éxtasis,
y todos mis nocturnos sueños
están en la oscura mirada de tus ojos,
allí donde tus pasos fulgen
en las etéreas danzas,
por los canales italianos.
¡Ay! ¡Maldita sea la hora
en que sobre las olas te llevaron
del Amor a un viejo criminal, aunque noble,
y a un pecaminoso tálamo!
¡Lejos de mí, lejos de nuestra tierra,
donde llora el plateado sauce!
Estas líneas, que estaban escritas en inglés —lengua que no creía yo que

supiese mi amigo—, me proporcionaron una sorpresa nada pequeña. Me daba perfecta cuenta de la amplitud de sus conocimientos y de con qué singular placer los ocultaba a la curiosidad, para asombrarme de semejante descubrimiento; pero el lugar en que estaba fechado me produjo, debo confesarlo, un gran asombro. Había escrito primero «Londres», y luego estaba borrado cuidadosamente, siquiera no lo bastante para ocultar esa palabra a unos ojos escrutadores. Digo que me produjo un gran asombro, pues recordaba yo muy bien que en una conversación anterior con mi amigo le pregunté en particular si se había encontrado alguna vez en Londres con la marquesa di Mentoni (quien había residido en esa ciudad unos años antes de su casamiento), y me contestó, si no me equivoco, que no me comprendía, pues él no había estado nunca en la capital de la Gran Bretaña. Puedo también añadir que había yo oído decir en más de una ocasión (sin haber dado crédito, por supuesto, a una noticia que parecía tan improbable) que la persona de que hablo era, no sólo por su nacimiento, sino por su educación, un inglés.

—Hay un cuadro —dijo él, sin darse cuenta de mi conocimiento de esa tragedia—, hay un cuadro que no ha visto usted.

Y levantando una colgadura, descubrió un retrato de cuerpo entero de la marquesa Afrodita.

El arte humano no ha llegado nunca a más en la pintura de su belleza sobrehumana. La misma figura etérea que había surgido ante mí la noche anterior en las escaleras del Palacio Ducal, se alzaba ante mí de nuevo. Pero en la expresión de su rostro, que refulgía todo en una sonrisa, se ocultaba (¡anomalía incomprensible!) ese vago tinte de melancolía que es siempre inseparable de la belleza perfecta. Su brazo derecho estaba doblado sobre el pecho. Con el izquierdo señalaba ella hacia un vaso curiosamente modelado. Sólo uno de sus pies, pequeños pies de hada, era visible, tocando apenas la tierra, y casi imperceptibles en la brillante atmósfera que parecía circundar y enmarcar su belleza, flotaban dos alas de lo más delicadas que pueden imaginarse. Mi mirada fue desde el cuadro a la cara de mi amigo, y las vigorosas palabras del Bussy d'Ambois, de Chapman, temblaron instintivamente sobre mis labios:

Se alza allí

¡cual una estatua romana! ¡Allí estará

hasta que la Muerte en mármol le convierta!

—¡Vamos! —dijo él por fin, volviéndose hacia una mesa de maciza plata labrada con riqueza, sobre la cual había unas copas fantásticamente talladas, así como dos grandes vasos etruscos, hechos conforme al mismo extraordinario modelo que el pintado en primer término en el cuadro; estaban

llenas, me pareció, de vino de Johannisberger—. ¡Vamos! —repuso bruscamente—. ¡Bebamos! Es aún temprano; pero ¡bebamos! Es, en verdad, temprano —continuó, taciturno, mientras un querubín daba con un pesado martillo de oro, en la habitación, la primera hora después de salir el sol—. Es, en verdad, temprano; pero ¿qué importa? ¡Bebamos! ¡Bebamos en ofrenda a ese solemne sol que estas llamativas lámparas y estos incensarios ansían dominar!

Y habiendo brindado con una copa llena, ingirió en rápida sucesión otras varias copas de vino.

—El sueño —prosiguió, recobrando el hilo de su conversación inconexa y enfocando la rica luz de su incensario hacia uno de los magníficos vasos—, el sueño ha sido la finalidad de mi vida, y por eso me he construido este retiro para soñar. ¿Podía haber levantado uno mejor en el corazón de Venecia? Mire usted en torno suyo: es cierto que parece una mezcolanza de ornamentos arquitectónicos. La pureza del arte jónico desentona con los dibujos antediluvianos, y las esfinges egipcias se tienden sobre tapices de oro. Pero las reglas de lugar, y en especial las de tiempo, son los espantajos que asustan a los hombres en la contemplación de la magnificencia. En otro tiempo yo mismo fui un decorador; pero esta sublimación de la tontería acabó por hartar mi alma. Todo esto es ahora lo adecuado a mi propósito. Semejante a esos incensarios árabes, mi espíritu se retuerce con el fuego, y el delirio de este decorado está hecho para las extrañas visiones de esa región de los sueños reales hacia la cual voy a partir muy pronto.

Al llegar aquí, se detuvo de repente, inclinó la cabeza sobre su pecho, pareciendo escuchar un ruido que yo no podía oír. Por último, irguiéndose, miró hacia arriba, y profirió los versos del obispo de Chichester:

¡Espérame allí! No dejaré de ir
a tu encuentro en ese hondo valle.

Un instante después, comprobando el poder del vino, se dejó caer cuan largo era sobre una otomana.

Se oyó entonces en la escalera un paso rápido, seguido inmediatamente de un fuerte golpe en la puerta. Me precipité hacia allí para evitar su repetición, cuando entró presuroso en la habitación un paje de la casa de Mentoni y balbució con una voz ahogada por la emoción, estas palabras incoherentes:

—¡Mi señora..., mi señora!... ¡Envenenada... envenenada! ¡Oh, bella..., oh, bella Afrodita!

Aturdido, salté hacia la otomana y me esforcé por despertar al durmiente para darle la noticia sobrecogedora. Pero sus miembros estaban rígidos, sus

labios lívidos... sus ojos, antes fúlgidos, apresados por la Muerte. Retrocedí hacia la mesa..., mi mano tropezó con una copa rota y ennegrecida... Y la conciencia de toda la terrible verdad relampagueó súbitamente sobre mi alma.

COLOQUIO ENTRE MONOS Y UNA

SÓFOCLES, Antígona

UNA. —¿«Renacido»?

MONOS. —Sí, la más bella y mejor amada Una, «renacido». Ésta es la palabra sobre cuyo sentido místico había yo meditado tanto tiempo, rechazando la explicación del clero, hasta que la Muerte misma me descifró el secreto.

UNA. —¡La Muerte!

MONOS. —¡De qué extraña manera, dulce Una, haces eco a mis palabras! Observo también una vacilación en tus pasos, una alegre inquietud en tus ojos. Estás turbada y oprimida por la majestuosa novedad de la Vida Eterna. Sí, hablaba yo de la Muerte. ¡Y cuán singularmente resuena aquí esa palabra, la que antaño traía el terror a todos los corazones, poniendo Una sombra sobre todos los placeres!

UNA. —¡Ah, la Muerte, el espectro que se sentaba en todos los banquetes! ¡Con cuánta frecuencia, Monos, nos hemos perdido juntos en especulaciones sobre su naturaleza! ¡Qué misteriosamente realiza su obra, como una fiscalizadora de la felicidad humana, diciéndole!: «¡Hasta aquí y no más allá!». Este ferviente y recíproco amor, Monos mío, que ardía dentro de nuestros pechos, ¡cuán en vano nos jactamos de él, sintiéndonos tan felices en su primer brote que nuestra dicha se fortalecía con su fuerza! ¡Ay, creció, y con él crecía en nuestros corazones el terror a la hora aciaga que venía, veloz, a separarnos para siempre! Así, con el tiempo, llegó a ser un dolor amar. El odio hubiera sido entonces Una merced.

MONOS. —No hables ahora de esas penas, querida Una, ¡mía, mía ahora ya para siempre!

UNA. —Pero ¿el recuerdo de la tristeza pasada no constituye la alegría actual? Sin embargo, tengo mucho que hablar de las cosas que fueron. Por encima de todo ardo en deseo de conocer los incidentes de tu paso a través del oscuro Valle y de la Sombra.

MONOS. —¿Y cuándo la radiante Una pidió en balde algo a su Monos? Relataré minuciosamente todo; pero ¿en qué punto debe comenzar la

misteriosa narración?

UNA. —¿En qué punto?

MONOS. —Tú lo has dicho.

UNA. —Te comprendo, Monos. La Muerte nos ha enseñado a los dos esa tendencia del hombre a definir lo indefinible. No diré, pues, que comienza en el momento de la cesación de la vida, sino que comienza con ese triste, triste instante en que, libre ya de la fiebre, quedaste sumido en un letargo sin hálito y sin movimiento, y cerré tus pálidos párpados con los dedos apasionados del amor.

MONOS. —Antes, una palabra, mi Una, referente a la condición general del hombre en aquella época. Recordarás que uno o dos sabios entre nuestros antepasados (sabios en realidad aunque no en la estimación del mundo) se atrevieron a dudar de la propiedad del término «progreso» aplicado al adelanto de nuestra civilización. En cada uno de los períodos de cinco o seis siglos que precedieron inmediatamente a nuestra muerte, surgió alguna poderosa inteligencia luchando con audacia por esos principios cuya verdad aparece ahora, ante nuestra liberada razón, tan por entero evidente; principios que hubieran debido enseñar a nuestra especie a someterse al gobierno de las leyes naturales, en vez de intentar su intervención. A largos intervalos aparecían algunos espíritus magistrales que consideraban cada adelanto en las ciencias prácticas como un retroceso en su verdadera utilidad. A veces la inteligencia poética (inteligencia que es la más sublime de todas, lo cual sabemos ahora, ya que esas verdades de la más perdurable importancia no podían sernos reveladas sino por esa analogía que habla en tonos precisos a la imaginación sola, y cuyo peso no soporta la razón desamparada); a veces, repito, esa inteligencia poética avanzó un paso en la evolución de la vaga idea de la filosofía y descubrió en la parábola mística que le contaban del árbol de la ciencia, y de su fruto prohibido que engendra la muerte, una clara advertencia de que la ciencia no convenía al hombre en la minoría de edad de su alma. Y esos hombres, los poetas, viviendo y muriendo entre el desprecio de los «utilitaristas», ásperos pedantes que se arrogaban a sí mismos un título que sólo se hubiera podido aplicar con propiedad a los despreciados; esos hombres, los poetas, contemplaron con añoranza, pero no sin cordura, los antiguos días en que nuestros deseos eran tan simples como sutiles nuestros goces: días en que la palabra júbilo era desconocida, de tan solemne y profundo como era el tono de la felicidad: días santos, augustos y bienaventurados, en que ríos azules corrían benditos entre colinas intactas, adentrándose a lo lejos en soledades selváticas, primitivas, olorosas e inexploradas. No obstante, esas nobles excepciones del general desgobierno sólo sirvieron para fortalecerlo por medio de la oposición. ¡Ay! habíamos caído en los más aciagos días de todos nuestros días aciagos. El gran

«movimiento» (éste era el término de aquella jerigonza) avanzaba: agitación morbosa, moral y física. El Arte, las Artes, fueron elevadas al grado supremo, y una vez entronizadas, pusieron cadenas a la inteligencia que las había elevado al poder. El hombre, como no podía reconocer la majestad de la Naturaleza, se entregó a una exultación pueril en sus conquistas y dominio siempre creciente sobre los elementos de aquélla. Así, mientras se pavoneaba imaginándose un Dios, una imbecilidad infantil se abatía sobre él. Como podía suponerse desde la iniciación de su trastorno, se vio él invadido pronto por sistemas y abstracciones. Y envuelto por completo en generalidades. Entre otras ideas excéntricas, la de la igualdad universal ganó terreno, y frente a la analogía y a Dios, a despecho de la potente y amonestadora voz de las leyes de gradación, que penetran tan visiblemente todas las cosas de la Tierra y del Cielo, se hicieron tentativas insensatas por establecer una Democracia que predominase en todo y sobre todo. Sin embargo, este mal surgió por fuerza del mal primero: la Ciencia. El hombre no podía a un mismo tiempo saber y sucumbir. Entretanto, se alzaron enormes ciudades humeantes, innumerables. Las verdes hojas se arrugaron ante el calor de los hornos. La bella faz de la Naturaleza quedó deformada como por los estragos de alguna repugnante enfermedad. Y me parece, dulce Una, que nuestro sentimiento, aunque dormido, de lo forzado y de lo traído por los cabellos, hubiera debido detenernos ahí. Pero ahora parece que hemos forjado nuestro propio aniquilamiento al pervertir nuestro gusto, o más bien al descuidar ciegamente su cultivo en las escuelas. Pues, en verdad, era en esa crisis donde el gusto solo (esa facultad que, manteniendo una posición media entre la inteligencia pura y el sentido moral, no ha podido nunca ser olvidada sin peligro), era ahora cuando sólo el gusto podía conducirnos con suavidad hacia la Belleza, hacia la Naturaleza y hacia la Vida. Pero ¡ay puro espíritu contemplativo y majestuosa intuición de Platón! ¡Ay Mousiké, que él consideraba con justicia como una educación suficiente en absoluto para el alma! ¡Ay, por desgracia para él y para ésta! Cuando los dos habíais sido más por completo olvidados o despreciados, era cuando más desesperadamente os necesitaban a los dos. Pascal, un filósofo a quien ambos amamos, ha dicho ¡con qué verdad! que tout notre raisonnement se réduit à céder au sentiment; y no hubiera sido imposible, si la época lo hubiese permitido, que el sentimiento del natural hubiera recobrado su antiguo ascendiente sobre la brutal razón matemática de las escuelas. Pero eso no debía ser. Provocada prematuramente por excesos de ciencia, se acercaba la vejez del mundo. Es lo que la masa de la Humanidad no veía, o lo que, viviendo con vigor, aunque sin felicidad, fingía no ver. Pero, para mí, los fastos de la Tierra me habían enseñado a considerar la ruina más grande como precio de la más alta civilización. Me había yo saturado de la presciencia de nuestro destino al comparar la China simple y paciente con Asiria la arquitectónica, con Egipto astrólogo, con Nubia, más astuta que las

anteriores, madre turbulenta de todas las Artes. En la historia de esas regiones encontré un rayo del Futuro. Las artificiales individualidades de las tres últimas eran enfermedades locales de la Tierra, y su derrocamiento individual se ha debido a la aplicación del remedio local; pero para el mundo infectado en grande no veía yo por anticipado regeneración más que en la muerte. Ya que el hombre como raza no podía extinguirse, vi que debía renacer. Y era entonces, mi más bella y amada, cuando envolvíamos nuestros espíritus diario en los sueños. Era entonces cuando discurríamos en el crepúsculo sobre los días por venir, cuando la superficie de la Tierra cicatrizada por el Arte, habiendo sufrido esa purificación que sólo podía borrar sus rectangulares obscenidades, quedaría vestida de nuevo con el verdor, las colinas y las sonrientes aguas del Paraíso, y volvería a ser al fin una morada adecuada para el hombre: para el hombre depurado por la Muerte, para el hombre cuya inteligencia ahora exaltada, no encontraría ya un veneno en la ciencia, para el hombre redimido, regenerado, bien aventurado, ahora inmortal, aunque todavía material.

UNA. —Recuerdo bien esas conversaciones, querido Monos; pero la época del ígneo derrocador no estaba tan cerca como creíamos y como la corrupción que tú has indicado nos permitía, por cierto, creer. Los hombres vivieron y murieron individualmente. Tú mismo, enfermo, pasaste por la tumba, y tu constante Una te siguió pronto. Y aunque los siglos transcurridos desde entonces, y cuya terminación nos ha devuelto uno a otra, no hayan torturado nuestros sentidos aletargados, Monos mío, eso ha representado un siglo más.

MONOS. —Di más bien un punto en el vago infinito. Indiscutiblemente, fue durante la decrepitud de la Tierra cuando fallecí. Fatigado el corazón por angustias que tenían su origen en el tumulto y en la decadencia general, sucumbí a la fiebre cruel. Después de unos pocos días de dolor y de muchos de delirios soñadores, colmados de éxtasis cuyas manifestaciones confundías tú con las del dolor, mientras yo sufría tan sólo de mi impotencia por desengañarte; después de algunos días se apoderó de mí, como tú has dicho, un letargo sin hálito ni movimiento, y los que me rodeaban lo denominaron la Muerte. Las palabras son cosas vagas. Mi estado no me privaba de percepción. Se me parecía no muy distinto a la suma quietud de alguien que, habiendo dormido larga y profundamente, yaciendo inmóvil y postrado por completo en el solsticio de un mediodía, comienza a recobrar poco a poco conciencia, por la simple eficacia de su sueño y sin ser despertado por tumultos exteriores. Yo no respiraba ya. Se había parado el pulso. Cesó de latir el corazón. La volición no había desaparecido, pero era impotente. Los sentidos poseían una desusada actividad, aunque de un modo excéntrico, usurpando recíprocamente sus funciones al azar. El gusto y el olfato se confundían de una manera inextricable, convirtiéndose en un solo sentido anormal e intenso. El agua de rosa con que tu ternura había humedecido mis labios al final, me conmovía

con dulces fantasías de flores; flores fantásticas, mucho más bellas que todas las de la vieja Tierra, pero cuyos prototipos vemos aquí florecer a nuestro alrededor. Los párpados, transparentes y exangües, no impedían en absoluto la visión. Como la volición estaba en suspenso, no podían los globos girar en sus cuencas; pero todos los objetos dentro del campo del hemisferio visual eran percibidos con más o menos claridad: los rayos que caían sobre la retina externa o en la comisura del ojo producían un efecto más vivo que los que daban de frente o en la superficie anterior. Aun así, en el primer caso, era tan anómalo ese efecto, que yo lo apreciaba sólo como sonido, un sonido suave o discordante, según fuesen los objetos que se presentaban a mi lado de forma luminosa u oscura, curvados o angulares en su contorno. El oído al mismo tiempo, aunque sobreexcitado, no era nada irregular en su acción, percibiendo los sonidos reales con una precisión no menos extravagante que su sensibilidad. El tacto había sufrido una modificación más especial. Recibía tardíamente sus impresiones, pero las retenía tenazmente, y de ello resultaba siempre un placer físico de los más elevados. Por eso reconocí al principio la presión de tus suaves dedos sobre mis párpados, sólo por la visión, y al cabo, largo tiempo después de haberlos tú quitado, llenaron todo mi ser de un deleite sensual inconmensurable. Digo de un sensual deleite. Todas mis percepciones eran puramente sensuales. A los materiales que proporcionaban los sentidos al cerebro pasivo no les daba la menor forma la inteligencia muerta. Había en ello un poco de dolor y mucho placer, pero ningún dolor o placer morales. Así flotaban dentro de mi oído tus vehementes sollozos con todas sus plañideras cadencias, y eran apreciados por él en todas sus variaciones de tono triste; pero eran suaves sonidos musicales y nada más; no aportaban a la extinta razón ningún indicio de las penas que los hacían nacer; mientras las abundantes y constantes lágrimas que caían sobre mi cara revelaban a los presentes un corazón destrozado, conmovían cada fibra de mi ser, causándome tan sólo arrobamiento. Y ésta era en verdad, la Muerte, de la que los circunstantes hablaban con respeto en quedos murmullos, y tú, dulce Una, entrecortadamente, con fuertes gritos. Me ataviaron para el féretro (tres o cuatro figuras oscuras revoloteaban, atareadas, de aquí para allá). Cuando cruzaban la línea directa de mi visión me afectaban como formas; pero, cuando pasaban a mi lado, sus imágenes me impresionaban con una idea de gritos, gemidos y otras tristes expresiones de terror, de horror o de pena. Tú sola, vestida de blanco, pasabas en todas direcciones musicalmente a mi alrededor. Declinaba el día, y cuando la luz iba palideciendo, se adueñó de mí un vago malestar, una ansiedad como la que siente el durmiente cuando unos tristes y reales sonidos penetran sin cesar en sus oídos: débiles y distantes tañidos de campana, solemnes a largos pero iguales intervalos, mezclados con sueños melancólicos. Llegó la noche, y con sus sombras, un pesado desasosiego. Oprimía mis miembros como una pesada carga y era palpable.

Había también un sonido quejumbroso que, comenzando con el crepúsculo, había aumentado su vigor en la oscuridad, siendo parecido al eco distante de la resaca, pero más continuo. De pronto trajeron unas luces a la habitación, y aquella reverberación fue interrumpida inmediatamente por frecuentes y desiguales estallidos del mismo sonido, pero menos triste y menos claro. Quedó aliviada en gran parte la abrumadora opresión, y brotando de la llama de cada lámpara (pues había allí varias), fluía intacto en mis oídos un canto de una monotonía melodiosa. Y cuando, acercándote entonces, amada Una, al lecho sobre el que yo yacía, te sentaste graciosamente a mi lado, exhalando aroma por tus dulces labios y apoyándolos sobre mi frente, se elevó en mi pecho algo mezclado con las simples sensaciones físicas que las circunstancias ponían de manifiesto, algo análogo al sentimiento mismo, un sentimiento que apreciaba y respondía a medias a tu ardiente dolor y a tu pena; pero este sentimiento no arraigaba en el corazón paralizado; parecía más bien una sombra que una realidad, y se disipó al punto, primero en una extrema quietud y luego en un placer puramente sensual, como antes. Y entonces de la ruina y del caos de los sentidos habituales pareció elevarse dentro de mí un sexto sentido absolutamente perfecto. En su ejercicio encontraba yo un ardiente deleite, un deleite, con todo, físico todavía, porque no tomaba parte en él la inteligencia. El movimiento en el ser animal había cesado por completo. Ningún músculo palpitaba, ningún nervio se estremecía, ninguna arteria latía. Pero parecíame que había surgido en mi cerebro ese algo del cual ninguna palabra puede comunicar a la simple inteligencia humana una concepción ni siquiera confusa. Déjame dominarlo, pulsación del péndulo mental. Era la encarnación moral de la idea abstracta de Tiempo. Por la absoluta igualdad de este movimiento (o de otro análogo) han sido regulados los ciclos de las órbitas celestes. Con su ayuda medí las irregularidades del reloj sobre la repisa de la chimenea, y de los relojes de los presentes. Sus tictacs llegaban, sonoros, a mis oídos. La menor desviación de la proporción exacta (y esas desviaciones eran predominantes) me afectaba precisamente como las violaciones de la verdad abstracta afectaban en la Tierra mi sentido moral. Aunque no había en la estancia dos relojes que señalasen a la par con exactitud sus segundos, no encontraba yo dificultad en retener desde luego en mi mente los tonos y los respectivos errores momentáneos de cada uno de ellos. Y esto —este agudo, perfecto y autoexistente sentimiento de duración; este sentimiento que existía (hasta donde el hombre puede concebir que existe) independientemente de una sucesión cualquiera de hechos—, esta idea, este sexto sentido, surgiendo de las cenizas del resto, era el primer paso claro y cierto del alma no temporal hacia el umbral de la temporal Eternidad. Era medianoche y tú seguías sentada a mi lado. Todos los demás se habían marchado de la habitación de la Muerte. Habíanme depositado en el ataúd. Las lámparas ardían vacilantes; lo supe por el temblor de los cantos monótonos. Pero de repente disminuyeron en claridad

y potencia aquellos cantos. Por último, cesaron. Se disipó el perfume en mi nariz. Las formas no afectaron ya mi visión. Dejó de pesar sobre mí la opresión de la Oscuridad. Una sorda conmoción como la de la electricidad penetró mi cuerpo y fue seguida por la pérdida total de la idea del tacto. Todo cuanto el hombre llama sensación se fundió en la sola conciencia de la entidad y en el único y perdurable sentimiento de duración. El cuerpo mortal había sido al fin golpeado por la mano de la mortal Destrucción. Sin embargo, no había desaparecido toda mi sensibilidad, pues suplían algunas de sus funciones, con una intuición letárgica, la conciencia y el sentimiento, que subsistían. Apreciaba yo el horrible cambio que se operaba ahora en la carne, y como el hombre que sueña se da a veces cuenta de la presencia corporal de alguien que se inclina sobre él, así, dulce Una, seguía yo sintiendo sordamente que estabas sentada a mi lado. Y asimismo, cuando llegaron las doce meridianas del segundo día, no estaba yo inconsciente de aquellos movimientos que te alejaron de mi lado, que me encerraron en el ataúd, que me transportaron a la carroza fúnebre, que me llevaron a la tumba, que me bajaron allí dentro, que amontonaron la tierra sobre mí, y que me dejaron en la oscuridad y la podredumbre, entregado a mis tristes y solemnes sueños con los gusanos. Y allí, en aquella prisión que tiene pocos secretos que revelar, pasaron los días, las semanas, los meses; y el alma espiaba en la estrechez cada segundo que volaba, y sin esfuerzo, registraba su vuelo, sin esfuerzo y sin objeto. Pasó un año. La conciencia del ser se había hecho a cada hora más confusa, y la de simple situación había usurpado en gran parte su puesto. La idea de entidad se había fundido con la de lugar. El angosto espacio que circundaba de cerca lo que había sido el cuerpo, era ahora ya el cuerpo mismo. Por último, como le ocurre con frecuencia al durmiente (sólo por el sueño y su mundo puede imaginarse la Muerte), por último (como algunas veces sucedía en la Tierra al hombre profundamente dormido cuando alguna claridad fugaz le estremecía en un semidespertar, dejándole, no obstante, envuelto en sueños), así, para mí, en el apretado abrazo de la Sombra, vino esa sola luz que podía tener el poder de estremecerse: la luz del perdurable Amor. Trabajaron afanosamente unos hombres en la tumba donde yacía yo entre tinieblas. Quitaron la tierra húmeda. Sobre mis huesos convertidos en polvo bajó el ataúd de Una. Y luego todo volvió a ser el vacío. Aquella luz nebulosa se había extinguido. Aquel débil estremecimiento cesó por sí solo en la inmovilidad. Se sucedieron muchos lustros. El polvo volvió al polvo. El gusano no tenía alimento ya. Desapareció al fin por completo el sentido del ser, y en su lugar reinaron (en el lugar de todas las cosas), dominantes y perpetuos, los autócratas Lugar y Tiempo. Para aquello que no era, para lo que no tenía forma, para lo que no tenía pensamiento, para lo que no tenía sensibilidad, para lo que carecía de alma y ni poseía una partícula de materia, para toda aquella nada, y, además, para toda aquella inmoralidad, la tumba era

todavía un hogar, y las horas corrosivas, unas compañeras.

EL ÁNGEL DE LO ESTRAMBÓTICO (EXTRAVAGANCIA)

Era una fría tarde de noviembre. Acababa yo de ingerir una desusada y fuerte comida, en la cual formaba el artículo no menos importante la trufa dispéptica, y estaba sentado solo en el comedor, con los pies sobre el guardafuego y el codo sobre una mesita que había trasladado ante la lumbre, encima de la cual había unas cuantas golosinas de postre, y algunas botellas de diversos vinos espirituosos y de liqueur. Por la mañana había yo leído el Leónidas, de Glover; el Epigoniad, de Wilkie; la Peregrinación, de Lamartine; el Columbiad, de Barlow; la Sicilia, de Tuckermann, y las Curiosidades, de Griswold, y por eso, lo confieso gustoso, me sentía ahora ligeramente atontado. Me esforcé por reanimarme con ayuda de repetidas copas de Lafitte, y como todo me fallase, recurrí, desesperado, a un periódico perdido allí. Habiendo leído cuidadosamente la columna de «casas en arriendo» y la de «perros extraviados», y luego las dos columnas de «esposas y aprendices secuestrados», atacé con gran decisión el artículo editorial. Tras de leerlo desde el comienzo hasta el fin sin comprender una sílaba, imaginé la posibilidad de que fuese chino, y lo releí desde el fin al comienzo, aunque sin obtener un resultado más satisfactorio. Estaba a punto de tirar, asqueado,

Este infolio de cuatro páginas, obra feliz

que no critica siquiera a los poetas.

cuando sentí atraída un tanto mi atención por el párrafo siguiente: «Los caminos de la muerte son numerosos y extraños. Un diario de Londres publica el fallecimiento de una persona por una causa singular. Jugando al “soplardardos” —una especie de cerbatana que se juega con una larga aguja encajada en un taco de lana y que se sopla contra un blanco por un canuto de hojalata—, colocó la aguja por la punta mala del tubo, y al aspirar con fuerza su aliento para lanzar de un soplo el dardo vigorosamente, atrajo la aguja al interior de su garganta. Penetró aquélla en los pulmones, y a los pocos días le quitó la vida».

Viendo lo anterior sentí mucha rabia, sin saber exactamente por qué.

—¡Esto es —exclamé— una despreciable falsedad, un pobre engaño, las heces de la inventiva de algún deplorable escritorzuelo de a cinco céntimos la línea, de algún desdichado urdidor de accidentes en Jauja! Estos mozos, conociendo la extravagante credulidad de la época, emplean su ingenio en

imaginar improbables posibilidades, accidentes estrambóticos, como ellos los llaman; pero para una inteligencia reflexiva (como la mía) —añadí, entre paréntesis, apoyando inconscientemente mi dedo índice sobre un lado de mi nariz—, para una inteligencia contemplativa semejante a la que poseo, parece evidente enseguida que el maravilloso y reciente aumento de esos «accidentes estrambóticos» es, con mucho, el más estrambótico accidente de todos. Por mi parte, me propongo no creer en absoluto de ahora en adelante nada que sea «singular».

—Mein Gott, deber osté estar loco para decir eso! —respondió una de las voces más notables que he oído nunca.

Al principio la tomé por un zumbido en mis oídos, tal como el que experimenta a veces un hombre muy borracho; pero, después de un segundo de reflexión, consideré el sonido como más parecido al que produce un tonel vacío cuando se le golpea con un garrote. Y en verdad, hubiera adoptado esa conclusión, de no haber sido por la articulación de las sílabas y palabras. No soy nervioso por naturaleza, y las varias copas de Lafitte que había apurado servían para animarme un poco; de modo que no sentí temblor alguno, sino que levanté simplemente los ojos con un movimiento pausado, y miré, atento, a mi alrededor, por la habitación, para descubrir el intruso. No pude, sin embargo, ver a nadie en absoluto.

—¡Hum! —prosiguió la voz, mientras continuaba mi examen—. Tener osté que estar ciego, para no me ver, grande como yo ser, al lado de osté.

A esto se me ocurrió mirar directamente ante mi nariz, y allí, en efecto, frente a mí, junto a la mesa, estaba un personaje sin describir todavía, aunque no indescriptible. Su cuerpo era un tonel de vino, o una pipa de ron, o algo por el estilo, con un verdadero aspecto falstaffiano. A su extremo inferior estaban ajustados dos barrilitos que parecían responder al oficio de piernas. Como brazos, colgaban de la parte superior de la armazón dos botellas notablemente largas, cuyos cuellos hacían las veces de manos. Todo lo que vi que el monstruo poseía en calidad de cabeza era de esas cantinas de Hesse que parecen grandes tabaqueras, con un orificio en medio de la tapa. Esta cantina (como un embudo en la parte superior a manera de chambergo de caballero echado sobre los ojos) estaba colocada al borde de la pipa, con el orificio hacia mí, y por aquel agujero que parecía fruncido como la boca de una vieja meticulosa, la criatura aquella emitía ciertos rumores sordos y refunfuñadores, que él consideraba, por lo visto, como un habla inteligible.

—Yo decir —continuó él— quo osté deber ser borracho como un cerdo, para estar sentado ahí y no me ver; yo decir, además, que osté deber ser más torpe que un ganso para no ver lo que estar impreso en el impreso. Ser la verdad, eso ser la verdad, palabra por palabra.

—¿Quién es usted, por favor? —dije con mucha dignidad, aunque algo desconcertado—. ¿Cómo ha entrado aquí? ¿Y qué está refunfuñando?

—Cómo yo haber entrado —respondió la figura—, eso no le importar; y en cuanto a lo que yo decir, yo decir lo que me parecer oportuno; y en cuanto a lo que yo ser, yo haber venido justamente para que osté lo ver por sí mismo.

—Es usted un borracho vagabundo —dije—, y voy a tocar la campanilla y a ordenar a mi criado que le eche a puntapiés a la calle.

—¡Je, je, je! —dijo el mozo—. ¡Ju, ju, ju! Eso no poder osté hacerlo.

—¡Que no puedo! —repuse—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que no puedo qué?

—Tocar la campanilla —replicó, esbozando una mueca con su fea boquita.

A esto, hice un esfuerzo para levantarme, con objeto de llevar a efecto mi amenaza; pero el rufián se inclinó sobre la mesa con toda intención y me atizó un golpe sobre la frente con el cuello de una de las largas botellas, tirándome hacia atrás en el sillón del que me había incorporado a medias. Me quedé completamente aturdido, y durante un momento no supe en absoluto qué hacer. Entretanto, él continuó su charla.

—Como osté ver —dijo—, lo mejor es que osté seguir quieto; y ahora osté saber quién yo ser. ¡Míreme! Yo ser el Ángel de lo Estrambótico.

—Bastante estrambótico, en efecto —me atreví a comprobar—; pero yo siempre me he figurado que un ángel tenía alas.

—¡Alas! —exclamó él muy irritado—. ¿Para qué yo tener alas? Mein Gott! ¿Osté me tomar por un pollo?

—¡No, oh, no! —respondí, muy asustado—. Usted no es un pollo, con seguridad.

—Estar osté quieto, o yo le volver a dar con mi puño. Ser el pollo el que tener alas, el lechuzo tener alas, el demonio que tener alas, el gran diablo que tener alas. El ángel no tener alas, y yo ser el Ángel de lo Estrambótico.

—¿Y el asunto que trae aquí, conmigo, es..., es...?

—¡Mi asunto! —emitió aquella cosa—. ¡Qué hombre grosero ser osté, que se atrever a preguntar a un gentleman, a un ángel, si le traer un asunto!

Este lenguaje era más de lo que yo podía soportar, aun tratándose de un ángel; por eso, armándome de valor, cogí un salero que estaba a mi alcance y lo tiré a la cabeza del intruso. Lo esquivó él, empero, o tuve mala puntería, pues sólo conseguí destrozar el cristal que protegía la esfera del reloj sobre la repisa de la chimenea. En cuanto al Ángel, comprendiendo la intención de mi

ataque, me dio dos o tres duros golpes consecutivos sobre la frente como antes. Esto me dejó enseguida sumiso, y me avergüenza casi confesar que, ya fuese por dolor o por humillación, se me saltaron las lágrimas.

—Mein Gott! —dijo el Ángel de lo Estrambótico, en apariencia muy enternecido ante mi angustia—. El pobre hombre estar muy borracho o muy afligido. No deber beber osté así, tan fuerte; deber osté echar agua en el vino. Vamos, tenga, osté beber esto, como un buen chico, ¡y no llorar más, no llorar más!

Y al decir esto, el Ángel de lo Estrambótico volvió a llenar mi copa (que contenía en su tercera parte oporto) con un líquido incoloro que vertió de una de sus manos-botellas. Observé que dichas botellas tenían etiquetas alrededor de sus cuellos, y que estas etiquetas llevaban la inscripción «Krischenwasser».

La atenta bondad del Ángel me calmó bastante, y ayudado por el agua con que había diluido mi oporto más de una vez, recobré al fin la suficiente calma para escuchar su muy extraordinario discurso. No pretendo relatar aquí cuanto él me dijo; pero recogí de sus palabras que era él el genio que presidía los contretemps de la Humanidad, y que su función consistía en provocar esos «accidentes estrambóticos» que asombran de continuo a los escépticos. Una o dos veces, al arriesgarme a expresar mi incredulidad total con respecto a sus pretensiones, se puso muy furioso, en realidad, de tal modo, que al final consideré como la política más sabia a seguir no decir nada en absoluto, y dejarle obrar como quisiera. Habló, por tanto, largo rato, mientras yo permanecía simplemente tendido en mi sillón con los ojos cerrados, divirtiéndome en mascar uvas y en tirar los rabos por la habitación. Pero pronto, el Ángel, consideró de repente esta conducta mía como un desprecio. Se levantó con una terrible cólera, se echó su embudo sobre los ojos, lanzó un fuerte juramento, profirió una amenaza cuyo sentido no comprendí con exactitud, y por fin me hizo un profundo saludo y salió, deseándome, con el lenguaje del arzobispo en Gil Blas, beaucoup de bonheur et un peu plus de bon sens.

Su marcha me proporcionó alivio. Las varias copas de Lafitte que había yo apurado produjeron en mí el efecto de amodorrarme, y sentí deseo de dormir una siesta de quince o veinte minutos, como es mi costumbre después de comer. A las seis tenía yo una cita importante a la cual era de todo punto indispensable que acudiese. La póliza de seguro de mi casa había expirado el día anterior; y habiendo surgido una discusión, convinimos en que a las seis me encontraría ante la junta de los directores de la Compañía para fijar los términos de una renovación. Mirando hacia el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea (pues me notaba demasiado adormecido para sacar el mío del bolsillo) tuve el gusto de ver que me quedaban aún veinticinco minutos disponibles. Eran las cinco y media; podía fácilmente llegar a la oficina de

Seguros en cinco minutos, y mi siesta acostumbrada no había excedido nunca de los veinticinco. Me sentí, pues, lo bastante tranquilo, y me dispuse a dormir inmediatamente.

Cuando lo hube hecho a mi satisfacción, miré de nuevo hacia el reloj y estuve inclinado a medias a creer en la posibilidad de los accidentes estrambóticos al ver que, en lugar de mis ordinarios quince o veinte minutos, había dormido sólo tres, y la hora señalada eran las seis menos veintisiete minutos. Reanudé mi siesta, y al cabo, cuando me desperté por segunda vez, vi, asombrado a más no poder, que seguía siendo la misma hora. Me puse en pie de un salto para examinar el reloj, y vi que se había parado. Mi reloj me informó de que eran las siete y media; había yo dormido, naturalmente, dos horas, y era ya demasiado tarde para acudir a mi cita. «No importa —me dije—; iré mañana a la oficina y me disculparé. No obstante, ¿qué puede haber ocurrido al reloj?» Al examinarlo descubrí que uno de los rabos de uva que tiré por la habitación durante el discurso del Ángel de lo Estrambótico habían pasado a través del cristal roto, alojándose, de un modo bastante extraño, en el agujero de la llave, y como sobresalía así, detuvo el giro de la aguja del horario.

«¡Ah! —supuse—. Ya veo lo que es. Este objeto lo dice por sí mismo. ¡Un accidente natural, como debe ocurrir de cuando en cuando!»

Abandoné el tema sin otra consideración, y a mi hora acostumbrada me metí en la cama. Allí, habiendo colocado una bujía sobre una mesita de lectura que tenía a la cabecera, y después de intentar recorrer con toda atención algunas páginas de la Omnipresencia de Dios, me quedé dormido por desgracia, en menos de veinte segundos, dejando la luz encendida donde estaba.

Mis sueños fueron terriblemente agitados por las visiones del Ángel de lo Estrambótico. Parecióme que estaba a los pies de mi lecho, que descorría las cortinas, y que el cavernoso y detestable tono de una pipa de ron me amenazaba con la más amarga venganza por el desprecio con que le había tratado. Terminó su larga arenga quitándose su sombrero-embudo; y metiéndome después el tubo por la garganta, me inundó con un océano de kirschenwaser que escanciaba a oleadas incesantes de una de las largas botellas que tenía en lugar de brazos. Mi agonía resultó al final intolerable, y me desperté justo a tiempo para ver que una rata escapaba con la bujía encendida sobre la mesa, pero no lo bastante a tiempo para impedirle que huyese hacia su agujero. Muy pronto atacó mi nariz un olor fuerte y sofocante; la casa, lo percibía bien claro, estaba ardiendo. En pocos minutos estalló el incendio con violencia, y en un espacio de tiempo increíblemente corto, el edificio entero estuvo envuelto en llamas. Quedaba cortada toda salida de mi habitación, excepto la ventana. La multitud, entretanto, buscó enseguida una

larga escalera de mano y la arrimó. Gracias a este medio, bajaba yo con rapidez, y podía crearme salvado, cuando a un enorme cerdo —cuya amplia panza e incluso cuya fisonomía toda me recordaban en cierto modo al Ángel de lo Estrambótico—, cuando a este cerdo, repito, que hasta entonces se hallaba dormitando apaciblemente en el lodo, se le metió en la cabeza que su paletilla izquierda tenía necesidad de ser rascada, y no pudo encontrar rascador más conveniente que el pie de la escalera. En un instante fui arrojado al suelo, y tuve la desgracia de fracturarme el brazo.

Este accidente, unido a la pérdida de mi seguro y a la más grave aún de mi pelo, que había ardidado por completo, predispuso mi ánimo a las impresiones serias, hasta el punto de que, por último, decidí tomar esposa. Había una rica viuda que lloraba aún la pérdida de su séptimo marido, y ofrecí a su alma herida el bálsamo de mis promesas. Concedió ella, no sin resistencia, su consentimiento a mis ruegos. Me arrodillé a sus pies, lleno de gratitud y de adoración. Se ruborizó ella e inclinó hacia mí sus rizos abundantes hasta ponerlos en contacto con los que Grandjean me había proporcionado para sustituir temporalmente mi ausente pelo. No sé cómo se hizo el enredo, pero se efectuó. Me levanté sin peluquín, con un cráneo brillante, y ella, llena de desprecio y de rabia, medio sepultada por una cabellera ajena. Así tuvieron fin mis esperanzas con respecto a la viuda por un accidente que no podía yo prever, de seguro, pero que era la consecuencia natural de los acontecimientos ocurridos.

Sin desesperar, a pesar de todo, emprendí el asedio de un corazón menos implacable. De nuevo me fueron propicios los hados durante una breve temporada, pero también de nuevo se interpuso un incidente trivial. Al encontrarme a mi prometida en una avenida donde se apiñaba la élite de la ciudad, iba a apresurarme a saludarla con una de mis mejores reverencias, cuando una partícula de alguna materia extraña, alojándose en la comisura de mi ojo, me dejó de momento completamente ciego. Antes de que hubiese podido recobrar la vista, el objeto de mi amor había desaparecido, irreparablemente ofendida por lo que ella tuvo a bien considerar como una grosería premeditada, al pasar junto a ella sin saludarla. Cuando permanecía allí aturdido por lo repentino del accidente (que podía haberle ocurrido a cualquiera, con todo, bajo el sol) y seguía incapaz de ver, fui abordado por el Ángel de lo Estrambótico, quien me ofreció su ayuda con una cortesía que no tenía yo motivo para esperar. Examinó con mucha afabilidad y pericia mi ojo estropeado, me informó de que tenía una gota en él, y (fuera lo que fuese aquella gota) me la quitó, proporcionándome un gran alivio.

Pensé entonces que era ya tiempo de morir (puesto que la suerte había decidido perseguirme), y por tanto, me dirigí hacia el río más próximo. Allí me desnudé (pues no hay razón alguna para que no muramos como hemos

nacido), y me tiré de cabeza a la corriente; el único testigo de mi destino fue un cuervo solitario que, seducido por el cebo de un trigo empapado en coñac, estaba haciendo eses, separado de sus compañeros. No bien entré en el agua cuando a aquel pájaro se le ocurrió salir volando con las prendas más indispensables de mi vestimenta. Por eso, aplazando por el instante mi proyecto suicida, deslicé como pude mis extremidades inferiores en las mangas de mi gabán, y emprendí la persecución del malvado con la ligereza que el caso requería y que permitían las circunstancias. Pero me seguía acompañando mi mala suerte. Cuando corría a toda velocidad, con la nariz al aire, atento sólo al ladrón de mis bienes, noté de pronto que mis pies no tocaba ya terra firma; el hecho es que me había arrojado a un precipicio, y que me habría destrozado inevitablemente si, por fortuna, no hubiera asido una cuerda de arrastre que colgaba de un globo, de paso por allí.

Tan pronto como hube recobrado el sentido lo suficiente para comprender la aterradora posición en que estaba situado, o más bien colgado, me esforcé con toda la potencia de mis pulmones por hacer conocer dicha posición al aeronauta que se hallaba por encima de mí. Pero durante un largo rato me esforcé en vano. O aquel imbécil no podía o no quería el muy miserable verme. Mientras, se elevaba rápidamente la máquina, en tanto que mis fuerzas disminuían más rápidamente aún. Estaba ya a punto de resignarme con mi destino, y de dejarme caer a plomo en el mar, cuando se sintió mi ánimo repuesto de repente al oír una voz cavernosa que venía de lo alto, y que parecía tararear con pereza un aria de ópera. Mirando hacia arriba, vi al Ángel de lo Estrambótico. Se apoyaba, cruzado de brazos, sobre el borde de la barquilla; con la pipa en la boca, de la que extraía apacibles bocanadas, parecía estar en términos excelentes consigo mismo y con el universo. Me sentía demasiado exhausto para hablar; de modo que me limité a mirarle con aire suplicante.

Durante algunos minutos, aunque mirándome cara a cara, no dijo nada. Por último, llevando con cuidado su pipa de espuma de mar de la comisura derecha a la izquierda de su boca, condescendió a hablar.

—¿Quién ser osté? —preguntó—. ¿Y qué diablos hacer osté ahí?

A este rasgo de descaro, de crueldad y de simulación, no pude replicar más que lanzando esta palabra:

—¡Auxilio!

—¡Auxilio! —repitió como un eco el granuja—. No ser yo el que auxiliar a osté. Aquí tener la fotella. ¡Auxiliarse osté mismo, y que el diablo le lleve!

Y con estas palabras dejó caer una gruesa botella de kirschenwasser que, al darme justamente en la coronilla, me hizo imaginar que se habían hecho

papilla mis sesos. Impresionado con esta idea, estaba a punto de soltar presa y de exhalar gustoso el alma, cuando fui detenido por el grito del Ángel, ordenándome que me sostuviese.

—¡Cogerse osté fien! —dijo—. No se precipitar osté, ¿oye? ¿Querer osté coger otra fotella o estar osté despejado y haber recobrado los sentidos?

Me apresuré ante esto a mover dos veces la cabeza: una, negativamente, queriendo dar a entender que prefería por el momento no coger más botellas, y otra, afirmativamente, significando así que estaba despejado, y que gozaba, en verdad, de todos mis sentidos. Gracias a lo cual, apacigüé algo al Ángel.

—Y ahora, ¿me creer osté por fin? ¿Crear osté, ahora en la posibilidad de lo estrambótico?

Moví de nuevo la cabeza, asintiendo.

—¿Y osté creer en mí, el Ángel de lo Estrambótico?

Afirmé de nuevo.

—¿Y osté reconocer que ser osté un ciego porracho y un loco?

Asentí nuevamente.

—Ponga osté entonces su mano derecha en el bolsillo izquierdo de su pantalón como para mostrar su sumisión al Ángel de lo Estrambótico.

Esto, por razones muy obvias, me pareció completamente imposible de realizar. En primer lugar, mi brazo izquierdo se me partió al caer de la escalera, y de haber soltado presa con mi mano derecha, me hubiese caído sin remedio. En segundo lugar, no tenía pantalones, desde que salí corriendo detrás del cuervo. Me vi, por tanto, obligado, con harto sentimiento mío, a mover la cabeza negativamente, intentado así dar a entender al Ángel que encontraba inoportuno en aquel momento cumplir su petición tan razonable. Sin embargo, no bien dejé de mover la cabeza:

—¡Váyase osté entonces al diablo! —rugió el Ángel de lo Estrambótico.

Al pronunciar estas palabras cortó con un afilado cuchillo la cuerda de arrastre de la que estaba yo colgado, y como sucedió que en aquel instante pasábamos por encima mismo de mi propia casa (la cual, durante mis peregrinaciones, había sido convenientemente reconstruida), caí de cabeza por la amplia chimenea y fui a parar al hogar del comedor.

Al recobrar el sentido (pues la caída me había atolondrado del todo) vi que eran casi las cuatro de la madrugada. Yacía donde hube de caer desde el globo. Mi cabeza descansaba entre las ascuas de un fuego apagado, mientras mis pies reposaban sobre el naufragio de una mesita volcada, junto a los restos de unos postres variados, mezclados con un periódico, algunas copas rotas, unas

botellas hechas añicos y un jarro vacío de Schiedam Kirschenwasser. Así se vengó el Ángel de lo Estrambótico.

REVELACIÓN MESMÉRICA

Aunque la duda pueda envolver aún la exposición razonada del mesmerismo, sus sobrecogedores hechos están ahora casi universalmente admitidos. Los que dudan de estos hechos son meros incrédulos de profesión, una casta inútil y desacreditada. Sería perder el tiempo por completo intentar probar hoy día que el hombre, por el simple ejercicio de su voluntad, puede impresionar a su semejante, arrojándole en una situación anormal, cuyos fenómenos se asemejan con tanta exactitud a la muerte, o por lo menos, que se parecen más a ella que los de cualquier otra situación normal que se halla dentro de nuestro conocimiento; que, mientras dura ese estado, la persona así impresionada emplea sólo con esfuerzo, y, por tanto, débilmente, los órganos sensoriales exteriores, y, sin embargo, percibe, con una aguda y refinada percepción, y por conductos que se suponen desconocidos, cosas fuera del alcance de los órganos físicos; que, además, sus facultades intelectuales son exaltadas y vigorizadas de modo asombroso, y, en fin, que su susceptibilidad a las impresiones aumenta con su frecuencia, mientras, en igual proporción, los fenómenos peculiares que se producen son más extensos y más pronunciados.

He dicho que sería superfluo demostrar esos hechos, que contienen las leyes del mesmerismo en sus características generales; no impondré a mis lectores tan innecesaria demostración hoy. Mi propósito actual es, en realidad, muy diferente. Me impulsa, a despecho de un mundo de prejuicios, a referir, sin comentario, la parte esencial de un coloquio celebrado entre un magnetizado y yo.

Tenía yo desde hace largo tiempo la costumbre de magnetizar a la persona en cuestión (mister Vankirk), y la aguda susceptibilidad y la exaltación de la percepción magnética habituales se habían ya manifestado. Durante varios meses venía él padeciendo una tisis comprobada, la mayor parte de cuyos efectos crueles encontraron alivio con mis manipulaciones, y en la noche del miércoles 15 del actual fui llamado a su cabecera.

El enfermo sufría un vivo dolor en la región precordial, y respiraba con gran dificultad, teniendo todos los síntomas ordinarios del asma. En tales angustias había él encontrado generalmente alivio con la aplicación de cataplasmas de mostaza en los centros nerviosos; pero aquella noche lo intentó en vano.

Cuando entré en su habitación, me saludó con una animada sonrisa, y aunque presa de evidentes dolores físicos, me pareció estar, moralmente, de todo punto tranquilo.

—Le he enviado a buscar esta noche —dijo— no tanto para aportar un alivio a mis dolores físicos como para convencerme respecto a ciertas impresiones psíquicas que últimamente me han ocasionado verdadera ansiedad y sorpresa. No necesito decirle lo escéptico que he sido hasta ahora sobre la cuestión de la inmortalidad del alma. No puedo negar que ha existido siempre, en esa alma que he estado negando, como un medio sentimiento vago de su propia existencia. Pero ese medio sentimiento en ningún momento se ha elevado a convicción. Mi razón no tenía nada que hacer con todo eso. Todos los esfuerzos hacia una investigación lógica sólo trajeron como resultado dejarme más escéptico que antes. Me he dedicado al estudio de Cousin. Lo estudiado en sus propias obras, así como en sus ecos europeos y americanos. He tenido en mis manos el Charles Elwood, de mister Brownson, por ejemplo. Lo he leído con profunda atención. Lo he encontrado lógico desde el principio hasta el fin: pero las partes que no son pura lógica son, por desgracia, los principales argumentos del héroe incrédulo del libro. En su resumen me pareció evidente que el razonador no había logrado siquiera convencerse a sí mismo. El final del libro ha olvidado a las claras el comienzo, como Trínculo su gobierno. En suma, no tardé mucho en darme cuenta de que, si el hombre debe hallarse intelectualmente convencido de su propia inmortalidad, no lo será nunca por las meras abstracciones que han estado durante tanto tiempo de moda entre los moralistas ingleses, franceses y alemanes. Las abstracciones pueden ser una diversión y un ejercicio, pero no se adueñan del espíritu. Por último, mientras permanezcamos sobre la Tierra, la filosofía, estoy persuadido de ello, nos mandará siempre en vano que consideremos las cualidades como cosas. La voluntad puede asentir; el alma, el intelecto, nunca. Repito, pues, que he sentido tan sólo a medias, y nunca he creído intelectualmente. Pero en una época reciente hubo en mí cierta mayor profundidad de pensamiento hasta hacerle adquirir tan extraña semejanza con la aquiescencia de la razón, que fue difícil distinguir entre los dos. Tengo motivos para atribuir la huella de ese efecto a la influencia mesmérica. No podría explicar mejor mi idea que por la hipótesis de que la exaltación mesmérica me hace ser capaz de percibir un sistema de razonamiento que en mi existencia anormal me convence, pero que, por una plena concordancia con el fenómeno mesmérico, no se extiende, excepto por su efecto, hasta mi existencia normal. En el estado hipnótico, el razonamiento y su conclusión (la causa y su efecto) están presentes simultáneamente. En mi estado natural, al desaparecer la causa, sólo el efecto, y acaso no más en parte, permanece. Estas consideraciones me han inducido a creer que se podrían obtener algunos buenos resultados de una serie de preguntas bien pensadas que me dirigiesen estando hipnotizado. Habrá usted

advertido con frecuencia el profundo conocimiento de sí mismo mostrado por el hipnotizado, el amplio saber que exhibe sobre todos los puntos en relación con el estado mesmérico, y de este conocimiento de sí propio podrían deducirse sugerencias para la adecuada redacción de un catecismo.

Accedí, naturalmente, a realizar aquella experiencia. En pocos pases mister Vankirk cayó en el sueño mesmérico. Su respiración se hizo enseguida más fácil, y no pareció él sufrir ningún malestar físico. Se entabló el diálogo siguiente: (V. en dicho diálogo representará al paciente, y P., a mí).

P. —¿Está usted dormido?

V. —Sí, no; preferiría dormir más profundamente.

P. —(Después de unos cuantos pases más). ¿Duerme usted ahora?

V. —Sí.

P. —¿Cómo cree usted que terminará su enfermedad actual?

V. —(Después de una larga vacilación y hablando como con esfuerzo). Debo morir.

P. —¿Le aflige a usted esa idea de muerte?

V. —(Con gran rapidez). ¡No, no!

P. —¿Le complace esa perspectiva?

V. —Si estuviese despierto, me gustaría morir; pero ahora no se trata de eso. El estado mesmérico se halla lo bastante cercano a la muerte para contentarme.

P. —Quisiera que se explicase usted mejor, mister Vankirk.

V. —También lo querría yo; pero eso requiere un esfuerzo mayor del que soy capaz de hacer. No me pregunta usted adecuadamente.

P. —¿Cómo he de interrogarle, entonces?

V. —Debe usted empezar por el comienzo.

P. —¡El comienzo! Pero ¿dónde está el comienzo?

V. —Ya sabe que el comienzo es Dios. (Esto fue dicho en un tono bajo, vacilante, con todos los signos de la más profunda veneración).

P. —¿Qué es, entonces, Dios?

V. —(Titubeando unos minutos). No puedo decirlo.

P. —¿No es Dios un espíritu?

V. —Cuando estaba yo despierto, sabía qué era lo que usted entiende por

«espíritu»; pero ahora eso parece sólo una palabra, como, por ejemplo, verdad, belleza: una cualidad, quiero decir.

P. —¿No es Dios inmaterial?

V. —No hay inmaterialidad; es ésta una simple palabra. Lo que no es materia, no es nada en absoluto, a menos que las cualidades sean cosas.

P. —¿Es Dios, pues, material?

V. —No. (Esta respuesta me dejó muy asombrado).

P. —Entonces, ¿qué es Él?

V. —(Después de una larga pausa, y balbuciente). Le veo; pero es una cosa difícil de decir. (Otra larga pausa). Él no es espíritu, pues existe. No es materia, «como usted lo entiende». Pero hay «gradaciones» de materia que los hombres no conocen; la densa empuja a la ligera, la ligera penetra a la densa. La atmósfera, por ejemplo, empuja al principio eléctrico, mientras el principio eléctrico pasa a través de la atmósfera. Estas gradaciones de materia aumentan en tenuidad o en ligereza hasta que llegamos a una materia «imparticulada» — sin partículas—, indivisible, «una»; y aquí se modifica la ley de impulsión y penetración. La materia esencial o imparticulada no sólo penetra las cosas, sino que las impele, y «es», por ende, todas las cosas en una misma. Esta materia es Dios. Lo que los hombres intentan corporeizar en la palabra «pensamiento» es esa materia en movimiento.

P. —Los metafísicos sostienen que toda acción es reducible a movimiento y pensamiento, y que este último es el origen del primero.

V. —Sí, y ahora veo la confusión de ideas. El movimiento es la acción del «espíritu», no del «pensamiento». La materia imparticulada o Dios, en reposo, es (tan aproximadamente como nos es posible concebirlo) lo que los hombres llaman espíritu. Y el poder de automovimiento (equivalente en efecto, a la volición humana) es, en la materia imparticulada, el resultado de su unidad y de su omnipredominio; «ahora» no lo sé, y ahora también veo claramente que no lo sabré nunca. Pero la materia imparticulada, puesta en movimiento por una ley o cualidad existentes dentro de ella misma, es pensante.

P. —¿Puede darme una idea más precisa de lo que es para usted el término materia imparticulada?

V. —Las materias que los hombres conocen escapan a los sentidos poco a poco. Tenemos, por ejemplo, un metal, un trozo de madera, una gota de agua, la atmósfera, el gas, el calórico, la electricidad, el éter luminoso. Ahora llamamos materia a todas esas cosas y abarcamos toda materia en una definición general; pero, a despecho de eso, no hay dos ideas más esencialmente diferentes que la que asignamos al metal y la que asignamos al

éter luminoso. Cuando nos fijamos en este último, sentimos una tendencia casi irresistible a clasificarle con el espíritu o con la nada. La única consideración que nos contiene es nuestra concepción de su constitución atómica, y aun aquí, tenemos necesidad de pedir ayuda a nuestra noción de un átomo, como algo poseyendo, en una infinita exigüidad, solidez, tangibilidad, peso. Suprimida la idea de la constitución atómica, no seremos capaces mucho tiempo de considerar el éter como una entidad, o, al menos, como materia. A falta de una palabra mejor, podríamos llamarle espíritu. Demos ahora un paso más allá del luminoso éter; concibamos una materia mucho más rara que el éter, como el éter es mucho más raro que el metal, y llegaremos al fin (a despecho de todos los dogmas escolásticos) a una masa única, a una materia imparticulada. Pues aunque podamos admitir una infinita pequeñez en los átomos mismos, la infinitud de la pequeñez en los espacios entre ellos es un absurdo. Habrá un punto, habrá un grado de rareza, en donde, si los átomos son bastante numerosos, los interespacios deberán desaparecer, y la masa, juntarse. Pero habiendo quedado ahora apartada la consideración de la constitución atómica, la naturaleza de la masa se desliza inevitablemente dentro de lo que concebimos como espíritu. Claro está, sin embargo, que sigue siendo materia tan de lleno como antes. Lo cierto es que resulta tan imposible concebir el espíritu como imaginar lo que no es. Cuando nos jactamos de haber forjado su concepción, hemos engañado, en suma, nuestra inteligencia con la consideración de la materia infinitamente rarificada.

P. —Me parece que hay una insuperable objeción a esa idea de cohesión absoluta, y es la levísima resistencia experimentada por los cuerpos celestes en sus revoluciones a través del espacio, una resistencia que existe en «algún» grado —como, por cierto, se ha comprobado ahora—, pero que es tan leve, que ha pasado totalmente inadvertida incluso a la sagacidad de Newton. Sabemos que la resistencia de los cuerpos está sobre todo en proporción con su densidad. Allí donde no hay interespacios, no puede haber paso. Un éter denso en absoluto constituiría un obstáculo infinitamente más eficaz a la marcha de una estrella que un éter de diamante o de hierro.

V. —Su objeción queda refutada con una facilidad que está, aproximadamente, en razón de su aparente irrefutabilidad. En relación con el avance de la estrella, no puede haber diferencia en que la estrella pase a través del éter o «en que el éter pase a través de ella». No hay error astronómico más inexplicable que el que concilia el retraso conocido de los cometas con la idea de su paso a través del éter; pues, por muy raro que se suponga ese éter, será un obstáculo para toda revolución sideral en un período mucho más breve que el admitido por esos astrónomos que han procurado pasar por alto un punto que juzgaban imposible de comprender. El retraso probado en la actualidad es, por otra parte, poco más o menos, el que puede esperarse de la «fricción» del éter en su paso instantáneo a través del astro. En el primer caso, la fuerza de

retraso es momentánea y completa en sí misma; en el segundo, es infinitamente creciente.

P. —Pero en todo eso, en esa identificación de la simple materia con Dios, ¿no hay nada irreverente? (Me vi obligado a repetir esta pregunta antes de que el hipnotizado pudiese comprender por completo mi pensamiento).

V. —¿Podría usted decir «por qué» la materia es menos respetada que el espíritu? Pero olvida que la materia de la que hablo es, bajo todos los aspectos, la verdadera «inteligencia» o «espíritu» de las escuelas en cuanto a sus altas facultades, y es, además, la «materia» de esas escuelas al mismo tiempo. Dios, con todos los poderes atribuidos al espíritu, no es sino la perfección de la materia.

P. —Afirma usted, entonces, que la materia imparticulada, en movimiento, es pensamiento.

V. —En general, ese movimiento es el pensamiento universal de la inteligencia universal. Este pensamiento crea. Todas las cosas creadas no son sino los pensamientos de Dios.

P. —Dice usted «en general».

V. —Sí. El espíritu universal es Dios. Para las nuevas individualidades, la «materia» es necesaria.

P. —Pero habla usted ahora de «espíritu» y de «materia» como los metafísicos.

V. —Sí, para evitar una confusión. Cuando digo «espíritu», quiero decir materia imparticulada o suprema; por «materia» entiendo todo lo demás.

P. —Ha dicho usted que «para las nuevas individualidades la materia es necesaria».

V. —Sí, pues existiendo el espíritu incorpóreo, es simplemente Dios. Para crear seres individuales, pensantes, era necesario encarnar porciones del espíritu divino. Por eso el hombre está individualizado. Despojado de la vestidura corporal, sería Dios. Ahora el movimiento especial de las porciones encarnadas de la materia imparticulada es el pensamiento del hombre, como el movimiento conjunto es el de Dios.

P. —¿Dice usted que, despojado del cuerpo, el hombre será Dios?

V. —(Después de cierta vacilación). No he podido decir eso: es un absurdo.

P. —(Consultando mis notas). Ha dicho usted que «despojado de la vestidura corporal, el hombre sería Dios».

V. —Y eso es verdad. El hombre, despojado así, «sería» Dios, estaría desindividualizado. Pero no puede estar así despojado —al menos, no lo «estará» nunca—, pues, de otro modo, tendríamos que imaginar una acción de Dios volviendo sobre sí misma, una acción sin propósito, fútil. El hombre es una criatura. Las criaturas son los pensamientos de Dios. Y la naturaleza de un pensamiento es ser irrevocable.

P. —No comprendo. ¿Dice usted que el hombre no podrá desprenderse nunca del cuerpo?

V. —He dicho que no podrá estar nunca sin cuerpo.

P. —Explíquese.

V. —Hay dos cuerpos: el rudimentario y el cabal, correspondientes a las dos condiciones de la oruga y de la mariposa. Lo que llamamos «muerte» no es sino la metamorfosis dolorosa. Nuestra encarnación actual es progresiva, preparatoria, temporal. Nuestra encarnación futura es perfecta, suprema, inmortal. La vida final es el objetivo supremo.

P. —Pero tenemos una noción palpable de la metamorfosis de la oruga.

V. —«Nosotros», ciertamente, pero no la oruga. La materia de que está compuesto nuestro cuerpo rudimentario está al alcance de los órganos de ese cuerpo, o, más claro, nuestros órganos rudimentarios son apropiados a la materia de que está formado el cuerpo rudimentario, pero no a la de que está formado el supremo. El cuerpo supremo escapa por eso a nuestros sentidos rudimentarios, y percibimos sólo la envoltura que cae, en el declinar de la forma interior, no la forma interior misma; pero esta forma interior, lo mismo que la envoltura, es apreciable para los que han adquirido ya la vida final.

P. —Ha dicho usted repetidas veces que el estado mesmérico se parece mucho a la muerte. ¿Cómo es eso?

V. —Si digo que se parece a la muerte, quiero significar con ello que se parece a la vida final, pues cuando estoy hipnotizado los sentidos de mi vida rudimentaria están en suspenso, y yo percibo las cosas exteriores directamente, sin órganos, a través de un médium que utilizaré en la vida final o inorgánica.

P. —¿Inorgánica?

V. —Sí; los órganos son aparatos por medio de los cuales el individuo es puesto en relación sensible con clases y formas especiales de la materia, con exclusión de todas otras clases y formas. Los órganos del hombre están adaptados a su condición rudimentaria y sólo a ella; su condición ulterior, al ser inorgánica, es de una comprensión ilimitada en todos los puntos, salvo en uno: la naturaleza de la voluntad de Dios; es decir, el movimiento de la materia imparticulada. Podrá usted hacerse una idea clara del cuerpo final,

ulterior o definitivo, concibiéndolo todo cerebro. «No» es esto; pero una concepción de esta naturaleza le aproximará a la comprensión de lo que «es». Un cuerpo luminoso transmite una vibración al éter luminoso. Esas vibraciones engendran otras semejantes en la retina; éstas transmiten otras semejantes al nervio óptico. El nervio las comunica al cerebro; el cerebro también otras semejantes a la materia imparticulada, que le penetra. El movimiento de esta última es el pensamiento, del que la percepción es la primera ondulación. Ésta es la manera como el espíritu de la vida rudimentaria comunica con el mundo exterior, y este mundo exterior está en la vida rudimentaria limitado por la idiosincrasia de sus órganos. Pero en la vida definitiva, inorgánica, el mundo exterior comunica con el cuerpo entero (que es de una sustancia que tiene afinidades con el cerebro, como ya he dicho), sin otra intervención que la de un éter infinitamente sutil, más aún que el luminoso; y el cuerpo entero vibra al unísono con este éter, poniendo en movimiento la materia imparticulada que lo penetra. Es, pues, a la ausencia de órganos idiosincrásicos a lo que debemos atribuir la percepción casi ilimitada de la vida ulterior o definitiva. Los órganos son jaulas necesarias para encerrar en ellas, hasta que tengan plumas, a los seres rudimentarios.

P. —Habla usted de «seres» rudimentarios. ¿Hay otros seres rudimentarios pensantes, además del hombre?

V. —La numerosa conglomeración de materia sutil en las nebulosas, planetas, soles y otros cuerpos que no son nebulosas ni soles ni planetas, tienen el solo objeto de proporcionar «pabulum», alimento, a los órganos idiosincrásicos de una infinidad de seres rudimentarios. Pero para la necesidad de la vida rudimentaria, antes de la vida ulterior, no hubieran existido cuerpos como éstos. Cada uno de ellos está habitado por una variedad distinta de criaturas orgánicas, rudimentarias, pensantes. En todas, los órganos varían con los caracteres del lugar ocupado. En la muerte o metamorfosis, esas criaturas, gozando de la vida ulterior —de la inmortalidad— y conociendo todos los secretos, excepto «uno» realizan todos sus actos y se mueven en todos sentidos por su simple voluntad: habitan no las estrellas —que nos parecen los únicos mundos palpables, y para interpretación de los cuales creemos a ciegas que el espacio ha sido creado—, sino el ESPACIO mismo, ese infinito cuya inmensidad verdaderamente sustancial se traga las estrellas —sombras—, borrándolas a la percepción de los ángeles como la nada.

P. —Dice usted: «pero para la “necesidad” de la vida rudimentaria, no hubiesen sido creadas las estrellas». Y ¿por qué esa necesidad?

V. —En la vida inorgánica, así como en la materia inorgánica, generalmente, no hay nada que pueda impedir la acción de una simple «única» ley, que es la Divina Volición. La vida orgánica y la materia (compleja, sustancial y gravada por una ley) han sido ideadas con el fin de crear un

impedimento.

P. —Pero, una vez más, ¿por qué era necesario crear ese impedimento?

V. —El resultado de la ley inviolada es perfección: derecho, felicidad negativa. El resultado de la ley violada es imperfección: injusticia, dolor positivo. Merced a los impedimentos que aportan el número —la complejidad o la sustancialidad de las leyes de la vida orgánica y de la materia—, la violación de la ley se hace, hasta cierto grado, practicable. Por eso el dolor, imposible en la vida inorgánica, es posible en la orgánica.

P. —Pero ¿con qué buen fin se hace posible ese dolor?

V. —Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente demostrará que el placer, en todos los casos, no es sino el contraste del dolor. El placer «positivo» es una simple idea. Para ser feliz hasta cierto grado, debemos haber sufrido hasta el mismo grado. No sufrir nunca sería como no haber sido nunca feliz. Pero está demostrado que en la vida inorgánica el dolor no puede existir; de aquí la necesidad del dolor en la orgánica. El dolor de la vida primitiva sobre la Tierra es la sola base de la bienaventuranza en la vida definitiva o ulterior en el Cielo.

P. —Hay todavía una de sus expresiones que me resulta imposible comprender: «la inmensidad verdaderamente “sustancial” del infinito».

V. —Eso es, probablemente, porque no posee usted un concepto bastante genérico del término «sustancia» mismo. No debemos considerarla como una cualidad, sino como un sentimiento: es la percepción, en los seres pensantes, de la adaptación de la materia a su organización. Hay muchas cosas sobre la Tierra que serían la nada para los habitantes de Venus; muchas cosas visibles y tangibles en Venus cuya existencia seríamos nosotros incapaces de apreciar en absoluto. Pero, para los seres inorgánicos —los ángeles—, la totalidad de la materia imparticulada es sustancia; es decir, que para ellos la totalidad de lo que nosotros llamamos «espacio» es la más verdadera sustancialidad. Las estrellas, no obstante, si las consideramos por entero en su materialidad, escapan al sentido angélico exactamente en la misma proporción que la materia imparticulada, si la consideramos en su inmaterialidad, escapa al sentido orgánico.

Al pronunciar el hipnotizado estas últimas palabras en un tono débil, observé en su rostro una singular expresión que me alarmó algo y me indujo a despertarle enseguida. No bien lo había hecho, cuando, con una brillante sonrisa que iluminaba todos los rasgos, cayó hacia atrás sobre la almohada, y expiró. Noté que, menos de un minuto después tenía su cadáver toda la dura rigidez de la piedra. Su frente mostraba la frialdad del hielo. Así habría aparecido, sin duda, únicamente después de una larga presión de la mano de

Azrael. El hipnotizado, durante la última parte de su discurso, ¿se habría dirigido en realidad a mí desde el fondo de la región de las sombras?

LA POSESIÓN DE ARNHEIM O EL PAISAJE DEL JARDÍN

Desde su cuna hasta su tumba una brisa de prosperidad empujó a mi amigo Ellison. Y no empleo aquí la palabra prosperidad en su sentido simplemente mundano. La persona de quien hablo parecía nacida con la finalidad de anunciar las doctrinas de Turgot, Price, Priestley y Condorcet, para poner un ejemplo individual de lo que se ha llamado la quimera de los perfeccionistas. En la breve existencia de Ellison paréceme ver una refutación del dogma según el cual en muchas naturalezas humanas reside algún principio oculto, enemigo de la felicidad. Un examen minucioso de su carrera me ha hecho comprender que, en general, la miseria de la especie humana proviene de la violación de unas cuantas leyes de la Humanidad; que, como tal especie, tenemos en nuestro poder elementos de contento en bruto, y que aun ahora, en las presentes oscuridad y locura de todo pensamiento sobre la gran cuestión de la condición social, no es imposible que el hombre, como ser individual, pueda ser feliz en determinadas circunstancias insólitas y altamente fortuitas.

Mi joven amigo estaba también imbuido por completo de tales opiniones, y por eso es digno de observarse que el goce ininterrumpido que caracterizó su vida fuese en gran parte resultado de un previo acuerdo. Es, en verdad, evidente que, con algo menos de esa filosofía que de cuando en cuando ocupa tan bien el lugar de la experiencia, mister Ellison se hubiera visto precipitado, por el tan extraordinario éxito de su vida, en el torbellino común del infortunio que se abre ante los hombres superdotados. Pero no es mi intención escribir un ensayo sobre la felicidad. Las ideas de mi amigo pueden resumirse en pocas palabras. No admitía más que cuatro principios, o más estrictamente, cuatro condiciones de felicidad. La que él consideraba como principal (¡es extraño decirlo!) era la simple y puramente física del ejercicio al aire libre. «La salud —decía que se puede obtener por otros medios no merece apenas ese nombre». Citaba las voluptuosidades del cazador de zorros, y señalaba a los cultivadores de la tierra cual las únicas gentes que, como clase, pueden ser consideradas justamente más felices que los otros. Su segunda condición era el amor a la mujer. Su tercera, y la de más difícil realización, era el desprecio de la ambición. Su cuarta era el objeto de una persecución incesante, y él afirmaba que, siendo iguales las otras cosas, la extensión de la felicidad alcanzable estaba en proporción con la espiritualidad de ese objeto.

Fue Ellison notable por la continua profusión con que la Fortuna volcó

sobre él sus dones. En gracia personal y en belleza superaba a todos los hombres. Su inteligencia era de esas para las cuales la adquisición del conocimiento es menos una labor que una intuición y una necesidad. Su familia era una de las más ilustres del imperio. Su esposa, la más encantadora y la más abnegada de las mujeres. Habían sido siempre cuantiosos sus bienes; pero al alcanzar la mayoría de edad, se descubrió que el Destino había tenido en favor de él uno de esos caprichos suyos que asombran al medio social donde ocurren, y que no dejan de alterar radicalmente la constitución moral de quienes son objeto de ellos.

Parece ser que unos cien años antes de que mister Ellison llegase a su mayoría de edad falleció en una remota provincia cierto mister Seabright Ellison. Este gentleman amasó una fortuna principesca, y no teniendo parientes inmediatos, se le ocurrió la fantasía de dejar que se acumulara durante un siglo después de su muerte. Habiendo indicado él mismo minuciosa y sagazmente los diversos modos de invertirla, legó la totalidad de aquella fortuna al más cercano consanguíneo que llevase el apellido Ellison y que viviese al final de los cien años. Se hicieron varias tentativas para lograr la anulación de aquel singular legado. Su carácter ex post facto las llevó al fracaso; pero despertó la atención de un gobierno celoso que, finalmente, promulgó un decreto legislativo prohibiendo tales acumulaciones. Este decreto, sin embargo, no fue obstáculo para que el joven Ellison, entrara en posesión, el vigésimo primer aniversario de su nacimiento, y como heredero de su antepasado Seabright, de una fortuna que se elevaba a cuatrocientos cincuenta millones de dólares.

Cuando se conoció la cuantía de la enorme fortuna heredada, se hicieron, por supuesto, muchas conjeturas sobre la manera de disponer de aquélla. La magnitud y la inmediata disponibilidad de dicha suma deslumbraban a cuantos pensaban en la cuestión. Se hubiera podido imaginar al poseedor de una suma apreciable cualquiera realizando una u otra cosa entre mil. Dotado de una fortuna que superaba, al fin y al cabo, la de cualquier otro ciudadano, se hubiera podido imaginarle fácilmente entregado a los excesos de las más elegantes extravagancias de su tiempo, o consagrado a intrigas políticas, o aspirando al poder ministerial, o persiguiendo un rango más elevado en la nobleza, o coleccionando en amplios museos toda clase de objetos raros o curiosos, o desempeñando el papel de Mecenas de las letras, de la ciencia o del arte, o dotando y dando su nombre a grandes instituciones de caridad. Pero, en relación con la inconcebible fortuna en poder del heredero a la sazón, aquellos objetos y todos los objetos ordinarios tangibles parecían ofrecer un campo demasiado limitado. Había que recurrir a las cifras, y éstas bastaban para confundir. Se vio que, aun sólo al 3 por ciento, la renta anual de la herencia ascendía a no menos de trece millones quinientos mil dólares, lo cual representaba un millón ciento veinticinco mil dólares al mes, o treinta y seis

mil novecientos noventa y seis dólares al día, o mil quinientos cuarenta y un dólares a la hora, o veintiséis dólares al minuto. Así el sendero trillado de las suposiciones se encontraba interrumpido por completo. Los hombres no sabían ya qué imaginar. Algunos llegaban incluso a suponer que mister Ellison se desprendería espontáneamente, cuando menos, de la mitad de su fortuna, por representar una opulencia superflua en absoluto, y que enriquecería a toda la multitud de parientes suyos, repartiendo aquella superabundancia. En efecto, Ellison cedió a sus más cercanos la fortuna, ya inusitada, que poseía antes de aquella herencia.

Con todo, no me sorprendió ver cómo tenía desde hacía largo tiempo ideas determinadas sobre la cuestión que promovía tanta discusión entre sus amigos. No me asombró, por ende, la naturaleza de su decisión. Respecto a las caridades individuales, había él dejado satisfecha su conciencia. En cuanto a la posibilidad de una mejora cualquiera, propiamente dicha, efectuada por el hombre mismo en la condición general de la Humanidad, él le concedía (siento confesarlo) muy poca fe. En resumen, para felicidad o para desgracia suya, se replegó sobre sí mismo antes que nada.

Era un poeta en el sentido más amplio y noble. Comprendía, por añadidura, el verdadero carácter, el propósito augusto, la majestad y la dignidad supremas del sentimiento poético. Su instinto le decía que la más completa, si no la única satisfacción adecuada a este sentimiento, estribaba en la creación de nuevas formas de belleza. Algunas particularidades, ya fuera en su primera educación o en la naturaleza de su inteligencia, habían dado un tinte de eso que se llama materialismo a sus especulaciones éticas, y fue quizá esa predisposición la que le llevó a creer que el terreno más ventajoso al final, si no el más legítimo, para el ejercicio poético está en la creación de nuevos modos de belleza puramente física. Esto le hizo no llegar a ser ni músico ni poeta, si empleamos este último término en su acepción diaria. O puede que él hubiera olvidado ser lo uno o lo otro, sin más ni más, en cumplimiento de su idea de que en el desprecio de la ambición se encuentra uno de los principios esenciales de la felicidad sobre la tierra. ¿Resulta de veras imposible que, mientras un genio de elevado orden es necesariamente ambicioso, el genio más alto aún sea el que está por encima de eso que se llama ambición? ¿Y no puede así ocurrir que hayan existido genios mucho más grandes que Milton que han permanecido por su voluntad «mudos y sin gloria»? Creo que el mundo no ha visto nunca, y que, salvo por una serie de accidentes que aguijoneasen el más noble rango del espíritu y le obligasen a esfuerzos ingratos, el mundo no verá nunca toda la extensión triunfante de ejecución de que es harto capaz la naturaleza humana en los más ricos dominios del arte.

Ellison no llegó a ser ni músico ni poeta, aunque no ha existido nunca un hombre más enamorado a fondo de la música y de la poesía. En otras

circunstancias que las que le rodearon, no habría sido imposible que hubiese llegado a ser un pintor. La escultura, aunque rigurosamente poética en su naturaleza, es un arte demasiado limitado en su extensión y consecuencias para haber ocupado largo tiempo su atención. Y acabo de mencionar todos los dominios en los cuales le ha declarado capaz de difundirse la comprensión corriente del sentimiento poético. Pero Ellison sostenía que el dominio más rico, más verdadero y más natural, si no el más extenso en absoluto, había sido inexplicablemente descuidado. No se había hecho ninguna definición del jardinero-paisajista como del poeta; aun así, a mi amigo parecía que la creación del jardín-paisaje ofrecía a la musa apropiada la más magnífica de las oportunidades. Ahí, en verdad, estaba el más bello campo para que se desplegara una imaginación aplicada a la infinita combinación de formas de nueva belleza; los elementos que intervinieran en la combinación serían, por una amplia superioridad, los más gloriosos que la tierra pueda proporcionar. En la multiplicidad de formas y de colores de las flores y de los árboles, él reconocía los esfuerzos más directos y enérgicos de la Naturaleza hacia la belleza física. Y en la dirección o concentración de ese esfuerzo —o dicho con más propiedad, en su adaptación a los ojos que habían de contemplarlo sobre esta tierra— él notaba que debía emplear los mejores medios, trabajar con el mayor aprovechamiento para el cumplimiento no sólo de su personal destino como poeta, sino también de los augustos fines para los que ha implantado la Divinidad el sentimiento poético en el hombre.

«Su adaptación a los ojos que habían de contemplarlo sobre esta tierra». En su explicación de esta frase, mister Ellison aclaraba lo que había parecido siempre un enigma. Quiero hablar del hecho (que nadie más que el ignorante discute) de que no existe en la Naturaleza combinación alguna de decoraciones tal como el pintor genial la podría producir. No se encuentran en la realidad paraísos semejantes a los que resplandecen en los lienzos de Claudio de Lorena. En el más encantador de los paisajes naturales, puede siempre descubrirse un defecto o un exceso, muchos excesos y defectos. Aunque las partes componentes puedan desafiar individualmente la elevada pericia del artista, la disposición de esas partes será siempre susceptible de mejora. En conclusión, no puede encontrarse un lugar sobre la vasta superficie de la tierra natural, en donde un ojo artístico, mirando con fijeza, no halle motivo de ofensa en lo que se llama la «composición» del paisaje. Y no obstante, ¡cuán ininteligible es esto! En todas las demás materias se nos ha enseñado certeramente a considerar la Naturaleza como suprema. En cuanto a sus detalles, nos estremecería competir con ella. ¿Quién tendría la presunción de imitar los colores del tulipán o mejorar las proporciones del lirio del valle? La crítica que dice, a propósito de escultura o de pintura, que la Naturaleza debe ser exaltada o idealizada más bien que imitada, está en un error. Ninguna combinación de elementos de belleza humana, en pintura o en escultura, puede

hacer más que acercarse a la belleza viva y respirante. Sólo en el paisaje está el principio de la verdadera crítica que ha sentido su verdad allí, y es el espíritu temerario de generalización el que la ha impulsado a declarar que era cierto en todos los dominios del arte. Digo que habiendo sentido su verdad allí, pues el sentimiento no es afectación ni quimera. Las matemáticas no proporcionan demostraciones más absolutas que las que el artista extrae del sentimiento de su arte. No sólo él cree, sino que sabe positivamente que tales y cuales arreglos de materia, en apariencia arbitrarios, constituyen sólo la verdadera belleza. Sus razones, empero, no han sido maduradas en la expresión. Queda esto para un análisis más hondo que todos los que se han hecho en el mundo: investigar esas razones y expresarlas de lleno. Sin embargo, el artista ve confirmadas sus opiniones intuitivas por la voz de todos sus hermanos. Supongamos una «composición» que sea defectuosa, supongamos que se haga una corrección en su simple arreglo de forma, supongamos que esa corrección sea sometida a todos los artistas del mundo: cada uno de ellos admitirá la necesidad de ella. Y aún más: para remediar la composición defectuosa, cada miembro aislado de la hermandad habrá sugerido una corrección idéntica.

Repito que sólo en el arreglo del paisaje es susceptible de ensalzamiento la naturaleza física, y que, por consiguiente, esta susceptibilidad de mejora en ese único punto representaba un misterio que era yo incapaz de resolver. Mis propios pensamientos sobre ese tema descansaban en la idea de que la primitiva intención de la Naturaleza debería haber arreglado la superficie de la Tierra de manera a realizar en todos los puntos el sentimiento humano de la perfección en la belleza, en lo sublime o en lo pintoresco, pero que esa primitiva intención había quedado frustrada por las conocidas perturbaciones geológicas, perturbaciones de forma y de colores agrupados, en cuya corrección o aquietamiento reside el alma del arte. La fuerza de esta idea se encontraba muy debilitada, no obstante, por la necesidad en que iba envuelta de considerar esas perturbaciones como anormales e inadaptadas a un fin cualquiera. Fue Ellison quien sugirió que eran pronósticos de muerte. Lo explicó así:

—Admitamos que la inmortalidad terrenal del hombre haya sido la primera intención. Tenemos entonces el primitivo arreglo de la superficie de la Tierra adaptado a su estado feliz, estado no existente, sino preconcebido. Las perturbaciones han sido los preparativos para su condición mortal concebida posteriormente.

»Ahora bien —decía mi amigo—: lo que consideramos como una exaltación del paisaje puede en realidad serlo, aunque sólo desde el punto de vista moral o humano. Cada alteración del decorado natural produciría acaso un defecto en el cuadro, si suponemos ese cuadro visto en grande, en masa,

desde algún punto distante de la superficie de la Tierra, aunque no más allá de los límites de su atmósfera. Se comprende con facilidad que el perfeccionamiento de un detalle, examinado desde muy cerca, podría al mismo tiempo perjudicar un efecto general o más claramente observado. Tal vez exista una clase de seres, humanos en otro tiempo, pero ahora invisibles a la Humanidad, a quienes, desde lejos, nuestro desorden pueda parecer orden, y nuestra carencia del elemento pintoresco, pintoresquismo; en una palabra, los ángeles terrestres, dotados de un sentimiento de lo bello refinado por la muerte, y para cuyas miradas, más en particular que para las nuestras, Dios haya querido desplegar los amplios jardines-paisajes de los hemisferios.

En el curso de la discusión mi amigo citó algunos párrafos de un escritor que ha tratado del jardín-paisaje, y al cual se incluye entre quienes han abordado el tema certeramente:

«No hay, en puridad, más que dos estilos de paisaje-jardín: el natural y el artificial. El uno intenta evocar la belleza original de la campiña, adaptando sus medios al decorado circundante, cultivando árboles que estén en armonía con las colinas o con las tierras vecinas, descubriendo y llevando a la práctica esas relaciones delicadas de tamaño, proporción y color que, ocultas para el observador vulgar, se revelan por todas partes al estudiante experto de la Naturaleza. El resultado del estilo natural en el jardinaje se manifiesta más bien en la ausencia de todos los defectos e incongruencias, en el predominio de una sana armonía y de un orden, que en la creación de maravillas o milagros cualesquiera. El estilo artificial comprende tantas variedades como gustos diferentes que satisfacer. Guarda cierta relación general con los diversos estilos de arquitectura. Existen las majestuosas avenidas y los retiros de Versalles, las terrazas italianas, y un viejo estilo inglés mezclado y vario, que tiene cierta relación con el gótico doméstico o con la arquitectura isabelina inglesa. Pese a cuanto pueda decirse contra los abusos del paisaje-jardín artificial, la mezcla del arte puro en el decorado del jardín añade a éste una gran belleza. Ésta es, en parte, grata a los ojos, por la manifestación de un orden y de una intención, y en parte, moral. Una terraza, con una vetusta balaustrada cubierta de musgo, evoca enseguida ante los ojos las bellas formas que pasaron por allí en otros días. La más ligera manifestación de arte es una prueba de la solicitud y del interés humano».

—Por lo que ya he observado —dijo Ellison— comprenderá usted que rechazo la idea ahí expresada de recordar la belleza original de la campiña. La belleza original no es nunca tan grande como la que el hombre puede introducir. Naturalmente, todo depende de la elección de un sitio idóneo. Lo que se dice del descubrimiento y de la puesta en práctica de las delicadas relaciones de tamaño, proporción y color, es una de esas simples maneras vagas de hablar que sirven para encubrir la inexactitud del pensamiento. La

frase citada puede significar algo o nada, y no sirve de guía en modo alguno. Que la verdad resultante del estilo natural de la jardinería se manifiesta más bien en la ausencia de todos los defectos e incongruencias que en la creación de maravillas o milagros especiales, es una de esas proposiciones mejor adaptadas a la comprensión rastrera de la multitud que a los férvidos sueños del hombre de genio. El mérito negativo indicado pertenece a esa crítica cojitranca que, en literatura, elevaría a Addison hasta la apoteosis. Bien mirado, esa virtud que consiste en la mera supresión del vicio apela directamente a la inteligencia, y puede por tanto, ser circunscrita a la regla; pero la virtud más elevada, que llamea en creación, no puede ser apreciada más que en sus resultados. La regla sólo se aplica a los méritos negativos, a las excelencias de abstención. Más allá de esa regla el arte crítico sólo puede sugerir. Pueden enseñarnos a construir un Catón; pero no nos enseñarán nunca a concebir un Partenón o un Inferno. Sin embargo, hecha la cosa, realizado el milagro, la facultad de comprenderlo se hace universal. Los sofistas de la escuela negativa, quienes, a causa de su incapacidad creadora, se mofan de la creación, son ahora los que la aplauden más ruidosamente. Lo que en su condición embrionaria de principio afrentaba su razón gazmoña no deja nunca, en su madurez de realización, de arrancar admiración a su instinto natural de belleza.

»Las observaciones del autor sobre el estilo artificial —prosiguió Ellison— son menos censurables. Mezclar arte puro en el decorado de un jardín añade a éste una gran belleza. Es justo, como lo es también la observación referente al sentimiento del interés humano. El principio expresado es incontrovertible, pero puede que exista algo más allá. Puede que exista un objeto en relación con el principio, un objeto inalcanzable por los medios que poseen ordinariamente los individuos, y que, no obstante, si se alcanzara, daría al paisaje-jardín un encanto que superaría el que puede darle un sentimiento puramente humano. Un poeta, disponiendo de recursos pecuniarios, podría, mientras conservase la idea necesaria de un arte, de una cultura, o, según la expresión del autor, de un interés, imbuir de tal modo sus propósitos con tan exacta y nueva belleza, que comunicasen al espectador el sentimiento de una intervención espiritual. Se concibe que, para conseguir tal resultado, debe él asegurar todos los beneficios del interés o del propósito mientras aligera su obra de la rigidez, de la técnica del arte mundano. En el más árido de los desiertos, en el más salvaje de los decorados de la pura naturaleza, se manifiesta el arte de un creador; aun así, este arte sólo se manifiesta por reflexión; no posee en modo alguno la clara fuerza de un sentimiento. Supongamos ahora ese sentido del diseño del Todopoderoso rebajado en un grado, puesto en armonía o adaptado al sentido del arte humano, formando una especie intermedia entre los dos; imaginemos, por ejemplo, un paisaje en que se combinen la vastedad y lo definitivo, en que la reunión de la belleza, de la

magnificencia y de la rareza sugieran la idea de cuidados, de cultura y de superintendencia por parte de seres superiores emparentados, a pesar de todo, con la Humanidad. Entonces el sentimiento de interés estará preservado, mientras el arte envuelto en él le dará el aspecto de una naturaleza intermediaria o secundaria, una naturaleza que no es Dios ni una emanación de Dios, sino que es la naturaleza tal como sería si saliese de las manos de los árboles que vuelan entre el hombre y Dios.

Fue consagrado su enorme fortuna a la incorporación de tal visión; fue en el ejercicio físico sin trabas al aire libre asegurado por la vigilancia personal de sus planes, en el objeto incesante hacia el cual tendían esos planes, en la elevada espiritualidad de ese objeto, en el desprecio de toda ambición que le permitía a él sentirla de verdad, en las fuentes perennes con que veía recompensada, sin posibilidad de saciarla, la pasión dominante de su alma, su sed de belleza; y fue, por encima de todo, en la simpatía de una mujer femenina de veras, cuya belleza y cuyo amor envolvían su existencia en la purpúrea atmósfera del Paraíso, donde Ellison creyó encontrar y encontró la exención de las inquietudes ordinarias de la Humanidad, con una gran cantidad de felicidad positiva, superior a la que ha resplandecido nunca en los sueños de madame De Staël.

Desespero de dar al lector una idea clara de las maravillas que mi amigo logró realizar. Quisiera describirlas; pero me descorazona la dificultad de la descripción, y vacilo entre el detalle y las generalidades. Quizá el mejor sistema sería reunir las dos en sus extremos.

Mister Ellison consideraba, por de contado, como el primer paso la elección de localidad; y apenas comenzó a pensar en esto, cuando la exuberante naturaleza de las islas del Pacífico atrajo su atención. En realidad, él había decidido mentalmente un viaje a los mares del Sur, cuando una noche de reflexión le indujo a abandonar aquella idea.

—Si fuese yo un misántropo —decía—, me convendría ese lugar. Su aislamiento completo, su lejanía y la dificultad que presenta de acceso y de salida serían, en un caso tal, el encanto de los encantos; pero yo no soy Timón. Deseo el sosiego, pero no la depresión de la soledad. Quiero conservar en mí cierto dominio sobre la extensión y la duración de mi descanso. Habrá horas frecuentes en que tendré necesidad también de la simpatía de lo poético para lo que he de hacer. Dejadme entonces buscar un sitio no demasiado distante de una ciudad populosa, cuya proximidad, además, facilitará la ejecución de mis planes.

Ellison, en busca de un lugar adecuado de tal situación, viajó durante varios años, y me permitió que le acompañase. Mil sitios que me entusiasmaban fueron rechazados por él sin vacilación, por razones que me

probaron, al final, que estaba en lo cierto. Llegamos, por último, a una elevada meseta de una belleza y de una fertilidad maravillosas, desde la cual se dominaba una perspectiva panorámica de una extensión no menor que la del Etna, y que a juicio de Ellison y al mío propio, superaba por todos los verdaderos elementos de lo pintoresco esa vista tan afamada que se goza desde la montaña italiana.

—Sé —dijo el viajero con un suspiro de hondo deleite después de haber contemplado aquel cuadro, y extasiarse durante casi una hora—, sé que aquí, en mis circunstancias, el noventa y nueve por ciento de los hombres más descontentadizos se darían por satisfechos. Este panorama es realmente glorioso, y me deleitaría con él sólo por el exceso de su esplendor. El gusto de todos los arquitectos que he conocido nunca los impulsa, por amor a la «perspectiva», a situar las viviendas en las cumbres de las colinas. El error es obvio. La grandeza en cualquiera de sus modos, pero especialmente en el de la extensión, remueve, excita, y luego fatiga y deprime. Para un paisaje ocasional, no cabe nada mejor; para una vista constante, no hay nada peor. Y en la vista constante, la fase más censurable de grandeza es la extensión; la fase peor de la extensión es la distancia. Esto se halla en pugna con el sentimiento y con el sentido de reclusión, el sentimiento y el sentido que intentamos satisfacer «retirándonos al campo». Mirando desde la cumbre de una montaña no podemos por menos de sentirnos fuera del mundo. El hombre dolorido evita las perspectivas distantes como la peste.

Sólo hacia el final del cuarto año de nuestra búsqueda encontramos un lugar del que el propio Ellison se declaró satisfecho. Es inútil, naturalmente, decir dónde estaba situado ese lugar. La reciente muerte de mi amigo, al hacer que su hacienda estuviese abierta a cierta clase de visitantes, ha dado a Arnheim una especie de celebridad secreta y sumisa, si no solemne, parecida en cierto modo, aunque posea un grado infinitamente superior, a la que ha hecho famoso Fonthill durante tanto tiempo.

Se llegaba de ordinario a Arnheim por el río. El visitante salía de la ciudad muy temprano. Durante la tarde pasaba entre unas orillas de una belleza tranquila y doméstica, sobre las cuales pastaban innumerables ovejas, cuyos vellones moteaban de blanco el verde intenso de las ondulantes praderas. Poco a poco la idea de cultivo se hundía en una ansia puramente pastoral. Ésta se fundía con lentitud en una sensación de retiro, y ésta a su vez, en una conciencia de soledad. Al acercarse la noche, el canal se hacía más estrecho, las orillas más y más escarpadas, y estas últimas se revestían de un follaje más rico, más espeso, más sombrío. La transparencia del agua aumentaba. La corriente hacía mil recodos, de modo que no se podía divisar su brillante superficie sino a una distancia de un octavo de milla. A cada instante parecía el barco aprisionado en un círculo mágico, formado por muros de follaje

insuperables e impenetrables, con un techo de raso ultramar y sin suelo, balanceándose la quilla con admirable delicadeza sobre la de una barca fantasmal que, habiendo volcado por algún accidente, flotase en constante compañía con la barca real, a fin de sostenerla. El canal se convertía entonces en un desfiladero: aunque el término sea inaplicable, lo empleo simplemente porque el lenguaje no tiene palabra mejor para representar el rasgo más notable, no el más distintivo, del cuadro. Este carácter de desfiladero se manifestaba no más en la altura y en el paralelismo de las orillas, pues desaparecía en todos los otros rasgos. Las paredes del barranco (entre las cuales corría el agua siempre clara y tranquila) se elevaban a una altura de ciento y a veces de ciento cincuenta pies, y se inclinaban tanto una hacia otra, que no dejaban pasar la luz del día, mientras los musgos, largos y espesos como plumas, que colgaban de los arbustos entretejidos arriba, daban a todo el abismo un aire de fúnebre tristeza. Las revueltas se hacían cada vez más frecuentes e intrincadas, y parecían con frecuencia girar sobre sí mismas, de modo que el viajero había perdido hacía largo tiempo toda idea de orientación. Además, sentíase envuelto en una exquisita sensación de rareza. El pensamiento de la naturaleza subsistía aún; pero su carácter parecía haber sufrido una modificación: era una misteriosa simetría, una estremecedora uniformidad, una mágica corrección en aquellas obras suyas. Ni una rama muerta, ni una hoja seca, ni un guijarro perdido, ni un pedazo de tierra morena se veían por ninguna parte. El agua cristalina se deslizaba sobre el granito liso, o sobre el musgo inmaculado, con una agudeza de contorno que deleitaba y al mismo tiempo aturdía la mirada.

Habiendo serpenteado por los meandros de ese canal durante algunas horas, se adensaba la oscuridad a cada instante, cuando el barco aparecía de repente obedeciendo a una inesperada virada, como si cayese desde el cielo, en una dársena circular de una extensión considerable, comparada con la anchura del barranco. Esta dársena tenía doscientas yardas de diámetro, poco más o menos, y la circundaban por todos lados, menos por uno —el que estaba inmediatamente frente al barco al penetrar éste—, unas colinas, por lo general iguales en altura a los muros del abismo, aunque con un carácter de todo punto diferente. Sus lados se inclinaban desde el borde del agua en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, y los revestía desde la base hasta la cima —sin un espacio o vacío perceptible— una cortina de los magníficos ramos de flores; apenas era visible una hoja verde entre aquel mar de olorosos y ondeantes colores. Aquella dársena tenía una gran profundidad; pero el agua era tan transparente, que el fondo, que parecía formado por una masa espesa de pequeños guijarros redondos de alabastro, se hacía bien visible en relámpagos, es decir, cada vez que la mirada lograba no ver dentro del cielo invertido la floración duplicada de las colinas. Sobre estas últimas no había árboles ni arbustos de ningún tamaño. Las impresiones producidas en el

observador eran de riqueza, calor, color, quietud, uniformidad, suavidad, delicadeza, refinamiento, voluptuosidad, y una milagrosa gama de cultivo que sugería sueños de una nueva raza de laboriosas hadas de buen gusto, magníficas y descontentadizas; pero, cuando la mirada remontaba a lo largo de la ladera multicolor, desde su fina unión con el agua hasta su vaga terminación entre los pliegues de las nubes suspendidas, era realmente difícil no imaginarse una catarata panorámica de rubíes, de zafiros, de ópalos y de ónices dorados, desplomándose en silencio desde el cielo.

El visitante, cayendo de repente en aquella bahía al salir de la oscuridad del barranco, se siente deleitado, aunque aturdido por el henchido globo del sol poniente, que él suponía ya caído a lo lejos por debajo del horizonte, pero que ahora se le enfrenta y forma la sola terminación de una limitada y diferente perspectiva vista a través de una grieta parecida a otro abismo en las colinas.

El viajero abandona entonces el barco que le ha transportado hasta tan lejos, pasa a una ligera canoa de marfil, adornada de dibujos arabescos de un rojo intenso, por dentro y por fuera. La popa y la proa de esta embarcación levantan mucho por encima del agua y terminan en agudas puntas, lo cual le da la forma general de una media luna irregular. Reposa sobre la superficie de la bahía con la arrogante gracia de un cisne. En su fondo tapizado de armiño descansa un solo remo articulado de palo de áloe, pero no se ve ni criado ni remero. El huésped es invitado a tener ánimo: los Hados cuidarán de él. Desaparece el ancho barco, y le dejan solo en la canoa, que reposa sin movimiento aparente en medio del lago. No obstante, mientras él piensa en la ruta a seguir, se da cuenta de un suave movimiento en la barca encantada. Oscila lenta alrededor de sí misma, hasta que su proa apunta hacia el sol. Avanza con una velocidad suave, pero gradualmente acelerada, conforme parece quebrarse en torno a los costados de marfil los ligeros rizos que forma, en la más divina melodía como si ofreciesen la única posible explicación de aquella deliciosa, pero melancólica música, cuya procedencia invisible busca en vano a su alrededor el viajero pasmado.

Avanza la canoa, resuelta, y se acerca a la puerta rocosa de aquella perspectiva, de tal modo, que puede él ver más claras sus profundidades. A la derecha se eleva una cadena de altas colinas vigorosa y profundamente arboladas. Sin embargo, se observa que sigue predominando el rasgo característico de exquisita limpieza, allí donde la orilla entra en el agua. No se ve ni rastro de esos habituales desechos de los ríos. A la izquierda el carácter del paisaje es más suave y más precisamente artificial. Allí emerge de la corriente la orilla en una subida muy suave, formando una ancha pradera de césped de un tejido que se parece tanto al terciopelo, y de un verde tan brillante, que podría sostener la comparación con la más pura esmeralda. Esta

meseta varía en anchura de diez a trescientas yardas, llegando desde la orilla del río hasta un muro de cincuenta pies de alto, después de una infinidad de revueltas, pero siguiendo el curso general del río, hasta perderse hacia el Oeste en la lejanía. Ese muro es de una roca continua, y ha sido formado cortando por la perpendicular el antes escarpado precipicio desde la orilla sur de la corriente; pero no queda rastro del trabajo sufrido. La piedra tallada tiene el tono de los siglos, y está profusamente cubierta y sombreada de hiedra, de roja madreselva, de eglantina y de clemátide. La uniformidad de la cúspide y de las líneas de la base del muro está ampliamente suavizada por unos árboles ocasionales de gigantesca altura, alzándose aislados o en pequeños grupos, situados a lo largo de la meseta y en el dominio de detrás del muro, pero muy cerca de éste; de modo que pasan por encima numerosas ramas (de nogal negro sobre todo) y hunden sus extremos colgantes en el agua. Más lejos, dentro de la posesión, queda impedida la visión por un impenetrable biombo de follaje.

Se observan estas cosas mientras la canoa se acerca paulatinamente a lo que he llamado la puerta de la perspectiva. Con todo, al hallarse próximo a ésta, se desvanece su apariencia de abismo; se descubre una nueva salida desde la bahía a la izquierda, en cuya dirección continúa el muro, siguiendo el curso general de la corriente. Por esta nueva abertura no pueden los ojos penetrar muy lejos, pues la corriente, acompañada por el muro, tuerce hacia la izquierda, hasta que son los dos tragados por el follaje.

Entretanto, se desliza mágicamente el barco por el sinuoso canal, y allí la orilla opuesta al muro resulta ser parecida a la que estaba enfrente en la perspectiva directa. Siguen cerrando el paisaje colinas altas que se elevan a veces como montañas cubiertas de una salvaje y exuberante vegetación.

El viajero, navegando hacia delante de modo suave, pero con una velocidad que aumenta levemente, después de muchos cortos recodos, encuentra su avance interrumpido, al parecer, por una gigantesca barrera o más bien por una puerta de oro bruñido, cincelada y calada con primor, según reflejan los rayos directos del sol, el cual se pone ahora de prisa entre un fulgor que semeja enguirnaldar con sus llamas toda la selva circundante. Esta puerta está encajada en el alto muro, que parece aquí cruzar el río en ángulos rectos. Sin embargo, a los pocos momentos, se ve que el brazo principal de la corriente se desliza, siempre en una suave y amplia curva, hacia la izquierda, siguiéndola el muro como antes, mientras otra corriente de un volumen considerable, separándose de la principal, se abre camino, con un ligero ondear, bajo la puerta, y se oculta así a la vista. Cae la canoa en el canal menor y se acerca a la puerta. Sus pesadas hojas se abren lenta y musicalmente. El barco se desliza entre ellas y comienza a descender, rápido, por un vasto anfiteatro todo cercado de montañas púrpura, cuyas bases están lavadas por un

río resplandeciente en toda la extensión de su circuito. Mientras, el paraíso entero de Arnheim estalla ante la vista. Fluye de allí una fascinante melodía; se experimenta la sensación opresora de un suave y extraño aroma; se divisan como en un sueño, mezcladas con los grandes y esbeltos árboles orientales — arbustos frondosos, bandadas de pájaros dorados y carmesíes, lagos orlados de lirios, praderas de violetas, de tulipanes, de amapolas, de jacintos y de tuberosas—, las largas líneas entrelazadas de los arroyuelos de plata, y surgiendo confusamente en medio de todo, una masa de arquitectura semigótica, semisarracena, que se sostiene como por milagro en el aire, resplandeciendo en la roja luz del sol con sus cien miradores, minarettes y fastigios, semejante a la obra fantasmal y conjunta de los silfos, las hadas, los genios y los gnomos.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es